SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Al distinguido periodista D. Miguel Moy su afmo Emilio Re

PUNTOS NEGROS

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

LUIS VEGA-REY

PUNTOS NEGROS

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO)

PRÓLOGO DE D. FRANCISCO PI Y MARGALL

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE RICARDO ROJAS
Campomanes, 8.—Teléfono 316.

1899

E 18
V 3

Es propiedad del autor
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

A la Real Academia de la Historia.

Homenaje de consideración y respeto.

El Autor.

Diciembre, 1895.

349709

PREFACIO

Sr. D. Luis Vega-Rey.

Muy señor mío de mi mayor aprecio: Me pide usted un prólogo para su libro *Puntos negros del Descubrimiento de América.* Siento que mis muchas atenciones no me permitan escribirlo. Vea usted si lo pueden suplir los adjuntos párrafos de artículos que he publicado en *El Nuevo Régimen:*

«Algunos periódicos, para consolarnos de nuestros desastres, recuerdan hoy las glorias que adquirimos en la conquista de América. Sería mejor que las callaran. Si creyéramos en la Providencia, diríamos que en el presente siglo nos hace purgar los crímenes que ahí entonces cometimos. Nuestras pretendidas glorias no fueron sino una interminable serie de hechos que nos deshonran.

»Los leímos por primera vez en el Padre Las Casas y nos parecieron por demás exagerados. Nos hubimos de convencer de que eran ciertos, apenas hubimos hojeado á los demás historiadores del tiempo de la Conquista. Todos reconocen que procedimos

con la mayor barbarie, así en la lucha como después de la victoria.

»Las atrocidades que allí hicimos fueron tantas, que un siglo después un inspector que allí envió una de nuestras órdenes religiosas, afirmaba que no había habido en el mundo pueblo tan maltratado por sus conquistadores como el de Méjico, y no podía explicarse tanta crueldad, sino suponiendo que Dios nos había elegido por instrumento de sus venganzas. Aludía á los sacrificios humanos de los aztecas.

»¿Quién creéis que fué el más culto de los conquistadores? Hernán Cortés sin duda. Hernán Cortés enfrente de Haxcala hizo cortar las manos á 50 mensajeros por *sospechas* de que habían ido á inspeccionar su campo, y en Cholula pasó á cuchillo á 3.000 hombres indefensos por *sospechas* de que aquella ciudad había tramado una conjuración contra su ejército. Ya victorioso, en una expedición que hizo al golfo de Honduras ahorcó á los reyes de Méjico y Tacuba, de quienes se fingió respetuoso amigo, por *sospechas* de que fraguaban un complot contra su vida. Esclavos hacía á los vencidos, los marcaba con hierro candente como á los caballos y los vendía como si fueran la más vil de las mercancías. No hablemos de su conducta con el crédulo y generoso Moctezuma, á quien arrancó del palacio en que vivía é hizo presenciar con grillos en los pies la ejecución de mejicanos independientes.

»La esclavitud la establecimos en todas partes: en unas descaradamente; en otras, en las más, bajo el hipócrita nombre de encomiendas. Se repartía los vencidos y se encomendaba á los conquistadores que los instruyeran en los sagrados é indiscutibles dog-

mas, y sobre todo en los oscuros ritos de la religión cristiana. Los religiosos *encomenderos* los destinaban en su exclusivo provecho á los más rudos trabajos, importándoles poco que sucumbieran de hambre y de fatiga. A los pocos años de haberse ganado la isla de Santo Domingo, tan despoblada quedó, que se hubo de ir á buscar en la Florida esclavos para la labor de las minas.

»¡Las leyes de Indias! ¡Oh, las leyes de Indias! se exclama. Son sabias, rebosan de bondad y de ternura para con los colonos. No las tuvo mejores Nación alguna.

»Tal decimos y tal repetimos como si fuera cierto. Y, sin embargo, basta abrirlas para que se comprenda que no se las pudo escribir más tiránicas. Por ellas se torturaba el espíritu de los indios, obligándolos y forzándolos á que profesasen la fe católica y empezasen por reconocer y confesar el misterio de la Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Importaba poco que no lo comprendieran; tampoco lo comprendían los que se lo enseñaban, y estaban dispuestos á batirse con el mismo Satanás para sostenerlo.

»Los bautizaban, quisieran, no quisieran, los fatigaban con genuflexiones y rezos, les vedaban aun el recuerdo de su antiguo culto, y los castigaban por la menor falta religiosa que cometiesen.

»Los tenían aislados del mundo: no les permitían otro conocimiento que el de sus señores. Se les cerraba las costas al comercio de las demás Naciones, y se los reducía á no poder consumir ni comprar otros productos que los que les llevaran ó los naturales de España ó los que en España se hubiesen naturalizado,

viviendo entre nosotros veinte años y habiendo adquirido bienes raíces.

»Tenían todos infinidad de tierras baldías y yermas y no se permitía á extranjero alguno que fuera á cultivarlas.

»Estaban los indígenas excluídos de los empleos públicos y se les hacía pagar á los que los ejercían tres veces más de lo que aquí cobraban. No podían olvidar nunca que estaban bajo el yugo de conquistadores.

»Ni ¿qué hubiera importado que las leyes de Indias hubiesen sido las mejores? Ley alguna bastó nunca á refrenar la barbarie ni la codicia de los peninsulares.

»Está aún por escribir la historia de España: nuestra historia viene hoy por hoy reducida á una serie de leyendas. Urge que se las reemplace por la historia verdadera, á fin de que no padezcamos ilusiones como las que nos han traído á las presentes guerras. América toda se ha sublevado en este siglo contra nosotros, y ha conseguido al fin dejarnos sin una pulgada de territorio. Es el justo castigo de los crímenes que hemos convertido en glorias.»

De usted atento seguro servidor q. s. m. b.,

F. Pi y Margall.

Madrid, 21 de Septiembre de 1898.

CAPÍTULO PRIMERO

Boceto.

Antigüedad de América.—Formas de Gobierno.—Religiones.—Usos y costumbres.—La poligamia.—Las artes y los oficios.—El teatro, la música y el baile.—Aristocracia y pueblo.—Pósitos y fundaciones. Servicio público de Correos.—Joyas, utensilios, armas, etc.—Civilización americana.—Dudas acerca de su procedencia.—Construcciones de edificios notables, templos, palacios, etc., en Méjico y Perú. Jeroglíficos y dibujos mejicanos.—La Atlántida.—Conjeturas respecto de su extensión, su riqueza y desaparición.—La existencia de América ¿fué ignorada hasta su descubrimiento por Colón?—Los libros sagrados y América.—Vaticinio de Séneca.—Opinión de San Agustín acerca de los pueblos antípodas.

Después de tanto como se ha dicho, escrito y tratado sin llegar á un punto concreto y á una demostración convincente acerca de si el hemisferio que llamamos América fué totalmente desconocido hasta final del siglo XV, ó si los habitantes del mundo antiguo tuvieron algún indicio de su existencia, ocuparse de este asunto en la actualidad no serviría más que para gastar tiempo, aumentar la confusión por la aglomeración de argumentos y no venir á obtener ningún resultado positivo.

Respecto á los orígenes de las diversas regio-

nes que poblaron en tiempos remotos el nuevo continente, no hay más que conjeturas para disipar la obscuridad que reina, y hay, por lo tanto, que contentarse con ellas. En la historia de los pueblos del mundo antiguo, que han pasado por varias civilizaciones y experimentado diversos y transcendentales cambios, pero que poseían tradiciones orales y escrituras donde se consignan los acontecimientos, llegan casos en que hay que detenerse y no pasar adelante por falta de noticias; ¿qué extraño es que falten datos precisos para conocer la historia de pueblos como el americano, que sólo poseía algunas escasas y obscurísimas tradiciones, careciendo en absoluto de la escritura, aun en su forma más rudimentaria, merced á la cual pueden conservarse y transmitirse á la más remota posteridad la narración de los grandes acontecimientos, de los cambios y adelantos de la humanidad?

Colocándose, pues, en el único terreno en que es posible colocarse, en el terreno de las conjeturas, hay que admitir la probable opinión emitida por autores de diversas épocas, de que la América era, no una extensa región absolutamente desconocida, sino olvidada desde remotos tiempos, que debió tener trato y comunicaciones con los demás pueblos del globo, y cuyas comunicaciones quedarían interrumpidas por causas difíciles ó imposibles ya de conocer.

Y esta suposición adquiere bastante fuerza

al considerar que en aquel lejano hemisferio se encontraron usos y costumbres semejantes á los de las antiguas razas, y una civilización bastante adelantada, aunque estacionaria, á causa del aislamiento y falta de comunicación con otros pueblos más cultos. Todas las formas de gobierno conocidas desde remota antigüedad en las diversas partes del mundo, estaban allí representadas. Los primeros descubridores hallaron en las islas y en las espesuras de los bosques tribus sujetas á la obediencia de jefes ó régulos, y familias más ó menos numerosas que vivían bajo la dirección de los padres ó los ancianos, y los invasores del continente hallaron grandes poblaciones, perfectamente constituídas y gobernadas por el régimen republicano, como la belicosa Tlaxcala; por el imperio absoluto y despótico, como Méjico, ó como el Perú, hábilmente gobernado por la Monarquía moderada; y todo con instituciones y leyes, algunas tan justas, sabias y previsoras, especialmente en el Perú, que muchos pueblos modernos se holgarían de poseer otras semejantes.

Respecto á la religión y á la creencia en el Sér Supremo, que se ha encontrado siempre y en todas partes, hasta en los pueblos más salvajes, aunque con distintas manifestaciones, admira ver la analogía que existía entre las religiones del Nuevo Mundo y los ritos idolátricos de la antigüedad. Desde la adoración de los es-

pantosos ídolos del imperio mejicano, á quienes se ofrecían víctimas humanas, que recuerdan los sacrificios de Moloch, hasta el poético culto que al Sol, como divinidad visible, rendían los habitantes del Perú, consagrándole templos suntuosos y coros de vírgenes sacerdotisas, que mantenían el fuego sagrado, como las Vestales de Roma, halláronse en aquellos países casi tantas creencias, supersticiones y ridiculeces religiosas, como en el antiguo mundo, y hasta se observaron algunos indicios de la religión cristiana, única verdadera.

Y si de la religión se pasa á las costumbres, hallóse una moral tanto más pura, cuanto más elevadas eran las clases sociales, y un conocimiento de derechos y deberes mutuos, cuya observancia honraría á las modernas civilizaciones. El amor á la familia, el respeto á los Monarcas, superiores, sacerdotes y ancianos, y la veneración á sus difuntos, cuyos funerales celebraban con la posible magnificencia, eran virtudes muy comunes á aquellas gentes, si bien al lado de tan recomendables cualidades se encontraba la viciosa costumbre de la poligamia, común á todos los pueblos primitivos y á los del antiguo Oriente, y admitida en América desde épocas inmemoriales. Vicio que constituía á la mujer de aquellas regiones en un sér abyecto y despreciable, una esclava más ó menos desgraciada, según su respectiva condición, pero siem-

pre careciendo de la consideración é importancia que obtiene en los pueblos donde el matrimonio es un contrato civil y religioso.

En la grande población de Méjico, como en otras ciudades populosas, nada faltaba de cuanto era necesario para la conservación, comodidad y hasta lujo de la vida. Los oficios usuales y las artes suntuarias, como la joyería, la producción de telas delicadas y los objetos de cerámica, indicaban una cultura superior á la que supusieron los invasores, que juzgando por lo visto en los primeros puntos á que aportaron, creyeron salvajes á todos los americanos.

En Méjico, cuya posición topográfica en medio de lagunas, recordaba á la opulenta Venecia, los artesanos y artífices de idéntica profesión vivían en una misma calle, á semejanza de las antiguas ciudades de Europa. Los mejicanos eran aficionados á la poesía popular, á la música, al baile, á los ejercicios de destreza, y hasta poseían una especie de teatro, donde se ejecutaban representaciones alegóricas en honor de sus divinidades. Tampoco carecían de leyes para su gobierno, ni faltaba la desigualdad de clases, predominando el elemento aristocrático sobre el popular, que, como en todas partes del mundo, sufría todo el peso de la inferior condición á que se hallaba reducido, contribuyendo con su trabajo y sus conocimientos al sostén de los magnates y al brillo de la orgullosa corte, cuyo jefe

el Emperador ejercía tan extremado despotismo, que si al pasar por las calles conducido en ostentoso palanquín y con todo el lujo de los soberanos del antiguo Oriente, algún hombre del pueblo no se postraba humildemente en tierra y se atrevía á levantar el rostro para mirarle, era condenado á muerte.

El Perú, aunque tan rico como Méjico, poseía instituciones más suaves, superándole en muchos ramos de cultura y en establecimientos benéficos y de utilidad general para las clases populares. Los españoles hallaron allí, con notable asombro, entre otras fundaciones que nada tenían de bárbaras, grandes almacenes por cuenta del Estado, bien provistos de ropas, de granos y semillas alimenticias, en previsión de los años de carestía; perfección á que no han llegado en las épocas modernas nuestros sabios hacendistas, á pesar de los adelantos de la Economía política, que pretenciosamente se ha elevado á la categoría de ciencia, más inútil que beneficiosa por su mal entendida aplicación. También hallaron establecido con admirable orden y regularidad el servicio público de Correos, que tan usado entre los romanos, vino casi á extinguirse durante la Edad Media, hasta el caso de que, aun en la época del Renacimiento, sólo se usaban en Europa, en casos urgentes y excepcionales, y siempre para asuntos importantes de los Gobiernos, pues los particulares, y en tiempos

harto próximos á nosotros, tenían que valerse de *propios* para enviar de un punto á otro sus cartas, como aún sucede hoy día con los *peatones* que llevan la correspondencia pública á sitios donde no existen vías rectas de comunicación.

Las ropas, los utensilios, las joyas, adornos y armas que se usaban en el nuevo continente y que aún conservan los curiosos y los Museos Arqueológicos, aunque indican remota antigüedad, no presentan formas ni caracteres toscos ni ridículos, como los que ofrecen los utensilios verdaderamente primitivos de los pueblos salvajes del África y la Oceanía. Por el contrario, en los ejemplares que tenemos á la vista se notan rasgos de finura, de elegancia y de progresión que indican sobradamente que en aquellas regiones, como en las demás del mundo, la actividad humana no permanecía estacionaria, marchando á paso, más ó menos lento, por el camino natural de los adelantos.

Pueblos que presentan semejantes rasgos de avanzada civilización, es imposible que hayan vivido por un espacio indefinido de años, y aun de siglos, completamente aislados y sin comunicación con otros pueblos; porque las costumbres y las instituciones comunes é idénticas en puntos distantes, ni surgen por sí mismas, ni se improvisan en corto tiempo, adquiriéndose sólo por medio de la comunicacion, del trato y de la observación, que hace comprender la bondad y

conveniencia de las cosas. En las obscuras tradiciones de Méjico y del Perú se decía que en tiempos muy remotos habían llegado al país hombres extraordinarios enviados por la Divinidad, compadecida del miserable estado en que vivían los naturales para instruir y darles reglas de bien vivir. Pero, ¿quiénes eran aquellos hombres? ¿De dónde vinieron y en qué tiempo ocurrió su llegada? Hé aquí las dificultades que no se salvarán cumplidamente por falta de documentos escritos, que á veces también, en los pueblos donde se conservan, encierran absurdos errores que anublan la claridad de la Historia.

Algunos escritores han llegado á formular hipótesis, no muy aventuradas, de que la civilización americana pudiera derivarse del Egipto, pueblo reconocido ya como el más antiguo del globo, y de donde se derivaron las civilizaciones del Asia, y más tarde las de Europa. Uno de los indicios fundamentales de tal suposición es la forma de las construcciones de los edificios notables, como templos y palacios de Méjico y del Perú; inmensas construcciones de piedras de disforme tamaño, colocadas á grande altura, sin que pueda imaginarse cómo. Construcciones que admiran por su magnitud, como admiran las Pirámides de los Faraones, pero que carecen de la belleza estética y regularidad que se observan en los edificios de Grecia y Roma, que aún sirven de regla y modelo para la moderna arquitectura.

Otro de los indicios es la falta de caracteres escritos en la forma usual de varios pueblos, desde los informes y rudimentarios de los fenicios, hasta los ya tan perfectos de Roma, y sustituídos en América por los jeroglíficos, aunque diversos de los que de esta clase usaban los egipcios. Los mejicanos se valían para consignar los hechos notables que debían conservarse, de figuras representativas de los objetos, delineadas sobre telas de algodón; procedimiento que admiró mucho á los españoles, cuando al llegar á las playas del Imperio de Moctezuma, vieron á algunos individuos dibujando á grandes rasgos sobre las telas las naves, las armas, los hombres y los caballos, para dar al soberano una idea exacta de los huéspedes que llegaban.

Otro indicio, en fin, y no muy destituído de fuerza, es el siguiente: los mejicanos eran de carácter grave y meditabundo, hallándose muy arraigadas entre ellos las ideas de la muerte y de la vida futura; y sabido es que en el antiguo Egipto predominaba también tanto esta idea, que en los más suntuosos festines y al terminarse los banquetes, se paseaba una momia alrededor de las mesas, á fin de que los convidados no olvidaran en la embriaguez de los placeres el fin común é inevitable de la humanidad.

Pero estos indicios de dominación ó influencia egipcia en América se suponen infundados por la falta que se notó en esta región de caba-

llos y otros animales y aves domésticas del antiguo mundo. La objecion es de poca fuerza; bien pudieron pasar á aquel continente los hombres sin conducir animales, pues aun hoy día no se llevan en todas las expediciones marítimas; y pudo también suceder que aun cuando llevasen algunas especies, éstas dejasen de existir por el transcurso del tiempo y la interrupción de las comunicaciones; no por defecto del clima para su propagación, vista la famosa fecundidad con que allí se arraigaron y subsisten todos los individuos de la especie zoológica.

Pero, dado el caso de haber sido posible y efectiva una inmigración y establecimiento de egipcios en América, ¿por dónde pudieron llegar á tan larga distancia, surcando mares desconocidos y con las débiles embarcaciones usadas en los tiempos primitivos de la navegación, desprovistos de los útiles necesarios y faltos de los conocimientos prácticos que hasta mediados del siglo XV no hicieron posibles los viajes á remotas playas?

He aquí otro problema de difícil ó más bien de imposible resolución. Los que sentaron tal precedente, acaso se apoyarían en la fábula de la Atlántida, que aunque considerada fábula, bien pudiera tener un fondo de verdad, como lo tenían las fábulas de los trabajos de Hércules, los viajes de Ulises y la expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro; pues no

todas las ficciones poéticas son en absoluto invenciones de la fantasía é imaginación de los autores.

Era la Atlántida, según dicen, un gran continente ó más bien una inmensa isla poblada de multitud de hombres cultos, ricos y felices, que nadaban en todo género de placeres y delicias y con tal abundancia de riquezas, que había jardines como el de las Hespérides, donde existían árboles que daban manzanas de oro. Esto es bastante exagerado, aunque como fábula puede pasar, tomándolo como alegoría de un país industrioso, que puede producir oro con el poderoso elemento del trabajo.

Ese dichoso país ocupaba la inmensa extensión que hoy tiene el mar Atlántico y tenía por límites la Europa desde las costas de España, el África y tal vez la América. Si esto hubiera sido verdad probada, el problema estaba resuelto. Un cataclismo, acaso un diluvio ó un brusco sacudimiento de nuestro planeta, hundió aquella extensión de terrenos, como las ciudades de la Pentápolis, dejando en su lugar el mar que hoy conocemos, y quedando, por lo tanto, interrumpidas las comunicaciones con los vecinos litorales.

Este punto obscuro de la Geografía y de la Historia acaso podría esclarecerse, si fuese un hecho la tentativa de la navegación submarina, ya en vías de ensayo. Entonces, explorado el

fondo de los mares, se vería si en el Atlántico existen los restos de los grandes pueblos que fueron sumergidos y que la creencia popular supone que, efectivamente, están allí, y que hasta han sido vistos en algunas ocasiones. Tal vez en el siglo venidero, en que han de verificarse, indudablemente, muchos prodigios, llegue á realizarse éste.

No es de suponer que la Infinita Sabiduría, al formar el globo y al esparcir por su superficie el género humano, destinase una parte de tan admirable obra, la parte en verdad más hermosa y abundante, para dejarla ignorada y en absoluta incomunicación con el resto de la creación. Esto hubiera sido un hecho opuesto á los destinos del hombre, sér eminentemente sociable y creado para gozar de las obras de Dios en este mundo, glorificándole de continuo por tan inmenso beneficio.

Pero á todas las reflexiones que sobre este particular hacemos, nos sale al encuentro la perenne duda que no tiene contestación. ¿Ha sido, en efecto, ignorada siempre la existencia del Nuevo Mundo hasta fines del siglo en que Colón llegó á sus playas? Y si fué conocido en épocas anteriores y remotas, ¿por qué causas y cuándo vino á perderse tal conocimiento y á quedar aquellas hermosas y vastas regiones sepultadas en la completa obscuridad del olvido? ¿Quién puede resolver esta duda, á quien acom-

pañan al mismo tiempo indicios que acreditan no ser cierta la absoluta ignorancia de aquel país?

Uno de los argumentos aducidos por los pretenciosos sabios y cosmógrafos reunidos para examinar y dar dictamen acerca del proyecto de Colón, fué que las tierras supuestas por éste no podían existir, porque en la Biblia no se hace mención de semejantes países. El argumento, aunque apareciese muy arreglado á los dogmas de la fe y aunque la evidencia demostró pronto lo infundado que era, quedaba destruído con muy cortas reflexiones.

Los libros del Antiguo Testamento son, según se dice, los más antiguos que se conocen escritos; pero, sin atacar la veneración que nos merecen, diremos que la parte geográfica de la Biblia es bastante obscura y deficiente. Moisés y los autores de los libros posteriores á él, sólo hacen mención, y ésta muy sucinta, de las comarcas que habitaba el pueblo de Dios, de las que había atravesado hasta la instalación de los israelitas en la Tierra de Promisión, y de las Naciones limítrofes con quienes se tenía algún trato ó relaciones por sus disputas, guerras ú otras causas. Al leer la Biblia, pudiera creerse que el mundo estaba limitado al país habitado por los descendientes de Abraham. Si en los libros de Judith, de los Jueces, de los Reyes y en los demás históricos se cita á los Filisteos, Idumeos,

Edomitas, Asirios, Persas, Caldeos, Parthos y Medos, Griegos y Romanos, es sólo por incidencia y por la parte que tomaron en los sucesos ocurridos en Israel y Judá. La Europa, aunque tan inmediata á las costas de África y del Asia, no se nombra para nada en la Biblia. No es, pues, de extrañar que, prescindiendo de hablar de puntos cercanos, no se hablase tampoco de otros remotos, como de los territorios situados tras de mares, al parecer, nunca surcados.

El mismo Moisés, nacido y criado en Egipto, habla muy poco de este país, que debía conocer perfectamente, y que era en su tiempo un imperio extenso, rico y organizado de un modo que hacía suponer una remotísima antigüedad y una admirable civilización, manifiesta en sus instituciones políticas y religiosas, en sus costumbres públicas y particulares y en el esplendor y brillantez que se observa, así en la corte de los Faraones, como en las principales ciudades de aquel inmenso territorio.

Y lo que llevamos dicho acerca de la perpetua duda del conocimiento de América, puede decirse acerca del origen de Egipto, que es, sin género de duda, el país de más remota antigüedad y de mayor civilización del mundo. Créese que la época de los patriarcas pastores es la edad primitiva, después del diluvio; pero cuando José, biznieto de Abraham, fué vendido por sus hermanos y conducido á Egipto, halló un país com-

pletamente organizado, regido por instituciones desconocidas entre los sencillos pueblos que vivían bajo las también sencillas reglas de la ley natural; un país donde reinaban el fastuoso lujo que tanto se admiró luego en las Cortes orientales, y una abundancia de los artículos necesarios para la subsistencia, tan extremada, que en los años de penuria y escaceses sus almacenes de granos, abastecidos con sabia previsión cuando las cosechas eran abundantes, como los que hallaron los españoles en el Perú—y nótese la coincidencia—podían atender, no sólo al desahogado consumo interior, sino también vender grandes cantidades á los extranjeros.

Debe concederse una grande antigüedad y no escaso poderío al pueblo que sujetó y llevó cautivos á sus dominios á todos los israelitas, y que cuando éstos se le fugaron los persiguió hasta el paso del mar Rojo, con un lucido y numeroso ejército compuesto de todos los elementos que revelan una adelantada organización militar.

Se hallan algunas veces en medio de la concisión geográfica de la Biblia citas que llaman altamente la atención de los investigadores. Las islas de Tharsis y de Ophir, á donde iban las naves del rey Hiram en busca de las preciosas maderas y las prodigiosas cantidades de oro que se invirtieron en la construcción del templo de Salomón, ¿no pudieron ser islas del continente americano, al que se llegara desde los mares del Asia

por rutas después abandonadas y perdidas por falta de uso?

Séneca, nuestro gran poeta cordobés, que floreció en Roma bajo el imperio de Nerón, en el siglo primero de la Era cristiana, vaticinó —que por algo se llaman los poetas *vates*—vaticinó en una de sus obras, hablando de la marcha progresiva de la humanidad, que llegaría un tiempo en que las islas de Thule, hoy Scheland, sitas en el mar del Norte, y consideradas entonces como el término del mundo por aquella parte, se quedarían muy atrás ante las nuevas tierras que habían de descubrirse. El cumplimiento de esta predicción, realizada muchos siglos después, hizo meditar á los pensadores si Séneca había presentido la existencia de otro hemisferio opuesto al entonces conocido.

El ilustrado P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús, en su *Historia civil y natural de las Indias occidentales,* cita la profecía de Séneca, tratando también la cuestión de si en lo antiguo se tenía noticia ó presunción de la existencia de la América. Con este motivo, el referido escritor refuta la opinión que acerca de los pueblos antípodas tenía San Agustín; que, á pesar de ser tan sabio en ciertas materias, no estaba obligado á saber de todo, y que decía cómo podía haber hombres tan insensatos que creyesen existían individuos que marchasen con los pies para arriba y la cabeza para abajo. Semejante opinión del

obispo de Hipona no es extraña, ignorando, como ignoraba, la verdadera figura de la Tierra, los movimientos de rotación y demás leyes á que la ha sujetado el autor de la Naturaleza con su infinita sabiduría.

CAPÍTULO II

Los descubridores.

Los portugueses primeros descubridores.—Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Alburquerque.—Colón; su nacimiento, su vida, sus estudios y aficiones.—*Santa María de la Rábida* y Colón.—La Iglesia Católica y Colón.—Ofrecimientos de Colón á los Reyes Católicos.—Frases de Colón á los Monarcas y al Sumo Pontífice Alejandro VI.—Fe religiosa de Colón.—Propuesta de beatificación.

Lo que dejamos dicho no tiende en manera alguna á rebajar el mérito de Colón, ni el honor que merece por el descubrimiento del Nuevo Mundo. Adivinado por inducción del genio, ó indicado por ajenas noticias, todo el mérito y toda la gloria del hecho pertenece á su autor, que propuso la obra y corrió los peligros de ejecutarla.

Los que han querido en varias épocas, movidos por la rastrera envidia, amenguar la gloria del ilustre navegante, han supuesto que hallándose Colón en la isla de la Madera, todavía desconocido y sin haber pensado en formular su propósito, tuvo noticia de la existencia de lejanas y desconocidas tierras por los viajeros de un

buque que, arrebatado por los vendavales, había llegado á remotas playas, desde donde logró volver milagrosamente á Europa.

Esta aserción carece del menor asomo de verosimilitud. No es posible que los viajeros de aquel buque fueran á comunicar su descubrimiento á un hombre obscuro, que de nada podía servirles. Además, noticia de tal magnitud hubiera causado bastante ruido en una época en que los portugueses estaban ya empeñados en la senda de los descubrimientos, y que no hubieran dejado de apreciar una noticia dada por testigos de vista, conforme después no tomaron en consideración y calificaron de quiméricas las ofertas de Colón, fundadas solamente en teorías y cálculos de probabilidad.

Cabe á los portugueses, nuestros cohermanos, la alta honra de haber dado los primeros pasos en la senda de los grandes descubrimientos del siglo décimoquinto. Situado Portugal en el extremo más occidental de Europa y poseyendo dos de los mejores y más seguros puertos, su posición geográfica brindaba á los naturales del país, muy aficionados á la navegación, con el poderoso estímulo de buscar y poseer las riquezas y el prestigio que otras Naciones marítimas disfrutaban.

Estas naciones eran las Repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, y las ciudades que constituían la liga ó federación del Hansa, y que ex-

plotaban casi en absoluto la navegación de los mares de Levante, ruta acostumbrada entonces para dirigirse á los puntos mercantiles del Asia y de las Indias Orientales, ya de muy antiguo conocidas, y de las cuales se exportaban á Europa los ricos productos naturales y fabriles de aquellas opulentas regiones, y que no era dado encontrar en nuestros humildes centros de producción y comercio.

Cuando el uso de la brújula perfeccionada y el empleo del astrolabio abrieron anchos horizontes á la navegación, los portugueses, cuyas exploraciones se limitaron hasta entonces á litorales muy próximos, empezaron á extender sus empresas á más largas distancias, dirigiéndose á las costas occidentales del África. En 1412 se apoderaron de la ciudad de Ceuta, en la antigua Mauritania, que, convenientemente fortificada, les sirvió de base para sus futuras operaciones. En 1439, después de haber franqueado el Cabo Nour, considerado como el límite del África austral, llegaron hasta la punta de Bojador, pero la vista de este inmenso promontorio, bordeado de espantosas rocas, desconcertó á los navegantes, que volvieron al punto de partida, descubriendo á su regreso la hermosa isla de la Madera, donde establecieron un buen puerto de escala. En los años siguientes llegaron hasta el Cabo Blanco, llegando después á Cabo Verde, y franquearon la línea ecuatorial. En 1472 descubrieron las is-

las del Golfo de Guinea y construyeron sobre la costa en 1478 el fuerte de San Jorge, que les aseguró la explotación de los productos de aquella rica comarca.

En los años 1486 y 1487 el atrevido navegante Bartolomé Díaz, continuando la exploración de las costas occidentales, reconoció el promontorio que constituye, efectivamente, el límite extenso del África austral y al que dió el título de Cabo de las Tormentas, por no haber podido franquearle á causa del mal estado de los mares. El sabio Rey de Portugal, D. Manuel, protector decidido de la navegación, persuadido de que por este Cabo era más breve la ruta para las Indias Orientales, le hizo denominar *Cabo de Buena Esperanza*.

Estos descubrimientos, hechos hasta fines del siglo XV, abrieron el camino que en el inmediato debían seguir Vasco de Gama y Alburquerque para realizar las importantes adquisiciones que hicieron dominase mucho tiempo la influencia portuguesa en las remotas Indias Orientales.

Por causa de estos notables sucesos y de la importancia que adquirió el vecino reino, su capital, Lisboa, era el punto de reunión de los navegantes, cosmógrafos y astrónomos de la culta Europa, que iban á comunicarse sus noticias, cambiar sus impresiones y formar los más atrevidos planes.

Christophoro Colombo, nacido en Génova, de

una familia medianamente acomodada, manifestó desde sus primeros años una afición extremada á la navegación y á las ciencias y artes que con ella se relacionan, como la geografía, la astronomía, la historia y el dibujo lineal.

Para satisfacer sus instintos y laudables deseos, no había campo más á propósito que Portugal, donde se trataban asuntos tan conformes con sus inclinaciones. Aunque no contaba con más recursos que el producto de sus conocimientos y el trabajo material, trasladóse á Lisboa, donde hizo algunas amistades y contrajo matrimonio con una lisbonense, adquiriendo modesta subsistencia, delineando mapas, cartas geográficas y construyendo esferas con arreglo á los conocimientos de la época.

Esta ocupación, el trato con los marinos y geógrafos y el ejemplo de los exploradores, unido todo á su gran penetración y aprovechados estudios, le hicieron meditar profundamente y llegar á concebir el pensamiento que fué el ideal de su vida.

No diremos que Colón *adivinase ó presintiese* la existencia del hemisferio que llegó á descubrir, por medio de una revelación divina y sobrenatural; aunque todo pudiera ser, porque hay inspiraciones del genio que no son obra del hombre y que á veces surgen sin que intervenga decididamente la voluntad, y porque la Suma Omnipotencia se vale en muchas ocasiones de pequeñas

causas para producir grandes efectos y de humildes personas para realizar elevados hechos.

Y la Divinidad, en el sentir de los místicos moralistas, suele comunicar preferentemente sus altos y ocultos impulsos á las almas fervientes y dotadas de un espíritu de acendrada virtud y de piedad; y de Colón se sabe que era un ardiente católico y un fiel creyente, como no puede menos de serlo todo el que se dedica con eterna fe al estudio de la Naturaleza, y muy particularmente á la observación de la admirable fábrica del firmamento, cuya hermosura, regularidad y sabias leyes que le gobiernan y que contempla el hombre sin llegar á comprenderlas, hizo ya pronunciar en remotos tiempos al Profeta Rey aquella magnífica frase, que llegó á ser la divisa de Colón: *los cielos cantan la gloria de Dios.*

Era Colón, como todos los marinos cristianos, tierno devoto de la Purísima Virgen, á quien está encomendada la seguridad de los mares, *Ave maris stella.* En sus largos días de angustia y de tribulación, en sus mortales horas de cansancio y desaliento, veíasele con frecuencia en las iglesias de Sevilla, sumido en profunda oración al pie de los altares de la Inmaculada, dirigiéndola fervientes ruegos para que no quedase destruída la brillante ilusión, ó, mejor dicho, la halagüeña esperanza que le animaba, y para soportar con admirable paciencia los rigores de la mala fortuna.

Hay coincidencias extrañas y asombrosas en la vida de los hombres y en la marcha de los acontecimientos, y en la historia de Colón hállanse algunas que llaman poderosamente la atención y que se relacionan con el devoto afecto que á la Santísima Virgen profesaba. La primera puerta que se abrió al abatido navegante para emprender su glorioso camino, fué un templo consagrado á la Virgen de las Vírgenes—*Santa María de la Rábida*—y *Santa María* se llamaba también la débil navecilla donde arribó á remotas playas, la pequeña embarcación donde ocurrieron tantas peripecias, donde corrió tantos peligros, y que fué milagrosamente salvada de los embates de las furiosas olas, cuando á su regreso á España se vió acometida de la deshecha tormenta en que por algunas horas creyó Colón comprometido y perdido para siempre el fruto de sus trabajos.

La Iglesia Católica mira á Colón como una de sus glorias en la Edad Moderna. El oráculo infalible, el Sumo Pontífice actual, en su magnífica Encíclica dirigida al mundo católico con motivo del cuarto centenario, declara que Colón, sin desdeñar el deseo de justa gloria y merecida recompensa material de sus afanes y estudios, tenía por objeto principal de la empresa concebida la mayor gloria de Dios y la difusión de las salvadoras doctrinas de la Fe evangélica y la Civilización cristiana, entre gentes que suponía de-

bían hallarse sumidas en las tinieblas de la completa ignorancia ó de la más espantosa ó ridícula idolatría.

Colón, según la teoría formulada por él, y que más adelante indicaremos, nunca creyó ni ofreció descubrir un nuevo hemisferio. Pero suponiendo la existencia de tierras no exploradas, aunque próximas ó dependientes de otras ya conocidas, donde reinaba desde tiempo inmemorial el culto de falsos ídolos y de animales vivos, como en el antiguo Egipto, supuso, por consiguiente, que en las tierras que imaginaba existirían almas sumidas en idénticos errores y necesitadas de que las alumbrase la radiante luz de la verdad. Por esto, al dirigirse la primera vez á los Reyes Católicos proponiéndoles su idea, les indica *cuán imperecedera sería su gloria llevando el nombre y la doctrina de Jesucristo á tan remotas regiones,* que confiaba descubrir y poner bajo su dominio, aumentando el rebaño del Salvador.

Y más adelante, obtenido ya el primer satisfactorio resultado, les escribe: «Que pide á Dios »que los Reyes, ayudados por la Divina gracia, »perseveren en llevar á nuevos mares y playas »la luz del Evangelio.» Y en una carta dirigida al Sumo Pontífice Alejandro VI, pidiéndole misioneros para las islas recién descubiertas, le dice: «Confío, con la ayuda de Dios, en poder ya »propagar ampliamente el Sagrado nombre y el »Evangelio de Jesucristo.»

Al recibir la Reina Isadel en audiencia á Colón para oir de su boca la exposición de su proyecto, es seguro que la cautivó para decidirse á protegerle, más que la explicación de unas materias muy complicadas para la inteligencia de una dama, aunque tan superior como era la de la soberana de Castilla, la ardiente fe y extremada confianza que rebosaban las palabras del marino.

Por esta causa, la Reina, participando de la fe de su protegido, contestaba á los que pretendían disuadirla de ayudar á una empresa juzgada como quimérica: «Segura estoy de que Colón afrontará valerosamente el vasto Océano á fin de llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios.» Y después de su segundo viaje le escribía: «Que no se podía »haber dado mejor empleo á los gastos que se »habían hecho y á los que estaba pronta á hacer »para la expedición de las Indias, porque así se »conseguiría la difusión de la cristiandad.»

Con razón justa dice en su Encíclica el Vicario de Jesucrito: *Colón es de los nuestros;* es decir, Colón es un hijo predilecto de la católica Iglesia, porque á esta soberana institución cabe en primer término la gloria del descubrimiento; gloria que en nada amengua ni desvirtúa el mal uso material que la perfidia humana hizo de aquel admirable suceso. Un humilde religioso inició el movimiento: dos eminentes prelados le

secundaron y una católica ferviente princesa, sin ejemplo en nuestra patria, contribuye á su feliz éxito. A haber faltado tan poderosos auxiliares, tal vez se retardara muchos años el descubrimiento, y no se habría verificado con las favorables circunstancias que entonces le acompañaron.

Atendidas estas circunstancias, apreciando debidamente la inquebrantable fe religiosa de Colón, su constancia y su paciencia, las tribulaciones y disgustos que sufrió antes de emprender la obra, sus trabajos y fatigas ya principiada, y sus persecuciones y el mal pago recibido después de terminarla, Colón aparece á los ojos de la posteridad rodeado con la brillante aureola de los mártires del cristianismo; y si no vertió su sangre como éstos por el triunfo de la verdad, no fué porque le faltase ocasión para ello, pues en su historia vemos cuántas veces se halló en peligro de perder la vida por la desconfianza é impaciencia de los hombres, que, sin fiar en los designios de la Providencia, quisieran que los sucesos marcharan siempre arreglados á sus deseos y á sus pasiones.

Existe un precioso dato, no muy conocido, de la religiosidad de Colón, que merece consignarse. Cuando de sus exploraciones dedujo que en los lugares descubiertos, y en los que aún esperaba descubrir, existía el oro en abundancia, juzgó que en nada podía emplearse mejor aquel pre-

cioso metal que en aumentar el brillo y esplendor de la religión del Crucificado y en sostener viva y constante la fe de sus adoradores; y fijándose en tan magnífica idea, manifestaba á los Reyes Católicos su deseo de continuar trabajando con la mayor asiduidad, despreciando todos los peligros y venciendo todos los obstáculos para allegar grandes sumas y destinarlas á la libertad de las Tierras Santas y conquista del sepulcro del Redentor, sujeto al dominio de los triunfantes turcos, que dueños ya y establecidos en una importante región de Europa, eran un inminente peligro y una constante amenaza á la cristiandad.

Semejante propuesta, tan conforme con los piadosos sentimientos de los Reyes que habían arrojado de España los últimos restos del Islamismo, no podía menos de serles por todo extremo agradable. ¡Cuánto hubiera aumentado la gloria particular de su reinado y la gloria general de su país una cruzada triunfante, y cuyo éxito era muy fácil de prever contando con los poderosos elementos que faltaron en otros tiempos y haciendo uso de los grandes adelantos introducidos en el arte de la guerra!

Pero, desgraciadamente, el proyecto no pasó de tal, y los inmensos tesoros arrancados al Nuevo Mundo, en vez de emplearse contra los infieles, sirvieron para sostener las desastrosas luchas en que los cristianos se destrozaron mutuamente.

La Iglesia Católica Romana, siempre justa y deseosa de premiar el mérito de sus héroes, ya había tomado en cuenta las altas virtudes de Colón y tratado de darle una recompensa más digna y gloriosa que la mezquina y tardía que el mundo oficial hubo de ofrecerle, más por seguir una moda reinante y satisfacer el prurito de malgastar dinero, que por un acto de admiración y entusiasmo. Ya hace tiempo que algunos eminentes varones consideraron digno á Colón de la honra de ser elevado á los altares, y dado se han los pasos preliminares para instaurar el proceso de su beatificación. De esperar es que nuestro Santísimo Padre León XIII, que tan entusiasta se muestra del gran marino, coronará dignamente las pasadas fiestas del cuarto centenario, autorizando la continuación del indicado proceso, hasta pronunciar la decisión soberana que vendrá á ser otro de los notables sucesos del turbulento siglo que termina.

CAPÍTULO III

Odisea del genio.

Proyectos de Colón.—Sus estudios y cálculos.—Dificultades de su empresa.—Decepciones y disgustos.—Su peregrinación por España.—Conquista de Granada.—Expulsión de los judíos y sus consecuencias.—Tribunal de la Inquisición.—Desaliento y miseria de Colón.—Su viaje.—Colón pide pan para su hijo y un jarro de agua para él á los religiosos del Monasterio de *Santa María de la Rábida*.—Acogida de Colón en la *Rábida*.—Fr. Juan Pérez de Marchena.—Los frailes alientan á Colón.—El P. Marchena y el médico de Palos de Moguer, Garci-Fernández, interceden en favor de Colón.—Colón habla á la Reina, que le ofrece protección.—El Rey D. Fernando opone dificultades, que vence la Reina.—Don Fernando de Aragón contribuye con una suma para los gastos del primer viaje de Colón.—Suspicacias del Rey.—Tribunal que examina los planes de Colón.—Su fallo desfavorable.—La Reina insiste en proteger la empresa.—Escasez de recursos.—Isabel I empeña sus joyas.—Aprestos para el armamento, provisión y dotación de la *Santa María*, la *Niña* y la *Pinta*.—Censuras de extranjeros y nacionales á los Reyes Católicos por patrocinar tal empresa.—Obstáculos que ésta encontró.

Volviendo ahora á colocarnos en el terreno de los hechos naturales, continuaremos nuestra relación.

Cuando Colón, viudo ya, concibió su proyecto, no era joven, aunque estaba bastante fuerte y animoso para soportar las fatigas y azares de los viajes. No habiendo podido salir de la penosa

estrechez en que se encontraba, ni contando más que con su ímprobo y poco lucrativo trabajo para sostener su existencia y la de su hijo, apenábale en extremo la idea de dejar á éste sin otro patrimonio en el mundo que su honrado nombre y sus conocimientos científicos.

Ya hemos dicho anteriormente que los descubrimientos de los portugueses habían llamado su atención y despertado su estímulo, y se propuso imitarlos. No pensó, sin embargo, marchar en pos de los que habían tomado la iniciativa, y hacer nuevas exploraciones de igual índole y en los propios derroteros. Esto no hubiera encerrado novedad ni producido interés; y además, ir á descubrir posesiones para otros Gobiernos en sitios donde los primeros exploradores creían tener ya derechos adquiridos, podría seguramente ocasionar agrias disputas, como más adelante surgieron, y producir graves desavenencias.

Cuando se descubrió el *Cabo de Buena Esperanza* y los portugueses se persuadieron de que doblándole y marchando hacia el Este podrían hallar un rumbo más corto y seguro que el hasta entonces seguido para llegar á las Indias Orientales, Colón se fijó en la idea y empezó á madurar la suya á favor del cálculo, la comparación y las inducciones.

Por sus estudios geográficos y astronómicos y por sus conocimientos de la estructura del

golfo, según la opinión generalmente admitida, sabía perfectamente la posición que ocupaban las tres partes principales del mundo conocido entonces, cayendo las Grandes Indias al extremo oriental de la Tierra. Pero de la parte occidental del planeta, limitado por un mar cerrado para los navegantes en aquella fecha, nadie había dicho nada, y el genio del pensador, iluminado por una intuición poderosa, se fijó en aquella circunstancia, formulando una teoría que cada vez fué adquiriendo en su mente más visos de probabilidad, arraigándose tanto más cuanto más pensaba en ella, y llegando, por fin, á ser un convencimiento.

Considerando el globo como de una figura semiesférica, suspendida en el espacio infinito, según observamos la luna y otros planetas, por medio de leyes desconocidas, pero que deben estar sujetas á reglas naturales puestas en algún modo al alcance de la comprensión humana, Colón deducía que, estando compuesto el globo de agua y tierra, siendo ésta más pesada y ocupando la parte superior del planeta, constituyendo la inferior otra parte más ligera, formada por la gran masa de los mares, el mundo no podía sostenerse en perfecto y constante equilibrio, y hacíase necesario, por consiguiente, un contrapeso. El descubrimiento del nuevo hemisferio demostró muy pronto la exactitud del maravilloso cálculo.

Pero ¿qué masa de tierras no conocidas de los hombres debía constituir este indispensable contrapeso? Hé aquí lo que no podía decirse ni sospecharse hasta tocar la evidencia. No figurándose Colón pudiera existir un gran territorio completamente desconocido, y marchando siempre por el camino de la inducción y de las causas ya conocidas, supuso que lo que él presentía era una prolongación de la India Oriental, ó territorios muy próximos á ella, no conocidos por los antiguos navegantes ni por los modernos exploradores portugueses, que buscaban, como se ha dicho, una ruta más breve para la mencionada India.

Si los cálculos de Colón eran fundados, quedábanse cumplidos satisfactoriamente sus deseos y colmadas sus aspiraciones morales y materiales. Si los territorios imaginables formaban parte de las Grandes Indias, convendrían también los ricos y varios productos de aquella privilegiada región, y habría infinidad de almas que sacar de las tinieblas de la idolatría á la claridad del Evangelio.

Formulada la teoría, sólo faltaba llevarla á la práctica, y Colón se propuso buscar también un camino breve á las Indias, aunque tomando rumbo opuesto al de los lusitanos para no encontrarse con ellos. Así, pues, mientras éstos, doblando el Cabo de Buena Esperanza, caminaban hacia el Este, Colón determinó marchar con

rumbo al Occidente, engolfándose en el desconocido Océano, llamado el *mar tenebroso* por los peligros de que se consideraba lleno.

Aunque la idea había costado grandes estudios, profundas vigilias y, por consiguiente, un ímprobo trabajo en su concepción, el realizarlo ofrecía inconvenientes que parecían insuperables, y que acaso iban á impedir se realizara. Colón, como todos los genios, era pobre; la empresa exigía grandes gastos para llevarla á cabo, y ningún particular, por rico que fuese, hubiera querido exponer su fortuna en un negocio aventurado y de dudosa realización. Era preciso dirigirse á los Gobiernos, y principalmente á los que revestían gran importancia marítima y comercial.

Por un deber de patriotismo dirigióse Colón, en primer lugar, al Gobierno de Génova, su país natal. La orgullosa República, que al par de su competidora Venecia, monopolizaba con grandes ventajas y cuantiosos beneficios la navegación y comercio de los mares de Oriente, no hizo mérito de las ofertas de un obscuro ciudadano.

Entonces se dirigió al Monarca de Portugal, su patria adoptiva. Pero el portugués, engreído con los triunfos obtenidos por sus marinos, esperanzado de hacer nuevas adquisiciones, y hallando en el proyecto de Colón muchos puntos de contacto con lo que ya era una realidad,

contestó «que no necesitaba los servicios de un extranjero».

Colón ofrece después la realización de su pensamiento á Inglaterra, potencia que entonces empezaba á desplegar la importancia marítima que la hizo luego monopolizar el dominio de los mares y el comercio del mundo. Pero allí, al desengaño y la repulsa, el gran navegante tuvo que añadir el desprecio y el insulto. Su plan fué tachado de quimérico, su idea de imposible y él considerado como un loco, ó por lo menos como un visionario. ¡Extraños contrastes de la fortuna! ¡Muestra palpable de la falsedad de los juicios del hombre! El pueblo donde el proyecto de Colón obtuvo más duros calificativos, era precisamente el progenitor de los que tres siglos más tarde habían de sacar mayores beneficios del nunca bastante alabado pensamiento.

Despreciado en Inglaterra el marino, siempre ofreciendo riquezas que nadie quería aceptar, dirígese á la Corte de los Reyes de Castilla y Aragón, cuyos Estados constituyen el naciente reino unido de España; pero la fatalidad, no cansada aún de perseguir al genio, hace que Colón se presente en mal hora á reclamar la protección de aquellos soberanos. Éstos, deseosos de completar la unidad del país, encuéntranse con un obstáculo que lo impide. En un rincón de la península existe un pequeño, aunque feracísimo y rico territorio donde aún flota el estandarte

de la Media Luna, plantado hace 700 años por los soldados de Muza y de Tarif. Este rincón, apellidado por los musulmanes el traslado del Paraíso, es el reino de Granada, que los católicos monarcas se han propuesto á todo trance adquirir.

Ocupados en reunir su ejército, en allegar recursos y en combinar planes, los Reyes no tienen lugar de ocuparse en asuntos extraños al principal que llama su atención. ¿Qué falta les hace colocar sus miras á remotas adquisiciones cuando tienen bajo sus manos, y ya casi segura, la que tanto ambicionan poseer? La pretensión de Colón, si no rechazada, es al menos aplazada para tiempo más oportuno, pretextando las graves ocupaciones de la guerra, los inmensos gastos que origina y la necesidad de esperar días de sosiego, para estudiar y meditar la conveniencia y medios de admitir y realizar un plan de tan inmensa importancia como su autor le atribuye.

Colón permanece en la corte buscando conexiones que puedan ayudarle, recomendaciones que le sirvan para interesar á los Reyes en protegerle, consumiendo sus escasos recursos y reducido á la triste condición de mísero é importuno pretendiente; clase que tanto debía abundar en los reinados siguientes en España, donde la empleomanía no es nueva ni nunca fué desconocida. Entablada la guerra, Colón siguió á los Reyes al campamento, siendo testigo de las

peripecias de la lucha y de su definitivo y glorioso resultado, sin abandonar nunca su propósito, sin cejar en la idea capital que le dominaba y poniéndola siempre, con su ferviente entusiasmo, en conocimiento de cuantos querían escucharle; lo cual servía á unos de entretenimiento, á otros de causa de mofa y de chacota, especialmente á la soldadesca ignorante é insolente, entre la que era generalmente conocido con el apelativo de *el loco*.

Rendida Granada y ocupada en 2 de Enero de 1492 por los Reyes, éstos, que veían ya realizada la unidad política de la Monarquía, no quisieron dejar la obra incompleta y trataron también de establecer la unidad religiosa.

Para conseguir este objeto, en Marzo del mismo año decretaron la expulsión, en un breve término, de los judíos naturalizados en España hacía muchísimos años, al menos que no prefiriesen abrazar la religión católica. Algunos, más por interés particular de conservar sus bienes que por convicción, aceptaron el partido; pero la casi totalidad, constante en su fe, optó por la emigración, diseminándose por países extranjeros, saliendo del nuestro, además de los moros que pasaron al África en pos de su destronado rey Boabdil, casi un millón de personas; dándose de este modo el primer paso para la despoblación de la Península, que llegó á adquirir más tarde espantosas proporciones.

No hay duda que la expulsión de los hebreos produjo en nuestra Nación gran brillo y lucimiento á la causa de la religión, que fué declarada la única y dominante, sin tolerancia de otra alguna. Pero, considerada la medida desde el punto de vista político y económico, no pudo ser más fatal y ruinosa. Aunque los judíos eran avaros, usureros y acaparadores de la riqueza, que casi estaba centralizada en sus manos, también eran, en cambio, productores y consumidores, y con su falta empezó á resentirse la riqueza pública, perdiéndose los capitales, que quedaron escondidos, ó fueron á refluir á los países extranjeros, y también se resintieron la agricultura y la industria, cuya decadencia se advirtió muy pronto; porque los judíos, los moros y los moriscos ó *cristianos nuevos* eran activos y laboriosos y dedicábanse á trabajos que desdeñaban los orgullosos hidalguillos *de gotera,* y aun muchos individuos de la mal llamada clase popular bien acomodada, que hoy se llama impropiamente *burguesía.*

La expulsión de los judíos y el deseo de mantener la fe católica sin mancha ni detrimento, movió á los Reyes de España á establecer en sus dominios con carácter de permanente el Tribunal de la Inquisición, institución ya de antiguo conocida, cuyo objeto era velar por la pureza de la religión, entendiendo de las causas de herejía, conteniendo y castigando á los autores de

los delitos contra los dogmas del catolicismo, inquiriendo, como su nombre lo indica, dónde estaba el principio del mal, para cortarle, si era posible, en su origen; y haciendo todo esto bajo reglas de una legislación especial, basada en secretos procedimientos, cuyo misterio fué causa de la odiosidad con que era mirada en su tiempo y con que aún se mira en el día su recuerdo.

Esta institución, establecida en Roma en el siglo XIII, cuando la Iglesia se hallaba hondamente perturbada por las revueltas de la herejía, y en particular por la revolución social y religiosa de los *Albigenses* en Francia, y que se encomendó en la práctica á los religiosos de la Orden de Santo Domingo, instituída en España y difundida muy pronto en toda Europa, se hizo necesaria en nuestra patria, bajo el punto de vista en que los Reyes Católicos la consideraron, por las transgresiones que continuamente se ad, vertían por parte de los judíos conversos, quecristianos sólo en la apariencia por interés propio, no habían dejado de practicar los ritos y ceremonias del culto hebraico, con notable escándalo de las gentes piadosas que lo advertían, y con notorio desprecio de las leyes del país que los toleraba en su seno.

Nosotros, por varias razones, y especialmente porque no cumple al objeto principal de este trabajo, nada diremos en pro ni en contra de la mencionada institución, sino que muy

pronto se extralimitó de sus atribuciones, convirtiéndose en un cuerpo político y arbitrario muchas veces.

Pero los admiradores y panegiristas de la Inquisición, que todo tiene sus apasionados en el mundo, miran como un hecho providencial su establecimiento en España en los principios del siglo XVI, y cuando muy pronto había de surgir en dominios sujetos á la corona del más poderoso de los imperios, la más potente, la más terrible y la más transcendental de todas las herejías, como fué la de Lutero, que no dejó de tener numerosos partidarios en nuestra patria, contra los cuales hubo la Inquisición de desplegar toda su vigilancia, su celo y su energía. La Historia nos dice de qué modo obró y qué consecuencias trajo á la Europa el establecimiento en Flandes y demás dominios del emperador Carlos V, de aquel Tribunal que entonces empezó á ser político al par que religioso.

Estas innovaciones de los Monarcas dificultaban cada vez más el despacho del asunto de Colón. Sin desmayar de la empresa, sin perder un átomo de su suprema fe y esperanza, sentíase ya oprimido por el desaliento, y afligíale, más que por él, por su tierno hijo, la angustiosa miseria que á paso veloz avanzaba. Las relaciones que en la Corte tenía carecían del necesario influjo para valerle, y los trabajos á que pudiera dedicarse ni eran constantes ni necesarios, y no

bastaban para atender á su preciosa aunque frugal subsistencia. No esperando alcanzar ya nada en Castilla, determinó pasar á Francia, á hacer cerca de aquel Gobierno la postrera tentativa.

Púsose, pues, en camino, acompañado de su tierno hijo, con pobre equipaje y escaso caudal de maravedís en el bolsillo, y contando únicamente con el auxilio de la Divina Providencia, que no debía abandonarle por cierto.

Pronto se halló consumido el escaso haber de los viajeros, llegando el angustioso trance de faltarles lo más indispensable. El rubor, compañero de la verdadera pobreza, impedía á Colón que mendigase como un vulgar pordiosero el pan que le pedía su famélico hijo; pero la necesidad era tan apremiante, que le obligó, por fin, á vencer todos los reparos.

La Providencia, que visiblemente se muestra al hombre en las más apuradas situaciones, vino en auxilio de aquellos desgraciados, encaminando sus pasos al Monasterio de Santa María de la Rábida, situado cerca de Huelva, y donde seguramente no habían pensado dirigirse. Al verse Colón frente á aquel asilo de paz y caridad, comprendió que había llegado á puerto de salvamento, donde hallaría remedio á su necesidad, y entró en la portería, demandando por amor de Dios un pedazo de pan para su hijo y un jarro de agua para él.

Era en tiempo en que la religión podía dispensar su auxilio á los necesitados. El Monasterio aquel pertenecía á la Orden de San Francisco, cuyos religiosos sabido es que piden limosna para sostenerse y para atender al socorro de sus hermanos los pobres, tan necesitados como ellos. ¡Admirable comunismo cristiano, basado en los dos grandes principios de la igualdad y fraternidad que hoy tanto se propala y que tan poco se practica!

La primera persona que por feliz casualidad ó acordada providencia encontró Colón á su entrada en la portería del convento, fué el guardián Fr. Juan Pérez de Marchena, al cual demandó humildemente el socorro que necesitaba. Aquel ilustrado y caritativo religioso, admirado á la vista del pobre viajero, cuyo noble aspecto contrastaba con lo mísero de su traje, le acogió cariñosamente, le hizo entrar en un aposento inmediato y les mandó servir un refrigerio que les devolvió las perdidas fuerzas á él y á su hijo.

Ínterin satisfacían su necesidad, quiso saber quiénes eran y el objeto de su viaje, y Colón respondió cumplidamente á sus preguntas. El nombre de Colón era ya bastante conocido en España por lo que se hablaba de él y de sus proyectos, y el P. Marchena se alegró mucho de conocer al hombre extraordinario que cada cual calificaba á su manera. Como persona verdaderamente ilustrada é imparcial, á poco que habló con su

huésped comprendió que no era un sér vulgar ni falto de juicio, como algunos suponían, cobróle simpatía extremada y se dispuso á protegerle en cuanto sus fuerzas lo permitieran.

Invitóle á permanecer algunos días en el convento, tanto para que descansase, como para tener ocasión de conferenciar acerca de sus propósitos. Colón aceptó con reconocimiento la oferta; al menos tenía por unos cuantos días asegurada la subsistencia.

El P. Marchena quedó admirado y seducido en las conversaciones que tuvo con el huésped, de su profundo saber, extensos conocimientos, y más que todo, de su extrema piedad, acendrada fe y suma confianza en el auxilio divino. El plan de Colón no le pareció ni erróneo ni imposible, y le alentó para que no desmayase en la empresa. Á fin de que la gloria del descubrimiento, caso de verificarse, recayera toda sobre España, y que otro país extranjero no se aprovechara del beneficio, le ofreció interponer en su favor el valimiento que en la corte disfrutaba.

Al efecto, le prometió eficaces cartas de recomendación para los Obispos Talavera y Daza, personajes que disponían de grande influjo cerca de la Reina Isabel, y le ofreció al mismo tiempo encargarse de su hijo para sostenerle y educarle, todo el espacio que Colón invirtiera en sus pretensiones, que de este modo podía practicar con más comodidad y menos cuidados. La oferta

no podía ser más halagadora, y Colón la admitió, bendiciendo á Dios, que tan inesperado auxilio le deparaba en el caritativo P. Marchena.

Más adelante, en la corta época de prosperidad que disfrutó el ilustre marino; en aquellos días en que hubo llegado al apogeo de su gloria, y cuando en torno suyo todo eran plácemes, elogios y adulaciones, el insigne navegante se complacía en presentar á aquel humilde benéfico religioso, significándole como causa ocasional del gran acontecimiento, que sin su providencial intervención y la del sabio médico de Palos de Moguer, Garci Fernández, acaso no habría llegado á verificarse.

Provisto Colón de las eficaces recomendaciones ofrecidas y modestamente equipado, dió la vuelta á la corte, donde Talavera y Daza, íntimos amigos del P. Marchena, le acogieron benévolamente y le ofrecieron interesarse por él para conseguirle una audiencia con la Reina.

La promesa fué cumplida y el marino vió, por fin, la dichosa hora de poder hablar con la Soberana, que se prestó á escucharle con atención y complacencia. La entrevista fué larga, y en ella Colón expuso su teoría con tal claridad y fuerza de argumentos científicos y morales, que la Reina, mujer extraordinaria, dotada de clarísimo talento, alta penetración y gran conocedora de las personas, no pudo menos de comprender que tenía delante de sí á un genio, y le

prometió interesarse con su esposo para que tomase en consideración la propuesta, más seducida acaso que por la idea de adquirir nuevos Estados, por la de llevar á remotas regiones la luz de la Fe cristiana, como el mismo Colón decía.

Isabel consultó con el Rey acerca de lo que había oído de la boca del marino, expresándole la buena impresión que la causaran sus palabras, y rogándole se uniera á ella para proteger la empresa; pero D. Fernando, en quien la extrema suspicacia corría parejas con la sórdida avaricia, y que no estaba por los negocios dudosos y aventurados, sino por los que ofrecían resultados breves y positivos, negóse tenazmente á secundar los buenos deseos de su esposa, y sólo cedió vencido por los ruegos de ésta, ó más bien por la idea demostrada por ella de tomar el proyecto exclusivamente por cuenta suya: pues es de advertir que la unión de los reinos de Aragón y de Castilla no fué un hecho consumado hasta la muerte de Fernando, y que en vida de ambos cónyuges, según los contratos matrimoniales, cada uno podía en determinados casos disponer á su voluntad de sus bienes propios. Estado al parecer anómalo, pero que existió efectivamente mientras duró la vida de ambos regios esposos, subsistiendo separados é independientes los Consejos de Castilla y Aragón, la observancia de las leyes forales de este reino sin aplicación en el

otro, y la convocatoria y celebración de Cortes en uno y otro Estado con separación absoluta.

En el Archivo de la Corona de Aragón existen documentos donde consta que el Rey D. Fernando contribuyó con una suma, cuya valía no se expresa, para los primeros gastos del viaje del descubrimiento. Merced á dicha suma, el Rey consorte se constituyó socio de la empresa, con derecho á participar los beneficios nominales ó efectivos que resultasen.

Sin embargo, antes de entregar la suma ofrecida, y aconsejado por la suspicaz desconfianza que le caracterizaba, quiso que el proyecto de Colón fuese examinado y calificado por un Tribunal, á su parecer, competente, y, al efecto, se nombró una junta de teólogos, cosmógrafos y astrónomos, Catedráticos algunos de la célebre Universidad de Salamanca, famoso cuerpo docente y literario cuya autoridad era reconocida generalmente en Europa como indiscutible, corriendo parejas con la de la no menos famosa Universidad de la Sorbona de París.

Aquellos presuntos sabios, educados en la ciencia antigua y acérrimos partidarios de la filosofía escolástica, cuyos caracteres eran la obscuridad en la tesis, la confusión en los conceptos y la sofística sutileza en la dialéctica, no querían ver nada posible ni aceptable, como no estuviese conforme con sus creencias ó sus opiniones. Concluyeron por declarar, al cabo de al-

gunas sesiones en que Colón explicó y sostuvo su plan, que éste era imposible é impracticable, por hallarse en completa oposición á las leyes naturales entonces conocidas, porque en muchos puntos atacaba ciertos pasajes de la Biblia, y porque no estaba conforme con las opiniones de varios Padres de la Iglesia, y muy particularmente de San Agustín, que, según en otro lugar dijimos, negaba como absurda la existencia de los antípodas.

A pesar de tan desfavorable juicio y dictamen, la Reina, que ya había empeñado su palabra, no quiso retirarla, y el asunto siguió adelante, aunque encontrando un grande inconveniente, el cual era la escasez de recursos, aunque la cantidad presupuestada para el viaje no era exorbitante, tratándose de unos Soberanos.

Pero el Tesoro real de Castilla y de Aragón se encontraba bastante exhausto, á causa de los cuantiosos dispendios hechos con motivo de las guerras sostenidas en Italia y por la conquista de Granada, habiendo llegado en algunas ocasiones la penuria á tal extremo, que los Reyes Católicos, no obstante su acendrada piedad, tuvieron que incautarse de los bienes y hasta de las alhajas de la Iglesia, aunque bajo la debida promesa de devolución. En la ocasión de que nos ocupamos, los fondos de la Corona eran bastante escasos, y no alcanzaban, con el donativo de D. Fer-

nando, á cubrir la suma necesaria. La augusta Soberana, dando un digno ejemplo de magnanimidad, comparable sólo con el de su digna predecesora, Doña María de Molina, empeñó sus joyas, y con el producto de la operación y algunas sumas que agenciaron los Secretarios Santángel y Quintanilla, bastante afectos ya á Colón, pudo completarse la suma necesaria para alistar las tres pequeñas embarcaciones destinadas á la expedición, cuyos nombres eran la *Santa María,* capitana que debía montar Colón, y la *Niña* y la *Pinta,* cuyo mando fué encomendado á sus dos Tenientes los hermanos Pinzón.

El armamento, provisión y dotación de las tres carabelas se empezó á practicar con la posible diligencia, en el pequeño puerto de Palos de Moguer, provincia de Huelva. Colón, mientras se completaban los preparativos, redactó un pliego de compromiso y de capitulaciones, como entonces se decía, comprensivo de la obligación que el navegante contraía al emprender el viaje de exploración, y de las recompensas que obtendría, caso de un feliz resultado, por parte de los Monarcas. Éstos, como sólo se trataba de *supuestos* probables, no tuvieron el más leve inconveniente de firmar el contrato *sub-conditione.*

Pronto corrió por toda España y se divulgó por fuera de ella la noticia de que iba á ser un hecho el viaje en busca de las tierras desconocidas. Aunque en Europa se tenía formado un alto

concepto de las excelentes prendas que adornaban á los Reyes Católicos, al saber que amparaban y sostenían los proyectos del hombre considerado como *un loco,* no dejaron de calificarles agriamente, censurando su extrema confianza y augurándoles un bochornoso desengaño. Iguales opiniones abundaban en la Península, donde todos lamentaban la desgraciada suerte de los incautos, que, cegados por la ambición y el deseo de lograr quiméricos beneficios, iban á arrostrar infinidad de peligros y á desafiar temerariamente á la misma muerte, lanzándose á la ventura en medio de mares ignotos y nunca explorados. Semejante idea influyó muy poderosamente hasta en el reclutamiento de las gentes que habían de formar las tripulaciones. Las familias se oponían con fuerza á que los individuos de ellas se alistasen para la expedición, y sólo á duras penas logró reunirse la exigua dotación de las carabelas, y que se reducía á hombres que poco ó nada tenían que perder y que esperaban, en cambio, ganar algo y mejorar de fortuna, animados con las brillantes promesas que se les hacían.

CAPÍTULO IV

Fe y Esperanza.

Zarpa la flota del puerto de Palos de Moguer.—Amenazas á Colón.—Estalla el motín.—Fe inquebrantable de Colón.—Rodrigo de Triana.—*¡Tierra!*—Isla de *Guanahani.*—Desembarco de Colón.—Cambio de obsequios.—Codicia de los españoles.—En busca de oro.—Descubrimiento de más islas.—Viaje de regreso á España.—Peligros de inminente naufragio de la flota.—Valor de Colón.—Su arribo al puerto de Palos.—Títulos, recompensas y gracias que se le conceden.—*Indias Occidentales.*—Segundo viaje de Colón y descubrimiento de nuevas islas.—Arribo á la *Isabela.*—Arbitrariedades y rebelión.—Comercio con Europa.—Productos indígenas.—Oro y piedras preciosas.—Criaderos de diamantes.—Especulación y codicia.—*Real Consejo de Indias.*—Destitución del Almirante y Gobernador de la colonia.—Su regreso á España.—Colón á la cárcel.—Proceso inicuo.—El de la *capa raída.*—Reparación á Colón.—Carácter bondadoso de los indios.—Los *encomenderos.*—Nuevos viajes y descubrimientos de Colón.—Desgracias de Colón.—Su escasa fortuna.—Su muerte.—Su herencia.

Llegó por fin el venturoso día tan deseado para Colón después de cuatro largos años de trabajos, miserias, ruegos, desaires y privaciones. El día 3 de Agosto de 1492, día memorable en la Historia de España y del mundo todo, la pequeña flota levó anclas desde el pequeño puerto de Palos de Moguer, en la provincia de Huelva, población obscura hasta entonces, pero que al-

gunos meses después adquirió el brillante nombre que la distingue.

Al llegar á las Canarias, Colón, abandonando la ruta seguida por todos los navegantes, se dirigió hacia el Oeste, engolfándose en un mar completamente desconocido, donde nada se veía más que cielo y agua, y en donde en muchos días no se alcanzó á ver ni una pequeña embarcación, ni un ave marina, ni las hierbas que arrastran las corrientes, ninguna de esas señales que indican la proximidad de la tierra. El diario del jefe de la expedición permanecía cerrado sobre la mesa, sin que hubiera que consignar en él la más pequeña novedad, y el ilustre marino ocupábase solamente en observar los astros y en rogar al Todopoderoso que le guiase á puerto de salvación y no permitiera se malograse su empresa.

Sus compañeros, que no tenían su genio, ni participaban de su fe y su entusiasmo, y que sólo hacían el viaje con un fin que parecía cada vez más remoto, cansados ya de aquella interminable travesía, empezaron á murmurar, á quejarse, y, por último, á faltarle al respeto y la obediencia, llegando á amenazarle que le arrojarían al mar si no volvía las proas hacia España. A estas amenazas y á estos conatos de rebeldía, que al cabo estallaron con violencia, no fueron extraños los hermanos Pinzón, Tenientes de Colón, que si no promovieron el tumulto, por

lo menos no trataron de evitarlo. La severa Historia ha premiado, como es justo, tan ruín comportamiento, dándoles un lugar muy secundario en los anales del gran suceso, por no relegarlos completamente al olvido.

Colón, firme siempre en su propósito, y sin perder su valor y presencia de ánimo, procuró tranquilizarlos, pidiéndoles tres días de plazo para cumplir sus promesas, inspirado por una oculta confianza, que él mismo confiesa ignorar de dónde procedía, pero que en su ardiente fe no dudó era una inspiracion divina. El plazo iba á expirar, y el rumor del motín se levantaba con más fuerza, cuando en la noche del 11 al 12 de Octubre se oyó la voz de *¡Tierra, tierra!* dada por el grumete Rodrigo de Triana. Al clarear el día se descubrió distintamente una isla cubierta de frondosa vegetación y regada por multitud de arroyuelos. Era una de las Lucayas, á la que, según se pudo entender de sus habitantes, daban el nombre de *Guanahani*.

A esta vista desaparecieron como por encanto las quejas, las dudas y las amenazas, para dar lugar á la admiración y al arrepentimiento. Las promesas del grande hombre estaban cumplidas y á la vista, y los expedicionarios pisaban la primera tierra de un mundo desconocido. Los amotinados cambiaron al punto de actitud, arrojáronse á sus pies y le pidieron humildemente perdón de los ultrajes que le habían inferido.

Colón les ofreció indulgencia y olvido, asegurándoles le impresionaba más su sumisión que su osadía. El alma de los hombres verdaderamente grandes es incapaz de concebir rencor ni de guardarle.

Tratóse al punto de aportar á la recién descubierta isla, cuyos habitantes se hallaban esparcidos por la ribera, contemplando con estupor, pero sin espanto, la llegada de aquellos extranjeros, cubiertos de ricas vestiduras, en comparación de la semidesnudez en que ellos se encontraban, y que ostentando lucientes armas, avanzaban majestuosamente en el esquife de la capitana, tremolando la Cruz del Redentor y el regio pendón de Castilla, saludando con los ecos de aclamaciones y de las trompetas y atabales. El espectáculo de aquel sencillo triunfo en una tierra virgen, donde no se había derramado aún una gota de sangre humana, debió ser más agradable y afecto á los ojos de la Divinidad, que las ostentosas fiestas con que la ceguedad de los hombres y la torpe adulación honra á los grandes capitanes, que parece van sentados sobre cadáveres en sus fulgurantes carros de triunfo, que arrastran traíllas de hombres libres hechos esclavos en los sangrientos campos de batalla.

Si á los sencillos habitantes de la isla admiró la presencia de los forasteros, más sorprendió á éstos el aspecto de la localidad. Todo allí era nuevo, todo admirable. Las personas, la variada

y desconocida vegetación, las aves y los pocos animales que al pronto se llegaron á ver. Completaba la hermosura de aquella tierra, al parecer privilegiada, un cielo sereno y apacible y un clima templado y semejante al que se disfruta en las regiones más meridionales de Europa.

Colón, desembarcando rodeado de lo que pudiéramos llamar su estado mayor, y asistido del Escribano Real de la expedición, plantó en tierra la Cruz del Redentor al lado del estandarte de Castilla, y tomó posesión de la isla, que denominó *San Salvador*, en memoria de los graves peligros que había corrido y de los que se viera milagrosamente libertado. La toma de posesión fué hecha en nombre de la Reina Isabel, su generosa protectora, circunstancia al parecer de escasa importancia, pero que más tarde influyó poderosamente en las prevenciones que el Rey Católico concibió contra el agradecido navegante, que toda su vida profesó una especie de culto idolátrico á la que tanto le había favorecido.

Los habitantes de la isla contemplaban con respetuoso silencio aquellos actos, sin que su natural sencillez comprendiera que los extranjeros iban á despojarlos de sus tierras, de su libertad y acaso de su vida. Eran seres dóciles, humildes y que no indicaban tener el más leve asomo de ferocidad. Alentados por las muestras de afecto que los invasores les daban, pronto se mezclaron

con ellos, y haciendo uso de las señales mímicas, lenguaje convencional y común á todos los pueblos del mundo, casi llegaron á comprenderse, prestándose mutuamente algunos auxilios que los españoles apreciaron mucho en la situación en que se veían después de tan larga y penosa navegación. El viaje de exploración empezaba bajo los auspicios de la paz y la fraternidad; pero la obra del descubrimiento no había de concluir tan felizmente, y en aquella primera tierra descubierta estaba el germen de las discordias y crímenes que ocurrieron después.

En cambio de las frutas y aves que los isleños regalaban á porfía á sus huéspedes, Colón les distribuyó algunas bujerías de Europa, de cortísimo valor, pero que le tenían muy grande para los que nunca vieran cosa semejante. Consistían en pedazos de tela de varios colores, perlas falsas, cuentas de cristal brillante, sartas de abalorios de variados matices, cruces de metal dorado, rosarios y medallas. Las mujeres llevaban en las orejas y manos algunos adornos, tales como anillos y pendientes de tosca labor, pero que la codicia europea comprendió al momento que eran de oro de la más pura clase. Aquellas inocentes mujeres se despojaban con el mayor placer de sus adornos á cambio de los productos despreciados en España, y creyendo haber hecho un gran negocio en el trueque, y como temiendo que los cambiantes se arrepin-

tieran, corrían apresuradas á esconder en sus pobres viviendas los objetos adquiridos.

Los hombres, comprendiendo la afición que los viajeros mostraban hacia aquel metal, para ellos de valor escaso, trajeron alguna cantidad labrado y en bruto, recibiendo en pago cuchillos, tijeras, sierras, martillos, clavos, sartenes y otros utensilios cuyo uso y manejo les fué muy pronto conocido. Esto era el colmo de la felicidad para los unos y los otros. La codicia, excitada con aquellos principios, subió de punto cuando los isleños indicaron que el ansiado metal abundaba en otras grandes islas que existían inmediatas. Colón determinó proseguir sus descubrimientos y se hizo á la vela llevando á bordo algunos jóvenes indígenas que, animados por su bondad y cariñoso trato, se ofrecieron á guiarle por aquellos mares á puntos que no debían serles desconocidos.

La segunda etapa del viaje no ofreció los inconvenientes de la primera. Ya habían desaparecido las dudas y los temores, y no hubo quejas, impaciencias ni alborotos. Todos empezaban á vislumbrar el cumplimiento de sus deseos. Colón podía ya demostrar que su plan no era quimérico ni su teoría un vano sueño; y á los navegantes, por su parte, les halagaba la idea del recibimiento que tendrían á su regreso á la patria: los plácemes de sus amigos, el gozo de sus familias, y sobre todo, además de la gloria del

triunfo, la grande recompensa que era debida á los hombres que llevaran á cabo una empresa considerada imposible.

En pocos días de próspera navegación, Colón descubrió sucesivamente las islas denominadas por él *Santa María*, la *Concepción, Fernandina, Isabela, Cuba,* y finalmente *La Española*, llamada después Haití ó Santo Domingo, donde le pareció conveniente establecer la Metrópoli de los nuevos dominios. Resuelto á volver á España, tanto para dar cuenta del feliz resultado de la empresa, cuanto para regresar con más gentes y recursos que le permitieran continuarla, dejó en *La Española* algunos de sus compañeros con el encargo de construir un fuerte para mantener el principio de autoridad y dominio, recomendando mucho la buena armonía con los habitantes, evitando toda clase de atropellos y vejaciones, y emprendió su viaje de regreso, acompañado de algunos indígenas, que de buen grado se ofrecieron á seguirle.

El viaje, comenzado el 16 de Enero de 1493, fué próspero hasta el 12 de Marzo, en que una horrible tempestad, que se desencadenó frente á las islas Azores, puso en notable peligro á las naves combatidas. La grande alma del navegante llegó á verse por un momento contristada y abatida, temiendo iba á quedar ignorado cuanto esperaba dar á conocer muy pronto. Recelando zozobrar de un momento á otro, hizo

una breve reseña del descubrimiento, indicando con bastante claridad el derrotero que debía seguirse, y encerrando el pergamino en que la había escrito en una vasija de vidrio fuerte, la arrojó al mar con la esperanza de que las olas la arrastrarían á alguna ribera. Hecho esto, aguardó tranquilo lo que Dios quisiera disponer de él y de sus compañeros.

La Divina Providencia no podía permitir quedase ignorado el gran descubrimiento llevado á cabo con tantas fatigas, trabajos y perseverancia. El tiempo abonanzó; serenóse el mar, y el viaje terminó finalmente, llegando al puerto de Palos á los siete meses próximamente después de su salida.

Los Reyes Católicos se encontraban á la sazón en Barcelona, y hacia este punto se dirigió Colón á dar cuenta de su cometido. No haremos aquí una minuciosa narración del viaje triunfal del ilustre marino y descubridor; de la admiración que su presencia causaba y de las entusiastas ovaciones que por todas partes recibía. Bastantes historias antiguas y modernas existen sobre el particular, para que nos detengamos á repetir lo que tantos otros han dicho cumplidamente. Tan sólo expresaremos que los Soberanos, participando de la admiración y entusiasmo general y absortos ante las pruebas materiales del gran suceso, le recibieron en soberana audiencia pública, como hubieran recibido á un Soberano

igual suyo, haciéndole tomar asiento en su presencia para escuchar de sus labios la portentosa relación del viaje, confirmándole después todas las gracias y recompensas que *sub conditione* se habían estipulado al emprender el viaje.

Estas gracias fueron la connaturalización de Colón en España, un título nobiliario, que fué el alegórico de Duque de Veragua, el uso de escudo de armas correspondiente, y el título de Almirante de los mares de las *Indias Occidentales* y Gobernador por los Reyes de Castilla de todas las posesiones descubiertas y por descubrir.

Dióse á las islas descubiertas el nombre colectivo de *Indias Occidentales* porque no tenían ninguno apropiado que poderles aplicar y para distinguirlas de las *Orientales* por donde á la sazón extendían los portugueses sus conquistas.

En 25 de Septiembre del mismo año 93 emprendió Colón su segundo viaje, saliendo de Cádiz al mando de una escuadra de 17 naves, llenas de gente de todas clases y oficios y cargadas de los víveres y efectos necesarios para la colonización de aquellos lejanos territorios. Para este viaje no fué preciso emplear ruegos ni promesas: había gente de sobra y todos se disputaban como una dicha un puesto en la tripulación, animados por la esperanza que entonces empezó á fundarse, y que todavía no se ha desvanecido, de ir á adquirir una rápida fortuna en aquellos climas, á donde se suponía que hasta las arenas eran de

oro, acreditándose la exactitud de la gráfica frase de la Reina Isabel, que al preguntarla dónde se hallaría gente para poblar aquellas extensas posesiones, contestó: «No faltarán necios y codiciosos que vayan.»

Colón se dirigió á las islas de Cabo Verde, descubriendo luego la *Dominica*, la *Guadalupe* y *San Cristobal*, visitó la costa meridional de Cuba y la isla de *Pinos*, y á su regreso costeó la *Jamaica*, y dió la vuelta á Santo Domingo, donde halló los fundamentos de la ciudad que tituló la *Isabela*.

Allí tuvo Colón el gran disgusto de encontrar á la pequeña colonia en el mayor desorden y abandono, y á los pocos españoles que la componían llenos de privaciones y miseria y casi sitiados en el pequeño fuerte por los naturales, que de mansos y dóciles se habían vuelto furiosos y turbulentos, á causa de la arbitrariedad y de los malos tratos que recibían de sus dominadores. Los jefes de la colonia, desatendiendo sus deberes y obligaciones, y prescindiendo del carácter sacerdotal que alguno de ellos tenía, se olvidaron de los consejos y advertencias del Almirante, y apenas se vieron solos, creyéronse autorizados para obrar como despóticos señores, sirviéndose con el mayor rigor y crueldad de aquellos seres pacíficos y cariñosos, cuya humildad fué la primera causa de su desgracia; pues los españoles, infatuados con su pretendida su-

perioridad, creyeron á los indios una especie de animales perfeccionados, que debían sufrir sin quejarse, iniciándose de este modo una campaña de tiranía y destrucción, que contrariaba los piadosos sentimientos de la Reina Católica.

Mucho tuvo que hacer el Almirante para ir arreglando el desorden que encontró; muchos obstáculos que vencer, disgustos que sufrir, y emplear hasta graves medidas de rigor contra sus mismos subalternos, mal acostumbrados á obedecer donde habían mandado sin freno y sin ley. Esto, como es fácil comprender por lo que en el día sucede cuando alguna autoridad obra con justicia, y que gana censuras en vez de elogios, suscitó animosidades y rencores contra el Almirante. Los que se creían ofendidos formularon quejas y murmuraciones que elevaron á la Autoridad suprema y que hallaron eco en Castilla, donde, pasado el primer momento de entusiasmo, empezaba ya á formarse una atmósfera bastante densa en torno del gran descubridor.

Los trabajos de exploración y colonización adelantaban rápidamente con la mucha gente y recursos que de España se recibían, devolviendo en cambio los ricos productos del país, cuya importancia y utilidad fué muy pronto conocida y apreciada en toda Europa.

La docilidad y la clara inteligencia de los habitantes indígenas de aquellas islas facilitó mu-

cho que prosperasen los gérmenes de civilización sembrados en ellas, y pronto fué generalizado el idioma castellano y puestas en vigor las costumbres españolas. Los misioneros, enviados en bastante número para evangelizar á los que no nos atreveremos á llamar salvajes, no trabajaron en vano para difundir la fe católica, y la piadosa Reina Isabel tuvo el consuelo de ver aumentado en algunos millares de almas el rebaño de Cristo, pensamiento el más capital que la ocupó en la primera década del descubrimiento.

Tal vez no haya ejemplo de una colonización más rápida y de más halagüeñas esperanzas, á la vez que de más prontos resultados. La abundancia de artesanos que acudieron á los nuevos países y la gran cantidad de materiales de construcción que por todas partes se encontraban, sin más trabajo que tomarlos, fueron causa de que muy en breve se levantaran, como por encanto, pueblos y hasta ciudades, donde no faltaban iglesias, fortalezas y grandes almacenes de mercaderías, de que aún se conservan algunos restos.

Aquellos mares, antes tan desiertos é ignorados, pronto se vieron surcados de naves de todos los puntos de Europa. Muchos de los productos de la Naturaleza, en las recién descubiertas tierras, eran similares á los que se producían en el Asia y en las Indias Orientales, especialmente las maderas de construcción que la

Europa no da de sí, ni ha sido posible aclimatar, tales como el cedro, el áloe, el palo de hierro, el ébano y la caoba, además de los leños tintóreos, de las gomas, plantas y hierbas que la Medicina estudió y supo aplicar para el remedio de muchas enfermedades. Las plantas textiles, en particular el precioso algodonero, de más pronta y cómoda explotación que el lino y el cáñamo de nuestras comarcas, abundaban por doquiera, y sobre todo, las muestras del ansiado metal y la vista de algunas esmeraldas de puras aguas y de limpio matiz, excitaban vivamente la codicia humana, que llegó á su colmo cuando algunos años más tarde se descubrieron en el centro del extenso continente, aún no invadido, los grandes criaderos de diamantes que habían de eclipsar á los tan celebrados de Golconda.

Las producciones y las aves y animales domésticos de Europa se aclimataron perfectamente en el país, si bien esto no pasó de un mero ensayo. La especulación y el afán inmoderado del lucro se atreven muchas veces á oponerse á la marcha de la naturaleza, cuando contraría los deseos y las pretensiones de la humanidad.

Los traficantes que iban anteriormente á buscar en los puertos del Oriente los objetos de lujo y utilidad procedentes de los pueblos del Asia, para abastecer los mercados de Europa, principiaron á afluir al antes desdeñado Atlántico,

donde encontraban géneros también preciosos y en mejores condiciones de adquisición. Venecia, Génova, Pisa y las ciudades que formaban la gran compañía mercantil titulada del *Hansa,* explotadoras del comercio de Levante, fueron decayendo gradualmente de su importancia, y España se encontró, sin pensarlo ni quererlo, al frente de un desconocido y potente movimiento comercial que, mejor comprendido y administrado, pudo hacer de nuestra patria la potencia mercantil más poderosa del mundo moderno.

El número de las islas descubiertas de que España había tomado posesión y el respetable contingente de habitantes que las poblaban, constituían un importante dominio colonial, que aún se encontraba sin organizar y que no convenía permaneciese abandonado y desatendido. Los Reyes comprendieron la necesidad de llevar el principio autoritario á aquellos dominios en que ya empezaba á iniciarse el movimiento industrial y mercantil, y erigieron al efecto el *Real Consejo de Indias*, Ministerio de Ultramar que diríamos ahora, encargado de atender á la administración jurídica, civil, militar y económica de las posesiones ultramarinas; al establecimiento de impuestos y arbitrios para el real fisco, en consonancia con las leyes y costumbres que sobre el particular regían en España, y al reconocimiento y protección de los derechos adquiridos y que sucesivamente fueran adquiriéndose.

Uno de los individuos más notables de la nueva fundación fué Pedro Mártir de Angleria, el primer historiador de Indias, que se valió para formar su crónica de cartas autógrafas de Colón, en las que le daba cuenta, para que se lo comunicase á los Reyes, de los progresos de la empresa; de relaciones verbales del descubridor, y de otras cartas, memorias y noticias auténticas de personas dignas de crédito que desde allí regresaban á la Península.

Como inmediata consecuencia de la instalación del Consejo, nombráronse Gobernadores, Alcaldes y Oficiales de todo género para la administración de justicia, conservación de la tranquilidad pública y exacción de los tributos y derechos pertenecientes á la Real Hacienda. Estos funcionarios no fueron todos modelos de honradez ni probidad. Fiados en la gran distancia y la dificultad de las comunicaciones, no tardaron en abusar de su autoridad, atendiendo más á los intereses particulares que á los públicos, cometiendo toda clase de atropellos y exacciones, que al fin llegaron á noticia de la Autoridad suprema, comprometiendo gravemente el buen nombre y la dignidad del Almirante y Gobernador general de la colonia.

Cuando más ocupado se hallaba éste en los adelantos morales y materiales del país, y cuando menos esperaba ser objeto de ninguna violenta agresión ó medida extraordinaria, se vió alta-

mente sorprendido con la llegada de un buque de España, en que venía un comisionado especial, portador de la orden que le destituía de su cargo de Gobernador de la colonia, mandándole se presentara en la corte á dar cuenta de su conducta.

El Almirante se dispuso á obedecer y embarcóse sin demora en la nave que venía en busca suya, y que sin dilación se hizo á la vela para la Península. Pero no vaya á creerse que efectuó Colón el viaje rodeado de las consideraciones debidas á su posición, méritos y servicios. Nada de eso; fué conducido *bajo partida de registro*, como ahora diríamos, encerrado en un pequeño camarote, sujeto con grillos y cadenas, como un criminal infame. Llegado á la corte, fué puesto en la cárcel, donde permaneció largo tiempo, sujeto á un inicuo proceso, cuya razón no se ha aclarado todavía, á pesar del tiempo transcurrido, sufriendo toda clase de privaciones y disgustos, no obstante la decidida protección de su augusta bienhechora, á cuyo poderoso influjo debió la terminación de aquella misteriosa causa, que acabó con una sentencia absolutoria, patente prueba de que no había delinquido.

Acusábase, entre otros particulares indignos de nombrarse, acusábase al noble Almirante, al hombre honrado por cuyas manos pasaran grandes tesoros, y que al morir no dejó más fortuna que la gloria de su nombre y la fama de sus he-

chos, de abusos en la administración, embrollos, dilapidaciones y connivencia con sus subordinados. Nada de esto debió probarse, según se desprende del resultado de la causa, que sólo pudo instaurarse por motivos de mala fe, por infames delaciones y deseos de venganza de los que, tal vez al verse reprimidos en sus criminales manejos por la rectitud é integridad del Gobernador, trataron de acumularle hechos cuya responsabilidad á ellos solos competía.

Los escritores que han tratado esta fase de la vida de Colón, afean como es justo y debido la excesiva ingratitud con que los Reyes pagaron los servicios del grande hombre, al poco tiempo de haberlos llevado á cabo. Sorprende seguramente que la Reina Isabel, aquella matrona dotada de tan alto juicio y de tan recto criterio, pudiera dar oídos á infames calumnias, y no mandara hacer preventivamente las averiguaciones practicadas luego en el curso del proceso, y que vinieron á demostrar lo infundado de las acusacionss. De este modo no habría incurrido la augusta señora en la nota de ingratitud, que nubla un tanto su nombre, ni en la especie de crueldad que manifiesta haber tratado como un infame y vulgar delincuente al que tanto la amaba, y de quien no recibió jamás la más mínima queja, ni aun después de sufrir la inmerecida persecución y de quedar rehabilitado en su nombre y en la integridad de su honra. Secretos son

éstos que manifiestan claramente cuánto puede influir en el ánimo de los Monarcas más justos y dotados de excelentes sentimientos, la corrompida atmósfera de malicia y falsedad que en todos los palacios se respira.

Menos sorprende y aún mejor se explica la conducta observada en el particular por el Rey D. Fernando, atendiendo el carácter que varios historiadores imparciales le atribuyen. Aquel Rey, dotado de un valor personal á toda prueba, de un extremado tacto político, de una reserva impenetrable en los pensamientos y de una prudencia que rayaba en la suspicacia, obscurecía estas buenas cualidades con un disimulo no exento de hipocresía, y con trato amable que ocultaba la falsedad en último término, dispuesto á usar de todos los medios que estaban á su alcance, con tal que le parecieran buenos para llegar al fin que se proponía.

Y por coronamiento de tan aviesas cualidades, sobresalía una sórdida avaricia y una notable tacañería, propia del más consumado usurero, y de la cual hace mérito con alusiones más ó menos transparentes la crónica satírica, que en todos tiempos ha existido, esparciendo dichos, hechos, máximas y recuerdos de personajes dignos de alguna notoriedad. De D. Fernando se refiere que tomaba la cuenta diaria del gasto de su casa al despensero, con tanta escrupulosidad como una ruin patrona de huéspedes á su cria-

da; que hacía echar mangas nuevas á sus jubones cuando se le rompían por los codos, y soletas á sus calzas; y que era tan económico, ó más bien, tan mezquino en los gastos de mesa, que solía decir al Condestable de Castilla:

—*Tío, quedáos á comer con nosotros, que hoy tenemos polla asada.*

Con un Rey de semejantes instintos no es de extrañar que prosperasen y fueran atendidas las delaciones que formularon los enemigos de Colón, y que tan conformes estaban con la suspicacia desconfiable del que creía que todos los que intervenían en el manejo de fondos é intereses pertenecientes al Real Fisco, le estafaban, lucrándose á costa suya. El Soberano que se atrevió á pedir cuentas al héroe más grande que han tenido los siglos modernos, al *Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba,* que le había regalado un reino, y que se burló de tan audaz tacañería presentándole las humorísticas cuentas que han quedado en proverbio, no podía menos de alarmarse, desconfiar y compeler por la vía ejecutiva á dar cuenta de su conducta al que había manejado los tesoros de casi un mundo.

Pero ¿qué causas produjeron aquella desatentada acusación, merced á la cual descendió el célebre Almirante, en un momento, desde la altura del favor al fondo de la desgracia? ¿Quiénes fueron los autores de la calumnia? Éstos han permanecido en el profundo misterio,

aunque los móviles aparecieron con bastante claridad.

La envidia, que tantos obstáculos había puesto desde sus principios á los proyectos de Colón, y que no pudo, sin embargo, detener su realización, subió de punto y se convirtió en hondo rencor al verle volver triunfante. Las recompensas concedidas á los trabajos y fatigas, y los honores tributados al genio, todo pareció excesivo, todo demasiado á las almas vulgares y mezquinas, que hubieran querido, tal vez, ver pagado al ilustre navegante con el haber que se señala á un simple Oficial encargado de una comisión extraordinaria.

La murmuración es el alimento habitual de las relaciones cortesanas, y esta infame costumbre, que siempre ha existido y que nunca se desterrará de unos centros compuestos de gentes desocupadas, viciosas y mal entretenidas, ha sido siempre fecundo manantial de disgustos y muchas veces de serios conflictos y de públicas calamidades. La virtud, el honor y la integridad de las personas encuéntranse allí á merced de la primera mala lengua, forjadora de una infame calumnia, que crece y crece como la bola de nieve conforme va circulando, y cuya fatal impresión ya no desaparece nunca, aun cuando quede desmentida. Esta carcoma, más ó menos ostensible, de las cortes no podía faltar en la de los Reyes Católicos, por más que en ella, y mer-

ced á los piadosos instintos de la Soberana, se rindiese un culto bastante acentuado á la virtud y á la moralidad. Pero la adulación y la malicia son harto ingeniosas y saben con gran habilidad amoldarse á todas las circunstancias y tomar todos los disfraces apropiados para halagar y seducir.

Antes de emprender Colón el primer viaje, su idea era un delirio, su pretensión un disparate, y el auxiliarle, un gasto perdido. Después de conseguido el objeto, nada apareció más fácil. Cualquiera habría hecho otro tanto. Un hombre lanzándose á los mares sin rumbo ni derrotero fijo, y navegando á la ventura, á alguna parte habría llegado. La casualidad lo había hecho todo. A la casualidad, pues, eran debidos los aplausos y los honores. Así discurría la envidiosa maledicencia.

Por otra parte, la orgullosa nobleza castellana no veía con buenos ojos elevado á su distinguida clase y equiparado con ella al pobre desconocido pretendiente, á quien en su época de desgracia llamaban el de *la capa raída*. Un título nobiliario de la Grandeza española parecía galardón excesivo á los que poseían los suyos sin más trabajo que adquirirlos por herencia, sin querer comprender que si en la sociedad hay alguna propiedad legítima y respetable, es aquella que se adquiere con el trabajo individual, y á costa de desvelos y fatigas.

Con tantos y tan poderosos elementos conjurados en contra suya, nada tiene de particular que la envidia y la mala fe, ayudadas de la intriga subterránea, lograran sus inicuos proyectos. La tardía reparación dada al Almirante, si le devolvió la honra, no le reintegró en los cargos de que se le desposeyera, quedando, por lo tanto, la ingratitud de los Reyes sin perder un átomo ante el Tribunal severo de la Historia.

No han faltado autores críticos antiguos y modernos que han tratado de vindicar á los Soberanos de la nota de ingratitud que pesa sobre su memoria. Al escribir estas líneas, tenemos á la vista un periódico italiano del día, *La Rassegna Nazionale*, donde se dice, tratando de este asunto, que los Reyes Católicos, al deponer á Colón del cargo de Gobernador y Administrador de las colonias, obraron con estricta justicia porque resultó ser tan mal gobernante como hábil marino y activo explorador.

Semejante afirmación, aunque fuese cierta y atendible, no disculparía la especie de rencorosa crueldad con que fué tratado el Almirante, ni los disgustos y privaciones sufridos en tan largo cautiverio. Además, la nota desfavorable de mal Gobernador, en el sentido que á Colón se aplica, constituye más bien un elogio. Rara vez los hombres de corazón y de genio idealista han valido para gobernar los pueblos. La ciencia política de gobernar, como lo demuestra la Historia de

todas las épocas, y como lo demostró el célebre Secretario de la Señoría de Florencia, *Nicolás Machiavelli*, que sujetó á reglas esta perniciosa ciencia, que aún hoy lleva su nombre, la política gubernamental, está fundada en la tiranía, la dureza, la mentira, la simulación y la abstracción completa de todo humano sentimiento.

El carácter de Colón, humanitario y generoso, como lo prueba su porte con los que tanto le ofendieron en la primera expedición, no era á propósito para el rigor y la dureza. Impregnado además su espíritu de un acendrado sentimiento piadoso que le hacía mirar á todos los hombres como hermanos, habíale de costar mucho trabajo y disgustos tomar contra nadie medidas violentas, por justas que pareciesen. Si alguna falta cometió en su gobierno, y si aparece en algunos actos digno de censura, seguramente fueron faltas de excesiva tolerancia, denunciadas, tal vez, por los mismos que querían eludir la responsabilidad que pudiera caberles en los escandalosos abusos que allí se cometían, y de los que Colón vino á ser por el pronto el primer responsable.

Estos abusos y atropellos, que mejor les cuadraría el nombre de crímenes, eran tantos y de tal clase, que horroriza la narración que de ellos hacen las memorias contemporáneas, las cartas quejas dirigidas á los Soberanos y las declaraciones de algunos virtuosos eclesiásticos, entre ellos el célebre Bartolomé de las Casas, acérrimo

defensor de los infelices indios. Fiados, como ya se ha dicho, los Oficiales reales y los particulares que fueron á explotar aquellas regiones, en la distancia que de la Metrópoli los separaba, creyeron tratar la tierra como país conquistado y propio, figurándose que con pagar al Estado los derechos y gabelas establecidos, estaba cumplido todo, y que lo demás que existía les correspondía por derecho propio, no sólo los bienes raíces, sino también las personas.

El pernicioso ejemplo de los portugueses, que en sus descubrimientos y conquistas en la India Oriental habían encontrado establecida la diferencia de castas, la superior ó privilegiada de los *rajhas*, que lo dominaban y poseían todo, y la de los *parias*, sumida en la más abyecta esclavitud y condenada á los trabajos mecánicos y viles; el ejemplo, pues, de los portugueses, conservando la odiosa esclavitud en los dominios adquiridos, estimuló á los hombres sin corazón y ávidos de lucro establecidos en las colonias españolas, y se propusieron imitarles.

La sencillez y docilidad de carácter de aquellos pobres isleños, que de buen grado se prestaban á cuanto de ellos se exigía, fueron causa de que la soberbia europea los considerase como seres inferiores en la escala de la Humanidad, ó como unos animales dotados de algunos grados más de inteligencia que los otros seres irracionales. Con semejante creencia llegaron á supo-

nerse autorizados para servirse de ellos á capricho, ya como bestias de carga ó ya como trabajadores en las rudas faenas del campo, iniciando de este modo la destrucción de la raza indígena, destrucción que no había de tardar muchos años en consumarse por completo.

Ya hemos dicho que los habitantes de las islas á que primero aportaron los españoles, sólo poseían una civilización muy rudimentaria y casi en el estado de la Naturaleza, pero no eran salvajes estúpidos é indómitos como los que se encuentran en el día en las tribus que vagan por los bosques africanos. Y, sin embargo, aquella docilidad que debió aparecer una virtud digna de consideración, fué juzgada como un defecto de organismo intelectual, porque el hombre menosprecia lo que le cuesta poco trabajo adquirir. No faltó quien propusiera la tesis filosófica de si los indios tenían alma, y tampoco faltaron moralistas y teólogos que sostuvieron las conclusiones, siendo necesaria la decisión del Sumo Pontífice para cortar la sacrílega y ridícula controversia, declarando que los indios eran seres racionales como todos los demás hombres, hijos de Dios y herederos de las gracias y derechos que el Eterno concede á todas sus criaturas.

Al tener la magnánima Reina Isabel noticia de la triste situación á que los indios se veían sometidos, su piadoso corazón no dejó de conmoverse y quiso procurarles el alivio. Asesorada

con algunas personas doctas y piadosas, creó una clase de comisionados honorarios, vecinos de algún arraigo y de buenas costumbres, encargados de ejercer en las circunscripciones agrícolas de las colonias una especie de patronato sobre los indios, á fin de que no se abusase de su debilidad y desamparo, haciéndoles trabajar en demasía y en beneficio de los intereses particulares. Esta clase de protectores, llamados *encomenderos*, cuya acción se extendió con rapidez por todo el vasto continente, surtió al pronto algún beneficioso resultado; pero luego quedó anulada y facilitó ancho campo á la especulación y á la codicia. El *encomendero*, que llegó á adquirir en las poblaciones rurales del Nuevo Mundo bastante importancia, y que tenía bajo su protección 80 ó 100 indios, los alquilaba para trabajar los campos de los colonos que necesitaban operarios, cobrando en concepto de protector los jornales de toda una cuadrilla, pagando después á cada individuo la mísera soldada que tenía por conveniente, abusando con la mayor iniquidad de su ignorancia y de su buena fe. De este modo fueron formándose algunas grandes fortunas, se hizo un ensayo de la anticipada esclavitud y se dió un paso avanzado para el aniquilamiento de la raza americana.

Restituído Colón á la libertad, pero no reintegrado en sus empleos, se vengó de la ingratitud con que había sido tratado, como se vengan los

grandes corazones: dotando á su patria adoptiva con nuevos é importantes dominios. Aún hizo otros dos viajes, descubriendo varias islas, entre ellas la de la *Trinidad* y la embocadura del gran río *Orinoco*, en la costa meridional del dilatado continente. Vuelto á España, pobre, cansado, abrumado de disgustos y quebrantada su salud por las fatigas y las enfermedades, murió en Valladolid, en 1506, dos años después que su augusta protectora la magnánima Reina Isabel.

No consta que Colón dejase la gran fortuna que era de esperar—atendidos los cargos que desempeñó y los tesoros inmensos que había manejado—á su hijo Diego, que sólo pudo fundar un mediano mayorazgo, y que heredó su título de nobleza, que aún subsiste en la familia de los Duques de Veragua. Su siglo fué tan injusto con él como ingrato había sido el Gobierno. La desgracia se ensañó con tan grande hombre hasta en los más mínimos detalles de su vida, y la envidia de sus contemporáneos hizo cuanto pudo para obscurecer su gloria, siendo precisa toda la excelsitud que rodea su nombre para que su recuerdo no quedase sepultado en el olvido. Sin embargo, ni una pequeña isla de las muchas que descubriera llevó su nombre para recuerdo. Más tarde, y por una extraña anomalía, cuya razón es aún un misterio, el inmenso continente que Colón, como otro Moisés, llegó á ver y á no pisar, recibió indebidamente el nombre de *América*,

impuesto, no se sabe por quién, para honrar á un obscuro navegante florentino llamado Américo Vespucio, que no había hecho más que explorar una pequeña parte de las costas del Brasil.

Ni aun después de la muerte gozó Colón tranquilo reposo. Sus restos fueron conducidos á Santo Domingo y depositados en la catedral, y cuando la isla dejó de ser española, se trasladaron con gran pompa á la Habana, donde al presente se encuentran, aguardando la construcción del suntuoso mausoleo que el entusiasta y reparador siglo XIX le tiene preparado, y en el cual mausoleo reposarán para siempre, aún no se sabe en qué punto de los muchos que se disputan en la actualidad tan señalado honor.

A algunos años de distancia es cuando generalmente se ven mejor y se aprecian con claro criterio los grandes hombres y los sucesos notables. Extinguidos con el tiempo los rencores y apagadas las envidias de actualidad, no faltaron á Colón apasionados y admiradores, y no faltó también quien le consagrase algunos cariñosos recuerdos, entre los que merece honorífica mención la famosa *Biblioteca colombina*, establecida en Sevilla, y en la que una Junta de hombres de letras ha coleccionado cuanto ha sido posible en libros, documentos, cartas autógrafas y objetos relacionados con la historia del gran navegante. Fuera de la losa que cubre un sepulcro vacío con el prosaico dístico *A Castilla y á León, Nuevo*

Mundo dió Colón, y de la mezquina lápida colocada en una antigua casa situada en oculta calle de la ciudad de Valladolid, y que recuerda que allí acabó tristemente sus días el desgraciado Almirante, ningún recuerdo conocemos digno de su memoria. En Madrid, capital de la Península, una callejuela, bien estrecha por cierto, lleva su ilustre nombre y en una pública plaza levántase una estatua de exiguas proporciones y de no muy sorprendente mérito artístico. Al cabo de tanto tiempo, creemos pudiera haberse hecho algo más notable.

CAPÍTULO V

Los últimos años de un reinado.

Muerte de Doña Isabel.—Sus penalidades y sinsabores.—Muerte del Príncipe D. Juan.—Nacimiento del Príncipe D. Carlos.—Testamento de Isabel la Católica.—El Cardenal Cisneros y la toma de Orán.—Reunión de las Cortes.—Doña Juana y D. Felipe, Reyes de Castilla. El Rey D. Fernando se retira á Aragón —Proyectos de casamiento y sus nuevas nupcias —Guerra con Francia.—Situación de Castilla. El Rey Felipe y sus amigos y favoritos.—Inmoralidad de éstos.—Descontento del pueblo.—Muerte del Rey y locura de la Reina.—Muerte de D. Fernando.—Juana la *Loca,* Reina de Aragón y de Castilla.—Disgustos del pueblo.—El Cardenal Cisneros se impone. Superioridad y valer de tan esclarecido hombre de Estado.

El año 1504 murió en la ciudad de Medina del Campo la ilustre Reina Doña Isabel la Católica en edad aún muy regular y que pudiera haberla permitido ver completa la grande obra que dejó iniciada y no exenta de dificultades, precursoras de conflictos.

Aquella magnánima señora, que en su vida pública fué tan afortunada que puede decirse logró cuanto quiso, sufrió en la privada tantos sinsabores y penalidades, que sólo la inmensa resignación en los designios de la Providencia pudo hacerla resistir el peso de tantos infortunios.

La prematura muerte de su primogénito el Príncipe D. Juan, en quien tenía fundadas sus más lisonjeras esperanzas, fué el golpe más rudo que hirió el corazón de la Reina y de la madre, y en su serena y plácida agonía debió sufrir desconsoladora amargura, considerando que el grave peso de la diadema de España iba á cargar sobre las sienes de una joven débil y enfermiza, atacada de la pacífica monomanía que afectó á su abuela y casada con un Príncipe extranjero, poco amigo de España, cuyos usos é idioma desconocía, y que no poseía cualidad más relevante que lo hermoso de su figura, la cual le proporcionó su sobrenombre, y que unida á sus infidelidades y devaneos, contribuyó á trastornar más y más cada día la sobreexcitada imaginación de su infeliz esposa.

Este matrimonio, realizado no se sabe por qué graves razones de Estado y que parece no colmó las esperanzas de los Reyes padres, y mucho menos las de D. Fernando, según se desprende de los sucesos posteriores, no proporcionó seguramente á Doña Isabel más que una corta y pasajera satisfacción: la de conocer el nacimiento del Príncipe D. Carlos, el mayor potentado de la Europa moderna, el gran político y guerrero que por medio siglo llenó el mundo con su nombre y que, combatiendo contra todo género de enemigos y de dificultades, elevó á España al grado más alto de prosperidad á que llegó jamás

nación alguna, para hundirse en poco más de otro siglo en la más completa degradación.

Si realmente existe en los últimos momentos de la vida esa lucidez de espíritu, esa especie de segunda vista que los psicólogos aseguran, la moribunda Reina pudo vislumbrar, algún tanto satisfecha, una ráfaga de la futura brillante gloria, aunque también vería las densas nieblas que vinieron á obscurecerla.

No descuidó la piadosa Reina en su testamento, que como preciosa reliquia se conserva donde puedan verle todos, pero no tocarle manos indiscretas, no descuidó nada de las sagradas obligaciones que se impuso durante su vida, encaminadas todas á la conservación y prosperidad de la Monarquía una é indivisible, objeto constante de sus cuidados y desvelos. Después de encomendar á su esposo y heredero el mayor esmero y vigilancia para el buen régimen de los países recién adquiridos, y de que no abandonasen la protección de los desgraciados indios, de quienes se consideraba madre y bienhechora, pasa á hacer el encargo más importante, en cuya realización tuvo siempre sus miras, considerando cuánto estaba interesado en él el porvenir de su amada España.

La conquista de Granada había, al parecer, completado la unidad nacional, y, políticamente hablando, ya no existían los diversos poderes similares, que en otro tiempo se dividían

el mando. Los musulmanes, en gran número habían abandonado el último baluarte del Islám y pasado al Africa; pero ésta se hallaba muy cerca, y pocas horas bastaban para atravesar el Estrecho. Los tratos con los vencidos, las conveniencias públicas y el respeto á los intereses particulares, habían hecho quedarse en España muchos mahometanos; unos profesando abiertamente su ley y otros ocultándola con hipocresía bajo la capa del cristianismo, aparentemente abrazado; pero todos ellos eran enemigos, y enemigos peligrosos. Para evitar cualquier ulterior conflicto que pudiera comprometer la estabilidad de la unidad nacional y de la unidad religiosa, á tanto precio cimentadas, y para precaver futuras y posibles invasiones, la Reina encarecía la necesidad y conveniencia de llevar la guerra á Africa y la adquisición de las plazas fuertes del litoral, que serían la salvaguardia de las costas españolas. Los sucesos posteriores acreditaron la previsión de aquella mujer extraordinaria. La terrible sublevación de los moriscos de las Alpujarras en tiempo de Felipe II, que tanto espacio y tanta sangre costó aniquilar, y las correrías de los piratas de Argel, de Fez y de Túnez, que infestaron las aguas del Mediterráneo, manteniendo en constante alarma las costas europeas, y que duraron hasta bien entrado el siglo actual—1830—en que Francia hizo lo que debió hacer España, destruir aquellas guaridas de

bandidos, manifestaron sobradamente cuán pernicioso era tener tan cerca vecinos de aquella especie.

El Rey tomó en consideración los consejos y encargos de su esposa; pero no los llevó al terreno de la práctica. Un poco más tarde, uno de los albaceas de la Reina Católica, su confesor, el ilustre Cardenal Jiménez de Cisneros, en el período de su Regencia, trató de cumplir la última voluntad de la Soberana, no siendo desgraciada la tentativa, pues logró en pocos días hacerse dueño en persona de la importante plaza de Orán, abandonada después, y hoy en poder de una nación extranjera. El Emperador Carlos V, comprendiendo la importancia de cumplir el testamento de su abuela, también intentó la empresa, aunque desgraciadamente, con la desastrosa expedición de Argel, donde los borrascosos vientos se encargaron de pelear á favor de los enemigos. Era, sin embargo, muy tarde ya para llevar la guerra al otro lado de los mares. Las graves complicaciones que iban á surgir en Europa, hacían preciso guiar las armas á otra parte.

No guardó D. Fernando toda la fidelidad que debía á la buena memoria de su difunta esposa, y arreglados los asuntos más perentorios del Gobierno, hizo reunir las Cortes y jurar Reyes de Castilla á la Princesa Doña Juana y á su esposo D. Felipe, instándoles á que vinieran inmediata-

mente á tomar posesión de su herencia. En cuanto los nuevos Soberanos llegaron á la Península, desembarcando en La Coruña, en medio de ostentosas fiestas y de entusiastas aclamaciones, el Rey padre les entregó las riendas del Gobierno, y se retiró á su reino de Aragón, al cual había conservado siempre en su completa y absoluta autonomía política y administrativa, de modo que pudiera ser, cuando lo creyese oportuno, un Estado independiente.

Una vez allí, y sin que se haya podido conocer el motivo que le impulsara á tomar resolución tan extraña, quiso deshacer la unidad de la Monarquía, que parecía ser un hecho consumado é irrevocable; y al efecto, á fin de procurarse un heredero para la corona de Aragón, trató de contraer segundas nupcias. Puso primero sus miras en Doña Juana, llamada la *Beltraneja,* hija de Enrique IV, que con razón ó sin ella fué desposeída de la Corona de Castilla; pero aquella desgraciada dama, que víctima de las intrigas y veleidades de los partidos, había probado todo género de amarguras y desaires, y hasta la befa y el escarnio, no quiso exponerse á nuevos desengaños y prefirió vivir ignorada en su tranquilo convento de Santa Clara de Coimbra. D. Fernando entonces pidió y obtuvo la mano de la joven Germana, hija del modesto Conde de Foix, que tuvo como señalada honra emparentar con tan poderoso soberano.

De este matrimonio nació un hijo que vivió muy poco tiempo, desvaneciéndose las esperanzas del Rey de Aragón, y no llegando el caso de verificarse la desmembración de la Monarquía, tan deseada por D. Fernando y tan visiblemente contrariada por los designios de la Providencia.

Desembarazado el Rey de los cuidados del Gobierno de Castilla, entregóse al fomento de los intereses de sus primitivos Estados, y á continuar la interrumpida guerra con Francia, por el dominio de las posesiones de Italia, más queridas para D. Fernando que las opulentas Indias Occidentales.

Esta guerra dió motivo, por una infracción de la buena fe de los tratados por parte de los Reyes de Navarra, á la ocupación y conquista de aquel pequeño reino, que el Monarca aragonés incorporó poco antes de su muerte á los dominios de su nieto D. Carlos, completándose de esta vez la absoluta unidad de la Monarquía, no quedando en el suelo ibérico más dominio independiente que el rincón de Portugal.

En tanto, la situación de Castilla no era tranquila ni satisfactoria. El Rey consorte D. Felipe no gustaba de los españoles, pero sí le agradaban mucho las riquezas que el suelo atesoraba y que le permitían entregarse á las dilapidaciones y al goce de todos los placeres propios de su juvenil edad. Valiéndose del ascendiente que ejercía sobre el ánimo de su esposa, á quien ha-

bía inspirado una pasión violentísima, quiso ejercer por sí el poder absoluto y solicitó que las Cortes le declarasen único Rey; cosa que no pudo lograr por oponerse á ello el testamento de la Reina Católica, que disponía reinasen juntos los dos esposos. Este desaire aumentó la animadversión que D. Felipe sentía por los castellanos, y procuró desquitarse de él gobernando lo peor que le fué posible, y abandonando los públicos intereses del Estado á sus amigos y favoritos.

Al aportar el Rey flamenco á España, había traído consigo una nube de paisanos suyos, de todas clases y condiciones, desde los áulicos y altos funcionarios de Palacio, hasta los criados de escalera abajo, y aun los pinches de cocina; todos famélicos, rapaces y ansiosos de explotar la inagotable mina que á su codicia se presentaba. Entre los personajes más allegados á D. Felipe, contábase un señor Chiebres ó Xebres, que desempeñaba el cargo de Intendente ó Ministro de Hacienda, ó más bien de acaparador de cuantos tesoros caían en sus manos. Poco duró el mando del nuevo Monarca; pero en su breve tránsito por la vida, la rapacidad extranjera llegó á términos nunca conocidos en España. Todos los empleos, todas las comisiones, *los asientos,* como entonces se llamaba á lo que ahora decimos contratas, cuanto podía rendir lucro y utilidad, todo era para los flamencos, que se entregaban sin pudor ni reparo al agio-

taje, al monopolio, á la concusión, y por último, á la extración de toda la moneda de plata y oro que circulaba en el país. En pocos meses llegó á hacerse tan escaso el curso del numerario, que la vista de una moneda era considerada como una novedad. La gente del pueblo, que en medio de los mayores apuros y tribulaciones, nunca pierde su buen humor y su mordaz aticismo, sacaba partido de aquel perjudicial desorden para satirizar la situación dominante. Cuando un castellano veía por casualidad un doblón de oro, quitábase el bonete y decía con burlesco respeto: *Guárdeos Dios, buen doblón de á dos, que el señor Chiebres no topó con vos.*

Semejante conducta por parte de aquel desatentado Gobierno no podía menos de causar hondos disgustos, quejas y representaciones que se dejaban pasar sin hacer mérito de ellas, y sin tratar de poner remedio. A haber continuado más tiempo aquel estado de cosas, tal vez se hubiera anticipado el movimiento revolucionario que por idénticos motivos estalló algunos años después en el reinado de Carlos I; pero la prematura muerte de Felipe, acaecida el 25 de Septiembre de 1506, en la ciudad de Burgos, á la temprana edad de veinticuatro años, vino á contener por el pronto los agitados ánimos, muy próximos á desbordarse.

La muerte del Soberano, á quien su esposa amaba con exceso, la afectó hasta el extremo de

alterar su enfermiza imaginación, produciéndole la extraña manía que la duró toda la vida, y que la mereció el apelativo de *loca,* si bien tenía, pasados los accesos, momentos de calma y lucidez, en los que discurría y obraba con notable cordura. Pero, como el estado mental de Doña Juana no permitía que por sí sola se encargase del mando, los pareceres de los magnates se dividieron, proponiendo unos llamar al Emperador Maximiliano, padre del difunto Felipe, y optando otros porque volviera D. Fernando, á cuyo parecer se inclinaba la Reina. No siendo posible llegar á una avenencia, volvieron á suscitarse las disputas, á agriarse los ánimos de los partidos y hasta sentirse amagos de una desastrosa lucha civil, viniendo por fin á resultar una solución pacífica con la llegada del Rey de Aragón, que volvió á Castilla en 1507, encargándose del mando á nombre de su hija.

Mucho deseaba D. Fernando que su nieto Carlos viniese inmediatamente á España, para que, educándose en el país, se instruyese en el idioma y se familiarizase con los usos y costumbres de la Nación que debía gobernar. Pero el Emperador Maximiliano, resentido porque no se le había nombrado Regente, como deseaban sus partidarios de la Península, no quiso separarse de su nieto, que permaneció educándose en país extranjero, comprometiéndose por una leve cuestión de amor propio la futura tranquilidad de la

Monarquía, que no conoció á su Rey, ni fué conocida de él, hasta la época en que ya era muy difícil poderse formar lazos de estrecha unión y mutua simpatía.

El Rey Católico, después de haber durante su Regencia anexionado la Navarra, y de prepararse convenientemente para sostener la guerra en Italia contra Francia, donde ya reinaba Francisco I, murió en la villa de Madrigalejo en 29 de Enero de 1516, dejando sus Estados de Aragón á su hija Juana, la *loca;* nombrando Gobernador general del Reino á su nieto Carlos, á la sazón de diez y seis años de edad, y disponiendo que durante su ausencia quedase encargado del regimiento de Aragón su hijo natural D. Alfonso, Arzobispo de Zaragoza, y que en Castilla quedase gobernando nominalmente Doña Juana, asesorada por el sabio Cardenal, Arzobispo de Toledo, D. Francisco Jiménez de Cisneros, á quien poco después agregó el Emperador Maximiliano, como co-regente, al Cardenal Adriano de Utrecht, preceptor del príncipe Carlos.

Estos nombramientos no fueron bien aceptados por todos, y mucho menos por los ambiciosos magnates, que á favor de los disturbios se lisonjeaban de poder llegar al mando. Las quejas y murmuraciones se multiplicaban por doquiera, porque todos se creían con más derecho á desempeñar la Regencia que un eclesiástico, á quien suponían desprovisto de las cualidades y cono-

cimientos políticos que tan elevado cargo exigía. Pero la firmeza de carácter y la invencible energía del Cardenal destruyeron todos los obstáculos, y con hacerlo así contuvo las ambiciones, apagó todas las quejas y procuró, por todos los medios posibles, allanar el espinoso camino que debía cruzar el futuro inexperto soberano.

Este joven, de tan pocos años, y aunque dotado de excelentes prendas y en particular de su decidida afición á la armas, manifestaba un carácter blando, indolente y muy susceptible de dejarse llevar de ajenas inspiraciones. Influído por los consejos de su abuelo el Emperador, que desde su corte de Bruselas quería terciar en los asuntos del Gobierno, quiso tomar desde luego el título de Rey, haciendo caso omiso de su madre. Este deseo, que patrocinaba el co-regente Adriano, humilde y adulador súbdito del Emperador su amo, fué enérgicamente combatido por Cisneros, como opuesto á las últimas voluntades de los Reyes Católicos. Pero insistiendo Maximiliano y sus tenaces Ministros, hubo de ceder, y D. Carlos fué proclamado Rey en todas partes, menos en Aragón y Valencia, que lo resistieron mucho tiempo. Logrado su deseo el joven Rey, ó mejor dicho, sus directores, envió á España para ayudar á los Regentes en sus trabajos, al flamenco Chau y al holandés Amerstoff, los cuales vinieron seguidos de una chusma de Oficiales dispuestos á vivir

sobre el país, como habían vivido en el reinado anterior.

Cisneros, con la notable superioridad que le distinguía sobre todos los políticos de su tiempo, recibió con afabilidad á los nuevos colegas, aunque no los consultó para nada ni los dejó intervenir en los asuntos de la gobernación del Reino; logrando anularlos por completo, según antes había anulado al co-regente Adriano, hombre de más bondad y acomodaticio carácter que de profundos conocimientos y aptitudes para la ciencia de gobernar. Pero á los flamencos importábales muy poco esto, con tal que pudieran consagrarse á su objeto principal. Cisneros había conseguido regularizar bastante la embrollada administración, cortando infinidad de abusos y castigando con rigor á los empleados infieles y prevaricadores. Mas los extranjeros, fiados en la protección que su señor les dispensaba, diéronse tan buena maña, que muy pronto convirtieron el favoritismo en granjería. Irritado Cisneros ante tan rapaz conducta, escribió á Bruselas para que inmediatamente viniese el Rey á encargarse del mando. Los consejeros del Emperador lo difirieron cuanto les fué posible, cediendo, por fin, á las reiteradas demandas del Regente, y D. Carlos se embarcó para la Península. El Cardenal salió á su encuentro, pero al llegar á la villa de Roa, se sintió enfermo y murió el día 8 de Noviembre de 1517, sin haber logrado

saludar al Monarca, ni haberle podido hacer entrega del mando.

Pocos hombres públicos presenta la historia política de nuestra patria que puedan llegar á la altura de varón tan distinguido. Nacido en humilde cuna, y modesto religioso de San Francisco, llegó á ocupar los más altos puestos de la Monarquía, sin más recomendaciones que su propio mérito, que supo reconocer y utilizar la excelsa Reina Católica, cuyo favor mereció toda su vida, pagándola con su invariable gratitud, y con el más respetuoso cariño á su memoria. Entusiasta admirador de la Monarquía, cuyo brillo y aumento procuraba ante todo y sobre todo, era tan enemigo de las franquicias y exageradas pretensiones de la ambiciosa y turbulenta nobleza, como de los fueros y libertades de los pueblos, no queriendo transigir con nada que tendiera á rebajar en lo más mínimo los derechos é inmunidades de la regia potestad.

Elevado á la más alta dignidad eclesiástica de la Iglesia española, no llegó jamás á envanecerse ni hacer alarde de la suntuosidad inherente á tan suprema jerarquía. Tanto en su palacio arzobispal de Toledo, como en los alcázares regios donde con frecuencia se vió obligado á residir, vivió según había antes vivido en la oculta celda de su convento. En la ostentosa mesa que por razón de su destino no podía prescindir de sustentar, nunca se puso para él más plato que

el que contenía la ración de un simple religioso de su Orden, gastando las grandes rentas del Arzobispado en obras de caridad, aumento del brillo y esplendor del culto divino en las iglesias pobres y en la protección á las ciencias y las artes.

En el corto período de su regencia demostró Cisneros cuánto puede hacer en beneficio de la patria un hombre de genio, integridad y desinterés, prendas desconocidas entre los gobernantes de nuestros días. Arregló, como hemos dicho, la desordenada administración pública, en cuanto le fué posible hacerlo, en una época de concusión y de padrinazgo por parte de los más altos poderes. A fin de poder contar en cualquier caso y momento con una fuerza armada, aguerrida y disciplinada, organizó los cuerpos de ejército permanente en sustitución de las milicias comunales y de los contingentes presentados por los señores feudatarios de la corona, y cuyas tropas sólo se llamaban en caso urgente de guerra; gente cuya fidelidad era muy problemática durante la lucha y cuya conducta producía trastornos y tropelías de todo género, cuando se quedaban sin colocación, y por consiguiente, sin medios de subsistencia.

Aunque se hallaba ya en la avanzada edad de ochenta años, su alma era joven y sus facultades intelectuales no experimentaban la más leve alteración, permitiéndole concebir ideas y formular planes propios de un varón político y

guerrero en todo el vigor de la edad madura. Por esto se encontró con fuerzas suficientes para ponerse á la cabeza de un ejército y pasar á África, donde en muy poco tiempo se hizo dueño de la importante plaza de Orán, iniciando así el gran pensamiento de su ilustre é inolvidable protectora. Aquel primer y favorable ensayo debió causarle viva satisfacción, y á haber vivido más tiempo, de seguro no se hubiera limitado á aquel solo punto la extensión de sus conquistas.

Entre las fundaciones que llevó á cabo, estimulado de su ardiente amor y excesivo celo por la religión y la ciencia, digna es de eterna memoria y del esplendor que rodea su nombre, la fundación de la magnífica Universidad de Alcalá de Henares, émula de la salmanticense, y cuya supresión es uno de los muchos borrones que cubren nuestra historia contemporánea...

Y al lado de este monumento consagrado al cultivo de las letras divinas y humanas en el siglo de oro de la cultura española, aparece como complemento de la gloria del Cardenal otro monumento artístico-literario, cual es la publicación de la *Biblia Políglota*, obra colosal que admira aún á los sabios europeos, llevada á cabo á costa de inmensos gastos y de incalculables desvelos, y obra cuya parte material no se atrevería á hacer hoy la más poderosa casa editorial del mundo, á pesar de los adelantos llevados á cabo en el arte de Guttenberg, y que enton-

ces contaba poco más de medio siglo de existencia.

La muerte evitó á Cisneros el sentimiento de conocer los agitados principios del reinado de Carlos I y los trastornos ocasionados por la desacertada marcha que siguieron los Ministros del inexperto Soberano. Tal vez el Regente con su tino, su experiencia y sus prudentes consejos hubiera podido evitar los males que atrajo sobre el país la lucha civil de las *Comunidades de Castilla*, en las que, caso de haber estallado en su tiempo, hubiera tenido necesidad de tomar parte, defendiendo á la Monarquía, de que fué tan entusiasta partidario. Pero, en fin, bajó al sepulcro sin haber tenido el disgusto de pelear y sofocar las libertades de su patria.

CAPÍTULO VI

La conquista de Mejico.

Eldorado.—Velázquez y Grijalva.—Fernando Cortés.—Sus cualidades, su valor, sus méritos y sus conquistas.—Moctezuma.—Cortés quema sus naves.—Historia de Méjico.—Tradición de la fundación de la ciudad.—Idolatrías mejicanas.—Sacrificios humanos.—Entrevista de Cortés y Moctezuma.—Los españoles en el palacio del Emperador.—Marina y sus amores con Cortés.—Atropello y prisión de Moctezuma.—Su cautiverio.—España y el país del oro.—Expedición de Pánfilo de Narváez.—Guatimozin, Emperador.—Humillaciones y muerte de Moctezuma.—Aprestos de lucha.—*La noche triste.*—Batalla de Otumba.—Asalto de Méjico.—Guatimozin prisionero.—Destitución de Cortés —Conjuración de Méjico.—Nuevo viaje á Méjico.—Regreso á España y naufragio de Cortés.—Su muerte.—Sus restos.

Los graves acontecimientos que ocurrían en la Península, así por las dificultades interiores como por las guerras suspendidas, pero no acabadas, entre Francia y España, por la posesión de los Estados de Italia, y las complicaciones que surgieron después en toda Europa con motivo de la elección de Carlos I para Emperador de Alemania, y la aparición de la funesta heregía de Lutero, no permitían al Gobierno español ocuparse de los asuntos de sus posesiones ultramarinas, y por lo tanto, las colonias seguían en

el mismo estado en que se hallaban á la muerte de Isabel la Católica, aunque adquiriendo gradualmente el desarrollo moral y material que el tiempo imprime á los hombres y á los sucesos.

El gusto por los viajes y el constante deseo de adquirir rápidas fortunas en el vasto continente americano, reconocido ya, aunque no explorado, y donde la brillante imaginación de los codiciosos aventureros fijara el opulento y fabuloso país que titularon *Eldorado*, no había decaído aún; por el contrario, aumentábase más cada día, y atrevidos exploradores se acercaban de continuo á las solitarias playas del Nuevo Mundo á adquirir datos y noticias que, aunque fuesen incompletas y dudosas, siempre resultaban halagüeñas; pero no se pasaba de allí por falta de recursos materiales para acometer ninguna empresa.

El Gobierno español no se hallaba en estado de ayudar á ninguna empresa con el auxilio de los soldados y dinero que necesitaba en otra parte; pero tampoco se oponía á que la iniciativa particular se empeñase por su cuenta en el camino de las aventuras, donde, en último resultado, como en otro lugar hemos dicho, no se perdía nada y podía ganarse mucho.

Noticioso Velázquez, Gobernador de la isla de Cuba, de que un español llamado Grijalva había adquirido noticias revestidas de muchos visos de verdad, de que en el centro del inme-

diato continente existían grandes pueblos desconocidos, dotados de inmensas riquezas, y que nadie había hasta entonces reconocido, determinó hacer una expedición á aquellas tierras, valiéndose de los elementos oficiales que á sus órdenes tenía y que no le eran absolutamente necesarios, atendido el estado de tranquilidad y sosiego en que la isla se encontraba.

Al efecto, propuso la ejecución del proyecto á uno de sus Tenientes, que le merecía suma confianza: el joven extremeño Fernando Cortés, que halló excelente la idea y se ofreció á secundarla.

Era Cortés uno de esos seres privilegiados que de vez en cuando aparecen en el mundo, y á los que parece que la Naturaleza se complace en prodigar todos sus dones. De gallarda presencia, de trato fino y amable, y de insinuantes maneras, poseía una instrucción bastante completa, un heroico valor y una resolución enérgica, que hacían de él el tipo acabado de los caballeros de las leyendas. Tres siglos antes hubiera sido uno de los más esforzados paladines de Europa; y las hazañas que llevó á cabo con un puñado de hombres en un inmenso imperio, cercado de los mayores peligros y contrariedades, demuestran con notoria evidencia toda la grandeza de su alma y toda la extensión de su genio político y militar, pues en su colosal empresa tuvo que valerse de recursos que parecían ajenos á la esfera natural, porque no tuvo que

entenderse con sencillos y pacíficos isleños, como los que sometió Colón á su llegada al Nuevo Mundo, sino con hombres que poseían una civilización bastante adelantada, y que, aunque al pronto quedaron absortos á la vista de seres que creyeron de una especie superior, pasado el primer momento de asombro, supieron defender hasta el último instante con el mayor valor su amenazada independencia.

Hechos los preparativos con todo el secreto posible, salió Hernán ó Fernando Cortés, que de ambos modos le llama la Historia, salió de la isla de Cuba al mando de la expedición, que se componía de 10 pequeños buques, que conducían 700 hombres, 18 caballos y algunos cañones, con abundante provisión de municiones. A los pocos días desembarcó sin obstáculo en las playas descubiertas por Grijalva, en las cuales dispuso acampar, hasta la vuelta de algunos exploradores que con un intérprete mandó al interior del país para adquirir noticias. Pronto volvieron á darle cuenta de que á poca distancia se encontraba la capital de un gran imperio, donde reinaba un opulento Monarca llamado Moctezuma, segundo de este nombre, cuya capital, titulada Tenochtitlán, en el lenguaje del país, era una grande ciudad donde reinaban la riqueza, el lujo y la abundancia y campeaba una civilización no presentida en aquellas ignotas regiones. Cortés mandó una embajada al jefe de aquel Estado,

anunciándose como enviado de un poderoso Soberano, que deseaba entablar relaciones de paz y buena amistad; pero Moctezuma, que no debió augurar nada bueno de la llegada de los extranjeros, de los cuales y de su establecimiento en las islas acaso tenía noticias, devolvió la visita con otra lucida embajada, compuesta de algunos señores de su corte, guerreros y servidores, conduciendo magníficos presentes, donde no escaseaban las alhajas de oro, plata y pedrería, y rogando cortésmente á los españoles se volviesen por donde habían venido.

El tiempo que tardaron en verificarse estos actos diplomáticos lo empleó Cortés en preparar lo que juzgó oportuno para dar principio á la proyectada conquista. Empezó por construir en la playa un pequeño fuerte que pudiese, en caso de necesidad, proteger la retirada, y continuó adquiriendo noticias acerca del país, para saber á qué atenerse.

Supo que á un lado de los dominios de Moctezuma existía otro Estado bastante grande y floreciente, llamado Haxcala, que constituía una República democrático militar, gobernado por un Consejo de guerreros, bajo la presidencia de un jefe electivo, que á la sazón era el llamado Xicotencal, y la cual República hacía muchos años se hallaba casi en continua guerra con sus poderosos vecinos. No pareció á Cortés despreciable esta circunstancia, y determinó aprove-

charla, mandando sus enviados á Xicotencal, ofreciéndole su amistad y solicitando su alianza. El trasalteca, aficionado á los españoles por su marcial aspecto y la superioridad que demostraban, aceptó de buen grado la invitación y juró paz y amistad con los invasores, de los cuales fué siempre el más fiel aliado, prestándoles muy señalados servicios, sin sospechar que conspiraba contra la libertad de su patria, que al cabo vino á desaparecer y quedar fundida en el gran Estado de *Nueva España*.

Al tener noticia Hernán Cortés de hallarse próxima la embajada de Moctezuma, dispuso dispensarla un ostentoso recibimiento. Hizo adornar con la posible magnificencia su tienda de campaña, en cuya cima ondeaba el estandarte español, colocando en buen orden su pequeño ejército, calculando que su vista debía causar notable efecto por la novedad que presentaba.

Los embajadores hacían su marcha muy lenamente á causa de la falta de locomoción activa que se notaba en el país. Eran conducidos en hombros de plebeyos, en unos lujosos palanquines construídos de maderas finas con incrustaciones de oro, formando caprichosas labores y cubiertos con preciosas telas de vivos matices y espléndidamente bordadas. Los españoles quedaron absortos á la vista de semejante riqueza, de que no habían podido formarse ni la más remota idea. ¿Qué pueblo era aquel, sepultado,

respecto á Europa, en las nieblas del olvido, y que presentaba muestras de una cultura que hacía recordar la de las antiguas naciones de la poderosa Asia?

Al aproximarse la embajada, Cortés mandó hacer una salva con los arcabuces y los cañones, llenando de asombro á los recién venidos, que no podían explicarse cómo en un día tan sereno y brillando un sol esplendoroso se producía una tempestad de truenos y de espesas nubes de humo—llegando el caso de caer algunos en tierra, llenos de espanto,—y consideraron á los extranjeros como seres sobrenaturales. Cortés les tranquilizó, haciéndoles comprender que poseía aquellos truenos para destruir á sus enemigos, pero que los empleaba también para honrar, á la usanza de su tierra, á los magnates y enviados de poderosos soberanos. Pasado el primer momento de terror, dióse principio á la entrevista.

Los enviados de Moctezuma eran hombres de aspecto grave y reflexivo, de fisonomía simpática y de cutis que presentaba el color cobrizo claro, peculiar á los habitantes de todos los pueblos americanos, y cuyo color, más pronunciado en los moradores de los campos y de las selvas salvajes, les mereció el nombre de *pieles rojas*. Los embajadores eran de buena estatura y vestían lujosos trajes al uso de remota antigüedad, en donde no escaseaba el oro y las piedras preciosas, que la codicia española conceptuó de in-

estimable precio. En la cabeza llevaban adornos de plumas de aves desconocidas, pero de variados y brillantísimos matices.

Aunque el aspecto del campamento español les causó bastante extrañeza, no lo dieron á entender, manifestando que no eran hombres incultos, ni ajenos al disimulo que su clase y posición exigía. Debió, no obstante, impresionarles mucho la vista de aquellos hombres de tez blanca y de larga barba, y vestidos con trajes tan diferentes de los suyos. Pero lo que sí les causó notable asombro, mezclado de un espanto que nunca pudieron dominar, fué la vista de los ginetes, cubiertos con sus brillantes armaduras, creyendo al pronto que el hombre y el caballo formaban un solo individuo, aumentándose su admiración al ver á los caballeros montar y desmontarse y al contemplar la docilidad con que los animales obedecían las insinuaciones de sus dueños.

Cortés hizo entrar á los embajadores en su tienda, donde por medio de los intérpretes le dieron conocimiento del encargo de su señor y le ofrecieron los regalos de que eran portadores. El jefe español significó su gratitud por el obsequio, que no carecía de importancia, pero, respecto á volverse, contestó que habiendo venido de tan lejanas tierras sólo para cumplir las órdenes de su señor, de ver y tratar con el Soberano de aquellos dominios, estaba resuelto á no retroceder sin dejar cumplida su misión.

Ínterin tenía lugar la conferencia, varios hombres, provistos de botes de pinturas y manejando diestramente los pinceles, trazaban sobre unas telas blancas tendidas en el suelo, los objetos que tenían á la vista; las naves, las armas, los soldados y, sobre todo, los caballos, objeto de su admiración y su espanto. Estos hombres eran los *reporters* de aquel país, que, no teniendo conocimiento del uso de la escritura, se valían de imágenes para transmitir y conservar la memoria de los sucesos notables.

La embajada se retiró poco satisfecha del resultado, volviéndose á Tenochtitlán; y los españoles, absortos ante tanta majestad y riqueza, quedaron ardiendo en deseos de penetrar en aquel país, donde parecía encontrarse el colmo de todas las ambiciones. Cortés despachó á la isla de Cuba uno de sus buques para dar cuenta á Velázquez de lo ocurrido, y dijo á sus soldados que el que no se encontrase con ánimo ó deseo de continuar adelante en la empresa principiada, podía retirarse, aprovechando aquella ocasión, porque en mucho tiempo no se presentaría otra. Nadie quiso retirarse y todos juraron seguir á su caudillo hasta donde éste quisiera llevarlos, sin reparar en fatigas ni peligros.

Entonces Cortés llevó á cabo una de las acciones más grandes que la Historia registra y que hubiera asombrado á los siglos de la antigüedad, á ser ejecutada por Alejandro ó por Cé-

sar; acción en que no se sabe qué admirar más, si la temeridad, la valentía ó la fuerza de voluntad que atesoraba el alma de aquel hombre extraordinario.

Esta acción memorable fué prender fuego á todos los buques, dejándolos inservibles para la navegación é imposibilitando de este modo cualquier conato de retirada. Teniendo cerrado el camino por una gran extensión del Océano, el pequeño ejército no tenía más recurso que marchar adelante é internarse en un país desconocido, y al parecer, no muy bien dispuesto en favor suyo, á fin de procurarse albergues y subsistencias.

Cortés, dejando en el fuerte que había hecho levantar, un pequeño destacamento al mando de un oficial, emprendió la marcha hacia la capital del imperio de Moctezuma, pasando antes por la república de Haxcala, á fin de darse á conocer y ratificar los pactos convenidos. La marcial república quedó pagada de la visita de los guerreros españoles, y el jefe Xicotencal hizo á Cortés una cordial acogida, proporcionándole todo género de recursos y facilitándole guías é intérpretes que le sirvieron de mucho.

No consta que los españoles llegaran á saber á punto fijo el verdadero nombre del país que atravesaban, y sólo oían pronunciar el nombre de algunas poblaciones del tránsito; nombres difíciles de retener en la memoria y que muy pronto

se descomponían por la pronunciación de los invasores. Así es que la capital Tenochtitlán, fué llamada por los españoles, no se sabe con qué fundamento, Méjico, nombre que lleva todavía y que se hizo extensivo al inmenso territorio denominado en general *Nueva España*. Siguiendo la admitida costumbre, llamaremos *Méjico* al imperio de Moctezuma.

Aquel país no tenía historia, por carecer de documentos escritos, según la costumbre de los pueblos antiguos y modernos de todo el mundo, y sus tradiciones eran también sumamente obscuras é incompletas. Sólo se sabía que aquel vasto territorio hubo de ser ocupado en diferentes épocas por varios pueblos, cada uno de los cuales había ido dejando allí rastros de sus usos y costumbres, constituyendo una civilización extraña y heterogénea, como formada de tantas otras, donde resaltaba, al lado de una adelantada cultura, la barbarie, la tiranía y la obscuridad. De los escasos indicios que pudieron adquirirse, resultaba que por muchos años los mejicanos habían tenido un gobierno aristocrático, que luego cambiaron en el monárquico, erigiendo un imperio tan absoluto y despótico, de que sólo existían ejemplos parecidos en las remotas monarquías de los pueblos del Asia. El Emperador mejicano ejercía la suprema autoridad, según á su voluntad ó su capricho cumplía, sin traba ni limitación alguna, considerándole como un di-

recto representante de la Divinidad, obedeciéndole y sirviéndole sus magnates con una especie de respetuosa adoración.

Cuando salía en público, ocupando un suntuoso palanquín, sostenido en los hombros de individuos de la más alta nobleza, los plebeyos que se hallaban á su paso debían postrarse en tierra humillando su cabeza, y si alguno osaba levantar la vista hasta la augusta persona, era, por solo este hecho, condenado indefectiblemente á muerte. No es posible llevar á más alto grado la vanidad y el despotismo.

Si los españoles que aportaron á Méjico con Hernán Cortés hubieran sido hombres de estudio y reflexión, motivo hallaron sobrado para formar extrañas conjeturas y profundas consideraciones acerca del origen, procedencia y antigüedad de aquellos pueblos tan apartados y tan ignorados de la Europa, y donde, sin embargo, se encontraban todas las formas de gobierno, la práctica de religiones, la división de clases, el conocimiento de las artes mecánicas y hasta las superfluas de puro lujo y de diversión y pasatiempo conocidas en el antiguo mundo. Pero aquellos rudos soldados y audaces aventureros, que habian abandonado sus hogares, sus familias y sus afecciones por correr en pos de la diosa Fortuna, no tenian tiempo ni instrucción para ocuparse en investigaciones históricas y científicas. La posesión del oro era el único ideal que

les guiaba, y su único afán encontrarle pronto y con la mayor abundancia.

Sin embargo, por muy preocupados que estuviesen con su idea dominante, no dejaría de llamar su atención el aspecto del país que atravesaban, donde veían al lado de una vegetación exuberante y espontánea, campos perfectamente cultivados y árboles colosales llenos de frutos tan delicados como no conocidos. Por todas partes se hallaban edificios de extraordinaria magnitud, pero de forma extraña y arquitectura particular, que no participaba ni del orden y regularidad de las construcciones griegas y romanas, ni de la belleza y elegancia de las góticas y bizantinas. Todo era grande, pero de una grandeza sin gusto ni majestad.

Los trajes de los habitantes eran de notable forma antigua, pero no indicando pobreza ni desaseo, ni ostentando el haraposo aspecto de los mendigos europeos. Hubiérase podido creer que en aquel feliz país no existían miserables. Las armas eran las acostumbradas en los pueblos primitivos. Arcos, flechas y escudos; lanzas ó azagayas, machetes y mazas guarnecidas de agudas puntas y cuyas armas eran, en su género, de una notable perfección y muchas de ellas de singular riqueza, pues los mejicanos se distinguían en el trabajo de los metales y de las piedras preciosas, tan abundantes en el país. Sin embargo, aquellas armas no eran de hierro ni

acero, que allí no se conocía, reemplazándole con el cobre, que abundaba mucho, sin que esta circunstancia las hiciese desmerecer ni las privase en nada de su brillo y lucimiento.

Y tanta era la falta de hierro en Méjico y sus contornos, que en las historias de las conquistas se refiere el caso, que pudiera parecer como inverosímil, de que necesitando Cortés herrar sus caballos, tuvo precisión de mandar forjar herraduras y clavos de plata. Más afortunados fueron los españoles para reponer su provisión de pólvora cuando las municiones empezaron á escasear. Algunos volcanes apagados suministraron cuanto azufre se necesitaba; el salitre se encontró fácilmente y la galena argentífera de las minas de plata suministraba el plomo en abundancia para la construcción de las balas.

Las armas rudimentarias de los mejicanos no podían ciertamente sostener ventajosa competencia con las españolas, pero en cambio las superaban en otra condición. Las puntas de las flechas de combate estaban impregnadas con el jugo de ciertas plantas venenosas, y muy particularmente con el *curare*, cuya fórmula de preparación conocían hasta las tribus más salvajes de los bosques, y cuya acción era tan rápida, que bastaba un leve pinchazo, un pequeño rasguño que produjese una gota de sangre para causar instantáneamente la muerte.

Al llegar Cortés á la capital, residencia del

Emperador Moctezuma, se quedó sorprendido al ver una grande y populosa ciudad, edificada en su mayor parte sobre el agua, y surcada de canales á semejanza de la europea Venecia. En aquella población, que tenía un aspecto pintoresco y agradable, nada faltaba de cuanto era preciso para las necesidades y aun para el regalo de la vida. Los edificios eran suntuosos y á semejanza de muchas ciudades antiguas de Europa; los artesanos de un propio oficio habitaban todos en una misma calle. El palacio del Emperador era de una magnificencia indescriptible. Daban acceso á él treinta puertas, que estaban custodiadas por una lucida guardia compuesta de jóvenes de la nobleza, que tenían como alto honor desempeñar este servicio.

Para mayor sorpresa de los que creían habérselas con un pueblo inculto é ignorante, hasta se encontraron muestras del *Arte del Blasón*. El escudo de armas de la ciudad de Méjico, esculpido en los palacios y ricamente bordado en los estandartes y tapicerías de la casa imperial, le constituía un águila sobre un tunal ó higuera chumba, porque una remota tradición aseguraba que la fundación de la ciudad había sido debida á una revelación de los dioses del país á sus sacerdotes, indicándoles era su voluntad se edificase la capital del gran imperio en el sitio donde apareciese el águila sobre la planta mencionada, que en Méjico llega á adquirir colosales propor-

ciones. No ha habido pueblo en el mundo que carezca de tradición más ó menos ingeniosa, en lo que se refiere á la causa de su fundación, y este incidente respecto á Méjico, es uno de los muchos que han llenado y aun llenan de confusión á los sabios investigadores, y que dan más fuerza á las conjeturas de que el continente americano no ha sido siempre desconocido del resto del mundo ni ha estado completamente separado de él.

La religión de los mejicanos era una idolatría que participaba de otras y en la que se sospechó encontrar hasta vestigios de las creencias cristianas, pero que no pasaba de ser una idolatría ridícula, á la vez que repugnante y horrible, revestida de cierto aparato de grandiosidad.

Aunque adoraban otros dioses subalternos, como en la Mitología griega y romana, el principal era el que nombraban Huitzilopoctli, representado por un monstruoso simulacro de madera, de forma horrible al par que ridícula, parecida, según las descripciones contemporáneas, á los ídolos que aún se ven en las pagodas chinas, al de Jagernat de la India ó al sanguinario Moloch de los amorreos. A este ídolo se ofrecían alguna vez víctimas humanas, sacrificando, por lo regular, los prisioneros hechos en la guerra. Su templo era un inmenso edificio de arquitectura extraña é imponente. Subíase al adoratorio, donde estaba el simulacro, por una

escalinata bastante ancha, y delante de la figura había una piedra de forma piramidal, como de una vara de alta, la cual era el ara del sacrificio. Cuando se ejecutaba uno de estos actos, dos sacerdotes sujetaban la víctima y la hacían echarse de espaldas sobre la pirámide, y el sacrificador, con un afilado cuchillo de piedra, le abría el pecho y le arrancaba el corazón, arrojándole humeante á los pies del ídolo. El cuerpo del sacrificado se arrojaba por la escalinata abajo, recogiéndole los servidores del templo, que le cortaban la cabeza, la cual hacían hervir en agua para separar la carne y colocarla en el lugar destinado al efecto; pues es de advertir que entre los magníficos adornos del adoratorio, donde por todas partes brillaban el oro y la plata, destacábase como horrible trofeo otro adorno que llenaba de horror á los que no estaban familiarizados con él, ni le consideraban como una ofrenda agradable á los ojos de su sangrienta divinidad. En los intercolumnios del espacio que rodeaba al simulacro, hallábanse artísticamente colocadas en largas filas las cabezas en esqueleto de las víctimas rendidas al sacrificio, ensartadas en unas varillas de metal dorado. En esta fúnebre colección figuraron las cabezas de los españoles muertos por los mejicanos en los combates que más tarde se suscitaron, y que fueron, sin duda, consideradas como una ofrenda agradable al genio tutelar del imperio.

Cuando Moctezuma tuvo conocimiento de la llegada de Cortés á su capital, quedó admirado de tanta audacia y hasta llegó á figurarse que sólo unos hombres de naturaleza muy superior podían atreverse á colocarse frente á frente de él, que se consideraba más alto que todos. Excitado por la curiosidad ó el temor, y en virtud de los informes recibidos de sus embajadores, determinó salir al encuentro de los españoles, y lo verificó con tan numeroso y lucido acompañamiento y desplegando tan ostentosa magnificencia, que los españoles no podían volver de su asombro, renovándose con más fuerza su insaciable sed de oro, y creyendo haber llegado al punto de poder llenar cumplidamente los más exagerados deseos.

Los mejicanos, por su parte, también quedaron sorprendidos á la vista del pequeño ejército, en perfecta formación y revestido de sus brillantes arneses. Los caballos, que les inspiraron siempre un invencible supersticioso terror, era lo que más les sorprendía.

El Emperador y sus cortesanos, de los que probablemente se habría aconsejado, no carecían de la penetración, astucia y disimulo que caracterizan á los hombres públicos de todos los tiempos y países. El recibimiento hecho á Cortés fué grave, ceremonioso y no exento, al parecer, de cordialidad. Moctezuma invitó al caudillo español á alojarse en su palacio, y le señaló una parte

de él, la cual era tan amplia, que pudo recibir cómodamente á todos los individuos de que constaba la expedición.

Los españoles encontraron en la mansión real todo cuanto necesitaban para su descanso y comodidad, y eran provistos diaria y abundantemente de cuantos artículos se consideraban precisos para su manutención. Pero aquella magnificencia y esplendidez, el brillante lujo que por do quiera les rodeaba y la consideración de las inmensas riquezas que debía contener el resto del aún no conocido imperio, eran nuevos estímulos para avivar la codicia, y los soldados, ansiosos siempre de botín y de rapiña, contenían se á duras penas para no arrojarse sobre todo, sujetos por un resto de obediencia y disciplina.

La cordialidad, no obstante las apariencias amistosas, estaba muy lejos de existir. El Emperador y sus palaciegos, para saber á qué atenerse, procuraban estudiar y conocer á los extranjeros, y el caudillo español, receloso y precavido como debe serlo todo el que se encuentra en un país que no conoce, no se entregaba á una ciega confianza, y vigilaba cuidadoso, á fin de no encontrarse sorprendido. Pronto tuvo ocasión de apreciar todo el valor de sus precauciones.

Los mejicanos, según la antigua costumbre de los pueblos orientales, profesaban la poligamia, y el Emperador tenía en su palacio, como

objetos de lujo, cierto número de mujeres. Cortés, á quien la deferencia de Moctezuma le permitía el libre acceso á todas partes, se fijó en una de estas mujeres, que llegó á inspirarle una violenta pasión, que obtuvo correspondencia. Era una mujer, al decir de los contemporáneos que relatan este incidente, de grande penetración y extraordinario talento, de gallarda apostura y hermoso rostro, y de color tan blanco como la más garrida castellana. Esta mujer, que ligó definitivamente su suerte á la de Cortés, que le guardó constante fidelidad toda la vida, y que le acompañó en sus expediciones, prestándole inmensos servicios, recibió en el bautismo el nombre de Marina, y fué madre del célebre bastardo que no desmintió el genio de su progenitor, aunque no pudo demostrarle más que en una desgraciada tentativa política de que apenas se ocupan los historiadores de Indias.

Cuando menos podía esperarse, llegó á Méjico la noticia de un suceso que precipitó acontecimientos desagradables y funestos para todos. Los españoles que dejó Hernán Cortés en el fuerte construído en la playa de su arribo, empezaron á creerse árbitros del país, que consideraban como ya conquistado, y cometieron tantos y tales atropellos en los pueblos inmediatos, que bien pronto se granjearon el odio y la animadversión de los naturales, llegando el caso de no poder resistir los ultrajes y desmanes tan comunes á la

soldadesca audaz é insubordinada. Un Jefe mejicano, al frente de una multitud de guerreros, atacó el fuerte, y aunque los españoles se defendieron con bravura, valiéndose de la superioridad de sus armas, el número y la furia sofocaron el valor, y el puesto fué tomado al asalto y sus defensores muertos ó dispersados, logrando algunos de éstos llegar hasta Méjico para dar á su General la fatal nueva. El caudillo mejicano hizo cortar las cabezas de los españoles muertos y las mandó pasear por todas las poblaciones más importantes del imperio para demostrar que eran hombres como todos y no seres inmortales, según la general creencia.

Cortés comprendió toda la gravedad de este suceso y las terribles consecuencias que pudiera ocasionar la creencia de que no eran invencibles los españoles, porque en el corto espacio que llevaba de vivir entre los mejicanos había comprendido que no eran un pueblo inculto ni bárbaro, aunque dócil, sumiso y obediente. Su imaginación y su genio, que le habían inspirado la heroica resolución de quemar las naves, le sugirieron entonces otra atrevida resolución, que determinó llevar á cabo sin demora, como la única que le podía salvar de la comprometida situación en que se veía.

Ya hemos dicho que los mejicanos profesaban á sus Emperadores una especie de idólatra veneración, considerándolos como de origen divino,

y cuyas órdenes, y hasta sus caprichos, debían cumplirse con la más ciega y absoluta sumisión. Cortés, conociendo esta circunstancia, tan favorable para su designio, resolvió aprovecharse de ella. Un día, al frente de algunos Oficiales, entró inopinadamente en los aposentos de Moctezuma, y poniéndole la espada al pecho, amenazándole de muerte, le obligó á constituirse prisionero, le cargó de cadenas como si fuese un bandido, le hizo declararse vasallo del Rey de España y, por último, le exigió una cantidad inmensa de oro, como indemnización del asesinato de los españoles, y la entrega del Jefe que había asaltado el fuerte, al cual hizo quitar la vida en medio de horribles tormentos.

Desde aquel momento, y teniendo en rehenes la persona del Monarca, Cortés se creyó seguro y á cubierto de cualquier tentativa de insurrección, porque las órdenes que, inspiradas por él, promulgaba Moctezuma, todas iban dirigidas á mandar guardar la mayor tranquilidad y el respeto á las personas de los españoles. El atrevido golpe de mano de Cortés fué una medida demasiado violenta á la verdad, y poco conforme á las leyes de la razón, de la justicia y del derecho de gentes y hasta á los deberes privados de la equidad y de la gratitud, porque es preciso tener en cuenta que los españoles fueron bien recibidos y agasajados en todas partes, y que sólo sus desmanes y atropellos, así en las islas como en Mé-

jico, y más tarde en el Perú, produjeron las terribles colisiones con los naturales de aquellos países, cansados de sufrir tantas arbitrariedades y atropellos. Parece que un hado fatal perseguía á los conquistadores para hacerles empañar con las negras sombras el esplendor del más asombroso acontecimiento que han visto los siglos modernos. Y en verdad que este hado funesto existía, sin tener que considerarle como un ente imaginario. Era la ambición y la codicia, bastardas é insaciables pasiones que han causado y causarán la eterna desgracia del género humano.

La censurable conducta de Hernán Cortés sólo puede disculparla algún tanto la poderosa razón de Estado y el deseo de precaver mayores daños. La política llega hasta sancionar los mayores crímenes, y todos los medios son buenos con tal que conduzcan al fin apetecido.

Por el pronto, el caudillo español consiguió lo que deseaba. Sus órdenes, promulgadas en nombre de Moctezuma, eran obedecidas en Méjico, y teniendo en rehenes y como garantía de seguridad la persona del Soberano, podía decirse que él era el Soberano de hecho. Pero semejante situación, tan anómala como comprometida, no podía durar mucho tiempo.

Ya dijimos que cuando Cortés inutilizó sus naves, sólo reservó una que mandó á Cuba para dar cuenta de su llegada á las playas de Méjico,

de su entrevista con los Embajadores de Moctezuma y de su firme resolución de pasar adelante, enviando á la vez algunas muestras de los ricos presentes que habia recibido. Velázquez, satisfecho de los felices principios de la expedición, estableció una especie de correo marítimo periódico entre Cuba y Méjico, para estar al corriente de los sucesos, y dió parte á España de todo lo ocurrido en el nuevo descubrimiento, hasta la prisión de Moctezuma, mandando para el Tesoro del Rey la quinta parte del rico botín adquirido.

No causó en España grande asombro la noticia de los triunfos de Hernán Cortés, en primer lugar porque, como oportunamente dijimos, la situación política de la Monarquía no era para entregarse á vivas expansiones de entusiasmo, y en segundo, porque desde los descubrimientos de Colón no había idea ni proyecto por aventurado que fuese que no se considerase de posible realización. Sólo causó sensación profunda la noticia de que se había descubierto el país del oro; las codicias se avivaron, todos quisieron pasar al Nuevo Mundo en busca de una fortuna, y la despoblación de España, y aun de otras partes, empezó rápidamente á iniciarse.

Cuando Hernán Cortés se hallaba más ocupado en los proyectos de extender la dominación y la conquista, supo que un español, llamado Pánfilo de Narváez, había desembarcado en las

playas donde él lo verificara, con cerca de dos mil aventureros, resuelto á obrar por cuenta propia, á seguir sus pasos, aprovecharse de sus trabajos y arrebatarle, á ser posible, la gloria y las riquezas. No era Cortés hombre capaz de que nadie le suplantase ni de permitir que otro se lucrara con el fruto de sus fatigas y desvelos, y mucho menos asistiéndole el derecho de prioridad, y determinó, por lo tanto, salir sin demora en busca del competidor, para detenerle en su mal premeditada empresa.

Dejando á su regio cautivo con la debida seguridad, salió de Méjico á la cabeza de su reducida hueste, y encontró muy cerca á la del invasor, formada toda de gente advenediza, sin instrucción militar, y en la que eran muy contados los soldados aguerridos. La pericia de Cortés, su pronta resolución é invariable energía, y, sobre todo, su fortuna, sirviéronle en esta ocasión como siempre. Trabóse la acción, pero á los primeros tiros, la tropa de Narváez se pasó á Cortés con sus armas y municiones, y el Jefe español volvió á Méjico al frente de un ejército relativamente numeroso.

Durante su corta ausencia habían tenido lugar sucesos inesperados, y presentábanse por do quiera síntomas alarmantes, como relámpagos precursores de la inmediata tempestad. Los Grandes mejicanos, así como el pueblo, llegaron á comprender que el Soberano se hallaba prisio-

nero de los españoles, y temiendo que éstos llegaran á apoderarse del país y á destruir su independencia, fué creciendo cada día más su odio y su animosidad hacia los extranjeros, hasta el extremo de dárselo á entender por medio de hostiles manifestaciones que nada tenían de tranquilizadoras.

Además, hallándose prisionero y coartada la voluntad del Emperador, sus decisiones no debían tener valor, como arrancadas por la fuerza, por más respeto que les mereciera su sagrada persona. Así lo comprendieron los magnates mejicanos, y obrando con una política que honraría á los más distinguidos hombres públicos de nuestros días, determinaron prescindir de Moctezuma, mientras permaneciera cautivo, y aclamaron Emperador á su inmediato sucesor Guatimozín.

Éste, joven, ardiente, valeroso y entusiasta de la libertad de su amenazada patria, excitó más y más la ira contra los invasores, llegando hasta el caso de atacarlos en su alojamiento, sin intimidarles ya el estruendo y los estragos de la arcabucería. Todos los días se presentaban ante el palacio imperial grandes masas de paisanos y guerreros, prorrumpiendo en insultos y amenazas contra los españoles, que por orden de su jefe permanecían á la espectativa, por no gastar sus municiones, limitándose, cuando era mayor el alboroto, á hacer una descarga que dispersaba la multitud, dejando en la arena algu-

nos muertos y heridos; mas, pasado el primer momento de terror, volvían al ataque con más fuerza.

Suponiendo Cortés que el Emperador ejercía aún alguna influencia sobre sus vasallos, le sujetó á la última y más degradante humillación, sin tener en cuenta el respeto que merecían la desgracia y la majestad caída. Cuando estallaba alguna conmoción, le obligaba á salir á una ventana del palacio, para que arengase á las turbas, recomendándoles se disolviesen sin insultar á los españoles, y aquella víctima de la civilizada barbarie europea, condenada al sacrificio por la salud y la seguridad de sus opresores, presentábase como nuevo *Ecce Homo,* á dar las órdenes que tendían á aniquilar para siempre su dominio.

Pero el soez populacho, que en todas partes es de iguales condiciones, y á quien nunca faltan tribunos que le exalten y enardezcan, apenas se enteró del estado á que su Emperador se veía reducido y comprendió que nada tenía que esperar ni temer de él, concluyó por perderle el tradicional respeto que antes le guardaba, y al presentarse en público le llenaba de insultos é improperios como á los españoles, llegando, por fin, al extremo de arrojar piedras contra su persona, siendo un día herido de gravedad en la cabeza. Sintió tanto el Emperador este ultraje, que su imaginación, tan sobreexcitada por las humillaciones de que diariamente era objeto, no pudo

resistir más y cayó enfermo de melancolía, falleciendo, por último, abrumado bajo el peso de tanto infortunio.

Bien quisiera Hernán Cortés ocultar el fallecimiento de Moctezuma, pero sólo lo consiguió por unos cuantos días, al cabo de los cuales la noticia se divulgó por todas partes. Guatimozín, Emperador ya de hecho, empezó á tomar sus disposiciones para guerrear con los españoles, á cuyo fin despachó órdenes á las poblaciones importantes del imperio, para que enviasen á la capital todos los guerreros disponibles. Pronto se halló á la cabeza de un formidable ejército, dispuesto á morir por salvar la independencia de su patria y arrojar de ella á los audaces invasores que habían venido á tiranizarla.

Cortés, por su parte, tampoco se descuidara en tomar precauciones, y había recibido de Cuba algunos refuerzos, principalmente de caballos y artillería. Méjico presentaba el aspecto de un formidable campamento, y los españoles, encerrados en el palacio imperial, permanecían á la defensiva, limitándose á repeler los ataques de que diariamente les hacían objeto.

Pero aquella situación era insostenible y convenía despejarla. Cortés, con su hábil golpe de vista militar, comprendió todo lo difícil y arriesgado de empeñar un ataque dentro de la población que tan hostil le era, y juzgó más conveniente atraer los enemigos á campo raso, donde

podía maniobrar con más seguridades de buen éxito, merced á la pericia y organización de su tropa. En su consecuencia, dispuso la retirada.

Un día, al caer la tarde, salió del palacio que fué de Moctezuma, al frente de su ejército, formando en masa compacta, llevando en el centro sus carros de municiones, vituallas y todo género de pertrechos, ó sea la *impedimenta,* como diríamos en nuestros días. Los caballos, que tanto terror inspiraban á los mejicanos, iban delante abriendo paso por entre la apiñada multitud de enemigos, que se apartaban para abrir camino á aquellos animales, considerados como feroces, y á esta feliz circunstancia se debió que el escuadrón castellano pudiese avanzar lentamente, sosteniendo una desigual lucha con aquel enjambre de guerreros, que le hostilizaban de cerca con sus azagayas, machetes y mazas, y de lejos arrojando desde las ventanas y terrados de las casas una nube de piedras y de flechas.

La retirada fué difícil y desastrosa, viniendo á hacerla más funesta la llegada de la noche, en que apenas podían distinguirse los amigos de los contrarios. Muchos españoles quedaron muertos en las calles, y otros cayeron en los canales, donde perecieron ahogados. Por fin, lograron verse en campo raso, sin que los enemigos les persiguieran. Unos y otros temieron seguramente empeñar otro combate entre las tinieblas de la noche.

Cortés mandó acampar la tropa en el sitio donde se encontraban, y él pasó la noche sentado al pie de un árbol y sumido en profundas y dolorosas meditaciones. Aquella noche, cuyo recuerdo ha conservado la Historia con el título de la *noche triste,* fué la más angustiosa que el héroe pasó en toda su vida, y en la que decayó algún tanto la entereza de su ánimo, temiendo ver perdido el fruto de tantos trabajos, fatigas y contratiempos. Cortés declaró luego y en repetidas ocasiones, que en la *noche triste* había llegado á perder lo último que se pierde... la esperanza.

Cuando clareó el dia, el Jefe español hizo formar los soldados para contar sus pérdidas, que resultaron bastante considerables, porque no era fácil reemplazar de pronto los combatientes que le faltaban. Llamóle extraordinariamente la atención no ver enemigos por ninguna parte. Sin duda los mejicanos creyeron que los españoles iban de huída, y en vez de correr á sus alcances, juzgaron más conveniente quedarse en la capital para defenderla.

Hernán Cortés, hombre de prontas y enérgicas resoluciones, debió avergonzarse de un momento de debilidad, y determinó tomar el desquite de un desastre, tan común en los lances de la guerra, donde no siempre se muestra favorable la fortuna. En su consecuencia, resolvió pasar á Haxcala á pedir auxilio á sus confedera-

dos, para volver sobre Méjico y dejar bien puesto el honor de la bandera española.

Xicotencal se mostró fiel á la amistad pactada y auxilió á los españoles con un numeroso ejército compuesto de valientes guerreros, acostumbrados á la lucha y que además iban á combatir animados por un espíritu de nacionalidad y de rencor contra sus vecinos los mejicanos.

Al tener Guatimozín noticia de la vuelta de los españoles, salió á su encuentro con un ejército tan innumerable, que al decir de los testigos contemporáneos, asemejábase á una nube de langostas. El Emperador mandaba sus tropas, conducido en hombros de nobles magnates, sobre un trono portátil, ú ostentoso palanquín, de sin igual riqueza, yendo precedido del estandarte imperial. Los dos ejércitos se encontraron en las extensas llanuras llamadas de Otumba, donde debía tener lugar la más sangrienta batalla que se dió en el Nuevo Mundo, comparable sólo á las que presenciaron los siglos antiguos en las continuas guerras de Asia, de Grecia y Roma.

Los mejicanos, animados por la presencia de su Soberano, pelearon con el valor que infunden el amor á la patria y el deseo de sacudir el yugo de los extranjeros. Pero su carácter era débil é indolente y muy poco á propósito para los combates. Sus enemigos los haxcaltecas, más forzados y aguerridos, peleaban con sumo ardimiento. Estas circunstancias y la superior tác-

tica de los españoles hacían que todas las ventajas estuviesen de su parte. El estrago fué terrible y la mortandad espantosa. La arcabucería no perdía tiro, disparando sobre las masas compactas, y los cañones cargados con piedras, á modo de la moderna metralla, sembraban por doquier la desolación y el espanto. Los mejicanos empezaron á ceder, y pronto se declararon en completa derrota. El palanquín del Emperador fué asaltado, debiendo él su salvación á la abnegación de los que le conducían, los cuales prefirieron la muerte para proteger su fuga, y el estandarte imperial, que luego fué enviado á España, quedó en poder de los vencedores con un inmenso botín. El Emperador derrotado se refugió en Méjico, donde se fortificó, por si los españoles pensaban atacarle allí, como sucedió efectivamente.

Hernán Cortés, puesto otra vez á la vista de la capital, no juzgó conveniente entrar en ella á viva fuerza, comprendiendo los graves peligros que ofrecería la defensa de un pueblo parapetado en las casas. Limitóse, pues, á cercar la población y á impedir las comunicaciones con las demás del imperio, y á fatigar á los sitiados con diarias escaramuzas. Los canales eran un punto estratégico para la defensa, y Cortés, determinando al cabo dar un asalto general, mandó construir unos bergantines ligeros para atacar por el agua.

Dispuesto ya todo, dióse el ataque general, que duró varios días, siempre con fatal resultado para los sitiados, que, no obstante su heroica defensa, empezaron á desmayar y á ceder, cesando de pelear y huyendo de la ciudad muchos de los principales magnates por los puntos que les ofrecían fácil salida, llevándose sus tesoros, aunque fueron muchos los que dejaron abandonados á merced del vencedor. Un Oficial español llamado García Holguín que mandaba uno de los bergantines, apresó una barca donde iba huyendo Guatimozín con su joven esposa y algunos individuos de su familia, llevando considerables riquezas. El desgraciado Monarca no opuso resistencia alguna por no comprometer la vida de las personas que amaba, y se entregó á la generosidad de los vencedores, siendo conducido inmediatamente á la presencia del General, que le recibió en su tienda de campaña con ostentoso aparato.

Guatimozín estuvo digno y hasta sublime en aquella entrevista donde iba á decidirse su futura suerte. Llegándose á Hernán Cortés, sacó de la vaina la daga que éste llevaba en el cinto y, presentándosela desnuda, le dijo: «Ya que la suerte contraria me ha colocado en tus manos, dispón de mí á tu voluntad, y atraviésame el pecho con este acero, para quitarme la vida, que es lo único que me queda; pero te ruego tengas piedad de los niños y de las mujeres que dejo en el desamparo.» El Jefe español procuró animarle

con expresiones de consuelo, y mandó que le retuviesen prisionero en el palacio, como á su antecesor Moctezuma, aunque guardándole todas las consideraciones debidas á su elevada clase y al valor desgraciado.

Esta importante captura puso término á la guerra y facilitó á Cortés la entrada en Méjico sin ningún inconveniente. Nadie intentó hacer el más leve conato de resistencia, y los españoles volvieron á ser considerados como seres superiores é invencibles. El carácter apático de los mejicanos se prestaba á la sumisión y á la obediencia, y todos se resignaron á sufrir el yugo extranjero con tal paciencia, que un corto destacamento de soldados bastaba para tener sumisa á una ciudad populosa.

Pasados algunos días de prisión, Guatimozín quiso tener una entrevista con Hernán Cortés y le propuso entregarle una gran cantidad de oro á cambio de su libertad y de la de su familia. La propuesta fué aceptada y el General recibió una suma cuya valía no consta en las relaciones de la época, pero que debió ser muy considerable, si se tiene en cuenta la que importó la quinta parte remitida al Soberano de España. Cortés, sin embargo, y este es otro de los borrones que manchan su límpida exclarecida memoria, no cumplió, como debía, su palabra. La funesta razón de Estado volvió á imponerse otra vez, ejerciendo su poderosa influencia. Temiendo Hernán

Cortés que si ponía en libertad á Guatimozín volviera á sublevar el país y á suscitarle embarazos y dificultades por el gran prestigio que aún gozaba entre los suyos, mandó que le ahorcasen en secreto, librándose de este modo de cuidados y quitando á los mejicanos la esperanza de reivindicar su perdida libertad.

No teniendo enemigos que combatir, Cortés sólo se ocupó de dilatar su conquista y organizar el país en su parte militar, política, administrativa y religiosa con arreglo á las instituciones vigentes en la Península. Lo primero que hizo fué prescindir de su antiguo Jefe Velázquez, para entenderse directamente con la corte de España, que aprobó cuanto había hecho, le nombró Capitán general y Gobernador de Nueva España, nombre que se dió al extenso territorio que antes fué imperio de Méjico, y recibió del Emperador Carlos V la Grandeza de Castilla para sí y para sus sucesores, con el título de Marqués del Valle de Oajaca, sitio que había sido teatro de una de sus gloriosas victorias.

La completa organización del Reino de Nueva España fué lenta y trabajosa, á pesar de los medios que de la Metrópoli se facilitaban para establecer y regularizar la administración económica y judicial, y hasta el año 1524 puede decirse que no empezó á figurar aquel importante dominio como verdadera potencia colonial.

En España causó grande satisfacción la con-

quista de Méjico, pero no desmedido entusiasmo, como ya hemos dicho, á causa de las graves circunstancias políticas por que el país atravesaba. A la guerra civil de las Comunidades de Castilla y de las Germanías de Valencia y de Mallorca, había sucedido la no interrumpida guerra con Francia sobre la posesión del Milanesado, las luchas que se preparaban en Alemania con motivo de los disturbios promovidos por la heregía de Lutero, y las proyectadas expediciones contra el Africa, encaminadas á reprimir las tropelías y desmanes de los piratas argelinos y berberiscos que infestaban los mares de Levante, saqueando las costas de España y de Italia. De gran utilidad fué al Emperador la adquisición de aquellos importantes dominios ultramarinos. Sin los inmensos tesoros que América produjo y que vinieron á consumirse en España, imposible hubiera sido sostener aquellas largas y sangrientas guerras que duraron casi todo el siglo XVI y que si proporcionaron mucha gloria y prez á las armas españolas, en cambio no produjeron ninguna ventaja material, sirviendo únicamente para disponer la decadencia y la postración de la austriaca monarquía.

Como si un astro maléfico presidiera el destino de los conquistadores del Nuevo Mundo, no faltaron á Cortés en medio de sus triunfos disgustos y sinsabores parecidos á los que Colón había experimentado. Vióse de pronto depuesto de su

cargo y llamado á la corte de España para dar razón de su conducta.

No se ha precisado terminantemente la causa de esta extraña determinación, ni el móvil que impulsó al gran Emperador Carlos V á reproducir respecto á Cortés la ingratitud de su abuelo el Rey Católico respecto á Colón. Es notable por demás esta coincidencia. Colón fué pagado con la ingratitud y la desgracia después de haber ensanchado los horizontes del poder de Castilla, y Hernán Cortés recibió idéntico pago después de dar á Carlos V un imperio que valía infinitamente más que el de Alemania. Semejante proceder no es nuevo ni sorprendente: el afecto de los Reyes nunca fué acompañado de la constancia.

Susurróse por entonces, con verdadero ó falso fundamento, que el Monarca no estaba muy seguro de la fidelidad de su súbdito, y que tuvo informes ó presunciones de que intentaba alzarse con la soberanía de los países por él descubiertos y conquistados. El hecho no resultó probado, aunque más tarde, en el reinado siguiente, vino á dar al rumor algunos visos de verosimilitud la abortada conjuración de Méjico, tramada por el hijo bastardo de Hernán Cortés, en favor de su hermano natural el Marqués del Valle de Oajaca, residente entonces en la capital de Nueva España, conjuración que, prematuramente descubierta, no tuvo más resultado que el suplicio de

unas cuantas personas de las más comprometidas en el intento.

Cortés debió sincerarse cumplidamente de los cargos que se le acumulaban, puesto que el Monarca no le retiró su estimación, aunque tampoco le devolvió los cargos y destinos de que fuera desposeído. La vida del héroe aún presenta algunas notables circunstancias. Acompañó al Emperador en las expediciones de Túnez y de Argel; volvió á Méjico, donde aún hizo algunos descubrimientos en el interior del país, y al regresar á España, sufrió una deshecha borrasca en que naufragó el buque que le conducía, pudiendo con mucho trabajo libertar su amenazada existencia.

Cansado de tantos viajes y fatigas; minada su salud por los disgustos y los desengaños y nuevamente desatendido por el Emperador, se retiró á una pequeña aldea inmediata á Sevilla, donde vivió algún tiempo, obscuro é ignorado, y donde murió en 1547 á la edad de sesenta y dos años, ordenando en el testamento que sus restos fuesen trasladados á Méjico, no queriendo, como Scipión, que su patria los poseyese:

Ingrata patria, non posidebis ossa mea.

CAPÍTULO VII

Fiebre de descubrimientos.

Vasco Núñez de Balboa y el mar *Pacífico*.—Francisco Pizarro.—Su origen, su vida, su ilustración, su carrera.—Su viaje al *Pacífico*.—El *Perú;* su historia.—El *Inca* Manco-Capac.—La tradición de *Viracocha* —Incorrección de los españoles.—El *Inca* Atahualpha.—Riqueza del país.—Codicia de los invasores.—El paje Felipillo.—Su conducta infame.—Fr. Vicente Valverde y Atahualpha.—Frases del *Inca* y del fraile español.—Atropello y prisión del *Inca*.—Nombramiento de nuevo Soberano.—Oro hasta el techo.—¡Siempre el oro!...—Pizarro y Almagro faltan á su palabra.—Venganza de Pizarro.—Atahualpha cristiano.—Su muerte en garrote.

La conquista de Méjico excitó en España el deseo de lanzarse en el camino de las empresas arriesgadas, sin reparar en los peligros ni en las contrariedades; pues lo más difícil y aventurado se creía posible y hacedero, y cualquiera que se sentía con algo de genio y decisión, no dudaba en lanzarse á los mares en busca de una rápida fortuna, estimulado con el ejemplo de los que ya la habían conseguido.

El navegante explorador Vasco Núñez de Balboa, que había costeado el litoral de Méjico en busca de nuevas tierras, se encontró en un mar desconocido, de tan tranquilas aguas y de tan

bonancible aspecto, que le dió el nombre de *Mar Pacífico,* tomando posesión de él por el Rey de España. Por las noticias que adquirió de algunos ribereños, supo que en el interior del continente existía otro imperio tan considerable como el de Méjico, y donde se encontraba también el oro y la plata en abundancia.

Al divulgarse tan halagüeñas nuevas en España, avivóse, como es de suponer, la codicia de los que no habían participado de los beneficios de las primeras expediciones, y una infinidad de aventureros se dispusieron á ir en busca de la fortuna que tan propicia se manifestaba.

Francisco Pizarro, natural de Extremadura, como Hernán Cortés, era un soldado aventurero, de notorio valor, arrojado y temerario, aunque falto de recursos. Hijo bastardo de un noble caballero, que le desatendió completamente desde el día de su nacimiento, fué tan desgraciado, que no pudiendo criarle su madre, ni encontrando quien quisiera darle el pecho, hubo necesidad de que le amamantase una puerca. Pasó su infancia en la mayor estrechez y miseria, hasta que, habiendo llegado á la juventud y consentido su padre, que ya tenía otro hijo, en reconocerle y auxiliarle, aunque muy escasamente, siguió la carrera de las armas, única que le brindaba algún porvenir; pero, no obstante ser de ingenio vivo, claro y perspicaz, como no había recibido los más leves rudimentos de educación, llegó á

ser hombre sin saber leer ni escribir, bien al contrario de su hermano Fernando, que poseía una instrucción esmerada.

Al tener noticia de la existencia de nuevas tierras allende los mares y estimulado por el ejemplo de su compatriota Cortés, quiso seguir en todo sus pasos, pero la falta de recursos le impedía acometer una empresa que requería grandes gastos. Halló, después de mucho solicitar, quien quisiera asociarse con él adelantando algunos fondos, y construyendo un buque con el dinero que facilitaron Diego de Almagro y Fernando Luque, que así se llamaban sus dos colegas, se embarcó con ciento veinte hombres, y siguiendo el rumbo indicado por Balboa, aportó á las playas del *Pacífico* en el año de 1524.

De los informes que recogió pudo comprender eran ciertas las noticias suministradas por Balboa; pero también comprendió que no tenía que habérselas con un pueblo bárbaro é inculto, y no atreviéndose á penetrar en el país con tan poca gente, dió la vuelta á España, donde se proporcionó otros buques armas y dinero, alistó bastante gente, adquirió algunos caballos y alcanzó el título de Capitán general de las tierras que descubriese y conquistase; título que no le fué difícil obtener, porque ya hemos dicho que el Gobierno español no rehusaba conceder lo que nada le costaba.

Organizada la expedición con mayores ele-

mentos que la tentativa de reconocimiento, Pizarro, Almagro y sus dos hijos volvieron á las Indias sin contratiempo, y desembarcaron en el país que se proponían reconocer y conquistar. Conforme había sucedido con Méjico, no se sabía á punto fijo el nombre propio de aquel vasto territorio, al que los españoles dieron el título del *Pirú* ó *Perú*.

Los naturales del país no se asombraron á la vista de los extranjeros, ni recelaron de su venida, como había sucedido en Méjico. Por el contrario, los recibieron con benevolencia y hasta con veneración, á causa de una tradición que existía en aquella tierra, y de cuya veracidad no hay más datos que los que suministran los historiadores de la época, y que han seguido los modernos, sin que la severa crítica haya resuelto nada en pro ni en contra de su autenticidad.

En su lugar correspondiente daremos cuenta á nuestros lectores de la mencionada tradición, que se presenta revestida de un aspecto milagroso.

El Perú era pura monarquía moderna, donde no imperaba el exagerado despotismo de Méjico. Su civilización se hallaba bastante adelantada, y si las artes de lujo no presentaban el grado de perfección de las mejicanas, en cambio los oficios mecánicos estaban en perfecta armonía con las necesidades de la generalidad. El Gobierno miraba por los súbditos con una solicitud paternal

de que no hay ejemplo en los pueblos modernos más cultos, donde tanto abundan los sabios economistas teóricos, que nada llevan á la práctica; pues tenían establecidos almacenes de cereales y de ropas para remediar las necesidades públicas en los años de penuria, y entre otras fundaciones de utilidad común, tenía establecidos los *chasquis* ó correos, como en la antigua Roma, con un orden y regularidad desconocidas entonces en Europa.

Los peruanos tampoco tenían conocimiento de la escritura usual en las naciones del antiguo mundo; pero la suplían con unos ingeniosos *memorándum* que no llegaron á comprender ni imitar los instruídos europeos. Consistían en unos manojos de cordones que por medio de una combinación de colores y de nudos les facilitaban el recuerdo de sucesos importantes, fechas, etc., y hasta servían para formar cálculos y cuentas.

La arquitectura de los peruanos no tenía puntos de semejanza con ninguna de las conocidas. Los españoles encontraron edificios inmensos, que recordaron las construcciones ciclópeas, formados de inmensos bloques de piedra, sin que pudiera comprenderse cómo y por qué artificio habían sido colocados; pero la forma era tosca, falta de estilo y de elegancia. Asemejábanse á las pirámides del antiguo Egipto, donde sorprende la magnitud y no la belleza, y era imposible conocer á qué época se remontaban, porque

los mismos naturales del país lo ignoraban por completo.

La religión del Perú era la idolatría más racional y menos repugnante de las que reinaron en la antigüedad. Adoraban al Sol, como los persas; y decimos que esta idolatría era la más racional, porque el culto se dirigía á un objeto visible, cual es el astro que anima y vivifica. Su templo era riquísimo, si no magnífico, pues el oro y la plata brillaban por todas partes, aunque en adornos grotescos y pesados, pero de inmenso valor material, y la imagen del astro del día hecha de oro finísimo y bruñido, estaba colocada sobre el altar en tal disposición, que al asomar el luciente planeta, reflejaba sus rayos sobre el simulacro, inundando todo el templo con un torrente de luz.

Delante del altar del Sol se levantaba una pira, donde ardía perennemente el fuego sacro, del que cuidaban una multitud de jóvenes que habían de guardar la virginidad mientras permanecieran al servicio del templo, como las sacerdotisas de Vesta, y que, como aquéllas, era castigada con la muerte la que faltaba á este requisito. ¿De dónde vino á los peruanos este culto? ¿Cómo atravesó tan remotos y extensos mares el conocimiento de aquellas instituciones que existían en Roma tantos siglos antes de la predicación del Evangelio, y mil quinientos años antes también del descubrimiento del Nuevo

Mundo? Hé aquí un motivo de confusión y de inútiles investigaciones para los sabios arqueólogos é historiógrafos.

En el Perú se conservaban, según el parecer de escritores contemporáneos españoles, tradiciones más completas que en Méjico acerca de su origen primitivo, sin que deba, sin embargo, afirmar su autenticidad, según antes dijimos. Decían los naturales de aquellas tierras que los primeros habitantes habían vivido mucho tiempo en un estado de salvajismo y de barbarie, hasta que compadecido el Sol de su miseria, les envió seres sobrenaturales que los civilizaran, instruyeran y diesen reglas y leyes para poder vivir y gobernarse, enseñándoles también los oficios y artes al mismo tiempo que la religión, circunstancias tan necesarias en una sociedad bien constituída.

Uno de estos salvadores, ó más bien el hombre de genio y de superiores luces que acometió y llevó á cabo la empresa de civilizar á sus compatriotas, se llamaba Manco-Capac, el cual fundó la gran ciudad del Cuzco, capital del imperio, y otras varias poblaciones importantes, llenándolas de edificios de todas clases, estableciendo un régimen benéfico y suave para gobernar á sus súbditos, de los que se constituyó Soberano con la denominación de *Inca*.

De este Manco-Capac se derivaba la larga dinastía de Soberanos que por derecho heredita-

rio y con la mencionada denominación de *Incas* ocuparon el trono del Perú. Á uno de estos Incas se le apareció en sueños un anciano de tez blanca, larga barba y vestido con unas ropas muy diferentes de las que en el país se llevaban, el cual, después de haberle dado algunas reglas de buen gobierno, le dijo que muy en breve aportarían á las playas del imperio unos hombres extraordinarios que vendrían á destruir la religión, el gobierno y todas las instituciones existentes, para sustituirlas con otras nuevas. El mencionado anciano dijo ser hermano del Sol, y llamarse *Viracocha* ó *Viracosa.* Esta tradición que parecía referirse á los españoles, les fué de suma utilidad. Al ver su rostro blanco, su barba crecida y su extraña vestidura, creyeron cumplida la profecía; les llamaron *Viracochas*, y en vez de causar terror como en Méjico, inspiraron veneración y simpatía. Fué preciso para deshacer esta primera y favorable impresión, que los advenedizos se portasen como en todas partes habían hecho y colmaran la medida de la paciencia y el sufrimiento de sus favorecedores.

Cuando Pizarro y Almagro llegaron al Perú, hacía muy poco tiempo que reinaba el Inca Atahualpha, hombre de claro ingenio, de viva penetración y al que, según las muestras que dió, no le faltaba el conocimiento de la política suspicaz ni el uso de los recursos de la intriga

palaciega, que parecían ser exclusivo patrimonio de las cortes europeas.

Antes de su elevación al trono había tenido que sostener cruda lucha con su hermano Huascar, que le disputaba el mando, y al que sostenía un numeroso partido. Derrotado Huascar y hecho prisionero, fué condenado à muerte por el vencedor, á fin de estorbar que le suscitase nuevos embarazos. Los encargados de la ejecución le sacaron de noche del lugar donde le custodiaban, y atándole de pies y manos, le arrojaron á un lago profundo, en donde pereció ahogado. Antes de que le arrojaran, protestó de la violencia que se le hacía y anunció que su muerte no quedaría impune, porque muy pronto llegarían los encargados de vengarla. Este dato es muy importante por el partido que sacaron de él más tarde los españoles para legalizar una de sus iniquidades.

Al saber Atahualpha la llegada de los españoles al Cuzco, salió á su encuentro con lucida comitiva, desplegando una magnificencia parecida á la que ostentó Moctezuma en el recibimiento de Hernán Cortés. Pizarro, Almagro y los demás Capitanes y soldados comprendieron á vista de tanta riqueza, que no eran exagerados los indicios dados por Balboa, avivándose con esto más y más su codicia y sed de oro. El Inca mandó alojar espléndidamente á sus huéspedes, que pasaron algunos días en descansar de las fa-

tigas de su largo viaje y en preparar su línea de conducta, la cual no era otra que resarcirse con creces y lo más pronto posible de los gastos ocasionados en la expedición.

Uno de los primeros cuidados de los españoles fué proporcionarse intérpretes idóneos, y la casualidad les sirvió á maravilla. Cierto paje de Atahualpha se aficionó tanto á los extranjeros, que siempre estaba al lado de los Jefes, sirviéndoles con el mayor esmero, acompañándoles á todas partes, y dándoles las mayores muestras de sumisión y de afecto. Este joven, que luego recibió en el bautismo el nombre de Felipe, tenía un ingenio tan vivo y despejado y una penetración tan grande, que en muy corto tiempo aprendió el idioma español, lo bastante para hacerse comprender, logrando luego tan rápidos progresos, que llegó á ser el más hábil intérprete entre Pizarro y el Inca.

Pero Felipillo, como le llamaban los españoles, era un malvado y un traidor, y la amistad que demostraba á los invasores tenía su determinado objeto. Bajo su apariencia de bondad y sencillez, ocultaba un corazón envenenado y un alma rencorosa. Tenía un resentimiento contra su señor, y sólo esperaba una ocasión de satisfacerle.

La poligamia estaba también admitida en el Perú, y Atahualpha tenía un harem en su palacio. Felipillo se atrevió á ofender á una de las con-

cubinas de su amo, y éste le mandó aplicar un severo correctivo. Tal fué el origen de la enemistad entre el súbdito y el señor.

Cuando Pizarro creyó oportuno entrar en el terreno de las negociaciones y de explicar el objeto de su venida á aquellas apartadas regiones, hizo explicar al Inca que su misión era notificarle que debía abandonar su religión para abrazar el cristianismo; declararse súbdito y tributario del Rey de España y guardar perpetua amistad á los castellanos.

El Inca se manifestó sorprendido al escuchar aquellas propuestas y respondió que no estaba dispuesto á acceder á ellas, porque no reconocía en ningún Soberano del mundo derecho para imponerle su voluntad, ni para exigirle vasallaje. La cuestión llegó á presentarse grave, y mediaron palabras agrias, porque el carácter violento de Pizarro se avenía mal con las réplicas, y Atahualpha por su parte comprendía su dignidad y no quería rebajarla un punto.

Es de advertir que en ésta y las demás conferencias que tuvieron lugar, servía de intérprete Felipillo. Aquel malvado joven, con una infernal sagacidad que hubiera honrado al mismo Machiavelo, aprovechó la ocasión para llevar á cabo la venganza que meditaba contra su señor, y el medio que adoptó fué tergiversar las contestaciones del modo que le parecía más conveniente para irritar el ánimo de los interlocutores.

La astucia surtió efecto, y la malicia de un sér obscuro é insignificante causó infinidad de daños y trastornos, y atrajo, por fin, la desgracia sobre el infortunado Soberano. Atahualpha y Pizarro empezaron á mirarse con prevención y acabaron por ser enemigos declarados. El Jefe español comprendió que para lograr su objeto debía dar un golpe de mano parecido al de Cortés con Moctezuma. Faltábale un pretexto para ello, y la casualidad vino á deparársele con satisfactorio resultado.

Acompañaba á la expedición con el carácter de capellán y misionero, un religioso algo fanático, de más buenos deseos que instrucción, llamado Fr. Vicente Valverde. Éste se propuso catequizar á Atahualpha para resolverle á dejar la idolatría y abrazar el cristianismo, y al efecto dispuso celebrar una solemne conferencia con el Monarca, á fin de explicarle los principios fundamentales de la verdadera religión.

Accedió el Inca de buena voluntad y la conferencia se celebró una tarde en los jardines del palacio, con asistencia de muchos magnates peruanos y de los Jefes y Oficiales españoles. El Padre Valverde, con un crucifijo en una mano y un libro en la otra, le explicó por medio del intérprete Felipillo, la creación del mundo y del primer hombre; el pecado de éste y su caída; la degradación de la especie humana; la promesa de un Salvador y, por último, la redención del

hombre mediante el sacrificio de Jesús derramando su sangre en la cima del Calvario.

Muy atento escuchó Atahualpha la narración deaquellas cosas tan nuevas para él; y al concluir el P. Valverde, le dió una contestación que dejó pasmados á los circunstantes, y que de seguro no se le hubiera ocurrido al más exagerado librepensador de nuestros días.

—Todo eso está muy bien, dijo. Pero no creo que vuestro Dios sea el verdadero ni tan poderoso como decís, puesto que se dejó matar por los hombres que él mismo había criado. En cambio, añadió, señalando al sol, que en aquel momento llegaba á su ocaso; en cambio, ved al nuestro, siempre vivo y permanente en el cielo, con qué brillantez y hermosura se levanta todas las mañanas y con qué majestad se acuesta todas las tardes en su magnífico lecho de nubes de oro y de grana. ¿Qué hombre se atrevería jamás á poner la mano sobre él?

Al oir estas palabras, un sordo murmullo se levantó en la concurrencia, y el P. Valverde, tomándolas como un desacato, increpó duramente al Inca, y hasta se atrevió á reprenderle como si fuese un crimen profesar diferentes opiniones religiosas. En el calor de la improvisación se aproximó tanto á Atahualpha, que casi le daba en el rostro con el libro y el crucifijo. El Inca, al separar con la mano aquellos objetos, los dejó caer en el suelo.

—¡Horror! ¡Profanación!—exclamó el P. Valverde lleno de cólera.—¡Ha derribado la imagen del Redentor! ¡Esto es un sacrilegio!

Como si estas palabras fuesen una señal convenida, Pizarro hizo una indicación á sus Oficiales, y éstos, desnudando las espadas, se arrojaron sobre el Inca, dispersando é hiriendo á los magnates que trataron de defenderle, cubriéndole con su cuerpo. Atahualpha fué conducido al palacio en calidad de preso, quedando en sus habitaciones custodiado por una guardia de españoles, aunque sin faltarle á las debidas consideraciones, pues Pizarro había mandado que, excepto la libertad, no se le negase nada.

Esta atrevida acción causó en el Perú el mismo efecto que en Méjico había causado la de Hernán Cortés. Aterrar á todos y hacer mirar á los españoles como unos seres extraordinarios que hacían cuanto pensaban, y que no temían poner su mano sobre las personas más sagradas y respetables. Anulado el Inca, Pizarro y Almagro quedaron dueños absolutos de la situación, aunque esto no era lo que principalmente deseaban.

Conociendo que para sentar el dominio español en el Perú sobre bases sólidas y permanentes era preciso captarse el afecto y buena voluntad de los naturales, no quisieron arrebatarles de un golpe su libertad, su religión y sus instituciones. Enterados de los sucesos ocurridos antes

de su llegada, se avistaron con los partidarios del asesinado Huascar, que eran muy poderosos é influyentes, y convinieron en elegir un nuevo Inca en sustitución del que ya consideraban como destronado, persuadidos de que un Monarca elegido por la influencia de los españoles sería siempre muy adicto á ellos y no les suscitaría obstáculos para su definitivo establecimiento en el país. La elección recayó en un pariente de Atahualpha, que se llamaba Manco-Capac, como el fundador de la dinastía de los Soberanos del Perú, y que á trueque de subir al trono, prometió todo cuanto quisieron exigir de él, doblegándose á las circunstancias, aunque proponiéndose disimular y ganar tiempo, para obrar como mejor pudiese, aleccionado en esto por la conducta de los invasores.

Para verificar la proclamación del nuevo Soberano era preciso que desapareciese el anterior, y Pizarro quería hacerlo de un modo que alejase toda idea de arbitrariedad y de violencia. Pasáronse algunos días combinando planes, sin llegar á la adopción de un acuerdo definitivo.

Atahualpha entretanto sufría de mala gana la sujeción del cautiverio, sintiendo, acaso más que la pérdida de su trono, la humillación de estar á merced de unos atrevidos extranjeros. Conociendo que la pasión de éstos era el oro, ofreció á Pizarro, en cambio de su libertad, llenar la pieza donde estaban del codiciado metal,

hasta la altura donde pudiese llegar un hombre con la mano levantada. Admitida la propuesta, el Inca despachó sus correos á todas las poblaciones del imperio para que se remitiera á la capital cuanto oro pudiera reunirse.

Entretanto que se juntaba la suma convenida, una genialidad del cautivo Monarca vino á decidir su suerte y á dar á Pizarro el pretexto que buscaba. Habiéndose enterado Atahualpha de la incapacidad del Jefe español, pidió un día á un soldado de la guardia que le custodiaba le escribiese en la uña del dedo pulgar la palabra Dios, y cuando Pizarro fué á hacerle su acostumbrada visita diaria, le preguntó qué decían aquellas letras. Ya hemos expresado que el Jefe no sabía leer, y así no pudo contestarle. Atahualpha entonces se mofó de él, diciendo que parecía imposible que un hombre de su graduación supiese menos que el último de los soldados. La burla era harto picante para el orgulloso caudillo; su amor propio se resintió, juró vengarse, y la pérdida del Inca quedó resuelta.

Las remesas de oro iban afluyendo á la capital en asombrosas cantidades, así en barras y tejuelos como en piezas labradas, de más valor que mérito artístico. Cuando estuvo reunida una gran porción, que llegó á valuarse en la enorme suma de setenta y cinco millones de pesos, los Jefes no pudieron contenerse; se arrojaron sobre ella y se la repartieron con arreglo á su respec-

tiva graduación. Separada la quinta parte correspondiente al Rey de España, fué tanto lo que quedó para repartir, que los simples soldados recibieron una cantidad con la cual se hubieran conceptuado ricos en su país.

Pizarro y Almagro, en vez de cumplir la palabra empeñada con el Inca, pusieron el sello á su iniquidad con la mayor de las infamias. Una vez recibido el tesoro, en vez de dar la libertad á Atahualpha, según se había convenido, resucitaron el casi olvidado asesinato de su hermano Huascar, y con este pretexto le formaron causa criminal, sometiéndole á un Consejo de Guerra, que le condenó á la horrible pena de ser quemado vivo. El desgraciado Monarca, entregado sin defensa al rencor de sus enemigos, y objeto de la sañuda venganza de Pizarro, reclamó en vano contra la violencia que se le hacía y la falta de cumplimiento á una promesa sagrada. Sólo pudo obtener la oferta de una muerte más suave, si consentía en hacerse cristiano. Accedió el infeliz, y después de una corta preparación y de recibir el agua del bautismo, fué ajusticiado públicamente en garrote, como un delincuente vulgar. El cadáver fué entregado á sus mujeres, que le dieron sepultura con la solemnidad acostumbrada en los funerales de los Incas.

CAPÍTULO VIII

Crímenes y vergüenzas.

Manco-Capac, vasallo de España.—Paz ficticia.—*Los Reyes ó Lima.*—*El Potosí.*—Riquezas perjudiciales.—*Juega el sol antes que nazca.*—Almagro disgustado.—Su viaje á Chile.—El valle de Arauco.—Luchas con los indios.—Tiranía de Pizarro.—Apuros de los españoles. Manco-Capac es batido y muerto.—Exigencias de Almagro.—Encuentros entre los dos caudillos.—Felonía de Pizarro.—Muerte de Almagro en la horca.—Venganza del hijo de Almagro.—Gonzalo Pizarro.—Ordenes de España.—El Virrey Núñez y Pedro Centeno. Destitución de Pizarro.—Su rebeldía.—Batalla de *Las Charcas.*—Muerte del Virrey.—Expedición de Lagasca.—Pizarro traidor, derrotado y prisionero.—Sentencia de muerte.—Sus frases en el cadalso.—Funerales de Pizarro.—Tranquilidad en el país.

Inmediatamente después de la muerte de Atahualpha, fué proclamado su sucesor Manco-Capac, que se declaró vasallo y tributario del Rey de España. En este Soberano, que por una extraña coincidencia llevaba el mismo nombre del fundador de la dinastía peruana, debía acabar el imperio, conforme acabó el de Roma, fundado por Augusto, en un Augústulo, y conforme acabó en España la dinastía austriaca, inaugurada por el gran Carlos V, en el pequeño y raquítico Carlos II.

Pero el nuevo Inca no era más que una sombra de Monarca y un maniquí de los caudillos

españoles, que le obligaban á dictar las órdenes más convenientes y favorables para ellos. Estas órdenes se encaminaban todas á recomendar la sumisión á los súbditos peruanos, y á recibir y tratar bien á los extranjeros en todas partes. Merced á esto, la paz y la calma reinaban en todo el país; pero era esa calma sorda que precede á las tempestades.

Manco-Capac, hombre inteligente, que reunía condiciones de Monarca y de guerrero, toleraba la forzada indispensable esclavitud que le habían impuesto; pero no transigía con los invasores, á quienes demostraba ceremoniosas atenciones, aunque no franca y expansiva amistad, como era de creer, atendido deberles la apariencia de soberanía que disfrutaba. Conocedor de sus derechos y de sus deberes, obraba con sagaz disimulo, amontonando en su corazón los combustibles para la mina que debía estallar á la primera ocasión favorable.

Pizarro, obrando como Soberano de hecho y en virtud de las facultades que él mismo se había arrogado, empezó á organizar el país según las instituciones de España, conforme había hecho en Méjico Cortés, recibiendo con frecuencia de la Península, y á su instancia, funcionarios públicos de todas clases; Magistrados, hacendistas, curas y frailes de todas las órdenes, destinados á convertir á los idólatras. Merced al gran número de artesanos de todos oficios que acudían

de Europa á aquellos sitios, donde encontraban trabajo suficientemente remunerado, empezaron á formarse pueblos nuevos con edificios regulares y magníficos templos, á muy poca costa, por abundar los materiales de construcción, especialmente las maderas comunes y preciosas; las piedras ordinarias y los riquísimos mármoles, que superaban á los de Paros y Carrara. Pizarro echó los fundamentos de la ciudad que tituló de *Los Reyes*, y que luego fué la opulenta y suntuosa *Lima*, capital del territorio peruano.

Aunque la cantidad de oro entregada por Atahualpha fué tan considerable como se ha dicho, todavía pareció corta á los Jefes españoles y quisieron aumentarla. Al efecto, arrancaron todos los adornos de los templos y palacios, y hasta profanaron las tumbas de los Incas, que se sepultaban con objetos de muchísimo valor. Pero aquella hidrópica sed de riqueza con nada se satisfacía, y querían más cuanto más arrebataban. Últimamente quisieron descubrir dónde existían los criaderos de oro; mas no pudieron conseguirlo, porque los peruanos guardaron con el mayor tesón el secreto, despreciando los halagos y las amenazas y hasta los rigores del tormento, que fué aplicado á algunos, á fin de que declarasen.

Más afortunados fueron los españoles para descubrir el fecundo manantial de plata, que así pudo llamarse, porque vertió el metal como rau-

dales de agua, del famoso *Potosí;* y eso porque la naturaleza quiso patentizar el tesoro por sí misma. Aquel famoso cerro era un inmenso filón cubierto por una capa tan ligera de tierra, que bastaba cavar algunas varas para encontrar el mineral argentífero. Por espacio de muchísimos años estuvo suministrando cantidades asombrosas, hasta que al fin llegó á agotarse por la insaciable codicia de los explotadores. Como una prueba de su fecundidad cítase el caso de que en la entrada de un Virrey, pudo empedrarse con barras de plata la calle que conducía á su palacio.

Tal abundancia de riquezas no podía menos de producir sus naturales consecuencias é inevitables trastornos. El oro no sufrió depreciación, porque este metal no la sufre nunca, pero los artículos necesarios para la vida y los de comodidad y regalo llegaron á adquirir exorbitantes precios. Un mediano caballo, que en Castilla podría valer 40 ó 50 pesos, valía 5.000. Un par de botas 500, y una resma de papel, seis ú ocho. Las prendas de vestir se evaluaban en la debida proporción, y los vinos y comestibles de España se expendían á precios nunca imaginados, y los sueldos de los funcionarios públicos no tenían equivalencia con los que se abonaban en la Península, como igualmente los de los militares.

En fin, un simple artesano ó jornalero ganaba más en un día que en un mes en su patria.

Los invasores gozaban cómoda y descansada

vida, resarciéndose de las fatigas y trabajos anteriormente sufridos. Un simple soldado español tenía tres ó cuatro criados, tomados entre los naturales del país, que consideraban como una gran fortuna servir á sus opresores con tal que éstos no les maltrataran, y la servidumbre de las personas de alguna categoría era tan lucida y numerosa como la de un potentado europeo. Nadie cuidaba del trabajo ni pensaba en otra cosa que en consumir y malgastar alegremente los tesoros que con tanta facilidad ganaban, pasando la existencia en diversiones y francachelas. Méjico y el Perú habían llegado á ser la Tierra de Promisión ó la fabulosa Jauja.

Al correr por Europa la nueva de la felicidad que en aquellos países se disfrutaba, todos querían participar de ella y emigraban á bandadas, abandonando la pobreza de sus hogares, unos en busca de honrado trabajo, pero otros muchos con menos laudables intenciones. El oro es el gran productor del vicio y el sostén de la crápula y el libertinaje.

Los vagos y haraganes, los tahúres y las mujeres de mala vida se apresuraron á atravesar los mares, y á la verdad no perdieron nada en el viaje. En América encontraron todos ancho campo donde ejercer las lícitas y las reprobadas industrias.

El vicio del juego llegó á adquirir tan descomunales proporciones, que ya no se consideraba

un vicio reprensible, sino una ocupación legítima como otra cualquiera. Atravesábanse en los garitos y hasta en las calles sumas enormes que hubieran espantado á los modernos tahúres de Baden y de Monte Carlo. Unos ganaban y otros perdían, como es natural. Los fulleros usaban de sus acostumbradas tretas, cuya memoria y uso no se han perdido todavía en la culta y elegante sociedad moderna; los valientes y matones cobraban el barato en los gazapones, y los poco sufridos que perdían sus haberes á una carta por la noche, quedándose sin un real para comprar un pedazo de pan al otro día, acometían á los gananciosos, y con razones ó cuchilladas les obligaban á repartir sus ganancias.

Tal es el edificante cuadro que presentaba aquella sociedad de vagos y de perdidos, cuya tradición, por desgracia, aún no se ha olvidado en las Américas. La desbordada pasión del juego dió ocasión en el Perú á un adagio popular que dice, para significar á un desenfrenado jugador: *Ese juega el sol antes que nazca.* Creemos que nuestros lectores verán con gusto, si lo ignoran, el origen del refrán.

Al repartirse los despojos del Templo del Sol del Perú, tocóle en suerte á un soldado la imagen del astro del día que decoraba el altar. En la misma noche puso á una carta aquella joya de inestimable valor y se quedó sin ella. Sus compañeros, por mofa, inventaron el dicho.

Diego de Almagro, en su cualidad de socio de Pizarro, creíase con iguales derechos que él, y sobrellevaba de mala gana la especie de superioridad que éste pretendía ejercer, valido de su título de Capitán general con que el Gobierno de España le invistiera. Además, no estaba satisfecho con la parte que le había tocado en la distribución del tesoro y terrenos. Deseando adquirir más bienes materiales y mayor gloria, quiso trabajar por cuenta propia, y al efecto, tomando bajo sus órdenes una parte de la fuerza armada, que aumentó con muchos aventureros y toda la gente baldía que quiso seguirle, se fué al territorio de Chile, resuelto á explorarle y ver si era posible colonizarle y fundar un nuevo Estado, donde pudiese mandar sin dependencia y sin rivales.

Pero el terreno de Chile, aunque feraz y abundante, no era tan rico como el del Perú, y además, Almagro tuvo que habérselas con algunas tribus de indios independientes, feroces é indómitos, que le dieron bastante que hacer, especialmente los belicosos habitantes del valle de Arauco, á quienes España nunca consiguió someter por completo, y que sostuvieron encarnizada lucha con los invasores, cuyos accidentes y peripecias dieron lugar más tarde á la creación del gran poema épico *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla, testigo y actor de los sucesos que refiere.

Almagro fundó algunos establecimientos;

mas, poco satisfecho de su empresa, transcurridos unos cuantos meses, volvió al Perú, donde su presencia fué muy oportuna.

Durante su ausencia habían tenido lugar muy graves acontecimientos. La tiranía de Pizarro y los desmanes de los españoles, que cada vez eran mayores, colmaron la medida del sufrimiento y acabaron con la paciencia de los peruanos. Aprovechando el Inca la disminución de fuerza del ejército del Capitán general, y habiendo aprendido más de lo que éste hubiera deseado, atacó repentina y bravamente á sus opresores, poniéndoles en grave apuro. No asustándose de los caballos ni de las armas de fuego, luchaban con el valor de la desesperación, alentados además por la presencia de su Soberano. Manco-Capac, vestido á la usanza española, montando un brioso caballo y blandiendo una magnífica espada, regalo de Pizarro, dirigía á los suyos como un experto General, marchando siempre á su cabeza, y alentándolos con la palabra y con el ejemplo. La lucha fué encarnizada y grandes las pérdidas de ambas partes. Los peruanos habían hecho prisioneros á muchos españoles, apoderándose de sus arcabuces, de los que se servían con suma destreza, obligando á sus cautivos á fabricar la pólvora que necesitaban. La contienda, pues, llegó casi á estar equiparada.

Cuando se presentó Almagro á la vista del Cuzco, Pizarro se encontraba acorralado por to-

das partes en un extremo de la ciudad. La llegada del socorro hizo variar el aspecto de la lucha. Almagro atacó de improviso á los peruanos, que, cogidos entre dos fuegos, salieron á campo raso, donde la mortandad fué espantosa. Manco-Capac luchó con bravura; pero la táctica española logró vencer al cabo, y el Inca, derrotado, huyó á refugiarse en las escabrosidades de los Andes, en cuyas asperezas aún se sostuvo algún tiempo contra los que fueron á perseguirle. Pero, muertos en un ataque él y sus dos hijos, los restos de sus partidarios se sometieron, entregando las armas, y la guerra quedó terminada y el Perú definitivamente sujeto á la dominación del Rey de España.

Sin embargo, la dinastía de los Incas no quedó extinguida por completo. Los parientes de Manco-Capac no hicieron renuncia de sus derechos. Fieles á la tradición y con la esperanza de poder reivindicarlos algún día, continuaron por espacio de muchos años nombrando los Soberanos, aunque valiéndose del más profundo secreto. En 1742, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Manco-Capac, quiso sacudir el yugo de España, auxiliado por numerosos partidarios, pero fué vencido y prisionero y pagó su temeridad, sucumbiendo en el patíbulo con una muerte horrorosa. Cuarenta años más tarde, y estimulado con el éxito de la guerra de emancipación de la América del Norte, un pariente de Gabriel inició

otro movimiento revolucionario, apoderándose de una ciudad, donde se sostuvo bastante tiempo, haciendo experimentar grandes pérdidas á los españoles. Vencido también y preso, fué deportado á la Península y conducido al presidio de Ceuta, permaneciendo allí hasta el año 1820, en que, á causa de la triunfante revolución de España, fué puesto en libertad como deportado político, volviendo á su patria, donde trabajó cuanto pudo en la obra de la emancipación.

El triunfo conseguido por Almagro y el socorro prestado á su socio le hizo exigente, y pretendió del Capitán general le diese participación en el mando. El orgulloso Pizarro se negó, como era de esperar, atendido su carácter, de lo cual se originaron agrias contestaciones, un formal rompimiento y los amagos de una lucha. Los dos rivales, capitaneando las fuerzas que respectivamente tenían á sus órdenes, vinieron á las manos, librando un reñido ataque, en el que Pizarro quedó vencido y prisionero. Almagro, creyendo adelantar más con la blandura que con el rigor, tuvo la generosidad de dejarle libre, lo cual fué preparar su desgracia, pues en cuanto Pizarro se encontró en libertad, se revolvió contra él, haciéndole á su vez prisionero, y pretextando insubordinación y desacato á la suprema autoridad que representaba, le hizo juzgar por un Consejo de Guerra, que, poderosamente influído, le condenó á la infamante pena de horca; sen-

tencia que fué inmediatamente ejecutada, á pesar de los ruegos y reclamaciones del ejército y de las personas notables, quedando Pizarro dueño absoluto de la situación, aunque á cambio de una ingratitud y de una felonía.

No gozó mucho tiempo, sin embargo, el fruto de su victoria. El hijo de Almagro, llamado también Diego, se propuso vengar la desastrada muerte de su padre, y pocos días después de ocurrida, puso en ejecución su proyecto. Acompañado de algunos amigos, penetró una mañana en casa del Capitán general, y sorprendiéndole desprevenido, le acribillaron á estocadas, dejándole muerto en el acto.

Gonzalo Pizarro, hermano del difunto Jefe, y que gozaba grandes simpatías entre la tropa, se hizo cargo inmediatamente del Gobierno, nombrándose *motu proprio* para el destino que desempeñara su hermano.

Y continuando aquella larga serie de desmanes, venganzas y atropellos, su primer acto de gobierno fué mandar prender y quitar la vida á los asesinos de Pizarro, á fin de imponer con tan severos ejemplos á los que se propusieran imitarles.

Era Gonzalo Pizarro uno de esos hombres á quienes parece que la Naturaleza y la Fortuna se complacen en dotar con todos sus dones y que, sin embargo, los malogran todos por dejarse dominar de la fuerza de las pasiones. Poseía una

hermosa figura, un extremado valor y había recibido una esmerada educación, citándosele como uno de los mejores dibujantes de su época. De trato afable y cortés, espléndido y liberal con todos, captábase las voluntades de cuantos se acercaban á él, y algunos cronistas de su tiempo dicen que era tan devoto de la Santísima Virgen María, que bastaba pedirle cualquier gracia en nombre de esta Augusta Señora, para que al punto la concediese. Pero todas estas buenas cualidades hallábanse contrarrestadas por una desmedida ambición y una insaciable sed de mando, que fueron la causa de su desgracia.

Apenas se vió en el poder, y deslumbrado por el brillo de las riquezas que tenía á su disposición, empezó á desplegar en su persona y su casa tal fausto y ostentación, que difícilmente podría superarle un Soberano de Europa; tenía su guardia particular, su especie de corte, formada de serviles aduladores, y su mesa estaba diariamente dispuesta para cuantos quisieran aprovecharse de ella, y los festines y saraos se sucedían sin cesar en su palacio de Lima. En suma, para ser Rey no le faltaba más que el nombre, y quién sabe si no soñaba con llegar á conseguirlo.

Habíase asociado y tenía como su Teniente á un viejo soldado aventurero llamado Francisco Carvajal, que saliendo de España en su juventud, había presenciado todos los lances y peri-

pecias de las conquistas en el Nuevo Mundo. Este bravo, cuyo valor rayaba en lo maravilloso, cuyo cinismo llegaba á la insolencia, que no respetaba nada, y que, según su propio dicho, no temía á Dios ni al Diablo, fué el único amigo que le permaneció fiel hasta el último momento.

Enterada la corte de España de los desórdenes ocurridos en el Perú, y alarmada con la conducta observada por Pizarro, que no se comunicaba para nada con el Gobierno de la Península, trató de poner remedio y nombró al efecto un Virrey, que, representando la Autoridad soberana, asumiese en sí todos los poderes, cuidando de vigilar sobre la administración económica, la judicial y la militar, á fin de mantener aquel extenso y rico territorio en el debido orden y en la obediencia de España.

Llegaron al Perú el Virrey Núñez y su Teniente ó Secretario Pedro Centeno, acompañados de alguna fuerza armada, y presentándose á Pizarro, le mostraron la Real orden de que eran portadores, intimándole resignase un poder que no estaba autorizado para ejercer. Pero el dictador, que así puede llamársele, no se hallaba dispuesto á la obediencia, y se negó á escucharles y á acatar la orden del Soberano. Núñez, sin embargo, empezó á obrar con arreglo á los poderes de que se hallaba investido y á dictar órdenes que nadie obedecía. Dióse entonces el

extraño espectáculo de dos Autoridades, que mandaban á la vez, condenándose mutuamente.

Núñez, apoyándose en el principio de legitimidad de que se creía asistido, hizo en nombre del Rey un llamamiento á las Autoridades constituídas para que le ayudasen á sostener el principio de autoridad despreciado. Algunos funcionarios públicos civiles de la administración y la judicatura contestaron á este llamamiento, pero la clase militar permaneció toda al lado de Pizarro.

Semejante dualismo gubernamental no podía subsistir, porque aquello era un Estado anárquico en que nadie se entendía. Pizarro, aconsejado de su orgullosa jactancia, intimó al Virrey que se marchase por su voluntad, si no quería que lo echase por la fuerza.

Semejante intimación era declararse abiertamente en rebeldía contra el Jefe supremo del Estado. El Virrey expidió un bando declarando á Pizarro traidor al Rey, desposeído de los cargos que se arrogara y nulos y de ningún valor cuantos actos practicara. Pizarro contestó poniendo sus tropas en campaña. El Virrey le imitó y ambos cuerpos de Ejército se encontraron en una llanura llamada *Las Charcas,* donde se libró la batalla.

Pizarro, que disponía de grandes elementos para conseguir cuanto quería, había hecho traer á grande costa desde Flandes un cargamento de

arcabuces perfeccionados, ó sean fusiles con llave de chispa, de más fácil manejo y más seguros resultados que los que se usaban hasta entonces. Esto constituía una ventaja sobre el enemigo. Aterradas las tropas reales con los repetidos disparos de las nuevas armas de fuego, á las que no podían contestar, empezaron á declararse en derrota, marchando á la desbandada. El Virrey Núñez, que en vano pretendía contener á los fugitivos, cayó muerto y Pedro Centeno y todos sus Oficiales huyeron precipitadamente. Los soldados, al verse abandonados de sus Jefes, se sometieron á la voluntad del vencedor, y Pizarro se encontró con un considerable refuerzo y otra vez dueño absoluto de la situación, aunque no por mucho tiempo.

Llegando á España tan desagradables noticias, el Gobierno, temeroso de que Pizarro intentara alzarse con la soberanía de aquellos ricos dominios, como parece era su intento, quiso hacer un supremo esfuerzo para cortar de raíz tamaños desmanes y envió al Perú un numeroso cuerpo de tropas á las órdenes del licenciado Lagasca, que aunque pertenecía á la carrera judicial, demostró en aquellas difíciles circunstancias dotes de consumado político y entendido guerrero.

Lo primero que hizo al llegar á su destino fué reiterar el bando de Núñez, declarando á Pizarro traidor y fuera de la ley, y ofreciendo

en nombre del Soberano perdón y olvido á todos los que abandonasen el partido del usurpador. Esta medida produjo un admirable resultado. Muchos adictos á Pizarro, temiendo que su poder no durase mucho tiempo, y deseando conservar los bienes que habían adquirido, se apresuraron á someterse á la autoridad real, representada por Lagasca.

Pizarro, con la tropa que aún tenía á sus órdenes, quiso proseguir la lucha, contando con que continuara sonriéndole la fortuna. Aún se sostuvo por algún tiempo y dió algunos ataques; pero disminuído constantemente el número de sus partidarios, en una escaramuza con las tropas del Gobierno, se halló casi solo con su Teniente Carvajal, y fué derrotado, preso y conducido á la ciudad de Lima. Carvajal pudo huir, aunque perseguido muy de cerca. Montaba un caballo viejo y cansado, y al atravesar un arroyo, cuyas orillas estaban fangosas y resbaladizas, cayó en tierra, siendo alcanzado por los que le perseguían y conducido también á Lima, al lado de su desgraciado Jefe, cuyo brillante astro se había obscurecido para siempre.

En cuanto Lagasca los tuvo en su poder, juntó, por mera fórmula, puesto que estaban de antemano condenados, un Consejo de Guerra, que los juzgó sumariamente, y los sentenció á la pena de muerte, la cual debía ejecutarse en público cadalso, en la Plaza Mayor de Lima.

Pizarro se resignó sin quejarse con su mala suerte. La vida para él debía ser muy poca cosa faltándole el mando y la opulencia. El día que estuvo en capilla, lo pasó en prácticas religiosas y en escuchar las exhortaciones de los religiosos que le preparaban para una muerte cristiana. No así el fiero é indómito Carvajal, que permaneció hasta el último momento cínico y mordaz, sin querer recibir los auxilios espirituales, pretextando no los necesitaba, porque de nada le remordía su conciencia. A las exhortaciones de los religiosos indicándole que en su larga y accidentada vida habría tenido muchas ocasiones de pecar, contestó:—He hecho lo que hacen todos los hombres, pero á nadie he causado mal con intención y á sabiendas, y si he matado á algunas personas, fué sin conocerlas ni odiarlas, y sólo porque se pusieron frente á mí en el concepto de enemigas. Por lo que toca á deudas, sólo se me acuerda que cuando hace treinta años salí de Sevilla, dejé á deber medio real á una bodegonera de la puerta de Triana.

Entre las varias visitas que recibió, fué una la de Pedro Centeno, el Teniente del difunto Virrey Núñez, y como Carvajal manifestase alguna extrañeza al verle, le dijo:—¿No me conoce vuesa merced? Pues soy Pedro Centeno. —En verdad, en verdad, contestó Carvajal con sarcástico tono y aludiendo á la derrota de *Las Charcas*,—que como siempre le ví á su merced de

espaldas, ahora, teniéndole de frente, no le conocía.—Si necesitáis alguna cosa, repuso Centeno, podéis mandarme, que lo haré de muy buen talante.—No necesitaba más que la vida, dijo Carvajal, y como ésta no podéis vos dármela, huelgan los ofrecimientos.

Conducido al suplicio, continuó negándose obstinadamente á recibir los consuelos de la religión. Uno de los religiosos que le acompañaban le dijo, lastimado de tanta dureza:

—Hijo mío, di siquiera *Pater noster*, *Ave María*.

—*Pater noster, Ave María*—contestó el reo, y no volvió á desplegar sus labios.

Pizarro conservó su admirable espíritu y conformidad hasta el último momento, y no desmintió sus hábitos de elegancia y de finura, ni su gusto por la brillantez que siempre desmostrara. Hizo que le vistieran uno de sus más lujosos trajes, como si fuese á asistir á uno de los suntuosos festines que acostumbraba dar en sus buenos tiempos, y sin permitir que el verdugo le tocase, montó por sí solo en la mula que debía conducirle al cadalso. Llegando á la plaza, que estaba llena de gente y de tropa armada, subió con paso firme la escalera del tablado y exclamó con voz serena:

—Amigos y compañeros: ved en mí un triste ejemplo de la inconstancia de la fortuna. De las grandes riquezas que han pasado por mis manos, nada me queda al presente, pues hasta la ropa

que llevo le pertenece al verdugo. Entre vosotros hay muchos á quienes las liberalidades de mi hermano han hecho ricos, y á quienes yo también he dispensado todos los favores que me ha sido posible. Si me guardáis por esto alguna gratitud, ahora podéis pagármela en caridad rogando á Dios por mi alma.

Un inmenso sollozo se levantó entre aquella multitud guerrera al oir estas palabras; pero no pasaron de aquí las muestras de simpatía. Ninguna voz se levantó pidiendo gracia, ni se hizo ningún conato para arrancar la víctima del cadalso, cosa que hubiera sido muy fácil en aquella época de disturbios y motines. Cumplió el ejecutor su terrible misión y las cabezas de Pizarro y de Carvajal fueron colocadas en unas perchas á la entrada de la llanura de *Las Charcas,* pocos meses antes teatro de su victoria.

Sic transit gloria mundi.

Varios amigos de Pizarro compraron al verdugo las ropas del infortunado Jefe, á fin de que el cadáver fuese sepultado con la posible decencia, y le costearon unos modestos funerales. Merced á esto se debió que el opulento magnate, el que había sido casi un Rey, no recibiese ignorada sepultura como el más vulgar de los criminales.

Algunos años después, cuando ya se habían apagado los odios políticos y extinguido los ren-

cores, y cuando llegó la hora de hacer justicia al mérito y á los servicios, los restos de Gonzalo Pizarro fueron trasladados á la catedral de Lima, y colocados en decoroso sepulcro, junto al que ocupaba su hermano Francisco, el conquistador del Perú.

Después de las mencionadas ejecuciones, el país quedó tranquilo y sometido por completo á la autoridad del Rey de España. El carácter de los peruanos era muy á propósito para la paz, y los funcionarios públicos y los propietarios españoles tenían demasiado interés en conservar su respectiva fortuna para comprometerla asociándose á revueltas y asonadas. Los extensos y ricos dominios del Perú fueron en adelante y constantemente gobernados por un Virrey, hasta su completa emancipación de la corona de España, ocurrida en el primer cuarto del presente siglo.

CAPÍTULO IX

Estéril gloria del descubrimiento.

Horrores cometidos por los conquistadores.—Ingratitud con que fueron pagados sus servicios y muerte ignorada, alevosa ó afrentosa de muchos.—Influencia del descubrimiento de América en la vida social, política, etc.—El *Siglo de oro*.—Ventajas que España pudo obtener del descubrimiento de América.—Cunde el mal ejemplo en Europa.—Robos de territorios á España.—América y el *equilibrio europeo*.—Los tesoros del Nuevo Mundo se repartieron por toda Europa.—Disquisiciones históricas relacionadas con el descubrimiento de América.

Por la ligera reseña histórica que dejamos trazada, vemos que del descubrimiento del Nuevo Mundo y de las conquistas que produjo, surgió en el espacio de menos de treinta años una serie no interrumpida de atropellos, desmanes, arbitrariedades, despojos, ruinas y crímenes. Y esto, por lo que respecta á las noticias que la Historia ha recogido, y á las que han consignádo en sus relaciones, que en su mayor parte permanecen inéditas ó desconocidas, algunos curiosos observadores. Pero lo que no se ha recogido ni escrito, lo que permanecerá para siempre sepultado en el olvido, es, sin duda, infinitamente más de lo que se sabe. La historia de los

pueblos no se ha escrito nunca tan verídica é imparcialmente como se debía, y por lo que sucede en nuestros días, en que los hechos que tenemos á la vista y que hemos presenciado con todos sus detalles, se alteran y desfiguran al pasar al periódico ó al libro, viénese en conocimiento de que historiadores algo distantes de nosotros, escribieron, como los de ahora, y los de siempre, influídos por la pasión, por los afectos particulares, y tal vez por móviles menos nobles, como, por ejemplo, el deseo de complacer al que manda y paga.

No siempre quedan impunes los grandes crímenes cometidos contra la humanidad, y repetidos ejemplos hay de la justicia distributiva con que la Providencia se encarga de dar en este mundo á cada uno el premio ó la pena que merece por las arbitrariedades que comete ó consiente. Los descubridores del Nuevo Mundo son un patente ejemplo de esta verdad. Ninguno de ellos gozó tranquilamente el fruto de sus trabajos y fatigas, y la gloria adquirida por los grandes servicios que indudablemente prestaron á su patria, hállase obscurecida por las sombras de sus errores y desaciertos, viniendo á resultar que el beneficio de sus trabajos fué, en último término, para los que menos habían hecho en la realización de la grande empresa. Colón, el iniciador de ella, después de su pasajero y estéril triunfo, muere, como hemos visto, pobre y casi

olvidado. Hernán Cortés, que regala un vasto imperio al gran Carlos V, es pagado por éste con la negra ingratitud que generalmente acostumbran todos los Reyes, y también muere ignorado. Pizarro y Almagro, conquistadores del Perú y de Chile, sucumben bajo el hierro asesino, y el segundo Pizarro y Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, entregan su cabeza á las manos del verdugo. Esto por lo que respecta á las principales figuras del gran cuadro, pues tratándose de personajes secundarios y de escasa importancia, difícil y hasta importuna tarea sería reducir á números los que recibieron la pena merecida á sus faltas y sus delitos.

No es posible negar que el descubrimiento de América fué un grandioso suceso en la vida de la Humanidad, y que contribuyó poderosamente al cambio que experimentaron las nuevas sociedades en su organización civil, política y administrativa, no menos que en la militar; pues á partir desde aquella gran fecha, es cuando verdaderamente data la creación de los Ejércitos permanentes, por la necesidad de sostener cuerpos estables de tropas que mantuviesen en seguridad y obediencia los países conquistados. Los usos y costumbres también experimentaron radicales cambios, hasta llegar paulatinamente al grado de refinamiento y sibaritismo que aumenta cada día, llevando los pueblos á la molicie y á la degradación física y moral que ya se

observa en nuestros tiempos. Las artes de lujo se desarrollaron en proporción de la abundancia de numerario que circulaba, y la industria fabril y manufacturera de artículos necesarios adquirió también notable impulso por el exceso de nuevas poblaciones á quienes había que surtir, dando de paso un grande incremento al comercio y la navegación, antes reducidas á estrechos límites, y facilitando el trato y comunicación entre pueblos que primero sólo de nombre se conocían. Finalmente, hasta las ciencias y la literatura participaron de este gran movimiento, y nuestra España, tan respetada por su riqueza y tan temida por su poder, llegó durante todo el siglo XVI, llamado el *Siglo de oro,* á marchar á la cabeza del progreso y de la civilización europea. Nuestra lengua consiguió ser casi la universal en todos los pueblos cultos. Se hablaba y se aprendía en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, á más de las extensas Indias; imitábanse los trajes y las costumbres, hasta las vulgares del pueblo bajo de nuestro país, y llevábamos á todas partes, y en todas eran recibidas con aprecio é imitadas, las obras maestras de nuestros pintores y estatuarios y las producciones de nuestros filósofos, de nuestros historiadores, teólogos y jurisconsultos, de los autores místicos, de los poetas y dramáticos.

Pero todo esto no fué más que una ráfaga de brillantez pasajera, una aurora boreal que des-

aparece al cabo de unos cuantos minutos, y el espléndido *Siglo de oro* duró lo que duran todas las esplendideces humanas. La Europa en general, en medio de la magnificencia que la circuía, no fué ni más feliz ni más tranquila que lo que es hoy, después de transcurridos cuatro siglos desde el gran acontecimiento que relatamos, porque el exceso de cultura, de civilización y de adelantos materiales, siempre en progresión creciente, han llegado á sumirla en el hastío y el cansancio, hasta hacerla tocar la *meta,* el límite infranqueable del que no es posible pasar.

Y por lo que se refiere á España, á la que exclusivamente debemos concretarnos, sólo sacó del gran descubrimiento la estéril gloria de haberle producido. Y decimos la estéril gloria, porque si bien llegó á adquirir, aunque por breve tiempo, inmensos territorios é incalculables riquezas, la plétora de oro consiguió ahogarla y embrutecerla, como ahoga á un débil corderillo la abundancia de leche que su madre le suministra.

Mientras nuestra patria fué rica y poderosa; mientras hizo alarde de los inmensos recursos que poseía, derrochándolos en locas y temerarias empresas, y mientras su afortunado Rey y Emperador decía con orgullo *que el sol no se ponía en sus dominios,* España fué grande y temida. Pero tanta grandeza debía producir igual postración y ruina. Cuando llegó al término inevi-

table de toda vitalidad física é intelectual, todo el mundo se atrevió á insultarla y ofenderla, y á despojarla al mismo tiempo. Cada cual se llevó un jirón de su riquísimo manto, y al sucumbir la preponderancia española después de un siglo de avance y de otro siglo de retroceso, debió sentir la amargura que experimenta un avaro moribundo al ver que sus riquezas no le han servido de nada.

Tal resultado produjeron la ambición y deseo de extender sus dominios los Soberanos y la tradicional ineptitud de los malos Gobiernos que han venido sucediéndose en nuestra patria, y que, en vez de abrir fuentes de prosperidad y bienestar general con los inmensos recursos y poderosos elementos de que por tanto tiempo llegaron á disponer, los consumieron en locas y ruinosas aventuras, en vanos alardes de ostentación, en satisfacer caprichos de favoritos y cortesanos, y en ahogar ideas que al cabo habían de triunfar, gastando montes de oro y vertiendo á torrentes la sangre de sus infelices súbditos, que marchan siempre al combate y á la muerte sin saber por qué ni para qué.

No reportó la América grandes utilidades y beneficios con el advenimiento de los españoles. Cierto es que recibió ideas de cultura y civilización desconocidas; que se puso en comunicación con pueblos cuya existencia ignoraba y que se preparó para el porvenir un puesto digno entre

las demás Naciones del Universo; pero también es verdad que al recibir los usos y costumbres de la ya corrompida Europa, recibió todos los vicios y todos los malos hábitos que con tanta facilidad se arraigan en los pueblos vírgenes, y que prepararon su degradación, su decadencia, y, por fin, la pérdida completa de su nacionalidad y hasta de su raza especial.

Durante todo el siglo XVI y aun parte del XVII, continuaron los españoles explorando aquellos inmensos mares y aquellos dilatados territorios, donde cuanto más se descubría, más parecía quedar por descubrir. No haremos aquí una detallada reseña geográfica de las nuevas zonas á las cuales aportaron, porque no cumple al objeto que nos proponemos en este modesto trabajo, y solamente hemos de decir que, encaminando su rumbo á la parte Norte del Nuevo Mundo, hallaron en ella regiones que si llamaron su atención, no excitaron por el pronto su codicia; y, sin embargo, allí estaba el verdadero porvenir de la América.

Allí estaban las inmensas praderas llamadas *sabánas* por su extraordinaria extensión, y cuyo nombre llevan todavía, donde la Naturaleza había desplegado de una manera exuberante todas sus primorosas galas y donde las flores de una admirable y nunca vista hermosura, brotaban con tanta profusión como en nuestros secos é ingratos campos, productivos sólo á fuerza de tra-

bajo, crecen los abrojos, los cardos y las ortigas, á cuya profusión de florescencia se dió el nombre de *La Florida,* y que fué la primera región á que llegaron los exploradores, si bien por otra versión se dice que el tal título es debido á haberse descubierto el día de Pascua de Flores. Allí estaban los árboles centenarios de inconmensurable altura y de no conocidas especies, y allí se encontraban á cada paso gigantescos ríos, cuyas aguas endulzan las del mar, á muchas leguas de su desembocadura, y al lado de los cuales el Tajo y el Ebro, el Elva y el Danubio, el Rhin y el Neva y los más célebres ríos de Europa parecerían pequeños arroyuelos, y allí derramaba sus inmensos raudales la gigantesca catarata, junto á la cual la célebre del Nilo sólo merecería el nombre de surtidor.

Pero allí, al menos por el pronto, no se encontraba á la vista ni bajo la mano el oro, la plata y las piedras preciosas. Todas las desgracias de la América del Sur provinieron de su exceso de riqueza. Si la del Norte se hubiera presentado en iguales condiciones, no tardara tanto en ser invadida.

Los españoles no encontraron en el Norte ni ciudades populosas, ni civilización adelantada, ni tradiciones que pudieran servir de guia para conocer el origen de los habitantes que la poblaban y cuyas costumbres, casi idénticas en todos ellos, recordaban los tiempos de los Patriarcas.

de la Biblia, pues vivían, como entonces, divididos en varias tribus, con diferentes denominaciones, habitando en aduares de más ó menos extensión, formados de chozas, remedo de las tiendas en que moraban los hijos de Abraham y de Jacob, y ocupados para atender á su sustento, como los pueblos primitivos, en la caza y en las más sencillas operaciones de la agricultura, en un suelo donde la Naturaleza casi basta por sí sola para subvenir á las necesidades de los hombres.

Los indios del Norte tenían unas creencias religiosas basadas también en los principios de una religión moral y sencilla, muy distantes de las fastuosas idolatrías de Méjico y del Perú. Tenían la idea del Sér Supremo único y poderoso, al que denominaban el *Grande Espíritu,* y á quien ofrecían en sacrificio algunos animales, como hacían los Patriarcas de la Ley antigua, que, sin temor de equivocarnos, pudiéramos decir fueron sus progenitores, atendida la identidad de costumbres, que aún conservan algunas agrupaciones de indios, impulsados cada día y relegados más cada vez por la moderna civilización al fondo de remotos bosques, quitándoles, en nombre de la cultura y para fundar pueblos nuevos, los terrenos que Dios les había concedido en usufructo.

Su religión, sin embargo, no estaba exenta de preocupaciones, en medio de su sencillez,

como no lo ha estado ninguna de las conocidas en lo antiguo y en lo moderno, pues creían en la existencia de espíritus invisibles, benéficos y dañinos, y cada individuo tenía su *manitú,* encargado de vigilar sobre su suerte, desde la cuna al sepulcro, al cual *manitú* se encomendaban en sus apuros y necesidades, espíritus que tienen cierta analogía con los ángeles guardianes de los hebreos y los cristianos, ó los genios protectores de los orientales.

Sus costumbres sociales no podían ser más sencillas ni estar más arregladas á las leyes de la moral primitiva. Conociendo los principios de la subordinación, guardaban sumo respeto y gran obediencia á sus ancianos *sachems,* que eran á la vez los padres y los magistrados de las tribus y que se encargaban de arreglar las cuestiones domésticas, de mediar en las diferencias de tribu, y declarar la guerra ó sentar las paces cuando era necesario, puesto que aquella calamidad parece innata en el hombre y subsistente donde hay una reunión de ellos, por más sencillos y morigerados que fueren, á más que en el Norte-América existían varias agrupaciones muy belicosas y siempre dispuestas al combate, por disputas de localidad ó prevenciones de raza. El amor á la familia era una de las mayores virtudes de aquellos pueblos en general, así como el respeto á la memoria de sus muertos, cuyos restos conservaban con suma veneración.

Cuando por la escasez de mantenimientos, por los azares de la guerra ó por los frecuentes despojos de que fueron objeto desde que plugo á los europeos establecerse en aquellos territorios, se veían precisados á emigrar, su primer cuidado era desenterrar los huesos de sus padres para llevarlos consigo, pues, en su sentir, la patria se encontraba donde yacían los restos de sus mayores. ¡Tierno recuerdo que apenas se encuentra en los pueblos civilizados!

Los españoles hicieron algunos establecimientos en la Florida, pero el terreno era demasiado extenso y muy poca la gente para colonizarle; quedó, pues, abandonado y á merced de quien le quisiera ocupar, siendo los primeros que lo ejecutaron varios religiosos europeos, que fundaron en aquellas selvas vírgenes muchas misiones católicas, para evangelizar á los salvajes estacionados ó errantes.

Los ventajosos resultados obtenidos por los españoles en la senda de los descubrimientos, excitaron la envidia y la codicia de las Naciones de alguna importancia, y todas quisieron seguir el mismo derrotero en busca de dominios y riqueza. En el siglo XVI y parte del XVII Francia, Inglaterra y Holanda, enemigas y rivales de España, se aprovecharon de las exploraciones de nuestros compatriotas para fundar su potencia colonial en el Norte-América, donde, á la verdad, nadie les impidió tomasen lo que qui-

sieran. Francia estableció sus colonias en los territorios que denominó La Luisiana y el Canadá. El explorador y marino inglés Walter Raleig, dándose aires de descubridor de lo que ya estaba descubierto, tomó posesión de lo que hoy es el Estado de Kentucky y del de Virginia; nombre que le impuso en honor de la Reina Isabel de Inglaterra, á quien sus aduladores y favoritos dieron el título de la *Reina virgen*, á causa de no haber querido casarse, por más que su conducta no acreditaba el dictado.

Los holandeses, emancipados del dominio de España y sus constantes enemigos en tiempo de Felipe II, también se apoderaron de algunas extensas y feracísimas islas, que pudieron conservar merced á su poderosa marina, islas que les sirvieron de base para muy lucrativos negocios mercantiles y que aumentaron su preponderancia como potencia colonial, añadiendo las posiciones americanas á las que ya tenía y después adquirió en los mares de Africa y Asia.

El descubrimiento del Nuevo Mundo influyó altamente en la política europea, y fué causa de la formación del *Equilibrio europeo;* sistema desconocido en la antigüedad y en la Edad Media, donde imperaba la razón de la fuerza contra la debilidad, sin obstáculos ni restricciones, puesto que tampoco eran conocidos, ni por consiguiente respetados, los derechos internacionales, limitándose á lo más el respeto á los

pactos, confederaciones y alianzas de pueblo á pueblo.

El *Equilibrio europeo* puede definírse un sistema mediante el cual, todas las Naciones de más ó menos importancia se ponen de acuerdo para impedir que una se engrandezca á costa de otra, y con perjuicio de las demás partes contratantes, á quienes pudiera alarmar y conmover el excesivo poderío de una. Esto no supone la prohibición absoluta de las guerras y aun de las conquistas y tomas de posesión, cuando hay causas justas para emprenderlas y consentirlas; lo cual se somete al juicio y discreción de los diplomáticos y estadistas reunidos en Congresos cuando amenaza algún grave conflicto, cuyos inconvenientes se procura evitar por los medios conciliatorios, no recurriendo al último extremo sino cuando hay imposibilidad de arreglar las cuestiones por la vía pacífica.

Aunque la base constitutiva del equibrio consiste en que cada Estado permanezca en los justos y determinados límites que forman su nacionalidad, algunas veces las potencias contratantes han intervenido hasta en los asuntos interiores y forma de gobierno de otro pueblo, cuando se cree que es comprometido ó perjudicial para sus vecinos. Y no han faltado ocasiones en que los mantenedores del mencionado equilibrio hayan consentido la perpetración de grandes crímenes políticos, cuando redundaban en bene-

ficio de todos. Un ejemplo es el proyectado reparto de las posesiones españolas al final del reinado de Carlos II, y por el cual quedaba nuestra patria reducida á los límites que tenía á la muerte de Enrique IV de Castilla. Otro lamentable ejemplo es la desmembración y reparto de la infeliz Polonia á fines del siglo XVIII, y otro más reciente, la anexión de la Alsacia y la Lorena al nuevo imperio alemán, si bien aquí la usurpación ha querido legitimarse con el pretexto de que aquellas provincias habían sido de Alemania, y eran alemanas por sus tradiciones, su idioma y sus costumbres; pretexto que también ha servido para la formación del actual reino de Italia, y la fusión en la raquítica monarquía de Saboya ó Cerdeña, de las soberanías de Nápoles, Parma, Módena y los Estados Pontificios, legalizando esta usurpación, porque debemos confesar, á fuer de imparciales, que en el fondo lo es, con la razón de considerarse italianos todos los habitantes de la Península.

Y si pasamos á examinar las arbitrariedades cometidas á la sombra del equilibrio europeo, citaremos, entre otras muchas que fuera molesto enumerar, la intervención armada de Austria en Italia en 1822 para abolir el sistema constitucional; la de Francia en España, con igual objeto, en 1823; la de España en Portugal en 1834 con objeto de ayudar á un pretendiente, titulado liberal, á establecer una nueva dinastía; la de

España también en Portugal en 1846 para sofocar una revolución popular, surgida á causa del mal gobierno del inepto Ministerio del Conde de Tomar, en cuya *gloriosa* campaña se cubrió de *laureles* el General Concha, que recibió en premio el título de Marqués del Duero, y finalmente, el escandaloso y transcendental golpe de Estado, dado en Madrid en 1856, por un General de fatal memoria, á instancias, ó tal vez amenazas del *pequeño* Napoleón, á quien inquietaba demasiado el vuelo que iba tomando en nuestra patria el partido democrático, entonces lleno de fe, de honradez y patriotismo.

Otro de los mayores esfuerzos hechos por las grandes potencias para mantener el equilibrio, fué motivado por las rápidas y múltiples victorias de Napoleón el Grande, en el período revolucionario, en el Consulado y el Imperio. Temiendo que el atrevido guerrero llegase á realizar el dorado sueño de César y Carlos V, reuniéronse Austria, Prusia, Rusia, Suecia é Inglaterra, produciéndose las seis formidables coaliciones que convirtieron la Europa por más de veinte años en un sangriento campo de batalla, lidiando con vario éxito, y concluyendo por abatir el poder del coloso y reducir la Francia á los límites que tenía antes de la Revolución.

Pero, volviendo al asunto principal de que momentáneamente nos hemos separado, veamos por qué el descubrimiento del Nuevo Mundo fué

causa de la formación del equilibrio europeo. Al tomar posesión el Rey de España Carlos I de la herencia de su abuelo Maximiliano, es decir, de la corona imperial de Alemania, encontróse el Soberano más poderoso de Europa, y acaso del mundo. Tenía bajo su cetro la España, gran parte de Italia, la Alemania, con pretensiones, luego realizadas, sobre la Hungría y la Bohemia; los Países Bajos y los inmensos territorios de las Indias. La Francia, constante rival de España desde el reinado de Luis XII y de los Reyes Católicos, que sostenía también pretensiones al Milanesado y otros Estados de Italia, y que guerreó casi constantemente contra la casa de Austria por espacio de dos siglos, no podía ver sin disgusto y zozobra tal acumulación de poderío, que muy bien pudiera llegar á reducirla á la nulidad.

Francisco I de Francia, antagonista toda su vida de Carlos V, se halló al subir al trono encerrado en un círculo enemigo de muy difícil franqueo. Por la parte de España tenía los Pirineos; por la de Italia, los Alpes; por el Norte, los Países Bajos y los demás Estados alemanes, y al otro lado del canal de la Mancha, la Inglaterra, tan pronto amiga como contraria. En la eventualidad de serios conflictos, comprendió el Rey de Francia la necesidad de buscar aliados entre los enemigos del Emperador, que pudieran, en un caso dado, llamarle la atención por diversos puntos; y así, á pesar de su título de Rey Cris-

tianísimo, y aprovechando las turbulencias que suscitaba en Alemania la predicación de la herejía de Lutero, se coaligó con los príncipes protestantes y con el poderoso gran Sultán de Constantinopla; conducta que, si bien le atrajo las censuras de toda la cristiandad, produjo ese sistema de inconcebibles alianzas que han venido á constituir una de las bases del derecho internacional de los pueblos.

La multitud de Estados que constituían el patrimonio del Emperador Carlos V; su situación en diferentes puntos de Europa, algunos muy distantes entre sí; las diferencias de nacionalidad, idiomas, costumbres y hasta el carácter individual de sus numerosos súbditos, exigían para el mantenimiento del orden y el prestigio de la autoridad, tener siempre en pie numerosos cuerpos armados, aun cuando fuese en tiempo de paz; y tratándose de la guerra, que llegó á hacerse en diferentes partes á la vez, asombra verdaderamente el número de soldados que España mantenía.

Según la conocida frase de Napoleón I, para hacer la guerra se necesitan tres cosas... *dinero, dinero y dinero.* Júzguese qué enormes sumas no invertiría el Soberano de España en sostener los millares de millares de hombres que hicieron la guerra durante todo su reinado, y lo que se consumiría en la prolongación de la lucha por sus sucesores.

Europa era relativamente pobre para sostener tantos y tan ruinosos gastos, para lidiar tan larga serie de años, y las más de las veces sin otra razón ni más motivo que una terquedad ó una vana cuestión diplomática. Si el Emperador se hubiera hallado atenido á los recursos que le proporcionaban sus pueblos, ó se hubiere detenido mucho á reflexionar antes de acometer locas y aventuradas empresas, ó habría arruinado en poco tiempo á sus vasallos con los tributos y exacciones que fuera indispensable imponer. Que la ruina habría sido una consecuencia inmediata de aquel derroche de bravura, lo acredita un ejemplo que tenemos á la vista. Hace algún tiempo que dos poderosas Naciones de Europa se disponen para una lucha, cuya razón no está del todo justificada, porque el pretexto que se quiere alegar pertenece á un hecho consumado ya de larga fecha. Las Naciones desean la guerra á la vez que la temen, porque no saben cómo empezarla, ni saben el término que tendrá. En esta incertidumbre, y en la expectativa de una casualidad que prenda fuego á la preparada mina, mantienen en pie de guerra numerosas masas de hombres que consumen y no producen; el tiempo pasa y los gastos se acumulan, y esa *paz armada,* como los diplomáticos dicen, cuesta tanto, que los recursos llegarán á faltar en un plazo más ó menos largo, y los futuros contendientes tendrán que optar por el desarme ó la

lucha, á fin de ganar algo ó de no perderlo todo.

Pero el gran Carlos V halló en los tesoros del Nuevo Mundo un inmenso venero de riquezas para subvenir á los gastos que le ocasionaban sus romancescas aventuras, que no hubieran pasado de meras tentativas sin aquel poderoso auxiliar. No había más que pedir, y las naves venían cargadas de oro en cantidades fabulosas para mantener el orgullo y la vanidad del Soberano, cuya vista no podía descubrir más, y no todo muchas veces, de lo que en derredor suyo tenía. Aquellas incalculables sumas no fueron perdidas totalmente. El dinero de España se repartió por toda Europa, y las artes y manufacturas que producen los múltiples artículos que necesitan los ejércitos, se aumentaron y perfeccionaron, no siendo los enemigos de nuestra patria los que menor partido sacaron.

Lástima grande es que lo atrasado de la contabilidad en España en la época á que nos referimos, no dejase consignadas con datos claros y precisos, para conocimiento de la posteridad, las fabulosas sumas de numerario acuñado y de barras de metal precioso que se importaron en la Península durante los reinados de Carlos I y Felipe II, épocas de las grandes guerras. El transcurso del tiempo y nuestra proverbial incuria y abandono, han hecho desaparecer los documentos que existían en la famosa *Casa de Contrata-*

ción de Sevilla, punto de entrega generalmente de los tesoros que conducían de las Indias los galeones. Apenas si se conservan en varios archivos ó en poder de curiosos particulares algunos deteriorados legajos de *cuenta y razón,* ó de cargo y data, que dan muy poca luz sobre el asunto. Sin embargo, las cantidades debían ser enormes, cuando la famosa torre, que aún existe como un recuerdo de pasada prosperidad y que servía de depósito para los metales, recibió por antonomasia el nombre de *Torre del Oro.*

Pero todo esto sirvió únicamente para sostener la aparatosa y ficticia gloria de aquel imperio, que sólo debía durar lo que la vida de su poseedor, el cual, abrumado de tanto poderío, y cansado de tanta farsa, determinó abandonar aquellas coronas, que eran demasiadas para una sola cabeza. Al hacer la abdicación en su hijo D. Felipe, comprendió muy bien Carlos V que la guerra europea sería interminable ínterin una sola personalidad dominase en tantas partes, y desengañado de su quimérico empeño de poseer el universal imperio, y arrepentido de los males que había causado, quiso apagar los celos y los temores de Europa dividiendo su patrimonio; y, al efecto, dejó á su hermano Fernando el imperio con la Hungría y la Bohemia, y á su hijo Don Felipe la España, los Países Bajos y las extensas posesiones de América, todo lo cual constituía un dominio bastante grande aún, y él se retiró

á acabar sus días al solitario convento de San Yuste, en Extremadura, pasando el tiempo ocupado en la oración y en algunos trabajos de mecánica, entre otros el de cuidar cuatro relojes que jamás logró ver marchar acordes, lo cual le hizo comprender cuán imposible le habría sido gobernar bien las muchas posesiones que tuvo bajo su poderoso cetro.

Felipe II no heredó ni el genio militar ni el valor personal de su padre, aunque sí su desmedida ambición, acompañada de un perfecto disimulo, de una perversa intención y una grande hipocresía política y religiosa. Orgulloso en alto grado y no queriendo sufrir imposiciones ajenas, ni reconocer superioridad en nadie, llegó á figurarse que la potestad real era inviolable, indiscutible y perpetua, como la potestad divina, creyendo ser en sus dominios un Dios humanizado, cuyas órdenes debían ser acatadas y obedecidas sin réplica ni contradicción.

Su padre le dejó como parte de herencia la guerra con Francia y la tenaz lucha con los príncipes protestantes de Alemania, donde la Reforma de Lutero alcanzaba cada vez más importantes progresos. El Rey de España no gustaba de hacer personalmente la guerra, y prefiriendo las intrigas del gabinete y las trapisondas de la diplomacia, dejaba que sus Generales lidiasen en los campos de batalla, mientras él, desde su despacho, pretendía arreglar el mundo.

La guerra con Francia la terminó, ó más bien, la aplazó, por medio de un arreglo y de su casamiento con la joven y malograda Isabel de Valois; pero su reñida contienda con los protestantes, cada vez más exasperados por los rigores que contra ellos empleaba, en vez de ceder, se aumentó extraordinariamente. Los que han pintado á este Rey como un modelo y tipo perfecto del Príncipe cristiano, celoso sobre todo del brillo y esplendor del puro catolicismo, alaban, como otros tantos hechos sublimes, sus edictos contra los herejes, el establecimiento de la Inquisición en los Países Bajos y el gran aumento de Obispados para mejor velar por la conservación de la fe, é impedir la propaganda del luteranismo.

Pero estas desacertadas medidas y el envío como Gobernador á Flandes del feroz Duque de Alba, que estableció el famoso *Tribunal de la Sangre* que llevó al horrible tormento y al cadalso una multitud de individuos, produjeron un efecto contrario del que el Rey se proponía. En vez de persuadir y someter á los disidentes, más de 30.000 personas de las de mayor importancia é influencia en el país, emigraron á otros puntos en busca de su seguridad personal, y las importantes provincias de Holanda y Zelanda, viendo despreciadas todas las representaciones que al Monarca dirigían, proponiendo convenios y acomodamientos, se declararon independientes,

rompieron el sello Real de España y constituyeron la admirable República, que al mismo tiempo que hacía una costosa guerra á su antiguo Soberano, fomentaba su industria, su comercio y su marina, llegando en muy pocos años á ser una importante potencia naval.

Dícese que el Rey á quien denominaron el *Prudente*, ignoramos la causa, al ser aconsejado por algunos hombres de gobierno que tomase en consideración las propuestas de sus súbditos, contestaba:—*Más quiero no tener vasallos, que tener vasallos herejes.*—Frase que se cita como una prueba de acendrada piedad y puro catolicismo.

Pero la ortodoxia de Felipe II era más acomodaticia que profunda. Si resistía oir las proposiciones de los súbditos protestantes, no era por repugnarle la discordancia religiosa que los dividía, sino porque conceptuaba rebajar su alta dignidad tratando con sus inferiores como de potencia á potencia. Y una prueba de esta verdad es que más tarde, cuando vió que los rigores exasperaban en vez de convencer, quiso conciliar los ánimos entrando en la vía de la blandura y de las transacciones. Pero ya no era tiempo: las Provincias Unidas habíanse hecho bastante fuertes y podían dar la ley en vez de recibirla.

Si mucho gastó el Emperador Carlos V en sus gloriosas aventuras, no fué menos lo que despil-

farró Felipe II en sus improductivas empresas y en las sangrientas luchas producidas por su terquedad y su altanería. La guerra con Francia, al empezar su reinado; sus continuas disputas con los protestantes; la corta pero costosa campaña contra los turcos; la imponente sublevación de los moriscos de las Alpujarras; la intervención armada en Francia y la ocupación de París en auxilio de la *Santa Liga* contra los calvinistas, costaron sumas inmensas: ríos de plata y oro que afluían á España desde los abundantes manantiales de Méjico y del Perú, y cuya cuantía casi era imposible evaluar, según dicen testigos contemporáneos.

Y á tamaños gastos deben añadirse los que ocasionó la conquista y ocupación de Portugal, con lo que el Rey no consiguió otra cosa, creyendo haber realizado la completa unidad ibérica, que adquirir un Estado turbulento y mal avenido, enconar los odios de pueblo á pueblo y preparar futuras y lamentables pérdidas en época no lejana.

Y añadir se debe también lo que se gastó en satisfacer un capricho del Monarca, única cosa que de él ha quedado permanente. El suntuoso Monasterio del Escorial, gigante de piedra donde á peso de oro se acumularon las mayores preciosidades, que le valieron el título de *octava maravilla;* pero maravilla situada en un árido desierto, entre cerros peñascosos. Verdad es que

no faltó razón para edificar el coloso en semejante paraje. En el Monasterio se halla el Panteón, última morada de los Reyes de España, y las cenizas de los que pasaron su vida entre el bullicio y el tumulto, justo es que en muerte reposen en sitio retirado, á donde no puedan llegar los lamentos ni las maldiciones de los pueblos.

La aparente gloria de Felipe II duró, como la de su padre, nada más que el período de su vida; pero tuvo que sufrir desaires y contratiempos que no alcanzó el glorioso Emperador, y que se avenían muy mal con su orgulloso carácter, no acostumbrado á recibir la ley de nadie. Jamás pudo soportar con paciencia la pérdida de las Provincias Unidas, donde, á su pesar, vió triunfante la herejía, y cuya pérdida no logró resarcir su aumento de dominio en el extremo del Asia, con el descubrimiento y toma de posesión de las islas Filipinas, cuya conquista no se ha terminado todavía, al cabo de tres siglos, y que jamás rindieron ni al pronto, ni más tarde, las utilidades de las Indias, no obstante su feracidad y su ventajosa situación geográfica, gracias al abandono y desacertada administración de los Gobiernos.

La gloriosa batalla de Lepanto, que colmó de alegría al *piadoso* Rey y á toda la cristiandad, fué sólo triunfo de un día, y victoria costosa, que dió por resultado destruir la escuadra del Gran Turco, pero que no abatió su poderío, quedó

eclipsada con el desastre de la poderosa armada *La Invencible*.

Deseando el Rey *Prudente* vengar las injurias recibidas de la Reina Isabel de Inglaterra, que á fuer de acérrima protestante, auxilió poderosamente á sus correligionarios de Holanda, aunque sin aceptar la soberanía con que la brindaron, pensó en la invasión, y acaso conquista de la Gran Bretaña; y aprestó al efecto, á costa de inmensos gastos, que comprometieron la fortuna de la Nación, la más formidable escuadra que se ha visto, por el número de sus naves y tropas de desembarco, cuya escuadra hacía augurar una completa y segura victoria. Empero las tempestades se encargaron de salvar la Inglaterra, y los buques de la armada, que el Rey *no había mandado á pelear contra los vientos*, según sus históricas palabras, quedaron sepultadas en las ondas, ó fueron á estrellarse en las costas de la enemiga Holanda y de Inglaterra, que pensaban invadir y sojuzgar.

Y después de aquel desastre tuvo que sufrir los bochornosos insultos de los corsarios ingleses y holandeses, los cuales, casi á la vista de los puertos españoles, robaban á mansalva los buques que conducían las riquezas de las Indias; y el que pensó invadir extraño suelo, vió invadido el suyo propio por un audaz favorito de la Reina de Inglaterra, que se apoderó, casi sin resistencia, de la fuerte é importante plaza de Cádiz; la

entregó al saqueo, permaneció en ella todo el tiempo que le plugo, y se retiró tranquilamente cuando quiso, llevándose, además de las riquezas robadas, algunas personas notables, que tuvieron que pagar crecidas sumas por su rescate; y cuando llegó con algunas tropas el Duque de Medina al socorro de la ciudad y á echar de ella á los enemigos, éstos ya se encontraban en Inglaterra, disfrutando el fruto del pillaje, que no supo impedir la prudencia y previsión del gran Monarca.

Si en la vida pública tuvo contratiempos y amarguras que devorar, no fueron menos las experimentadas en el hogar doméstico, ni estuvo exento de flaquezas y debilidades muy poco conformes con la rigidez de carácter y severas costumbres que aparentaba. Entre otros casos de menor cuantía, debemor citar la defección de su hijo primogénito el Príncipe D. Carlos, joven vicioso y corrompido, que hubiera sido un perverso Rey si llegara á ocupar el trono, y que en la profunda aversión que tomó á su padre, originada por la suspicacia de éste, quiso hacerle la guerra, poniéndose al frente de los sublevados de Holanda, lo cual hubiera efectuado, á no descubrirse oportunamente la conspiración, que produjo el secuestro de su persona y su misteriosa muerte. Suceso que la historia no ha puesto en claro todavía, pero que el rumor público de su tiempo y la eterna chismografía de la corte

relató de varios modos, formando y propalando conjeturas más ó menos verosímiles que la tradición ha conservado.

Y no son menos obscuras y misteriosas las prematuras y repentinas muertes del Infante D. Juan de Austria, hijo natural del Emperador Carlos V, y la de su Secretario Juan de Escobedo. La historia pública, por lo común, como ya en otra parte indicamos, no dice más que lo que se la permite decir. Pero nunca ha faltado quien en memorias y relaciones particulares haya escrito la historia secreta, que ha permanecido oculta entre el polvo y el silencio de los antiguos archivos, hasta que una casualidad ha dado lugar á que se descubran. Nosotros, hace algunos años, hemos tenido ocasión de ver en la rica biblioteca, hoy deshecha y probablemente destruída por la ignorancia y la codicia, que perteneció á un distinguido Grande de España, papeles manuscritos que dan bastante luz sobre el asunto de que tratamos, pero que, desgraciadamente, y considerados en aquella época por su dueño como un verdadero tesoro que deseaba tener oculto, no permitía copiar, aunque sí leer; lo cual no dejaba de ser una inútil precaución y un notable contrasentido, porque una buena memoria puede retener y transcribir lo que ha leído.

Don Juan de Austria, el joven vencedor de Lepanto y de los moriscos de Granada y Gober-

nador algún tiempo de los Países Bajos, era en el cuerpo y en el alma el vivo retrato de su padre, y si la legitimidad de su nacimiento le hubiera permitido ocupar el trono, continuara de seguro la brillante carrera de su progenitor. Dotado de agradable y simpática figura, de valor personal y de gran penetración en las armas y en la política, poseía el don de seducir los ánimos y captarse las voluntades por su afabilidad y fino trato; y tanto lo conseguía, que logró por algún tiempo disfrutar la estimación de su propio hermano; de aquel sér frío, estoico é impenetrable, que á nadie quería ni estimaba, y que le encargó importantes comisiones, en donde prestó distinguidísimos servicios; servicios que debían ser pagados con la más repugnante ingratitud.

Al encargarse D. Juan del gobierno de los Países Bajos, donde los ánimos se encontraban tan exasperados con las atrocidades cometidas por el feroz Duque de Alba y su terrible *Tribunal de la Sangre*, comprendió que el rigor no era la medida más á propósito para terminar los disturbios, y así se lo hizo presente al Rey, excitándole á seguir el ejemplo de su padre, adoptando medios de conciliación, y haciendo prudentes concesiones á los que deseaban pertenecer á la Religión reformada, limitando las demasías del Santo Oficio y las extraordinarias facultades concedidas á los Obispos para la apli-

cación de los edictos promulgados contra los herejes.

Tales indicaciones no podían ser agradables ni bien admitidas por el Monarca; en primer lugar, por su sistemática oposición á recibir indicaciones de nadie, puesto que su voluntad fué siempre su exclusivo consejero, y en segundo, porque su fanatismo acomodaticio le dictaba que en aquella situación apareciese ferviente católico, como protector de la *Santa Liga* contra los calvinistas de Francia, y la cual protección no carecía de su mira interesada, porque, dueño de París, por tenerle ocupado con una guarnición española, llegó á concebir la atrevida idea de colocar la corona de Francia en la cabeza de su hija. Mostrarse tolerante con los protestantes era ponerse en abierta contradicción con los principios que sustentaba. Así es que no dió ninguna contestación terminante á Juan de Escobedo, encargado de presentarle las indicaciones de su hermano.

Por el contrario, su ingénita suspicacia y su solapada envidia á todo lo que le era superior, que le hizo causar tantos males y que le hacía ver enemigos y traidores en cuantos le rodeaban, circunstancia que siempre ha sido inseparable de todos los tiranos, le obligó entonces á desconfiar de Escobedo y del Infante D. Juan. Sabía que éste era muy bien mirado en los Países Bajos, aun entre los mismos enemigos, á causa

de la bondad de su carácter y de sus ideas conciliadoras, y la sospecha de la traición llegó, sin duda, á surgir en su mente cavilosa. El Infante había dicho que de proseguir la situación en el estado en que se encontraba, no era posible un gobierno en aquellos Estados, y la sublevación continuaría permanente y adelantando terreno hasta un punto difícil de calcular. Esto era una indicación que parecía encerrar una amenaza, y el suspicaz Soberano temió que el Infante pretendiera alzarse en contra suya, usurpándole aquellos dominios, que tan poca seguridad ofrecían.

Felipe II no era muy escrupuloso para deshacerse de las personas que le estorbaban, como lo prueban los asesinatos de Berg y Montigny, comisionados de los protestantes de Flandes, que aparecieron ahorcados en Madrid; el suplicio en Bruselas, después de larga prisión, de los nobles Condes de Horn y de Egmont, y que tuvo lugar á pesar de las reiteradas y vivas súplicas de su hermana Margarita de Austria, Gobernadora entonces de aquellos Estados, y el salvaje atentado contra el Príncipe de Orange, jefe de las Provincias Unidas, que fué muerto, cuando daba audiencia, de un pistoletazo que le disparó á quemarropa un borgoñón fanático, el cual declaró en el tormento haber obrado por indicaciones superiores.

Los apuntes á que nos referimos no dicen ter-

minantemente que el Rey ordenara la muerte de Escobedo y del Infante Gobernador, pero lo dejan traslucir lo bastante. Escobedo fué asesinado á las tres de una tarde, en un sitio tan público como la calle de Santiago, de Madrid, tan inmediata al Real Palacio, sin que los matadores fuesen vistos al pronto, ni descubiertos más tarde, y el Infante D. Juan le siguió en breve al sepulcro, falleciendo de una enfermedad desconocida y cuando estaba lleno de vida y salud.

Y que el asesinato de Escobedo tuvo un objeto íntimamente ligado con la política, lo prueba por modo suficiente el hecho de que en el proceso que más tarde mandó el Rey instruir por venganza contra el malvado é intrigante Antonio Pérez, Secretario de Estado, se hizo cargo á éste del referido asesinato, con prueba plenaria y confesión en el tormento, y él se disculpó diciendo lo había ejecutado en virtud de órdenes superiores y papeles que obraban en su poder, cuyos papeles se negó á manifestar cuáles eran, ni quiso decir el sitio donde se encontraban. El Rey procuró con suma diligencia y á toda costa hacerse con ellos, porque, sin duda, le comprometían, y al efecto, sorprendiendo de improviso con un Alcalde de Corte la casa del ex Secretario, practicó un escrupuloso registro, que no dió resultado satisfactorio, porque como el Rey, á pesar de su prudencia y sagacidad, no había impedido que Antonio Pérez se comunicase con la

familia, su esposa, oportunamente avisada, tuvo tiempo de sobra para ocultar en paraje seguro y reservado cuantos documentos podían servir de garantía á su marido.

Los apasionados de Felipe II, que aún hoy día tiene algunos, especialmente en el cuerpo clerical, no tacharán de apócrifa ni novelesca la causa formada al célebre Secretario, por indicación de su augusto amo, cuya dignidad, como hombre y como Rey, no quedó muy bien parada en ella. El proceso, además de conservarse original en el archivo de Simancas, fué publicado en un libro impreso en Madrid á fines del siglo pasado, época en que aún existían la censura eclesiástica, la civil y el Tribunal de la Inquisición; Autoridades que no hubieran consentido dar á luz nada ofensivo á la memoria del *gran Rey,* prototipo de los defensores del Catolicismo, á no estar basado en datos sólidos y positivos.

El mencionado proceso, que tuvo por fundamento un mezquino despique, por una cuestión insignificante y meramente particular, produjo las más lamentables consecuencias. El Rey, no obstante su edad ya avanzada y la rigidez de costumbres que aparentaba, tuvo la debilidad de apasionarse de la Princesa de Éboli; aquella *mujerzuela* descocada de la aristocracia, que mantenía íntimas relaciones con Antonio Pérez, la cual, en sus declaraciones, no tuvo siquiera el pudor de ocultar sus deslices, y que usaba pala-

bras soeces y hasta indecorosas para expresar su desprecio hacia su regio y caduco adorador, que vengó sus injurias y desdenes confinándola en el castillo de la villa de Pastrana.

Los lamentables resultados de este ridículo y tardío capricho, fueron: la fuga de Antonio Pérez de la prisión en que se encontraba y cuyas puertas le abrió no se sabe quién; la sublevación de Zaragoza, que imprudentemente tomó la defensa del fugitivo; la invasión contra fuero de la ciudad por las tropas reales; la abolición de los fueros de Aragón, y la trágica muerte del Justicia mayor, el noble y pundonoroso caballero Don Juan de Lanuza, á quien Antonio Pérez dejó comprometido y abandonado, mientras él se refugiaba en Francia, donde aún vivió algunos años, y donde murió en el desprecio y el olvido que por sus acciones merecía.

Aquel Rey tan poderoso y que tan inmensas sumas había consumido en desastrosas luchas y aventuradas empresas que nada útil produjeron, llegó á verse pobre, pobre en la verdadera acepción de la palabra. Consumidas las rentas del Erario, recibiéndose con mucha lentitud y grandes dificultades las conductas de América y no siendo posible gravar á los pueblos con nuevos impuestos, el Monarca llegó á carecer hasta de lo necesario para sus gastos particulares y el sostenimiento de su casa, viéndose precisado á recurrir á la generosidad de los magnates, que

eran más ricos que él. Rebajamiento de la dignidad Real y desacertada medida que, según dice en *El Criticón* el Secretario Gracián, hizo perder más de crédito que ganar de donativo, pues colocó á todo un Rey en la desventajosa situación y poco decoroso concepto de un particular que llega á la penuria por haber malgastado locamente su patrimonio.

Lleno de disgustos y aquejado de una asquerosa enfermedad que le produjo repugnantes úlceras, donde hervían los gusanos, al decir de los historiadores, murió Felipe II, casi solo y abandonado en una humilde estancia del Monasterio del Escorial, no consolado por celestes visiones, como dijeron sus aduladores, sino contemplando con amargura desmoronarse el brillante edificio de la Monarquía austriaca, levantado por Carlos V y que sólo viviría otro siglo, arrastrando una mísera existencia de humillaciones, degradación y ruina, hecho digno de tenerse en cuenta por los historiadores, y muy principalmente por los que, aun hoy, á pesar de los tiempos transcurridos, cierran los ojos de la inteligencia á la razón, se empeñan en persuadirnos de la grandeza de este Monarca y se proponen demostrarnos las excelencias de un reinado que siempre aparecerá cubierto por las negruras de las miserias, envilecimientos y deshonras apuntadas; desventajosas cualidades que mucho han influído de modo desfavorable en la prosperidad de este

desgraciado país en otros reinados subsiguientes, que si no han sido ejemplo de venturas y bienandanzas, no tienen que arrepentirse de haber hecho bueno, sobre todo económicamente hablando, el por tantos conceptos funesto reinado de Felipe II.

CAPÍTULO X

Tristes memorias.

Felipe III.—Hechos notables de su reinado.—La expulsión de los moriscos y sus consecuencias.—El Marqués de Bedmar, D. Rodrigo Calderón y el Duque de Lerma —Desaciertos, excesos y crímenes.—Viaje á Portugal.—Un manuscrito del Marqués Virgilio Malvezzi.—Anécdotas históricas que merecen ser conocidas.—Unos ingleses.—Un banquete, un pastel y un enano.—El dinero de América gastado en guerras y fiestas en España.—Agios, venalidad, concusiones.—Desmoralización de costumbres.—Sacrilego atentado.—La Inquisición.

Felipe III no heredó ni el genio militar ni el valor de su abuelo, ni el talento político y diplomático de su padre, pero sí el fanatismo religioso de éste, aun cuando merece alguna disculpa, porque era un fanatismo de buena fe, nacido de su carácter tímido, apático y abandonado.

Incapaz de gobernar por sí solo, y no conociendo acaso ni de nombre los vastos dominios que constituían su poderío, dejaba que otros se tomasen el cuidado de gobernarlos, ó más bien de explotarlos á su antojo, limitándose á firmar los papeles que le ponían delante, sin preguntar muchas veces lo que contenían. Reinó y no gobernó. Fué un verdadero Rey constitucional,

como los de ahora, cuando ni remotamente se soñaba que pudiese existir semejante institución.

Durante su reinado no tuvo que sostener grandes guerras, más que la de la Valtelina, para proteger á los católicos, aunque sí mantuvo en pie de guerra los famosos tercios españoles, donde se hacía admirar la notable infantería, sin rival en Europa, y que debía desaparecer en el reinado de su inepto hijo y sucesor Felipe IV.

Su historia no ofrece ningún hecho político de transcendental importancia. No hay en ella más que vulgaridades y desastres. Ajustó paces con Inglaterra, y sin transigir con las potencias protestantes, ni reconocer la independencia que de hecho disfrutaban, firmó treguas con las Provincias Unidas, lo cual contribuyó al mayor desarrollo, prosperidad y engrandecimiento de éstas.

Los dos hechos más notables ocurridos en su reinado y que fueron dos tremendos desaciertos, son la conspiración fraguada por el Marqués de Bedmar, Embajador en Venecia, para destruir la República y anexionarla á España, temeraria y quimérica tentativa que no produjo resultado, y la expulsión de los moriscos españoles, tanto de los que habitaban en las provincias de Murcia y de Valencia, como de los residentes en los pueblos de Castilla y Aragón, donde Felipe II había mandado diseminar, después de su sumisión, todos los procedentes de la rebelión de Granada.

Semejante medida, tan impolítica como ruinosa, fundada en motivos de religión, fué tomada á instancias del Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, hombre octogenario, cuyas facultades mentales no debían ya funcionar con regularidad, el cual se empeñó en suponer que los cristianos nuevos, como á los moriscos llamaban, no habían abandonado la religión de Mahoma; que pervertían con su mal ejemplo á los cristianos viejos, y que, estando en perpetua comunicación con los moros de África, eran un peligro para la seguridad de la Religión y de la Patria.

Bastaba que se hiciese un llamamiento á los sentimientos religiosos del católico Rey y que se propusiera la cuestión como caso de conciencia, para que D. Felipe accediera sin vacilar á todo lo que se le propuso. Á pesar de las representaciones de los Grandes de España, terratenientes de los ricos predios que los moriscos cultivaban en Aragón y en Valencia; no obstante las representaciones que al Monarca dirigieron los pueblos, manifestando los perjuicios que iban á experimentar, no sólo la agricultura, sino también las artes y oficios mecánicos y el comercio al por menor, que los moriscos desempeñaban, la expulsión fué decretada y llevada á cabo con todo rigor y premura. No consta á punto fijo el número de individuos que salieron de la Península para ser arrojados con la mayor inhumanidad á

los arenales de África, donde perecieron muchos de hambre y miseria, ó degollados por los que se suponían sus correligionarios, para robarles lo que consigo llevaban, pero se calcula que pasaron de 900.000 los expatriados, quedando los campos desiertos, los pueblos sin habitantes, las casas derruídas y la agricultura en el colmo del abatimiento y el abandono, marchando de este modo en escala ascendente la espantosa despoblación de España, principiada por los Reyes Católicos con la expulsión de los judíos y continuada con las emigraciones á América, hasta llegar al extremo de no constar la población del Reino al finalizarse el siglo XVII más que de la exigua cifra de siete millones y medio de habitantes.

Incapaz, como hemos dicho, de gobernar Don Felipe, y cuidando sólo de ocuparse en actos de piedad, en asistir á funciones de iglesia, en visitar en compañía de su esposa conventos de monjas, en partidas de caza y en las diversiones palaciegas, abandonaba por completo el cuidado de dirigir la grave gestión del Gobierno á los audaces y ambiciosos favoritos, que le dominaban y manejaron á su antojo. Entre los varios que merecieron su confianza, es digno de especial memoria D. Rodrigo Calderón, hombre obscuro, aunque no falto de talento, que desde la humilde condición de paje del Duque de Lerma, llegó por la influencia de éste á ser Conde de la

Oliva, Marqués de Sieteiglesias y Ministro de Estado; pero cuya gestión administrativa fué tan escandalosa y tan colmada de abusos, excesos y hasta crímenes, que hubo precisión de deponerle y encausarle, formándole terribles cargos, entre ellos el de haber contribuído, ignórase la causa, á la prematura muerte de la virtuosa Reina Doña Margarita de Austria.

Pero el favorito más permanente de Felipe III, el modelo acabado del Ministro universal, necesario é irreemplazable, y que no tuvo rival que le ayudase á *turnar pacíficamente* en el mando, fué el célebre Duque de Lerma.

Este hombre extraordinario y notable, porque hasta en lo malo hay notabilidades, supo dominar de tal manera el ánimo de su señor, que durante muchos años nadie logró suplantarle en la privanza, porque el Rey no hacía caso de advertencias, quejas ni delaciones, ni aun de los avisos confidenciales que con frecuencia le daba el Conde de Uceda, hijo del Duque, que no tenía reparo de conspirar contra su padre, con la sana intención de sucederle en la privanza, lo que al fin consiguió, aunque no por mucho tiempo. El Rey conservó siempre su amistad tan inalterable al de Lerma, que aun después de su caída mantenía correspondencia amistosa con él, y le mandaba frecuentemente regalos y consuelos para templar las amarguras del destierro.

Y no se crea que para merecer tal favor era

el Duque un gran talento: no llegaba á ser ni siquiera una medianía, que estaba muy por debajo de su protegido y hechura D. Rodrigo Calderón, y una prueba de ello es que, aunque éste se hallaba preso y debía estar incapacitado para todo cargo público, no se le quitaron los papeles y continuó despachando en su casa todos los negocios del Gobierno; y sin la caída de su protector, acaso no librara mal y hubieran quedado impunes los delitos de falsario, ladrón, asesino y hasta hechicero que le acumularon. Mas al quedar sin apoyo, sus muchos enemigos trabajaron en contra suya con tal ahínco, que consiguieron fuese condenado á la pena de muerte, la cual fué ejecutada en la Plaza Mayor de Madrid, muriendo con tal resignación y valentía, que su firmeza quedó como proverbio vulgar (1).

En lo que sí se distinguió el Duque de Lerma, y de una manera que nadie llegó, ni seguramente llegará á igualarle, fué en la fastuosidad, en la magnificencia y el despilfarro. Para tener entretenido al Monarca no reparaba en gastos ni sacrificios, y durante su Ministerio ó favoritismo, la corte fué un paraíso de delicias y un cúmulo de goces y de placeres, mientras los pueblos, agobiados por los crecidos tributos, siempre en aumento, yacían en la postración y la miseria, y las artes y la agricultura decaían

(1) Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.

cada vez más, marchando á pasos agigantados hacia la más completa ruína.

El Duque, en su afán de presentar novedades donde se gastase mucho dinero, indujo al Rey, con el fútil pretexto de que Madrid era malsano y amenazaba pestilencia, á trasladar la Corte, los Consejos y los Tribunales á la ciudad de Valladolid; mudanza que ocasionó grandes trastornos, gastos y perjuicios á los empleados, Oficiales y gentes de pocos recursos, que vivían á las sombras de los Centros gubernativos. Pero el orgullo del magnate quedó satisfecho con proporcionar actividad, movimiento y gastos; en lo cual, si se da crédito á lo que decían las sátiras que empezaron muy pronto á circular contra la administración del privado, éste tenía un particular interés; pues á favor de la confusión y el desbarajuste, y no teniendo que dar cuentas á nadie de las muchas cantidades que se consumían, retiraba su parte de corretaje, para sostener los gastos de su casa, los que eran tan considerables y tan sin medida, que excedían á toda ponderación.

La Corte permaneció algún tiempo en Valladolid, y cuando el Duque se cansó de residir en aquel punto, dispuso su traslado á Madrid, volviéndose á originar nuevos gastos y nuevos disgustos y perjuicios, aunque, acaso también, nuevos productos para el autor de las traslaciones. Después de éstas, y en su afán de gastar dinero,

indujo á D. Felipe á hacer un viaje á Portugal, á fin de tomar posesión del reino y darse á conocer á sus súbditos lusitanos. El Monarca, que no hacía más que lo que su privado le aconsejaba, accedió al viaje, como hubiera accedido á verificar una partida de caza, y marchó á Lisboa, seguido de una numerosa y lucida corte, desplegando tal aparato de magnificencia, que dejó asombrados á los graves y económicos portugueses, que, llevando muy á mal la dependencia castellana, la soportaron en adelante mucho peor, comprendiendo que era preciso trabajar mucho y pagar mucho para sostener tanto fausto.

Jamás pudo figurarse el Duque de Lerma las fatales consecuencias que iba á producir aquel indiscreto viaje. Los portugueses recibieron con gran disgusto la regia visita, que lastimaba su dignidad patria, pues aunque sometidos por la fuerza á la autoridad del Rey de España, conservaban el principio de su autonomía y no desconfiaban de reconquistar su perdida independencia, como en efecto lo consiguieron en el reinado siguiente.

Además, y como era muy justo, el Estado portugués tuvo que hacer un ostentoso recibimiento á su augusto huésped, y proporcionarle, así como á su numerosa comitiva, un espléndido hospedaje, en lo que se invirtió una respetable suma, que no estaba en armonía con los recursos de aquel país, que siempre fué muy poco fa-

vorecido de la fortuna. Por otra parte, el tradicional orgullo lusitano se resintió altamente de la especie de superioridad de que alardeaba la nobleza castellana, que aparecía con humos de señora dominante en un país conquistado, lo cual, en vez de conciliar los ánimos y ganar las voluntades, produjo la honda antipatía internacional que el transcurso del tiempo no ha llegado á destruir. En suma, el tan costoso cuanto inútil viaje á Portugal no dejó satisfecho á nadie.

La nobleza lusitana no desaprovechó ocasión de significar de ostensible manera el poquísimo afecto que le merecía la corte española, como lo prueba el siguiente incidente ocurrido en la visita que D. Felipe hizo al Duque de Braganza, devolviéndole la que de él había recibido.

El Duque, el señor más poderoso del país, como descendiente de los antiguos Reyes, tenía el privilegio de Casa Real, y en los actos solemnes se presentaba rodeado de una pequeña, pero brillante corte, con sus mayordomos, gentiles hombres, caballerizos, pajes, escuderos y hasta su guardia de honor. Así es que recibió á S. M. Católica con gran ostentación y brillo, como un Monarca pudiera recibir á otro, sin doblarle la rodilla ni besarle la mano, lo cual no dejó de mortificar algún tanto la vanidad del Monarca y de su etiquetero favorito.

Cuando D. Felipe le preguntó qué gracia deseaba le concediese, como recuerdo de la regia

visita, el Duque le contestó, con una finura no exenta de sarcasmo:—Yo, señor, nada necesito para mí, porque tengo sobrado con mis títulos, honores, bienes y rentas. Si V. M. quiere dispensar algunas mercedes, puede hacérselas á mis criados, y yo quedaré agradecido.

Estas noticias, que tal vez parezcan extrañas é inverosímiles á algunos críticos meticulosos de la actualidad, están tomadas del manuscrito que dejó el Marqués Virgilio Malvezzi, testigo contemporáneo, y del cual manuscrito se formó el libro titulado *Memorias para la Historia del Rey D. Felipe III;* libro que corrió impreso á principios del siglo XVIII, y que se ha hecho bastante raro; y libro que no contiene todo lo que dice el manuscrito, sin duda porque á la censura no le pareció conveniente. Nosotros hemos tenido ocasión de examinar el manuscrito y el impreso, cuya lectura recomendamos á los curiosos bibliófilos, porque es interesante en demasía, á causa de contener muchas noticias y particularidades poco conocidas acerca de los reinados de los Felipes III y IV. El manuscrito perteneció á la extinguida biblioteca del Duque de Osuna, y el libro impreso debe encontrarse en la Nacional, ó en la de la Facultad de Filosofía y Letras, y seguramente se encuentra en la del Congreso de los Diputados. El Sr. Silvela se aprovechó mucho de él en el prólogo que escribió para las *Cartas de la V. M. María Jesús de Ágreda.*

Todo lo que á continuación transcribimos pertenece á las noticias tomadas del escrito de Malvezzi.

De no constar en datos que consideramos auténticos, lo que se dice de la avaricia, á la vez que del despilfarro del Duque de Lerma, parecería exageradas invenciones de la imaginación de un novelista.

Su afán de acaparar dinero, á la vez que de gastarlo, pasaba de los límites naturales. Cuanto más allegaba, más quería tener para consumirlo en ostentosos caprichos. Su mente estaba de seguro dominada por la monomanía de grandezas, y sus deseos nunca se veían completamente satisfechos. Según el dicho de un satírico contemporáneo, era una *gomia* (1) que cuanto más devoraba, más quería devorar; un pozo sin fondo, siempre dispuesto á recibir cuanto echasen en él, sin que se llenase nunca.

El de Lerma, como Ministro *universal* y *hombre necesario,* tenía también en Madrid su *huerta*, ó casa de recreo, situada al final de la Carrera de San Jerónimo, en el perímetro que hoy ocupan los solares donde estuvo edificado el palacio de los Duques de Medinaceli, los restos del convento de Capuchinos de San Antonio, del de Jesús y el actual Noviciado de las Hijas de la Caridad. Aquella *huerta* era un prodigio

(1) Monstruo fabuloso que nunca se hartaba de comer.

de amenidad en la parte de horticultura y floricultura, y teníase á grande honra el visitarla, y los Reyes asistían con sumo placer muchas tardes á los suculentos *refrescos y meriendas* con que les obsequiaba el poderoso valido. Respecto á la casa palacio, situada en el jardín, era otra maravilla de lujo y brillantez, por su magnífico mobiliario y los ricos objetos de arte que le adornaban, muchos de los cuales no los poseía semejantes el mismo Rey en su Palacio. Nada faltaba en la celebrada *huerta* para solaz y recreo de los admitidos á visitarla. Había en ella un pequeño circo donde se jugaban cañas y sortija, se celebraban alegres *saraos*, particularmente en las noches de *verbena* de San Antonio, San Juan y San Pedro, con armoniosas músicas y danzas, iluminando el espacio infinidad de luces, y se quemaban por conclusión vistosos *fuegos de artificio,* como entonces se decía.

El Duque daba con mucha frecuencia en su palacio de la *huerta* magníficos banquetes á las personas notables y en particular á los extranjeros distinguidos que visitaban la Corte de España, ya por gusto y curiosidad, ó ya en el desempeño de comisiones de sus respectivos Soberanos, y que al regresar á su país se hacían lenguas para celebrar lo que habían visto y disfrutado. En aquellos convites, después de saborear los exquisitos manjares condimentados bajo

la dirección del célebre maestro Montiño, Jefe de la cocina de S. M., y de regalarse con los delicados vinos, la mayor parte, de las cosechas del anfitrión, cada uno de los invitados recibía como obsequioso recuerdo una joya de valor; esplendidez á que no ha llegado la moderna aristocracia en sus mezquinos y cacareados festines, que tanto suelen ponderar los revisteros de salones.

A propósito de esto, cuenta Malvezzi que en el festín dado en honor del Nuncio de Su Santidad, Monseñor Neroni, recién llegado á la Corte, después de la suculenta comida que se sirvió al Prelado, á sus familiares y á todos los individuos de la Nunciatura, cada convidado recibió la alhaja correspondiente á su categoría. El regalo del Nuncio consistió en una magnífica caja de concha de carey y nácar artísticamente trabajadas, con adornos de oro y plata y algunas piedras preciosas, conteniendo doce docenas de pares de guantes ambarados, de diferentes colores. Dígase si era posible llevar más adelante la prodigalidad y el despilfarro.

En el Duque de Lerma no había términos medios. Era avariento y pródigo á la vez, y con el mismo afán que acaparaba tesoros, los gastaba sin tasa, mucho más, tratándose de satisfacer sus gustos y sus caprichos y de complacer la vanidad y el omnímodo deseo de figurar que le dominaba. Inútil es decir que en sus ostentosos banquetes, el cristal y la loza estaban proscrip-

tos de su mesa. Toda la vajilla era de oro y plata: hasta los frascos y garrafones donde se ponía á refrescar el vino en las temporadas calurosas. Su servicio no desmerecía en nada del que se presentaba en la mesa de los Reyes, sus señores.

Véase otro rasgo de esplendidez que también cita Malvezzi. Aprovechando la estancia que hizo en Madrid el célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, el jefe de escuela, el retratista de Reyes, el artista diplomático, que así pintaba cuadros como desempeñaba embajadas y comisiones regias, el Duque quiso tener su retrato hecho por el pincel del gran maestro, siquiera por el gusto de parangonarse con los Soberanos. Al efecto, y después de hecho el trato en una suma fabulosa, pues consta que Rubens, como persona buscada y rogada, no trabajaba nunca sin previo ajuste, y á fin de que el bullicio de la Corte no distrajese al pintor en su trabajo, le hizo aposentarse en su deliciosa posesión de la Fresneda, donde, durante los tres meses que se invirtieron en la obra, le estuvo manteniendo á él y á todos los que le acompañaban, siendo de advertir que el pintor hacía una vida regalada como un Príncipe, y en sus viajes iba acompañado de numeroso séquito de discípulos predilectos y criados ordinarios, llevando consigo hasta el cocinero y el molendero de colores; verdad es que este último funcionario era de absoluta necesidad á un artista en aquella época.

Continuando la narración de las esplendideces del Duque, diremos alguna cosa de las que pusieron el sello á todas las hechas y por hacer, y fueron las fiestas celebradas en Valladolid, donde la Corte se encontraba, con el doble motivo de la llegada del Príncipe de Gales, el infortunado Carlos I de Inglaterra, y el nacimiento del Príncipe de Asturias, Felipe Dominico, que fué luego Felipe IV.

El objeto de la venida del inglés, que desembarcó en La Coruña con una comitiva de seiscientos individuos, entre nobles, caballeros, oficiales, criados y guardias, era asentar paces definitivamente con España, y tratar de su casamiento con la Infanta Doña Ana, que era á la sazón una niña, enlace que no llegó á efectuarse por las graves cuestiones que surgieron á causa de la diferencia de religión.

El Príncipe y los más distinguidos magnates que le acompañaban se alojaron en el Real Palacio, con toda la distinción que su clase requería, y la gente menuda fué distribuída entre diferentes casas de la población, á la manera que hoy se hace con la tropa en los pueblos donde no hay cuarteles habilitados. Este sistema de alojar oficialmente era muy común en las grandes poblaciones; pesaba sobre el vecindario con el nombre de *carga de aposento*, y podían redimirla con dinero los que no querían sujetarse á ella.

La *carga de aposento* sólo obligaba á dar techo, cama, luz y agua. La manutención era de cuenta de los alojados. La de los ingleses corrió exclusivamente á cargo del Estado, durante su permanencia, que no fué muy corta á la verdad.

El Rey D. Felipe, cuya meticulosa conciencia se alarmaba al tratar de cuestiones que á la religión atañían, después de recibir al Príncipe de Gales con la mayor amabilidad y cortesía, y grandes muestras de amistad y cariño, le manifestó que, para tratar de los negocios que motivaban su viaje, era preciso acceder á ciertas condiciones. Una de ellas fué que durante su permanencia en la Corte habían de abstenerse, al menos donde pudieran ser vistos ú oídos, de toda manifestación y ceremonia del culto protestante; y otra, que siempre que pasase alguna procesión ó encontrasen al Santísimo Sacramento, debían quitarse la gorra y doblar la rodilla.

Los ingleses, siempre, como ahora, atentos al logro del fin que se proponen, accedieron sin dificultad á cumplir estas fórmulas exteriores, ora por conveniencia, ora por aquello de *donde quiera que fueres, haz como vieres.*

Ocurrió en esto el alumbramiento de la Reina Doña Margarita, que tuvo lugar en la noche del Viernes Santo del año 1605, trocando el fausto suceso en gozo y regocijo la tristeza de aquella noche. Echáronse las campanas á vuelo, tronó

la artillería, iluminároнse las casas de la población, y el vecindario se lanzó á las calles, significando su alegría con entusiastas vítores y acordes músicas. El caso no era para menos. El Rey, cuya complexión enfermiza le hacía sufrir incomodidades y molestias frecuentes, temía morir sin sucesión varonil, y el nacimiento del Príncipe hizo formar esperanzas, que por cierto salieron harto defraudadas.

La salida pública de la Reina á la misa de la Purificación, que tuvo lugar en la iglesia de San Llorente, fué un acto tan solemne y tan suntuoso á la vez por su lujo y aparato, que llenó de admiración á los extranjeros huéspedes que lo presenciaron, y que por esto y lo demás que luego ocurrió, debieron creerse transportados al país de las maravillas. Con motivo de la salida de la Reina, los ingenios cortesanos apuraron su numen para celebrarla; y entre ellos nuestro inmortal Cervantes, que compuso el romance inscripto en la novela *La Gitanilla de Madrid,* y que principia:

«Salió á misa de parida
la mayor Reina de Europa.»

En cuya composición estuvo el príncipe de los ingenios algo adulador; lo cual hay que disculparle, porque seguramente le valdría algún regalillo para salir de sus apuros, pues consta que en aquella época, en que seguía á la

Corte como pretendiente á comisiones para poder ir viviendo, se hallaba bastante atrasado; circunstancia, por otra parte, muy común á la gente de letras, según él mismo graciosamente declara en aquella frase: *dámele poeta, dártele hé pobre.*

Excusamos referir la también suntuosa ceremonia del bautismo del Príncipe, que minuciosamente detalla D. José Pellicer en su *Vida de Cervantes*, y nos limitaremos, porque hace más á nuestro propósito, á describir, aunque á grandes rasgos, el magnífico banquete y sarao que tuvo lugar con motivo del fausto suceso, y cuya descripción extractamos del escrito del ya citado Malvezzi.

Las disposiciones para tan solemnes actos fueron dadas por el Duque de Lerma, que, merced al poderoso agente mágico de que en abundancia disponía, hizo prodigios en muy corto tiempo, empleando, sin reparar en gastos ni dispendios, á cuantos artistas y menestrales juzgó necesarios para la realización de su proyecto. El gasto debió ser inmenso, á la verdad, pero el resultado correspondió á la idea.

La comida se sirvió en las extensas salas del Palacio donde moraban los Reyes, y en varias mesas que ocuparon éstos, el Príncipe de Gales, los nobles señores que le acompañaban y todos los Grandes de España que asistían á la Corte. Las mesas y aparadores deslumbraban con el

brillo de las magníficas vajillas y valiosos adornos, y no menos deslumbraban las hermosas damas y apuestos caballeros por sus lujosos atavíos. Sirviéronse en la comida *mil y doscientos* platos de diferentes carnes y pescados, sin otros muchos que se quedaron sin servir, y los postres y confituras en tan gran número, que casi era imposible el contarlos. A cada convidado se le ponía plato entero, lo cual suponía un inmenso derroche y un espantoso sobrante. Pero todo lo suplía la grandeza del motivo y la riqueza, al parecer inagotable, del dueño de la casa.

La comida fué pública, y permitióse la entrada á cuantas personas quisieron presenciarla, sin temor de que se produjese ningún escándalo ni atropello, como probablemente sucedería ahora, porque el espíritu monárquico y el respeto á los Reyes, muy arraigado entonces en todas las clases sociales, eran una garantía de buen orden y subordinación. Acudió, según se dice, una gran multitud á disfrutar del agradable espectáculo que gratuitamente se ofrecía. Los caballeros ingleses, galantes y cumplidos con las damas, y no costándoles nada mostrarse generosos, obsequiaban á las tapadas que circulaban en torno de las mesas, con platos de confituras; y muchas de dichas tapadas, pertenecientes sin duda á la clase de *busconas*, que nunca faltaron, no solamente tomaban los dulces, sino que llevábanse también los platos, que eran unas ban-

dejitas de plata, de mucho primor, sin que nadie les dijese una palabra.

Entre las cosas notables que aparecieron en la mesa, fué un enorme pastel vistosamente adornado, obra maestra del repostero de S. M., y que se agitaba lentamente, movido por las ruedas del gran azafate que le servía de base. Levantada la tapa del pastel, salió del centro un enano vestido con un extraño y caprichoso traje, que con una cuchara de oro iba repartiendo en los platos de los circunstantes el dulce que contenía aquel inmenso tonel de conserva.

Terminados los postres, y en vez de servir el café, que todavía no estaba en uso, apareció en las salas del banquete, y fué dando vuelta á las mesas, una gran licorera, montada también sobre ruedas y arrastrada por unos hermosos niños vestidos de geniecillos. La licorera era de plata y representaba una nave, cuyas velas estaban hechas de tela de seda con los cordajes de oro y engalanada con vistosas flámulas y gallardetes de variados matices; y entre su cargamento, que era una enorme cantidad de flores, iban muchas botellas rotuladas, llenas de exquisitos licores, y cada cual tomaba lo que mejor le parecía ó agradaba.

Si á alguno de nuestros lectores ó crítico descontentadizo le parece exageración lo que referimos, hacemos la salvedad de que no inventamos nada. El que dude, puede consultar los

escritos á que nos hemos referido, fuentes en que bebimos, y cuya responsabilidad dejamos á sus autores. Copiamos según leímos.

El sarao de la noche se efectuó en otro espacioso salón de Palacio, convenientemente adornado é iluminado con multitud de bujías y blandones de cera blanca, colocados en arandelas y candelabros de plata, cuyas luces renovaban los pajes, conforme se iban consumiendo. En el salón se había colocado un trono, donde tomaron asiento SS. MM., y en uno de los testeros veíase un «cielo» formado de nubes de oro y color de rosa, tachonado de fulgurantes estrellas. Dada la señal por el Rey para principiar la fiesta, y después de lo que pudiéramos llamar una brillante sinfonía, ejecutada por los músicos de la Capilla Real y los de la Catedral, abrióse el figurado «cielo» y volvióse á cerrar, después de salir de él el dios Apolo y las Nueve Musas, preciosamente vestidos con trajes alegóricos, los cuales personajes, adelantándose hacia el solio de los Reyes, y hecho el debido acatamiento, recitaron versos alusivos á la solemnidad del día, y cantaron una muy deliciosa canción, ejecutando luego un baile mitológico, con gran solaz y contentamiento de los circunstantes, volviéndose acto continuo al «cielo», de donde habían salido.

Después danzaron primorosamente las damas y caballeros de la Corte, y el Rey, que pa-

rece era muy experto en el arte de Terpsícore, danzó por tres veces aquella noche con otras tantas bellas damas, á quienes dispensó este alto honor. En los intermedios de las danzas, los hujieres de la Real Casa circulaban por el salón con azafates llenos de refrescos, dulces y bizcochos, para el que quisiera tomarlo. La cosa estaba en regla y no podía pedirse más.

Adelantando mucho la noche y siendo preciso concluir, tuvo lugar la última parte de la fiesta, que consistió en abrirse de nuevo el «cielo» y salir de entre las doradas nubes una diminuta y magnífica carroza, al estilo romano antiguo, tirada por dos jacas blancas, enanas, que ostentaban preciosos jaeces, y en la cual carroza iba sentada la Infanta Doña Ana, vestida como se representa á la diosa Minerva, rodeada de amorcillos que derramaban profusión de flores. La hermosa niña hizo su paseo triunfal por la sala á los acordes de la agradable música, obteniendo señaladas muestras de la complacencia con que era recibida la visita, terminando con esto la función, que dejó recuerdos agradables y dió por muchos días asunto para las conversaciones de la corte y del vulgo.

La poesía se ocupó también de aquellas suntuosas funciones y en particular de la de por la noche, que con razón fué calificada como *sarao de encantamento*. Consérvase un soneto del célebre y satírico poeta D. Luis de Góngora, en el

que compendia con mordaz intención las circunstancias de las fiestas, y que termina de este modo:

«Bautizamos al niño Dominico (1),
que nació para serlo en las Españas.
Hicimos un *sarao de encantamento*.
Quedamos pobres; fué Lutero rico (2);
mandáronse escribir estas hazañas
á Don Quijote, á Sancho y su jumento.»

Del último verso se deduce que fué encargada á Miguel de Cervantes, por mediación sin duda de su protector, el Cardenal Arzobispo de Toledo, la relación de las solemnes fiestas, á fin de proporcionarle alguna buena gratificación por su trabajo. La relación no existe, por lo cual es de suponer que el desgraciado autor no llegó á hacerla.

Se preguntará tal vez de dónde salía tanto dinero para costear aquellas fiestas, tan grandes como inútiles é improductivas. La respuesta es muy sencilla. Los ríos de oro y plata que se desbordaban desde la infeliz, oprimida y explotada América, para perderse en el insondable piélago de la Corte, mantenían aquel perpetuo derroche. Carlos V y Felipe II gastaron inmensos capitales en desastrosas y sangrientas guerras, y Felipe III los invirtió en alegres festivales y ban-

(1) El Príncipe Felipe Dominico.
(2) Alude al Príncipe de Gales, por ser protestante, y á los regalos que recibió.

quetes. Menos mal. La gente, al fin, se divertía y se daba trabajo á los artistas y menestrales de la Metrópoli, aunque los de las provincias, al par que los labradores, estaban sumidos en el abandono y la miseria, los unos sin trabajo y los otros abrumados por los impuestos.

Es un fenómeno histórico muy acreditado por la experiencia y constantemente reproducido desde remotos tiempos, que cuando un pueblo aparece más rico, más brillante y más entregado á los placeres y diversiones, es cuando más próximo se halla á la decadencia y va marchando á la ruina. Testigos son los imperios de la Asiria, Grecia, Roma y Constantinopla; los godos y los árabes de España; las fastuosas épocas de Luis XIV y Luis XV en Francia y la Monarquía austro-hispana, en el siglo XVII, en que debía terminar su existencia.

Nunca como entonces apareció, en la superficie se entiende, más próspera y floreciente nuestra patria. Las bellas artes, como la pintura y la escultura, si bien útiles como reveladoras de la civilización de un pueblo, innecesarias para la generalidad, llegaron al alto grado que manifiestan las obras maestras que brillan en nuestros Museos. La literatura no podía adelantar ya más ni en el número ni en la calidad de las producciones, y hacíase preciso, para ofrecer algo nuevo, caer en la corrupción del lenguaje y en los extravíos del *culteranismo;* el teatro español

no tenía rival en Europa, así en los escritores como en los representantes ó cómicos; y respecto á las ciencias históricas, filosóficas, naturales y ascéticas, España estaba á toda la altura que era posible encontrarse, atendido el desarrollo que entonces alcanzaban estos ramos de la humana sabiduría.

Y en lo tocante al lujo del atavío de las personas y mobiliario de las habitaciones, sería pálido cuanto se dijese para describirlo, y sería preciso verlo para comprenderlo. Las telas de seda y los terciopelos; los brocados, los finísimos lienzos de Holanda y de Cambray y los costosos encajes de Bruselas, muchos de ellos tan caros como los diamantes, las plumas de aves raras de la India y de la América, y las delicadas pieles de la Moscovia y de la Persia, constituían los trajes de las personas de ambos sexos, aun de clases muy medianas, realzados con preciosas bordaduras, en que desplegaban su habilidad y buen gusto una infinidad de inteligentes artífices. Llevábanse en los sombreros cordones de aljófar, con las hebillas ó cintillos de oro, diamantes, esmeraldas ó rubíes; ostentábanse en las ropillas y cierres de los cuellos ó valonas, botonaduras de oro cincelado, y de igual clase eran los herretes de las agujetas ó cintas con que se abrochaban los jubones y follados. Llevábanse al cuello cadenas de inestimable valor, y finalmente, los puños de las espadas y dagas se desdeñaba que

fuesen de acero ó bronce, y se mandaban hacer de plata con delicadas labores.

Y si el traje de los varones era lucido y costoso, el de las mujeres corría parejas y aun le superaba en ostentación. Había mantos que costaban un dineral, y sayas *enteras,* como entonces se llamaba el traje—que no le constituían la falda ó brial y la cotilla separadas—cuyo importe bastaría hoy para vestir con lujo á diez de nuestras pretenciosas elegantes á la *dernière*. Los collares, arracadas, *brincos* ó joyeles para el pecho, sortijas y hasta las armaduras de los abanicos, todo era precioso y de sumo valor, y hasta las *virillas* ó bordes de las suelas del calzado se hacían de oro y plata, no faltando dama que mandase bordar sus zapatos con perlas y diamantes, lujo que hoy no se permiten las más opulentas Soberanas.

Y el lujo de las casas rayaba ya en lo exagerado: teníanse muebles de maderas preciosas, como la caoba, el ébano, el palo de rosa, el cedro macizo, construídos con gran esmero y fino pulimento, en mesas, camas, aparadores y sitiales ó taburetes, ó bien algunos de estos muebles se hacían de maderas talladas y doradas, para mayor lucimiento y gastos. Las *poltronas,* hoy butacas, se forraban de terciopelo ó raso liso, claveteadas con tachuelas de plata; colgábanse de las paredes cornucopias ó pequeños espejos con lunas de Venecia y marcos dorados de ex-

quisita labor, con arandelas para colocar bujías, y de los techos, costosamente pintados por algún célebre maestro, en casas de alguna importancia pendían arañas de cristal tallado y de precios que hoy parecerían fabulosos.

Y las paredes no ostentaban nuestro barato papel pintado ó el modesto barniz, impropiamente llamado *estuco*. Cubríanse con hermosas tapicerías de Flandes, de que aún se conservan algunos ejemplares en los palacios de los Grandes, y á cuyos ejemplares no puede fijarse precio, y los pavimentos se cubrían con alfombras tunecinas, ya que no fuesen adquiridas con notable desembolso en los bazares de Damasco, de Smirna ó Constantinopla.

Una cama era un objeto de que no se puede formar hoy idea, aun comparándola con las que usan los más opulentos de los magnates. No hablaremos de los colosales colchones y cojines ó almohadones de exquisito damasco y rehenchidos de fina pluma, que la componían, ni de las sábanas de rica holanda con fundas de encaje, ni de las demás ropas de abrigo; fuera una digresión inútil. Sólo diremos que cada una de las tales camas podía considerarse como un pequeño aposento por el espacio que ocupaba, cerrado con espesas cortinas que se corrían por medio de cordones de seda, y en cuyo espacio solía colocarse á veces una mesilla ó bufete, sillas y otros muebles necesarios. Algunas de estas camas pue-

den verse aún en las desiertas mansiones señoriales de retirados pueblos, donde no han llegado las luces y los adelantos de la moderna civilización.

Pero el exceso de lujo aumentó sobremanera cuando la abundancia de plata hizo que no se supiese ya en qué emplearla; y del adorno de las personas, pasó al de los muebles y objetos de uso ordinario. Había escritorios ó *secretaires* de maderas finas ó conchas de carey con filetes, cerraduras y tiradores de plata; bufetes con tiradores y guarniciones también de plata, y algún magnate tuvo cama maciza del preciado metal, á la manera que hoy las tenemos de hierro, siendo de lo mismo todo el servicio de mesa, como platos, fuentes, copas, vasos y jarros. De plata eran igualmente las bacías para bañar la barba; y los aguamaniles, los candeleros, los braseros y badiles para la lumbre; los velones y despabiladeras; los marcos de los espejos en los tocadores de las damas; los cascabeleros para distraer á los niños, y otra multitud de objetos de uso doméstico que sería molesto enumerar; entre ellos las garrafas para los refrescos y las chocolateras en que se hacía el brebaje americano de que tanto gustaban los españoles, y cuyo uso adquirió tal incremento desde que se dió á conocer, que, como dice Doña María de Zayas en una de sus novelas, «en todas partes se encontraba como la mala ventura».

Tal profusión de gasto en los utensilios de plata, rayana en el escándalo, llamó, por fin, la atención del Gobierno, que no juzgó conveniente tolerarlo; y al efecto, en el reinado siguiente de Felipe IV se publicó una Pragmática, limitando el uso de los bordados en los vestidos á ciertas y determinadas clases, y señalando hasta á los Grandes del Reino el número de piezas de plata y oro que habían de tener para su uso; disposición que hoy se juzgaría atentatoria á la libérrima voluntad del individuo; pero que entonces fué preciso tomar por un resto de pudor, para evitar que el demasiado brillo y bienestar de unos cuantos insultase la demasiada pobreza de la generalidad.

Porque, como ya hemos dicho, el aparente próspero estado que indicamos se refería tan sólo á la capital de la Monarquía. Nunca con más razón que entonces pudo aplicarse la frase que en nuestros días pronunció el célebre tribuno D. Joaquín María López—el de la conciliación moderado-progresista de 1843—de que *Madrid era una cabeza de oro colocada en un cuerpo de barro.*

Mas, á vueltas de aquel esplendor ficticio, de aquel bienestar aparente, ¡cuánta degradación en el Poder! ¡Qué agios y concusiones en la Administración! ¡Qué venalidad en la judicatura! Contando con algún apoyo, fuerte recomendación ó simplemente con un puñado de doblones,

quedaba impune ú obscurecido cualquier delito, ó ganado cualquier mal pleito con perjuicio del que tuviera la razón. Los poetas satíricos de aquel tiempo, más atrevidos que los del nuestro, á quienes se amenaza con la causa de injuria y calumnia cuando dicen alguna verdad que todos saben, los poetas de entonces, á pesar de las fuertes y previas censuras que había para hacer callar, ni se mordían la lengua, ni detenían la pluma cuando se trataba de exponer abusos de los públicos poderes. Véase un pequeño ejemplo en estos versos de Quevedo, hablando de la recta administración de justicia de su tiempo, que debía conocer muy á fondo:

«Cualquiera que pleitos trata,
aunque sea sin razón,
deje el río *Marañón* (1),
y éntrese en el de la *Plata;*
que hallará corriente grata
y puerto de claridad.»

Vendíanse en todos los Consejos, ó en lo que hoy llamamos Ministerios, y con la anuencia del favorito ó favoritos del Monarca, y su correspondiente participación, á precios convencionales, aunque siempre subidos, todos los cargos y destinos, así civiles como militares y eclesiásticos. Magistrados y Oidores de las Audiencias; Virreyes y

(1) Nombre del río de las Amazonas.

Capitanes generales; Obispados, prebendas y beneficios curados, y hasta simples comisiones se lograban por el dinero, prescindiéndose del mérito y la idoneidad, de la instrucción y los servicios. Los destinos más solicitados y mejor pagados eran los de América, porque había más probabilidad de resarcirse de lo que había costado adquirirlos.

La desmoralización de las costumbres corría parejas con las públicas, y no se comprende cómo se toleraba tanta corrupción en una época en que parecía predominar el espíritu religioso, y en que se distinguían santos varones y virtuosas vírgenes, que luego fueron elevados á los altares. La virtud, por lo regular, era un mito, y la moralidad una palabra vana. Las más pudorosas doncellas se dejaban galantear públicamente, colocándose de día en los balcones de sus casas, para que las viesen los amartelados galanes, cosa que hoy no hacen las más descocadas rameras, ó se ponían por la noche en las rejas de los pisos bajos, á sostener pláticas amorosas ú oir las músicas con que las obsequiaban sus adoradores favorecidos, ó presuntos, de lo que resultaba con mucha frecuencia, disputas, riñas, cuchilladas y hasta muertes, dando no poco que hacer á los Alcaldes de Casa y Corte que rondaban las calles, velando por la pública tranquilidad.

Las mujeres casadas y los maridos no guar-

daban muy estrictamente la fidelidad conyugal, y se consideraba de buen tono, como ahora diríamos, que ellas tuviesen su cortejo ó *chichisveo*, y ellos sus *marcebas*. Hasta las monjas admitían billetes amorosos y regalitos de los galanes, y platicaban con ellos en las horas de visita, aunque es de suponer que semejantes relaciones serían puramente platónicas, hallándose por medio las rejas del locutorio.

La prostitución estaba autorizada oficialmente y la profesión de *dama cortesana* no se tenía por deshonrosa, habiendo muchas de alto coturno que vivían con gran tren y ostentación y eran una verdadera potencia por sus relaciones y su influjo. Sosteníanse las públicas mancebías en comunidad, una de las cuales hallábase situada en la calle del Carmen, en el sitio donde hoy existe la iglesia, á pesar de estarse edificando el convento. En esta mancebía tuvo lugar el sacrílego atentado que refiere el P. Remón en su manuscrito *Historia de la Esclavitud del Santísimo Sacramento, fundada por el Venerable Jacobo de Grattis, el Caballero de Gracia,* y cuyo delito fué el siguiente:

Unas desgraciadas de aquel lupanar concibieron el mal pensamiento de poner por las noches en una ventana, y rodeada de luces, una imagen de la Virgen, á la que, con cierto artificio, hacían mover los brazos, como llamando la atención de los transeúntes. Semejante atentado

no podía quedar impune, á pesar de la corrupción reinante. La Inquisición tomó parte en el suceso, y hechas las averiguaciones, resultaron ser los autores dos mujerzuelas y un rufián de aquella casa, los cuales fueron condenados á muerte en garrote y á ser quemados los cadáveres, por haberse arrepentido. La sentencia se ejecutó en la explanada que había en donde hoy existe la plaza del Carmen, á la entrada de la calle de las Tres Cruces, cuyo nombre tomó por haberse colocado en ella las tres cruces que acompañaron á los reos al suplicio.

Otros dos hechos análogos ocurrieron en Madrid, y que prueban hasta qué grado habían llegado la corrupción, la ignorancia y la falta de respeto á lo divino y lo humano. Uno de estos casos, que se cita en las obras de Zabaleta, ocurrió en la calle de Barrio Nuevo, donde un procaz dueño de una mancebía tuvo la infeliz ocurrencia de colocar en el balcón otra imagen de la Virgen con una guitarra en las manos, que se movían por medio de unas cuerdas. El otro sacrilegio se verificó en la calle del *Pecado Mortal*, hoy del *Ave María,* donde casi todas las casas eran burdeles. Las mujeres de uno de ellos pusieron también en la reja de la habitación la imagen de la Virgen, vistosamente adornada, á fin de llamar la atención de los jóvenes licenciosos. Unos practicantes del *Refugio de los pobres,* ó sea el Hospital General, quitaron de allí el pro-

fanado simulacro, y le condujeron con gran reverencia á la capilla del Refugio, donde se fundó la piadosa Hermandad de *Nuestra Señora de Madrid,* que adquirió gran incremento, cuya fiesta principal se verificaba con mucha pompa el día de la Purificación, asistiendo á ella en pleno el Ayuntamiento de la villa, por voto hecho en desagravio del impío ultraje inferido á la madre del Redentor.

Volviendo ahora á ocuparnos de los agios, concusiones y reprobados manejos del Duque de Lerma, en la provisión ó, mejor dicho, comercio de los públicos destinos, únicamente diremos con referencia á noticias más ó menos auténticas, aunque todas probables, que nadie como él podía ejecutar aquellos actos á mansalva, pues que no tenía sobre sí más que el Rey que hubiera podido pedirle cuentas. Pero el Soberano tenía en su valido tan ilimitada confianza, que firmaba cuantos papeles se le ponían delante; en particular *provisiones* ó nombramientos, sin preguntar qué eran, para qué, ni para quién. El privado lo sabía demasiado y abusaba indignamente. Aquellos Reyes absolutos eran constitucionales en más alto grado que los de ahora.

La detallada relación de todos los arbitrios de que echó mano el Duque para sacar dinero sería curiosa por extremo, aunque demasiado prolija, y sólo citaremos una disposición muy criticada por los arbitristas ú hombres de nego-

cios de su época. Esta medida fué la alteración de la moneda de vellón ó de cobre, duplicando su valor de la noche á la mañana; medida sólo beneficiosa á los tenedores de grandes cantidades de dicha moneda, los cuales se apresuraron á colocarla, previendo la eventualidad de la baja, y que sin duda se mostrarían agradecidos al autor del pensamiento.

Como la ganancia era bastante grande y segura, y ocasionaba pocos dispendios, los especuladores extranjeros, especialmente holandeses, introdujeron fraudulentamente en España gran cantidad de moneda de cobre falsificada, la cual circuló sin dificultad, gracias á lo tosco é imperfecto del cuño. Aunque la vigilancia de las fronteras no fué muy activa en aquel tiempo, no es de suponer que, sin mediar connivencia, pudiese hacerse tan grande y escandaloso contrabando. Supúsose que el de Lerma había tenido su parte en el negocio, por más que los introductores estuviesen considerados como enemigos; concepto equivocado, pues para él, cuantas personas proporcionasen dinero, por cualquier vía, eran buenos y leales amigos.

Pero todo pasa en el mundo, y todo toca á su fin. Los envidiosos émulos de Lerma, que eran muchos, entre ellos su propio hijo, el Duque de Uceda, que aspiraba á sucederle en la privanza, según ya hemos expresado, se insinuaron de tal modo con el Soberano, que éste, aunque débil é

irresoluto, se determinó á separarle de los negocios, indicándole con profundo sentimiento la conveniencia de que se retirase á sus Estados á descansar de lo mucho que trabajara en la azarosa carrera de la política, tanto más cuanto que ya pasaba de la edad madura, asegurándole, no obstante, que siempre le conservaría su aprecio y estimación. El débil Monarca no podía sustraerse á la fatal influencia que el favorito ejerciera sobre él. Lerma se resignó á abandonar el Poder, ó cansado de gobernar, ó convencido de que ya no era posible ir más adelante de lo que había ido.

Abandonó, pues, sus negocios y su privanza, en la cual fué sustituído inmediatamente por su hijo, el Duque de Uceda, que tanto la había deseado. Pero éste ya llegaba tarde. El filón se había acabado á fuerza de tanto explotarle, y la mina era improductiva. Además, no poseía la habilidad ni el talento de su padre, pareciéndole sólo en la audacia y en la ambición. Su gobierno fué pasajero, estéril y de ningún resultado provechoso, ni aun para él, porque la temprana muerte de Felipe III vino á desvanecer sus esperanzas, trayendo otro nuevo Rey y otro nuevo favorito.

Antes de salir de la corte el Duque de Lerma para ir á vivir en su disfrazado destierro, llevó á cabo una extraña determinación, que dió infinito que hablar, y cuya causa y objeto no pu-

dieron llegar á comprenderse. Aprovechando la facultad que los Sumos Pontífices tenían de crear Cardenales *nepotes* ó legos, valido de sus altas y poderosas relaciones, solicitó y obtuvo un capelo cardenalicio, como ya le había obtenido también el Marqués de Bedmar, Ministro plenipotenciario y conspirador en Venecia.

Semejante determinación causó la risa de unos, el desprecio de otros y la crítica de todos. Los mismos que antes adulaban al magnate, para obtener sus favores, fueron los primeros, al verle caído, en criticarle y ofenderle, hasta con la más procaz injuria, lo cual no es de extrañar, porque siempre ha sucedido y sucederá lo mismo.

Una mañana, poco después de su promoción á la dignidad de Cardenal, apareció en uno de los postes de la Plaza Mayor, sitio acostumbrado para tales exhibiciones, un pasquín que representaba al Duque, vestido con su traje de púrpura, y colocado al pie de la horca. Por debajo se leía esta letra:

«Para no morir ahorcado,
el ladrón más afamado
se vistió de colorado.»

Desahogo pueril y mezquina venganza de que tantos ejemplos se han dado y aún continúan dándose, sin producir más efecto que demostrar

la cobardía de los autores y aumentar la importancia de los ofendidos ó criticados, porque el desprecio y el silencio es el mejor castigo que puede imponerse á los hombres públicos perversos.

CAPÍTULO XI

Una dinastía que agoniza.

Felipe IV.—El Conde-Duque de Olivares.—Decadencia de la dinastía hispano-austriaca.—Guerra de Francia.—Pérdidas y desastres.—El vencedor de Breda.—Batalla de Rocroy.—Sublevación de Portugal; su larga lucha con España y su independencia.—Separatismo de Andalucía.—República de Cataluña y protectorado de Francia.—Pérdida del Rosellón.—Massaniello y el levantamiento popular de Nápoles.—Pérdidas en el Franco-Condado.—Amenazas extranjeras á las posesiones españolas de América.—Ataque y saqueo de Nueva Granada y otras islas.—Pérdida de la Jamaica.—*Paz de los Pirineos.* Matrimonio de Luis XIV.—Sus consecuencias políticas.—El Príncipe D. Carlos.

El reinado de Felipe IV fué una fatal continuación del de su padre y una nueva serie de torpezas, desaciertos y desastres gubernamentales. Débil como Felipe III y poco aficionado á las armas y á la política, aunque dotado de algo más talento y afición á las bellas letras, abandonó la dirección de los negocios del Estado á un favorito tan inepto como presuntuoso, cuya gestión produjo los más fatales resultados.

Este favorito fué el célebre D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, el cual logró captarse de tal modo con sus adulaciones y ser-

vilismo la voluntad de su señor, que éste nada hacía más que lo que el Ministro universal le indicaba, abandonando en sus manos el grave peso del gobierno, para entregarse á las diversiones y al cultivo de las bellas letras, en las Academias que se celebraban en el ameno Real sitio del Buen Retiro, donde el Monarca pasaba una vida ociosa y divertida, cual si fuese el Jefe de una Nación rica y sosegada.

Madrid, como en el reinado anterior, continuó siendo la España. El lujo, la riqueza y el bienestar se hallaban centralizados en la Corte. Fuera de ella no había más que miseria, desolación y ruina.

En el reinado de Felipe IV empieza la lenta decadencia y agonía de la dinastía hispano-austriaca, que debe durar el dilatado espacio de setenta y nueve años (1621 á 1700). Jamás se ha visto una serie de más lamentables pérdidas y desastres que los que ofrece la historia de los dos últimos Monarcas de la mencionada dinastía.

La tenaz guerra con Francia, á pesar de los lazos de mutuo parentesco entre las familias reinantes en ambas potencias, dura casi todo el reinado de D. Felipe, sostenida directa ó indirectamente por el Ministro Cardenal Richelieu, empeñado en abatir la preponderancia de la casa de Austria, y continuada después de la muerte del gran intrigante Ministro y de su señor Luis XIII por el también Cardenal Mazarino, en la Regen-

cia de Ana de Austria, madre de Luis XIV y hermana del Rey de España. En esta guerra, las armas de D. Felipe llevan siempre la peor parte. Á vueltas de algunos estériles y cacareados triunfos, por los que la servil adulación palaciega condecora á D. Felipe con el título de *Grande,* pierde éste sus mejores tropas y sus más expertos y aguerridos Generales. Ambrosio de Spínola, Marqués de los Balbases, el vencedor de Breda, cuya heroica figura ha transmitido á la posteridad el inmortal Velázquez en su famoso cuadro de *las lanzas*, muere desgraciadamente en el campo de batalla, y el bravo y pundonoroso Pedro Enríquez Acevedo de Toledo, Conde de Fuentes, enfermo y casi paralítico, se hace conducir en una silla de manos para mandar la funesta batalla de Rocroy, donde resulta muerto al frente de sus tropas, y donde quedan destruídos los últimos restos de los aguerridos tercios españoles, que durante siglo y medio habían asombrado á la Europa; aquella brava é incomparable infantería creada por Gonzalo de Córdoba, y cuya fama se extendió por toda la Italia, por Francia y por Alemania.

La ineptitud gubernativa del Conde-Duque de Olivares, y su desacertada marcha política, todo lo complica y lo trastorna; produce la sublevación de Portugal, que se declara reino independiente y sabe, no obstante lo exiguo de su territorio y la escasez de sus recursos, sostener

por muchos años la lucha con España, hasta conseguir su autonomía y ser reconocido como tal reino por todas las potencias de Europa. Tras la emancipación de Portugal, viene el conato de separación de las provincias de Andalucía, promovido por un hermano de Doña Luisa de Guzmán, Reina de Portugal, cuyo movimiento separatista en poco estuvo que no quedara triunfante; y á dicho conato de insurrección sucede la imponente revolución de Barcelona, extendida después á toda Cataluña, que declara la guerra formalmente al Rey de Castilla, se constituye en República, se coloca luego bajo el protectorado de Francia, á cuyo Soberano ofrecen los catalanes la corona condal, encendiéndose por esta causa empeñada guerra, á la cual tiene que asistir en persona el Rey D. Felipe, haciendo cuantiosos dispendios, únicamente para ser testigo de derrotas, ruinas y calamidades, terminándose la contienda, por fin, á favor de vergonzosas concesiones y amnistías y cuando Francia, aprovechándose de los disturbios y desbarajustes de nuestra patria, se había apoderado á mansalva de las mejores y más importantes plazas del Rosellón.

Las hechuras del Conde-Duque; los hombres elegidos por éste para la gobernación de los diferentes Estados que aún restaban á España, esparcidos como á la ventura en varios puntos de Europa, debían ser dignos imitadores de su Jefe.

El mal régimen administrativo del Duque de Arcos, Gobernador de Nápoles, y sus inmoderadas exigencias respecto á la exacción de los tributos, en particular los que, pesando sobre los artículos de consumo de primera necesidad, perjudican á las clases menesterosas, produce el levantamiento popular de Nápoles, bajo la dirección del pescador Tomás Aniello (Masaniello), que se proclama tribuno de la plebe, depone al Virrey y á todas las Autoridades, persigue á los ricos é inicia lo que hoy llamaríamos la revolución social con todas sus horrorosas consecuencias; y si el terrible cataclismo no se realiza, debido es á las diferencias y rivalidades que surgen entre los mismos revolucionarios, deseoso cada cual de ser el primero en el mando. El tribuno Tomás Aniello muere asesinado por sus mismos parciales y la tranquilidad queda restablecida, aunque dejando abierto el camino para ulteriores revueltas, cuando llega el tardío socorro de España, á las órdenes del Infante Don Juan de Austria, pretencioso personaje que parodia al heroico hijo de Carlos V, al vencedor de Lepanto y de los moriscos de Granada, y con el cual no tiene más puntos de semejanza que la identidad del nombre y el ser hijo natural de un Soberano.

El rico manto que cubría la espléndida Monarquía del augusto César, empieza á ser desgarrado bajo el reinado de su biznieto, y cada

potencia europea se lleva el jirón que más le conviene. Las Provincias Unidas, ó sea la República de Holanda, ensanchan más y más su dominio, aumentan su preponderancia, y despreciando á la Nación que fué su señora, hacen caso omiso de ella; no se cuidan de renovar paces ni treguas, y sólo procuran dañarla en su industria y en su comercio, lo que consiguen fácilmente, merced al desarrollo de su Marina, con lo cual pretenden dominar sobre el líquido elemento, rivalizando con la poderosa Inglaterra. Además del Rosellón, España pierde, para nunca más recobrarlas, las importantes plazas de Casal y de Tréveris, y muchas ciudades del Franco Condado, de que Francia se apodera, casi sin disparar un tiro. Las fuerzas navales de Luis XIV se extienden hasta amenazar las posesiones españolas de América, bajo la conducta de hábiles y afortunados caudillos. Ducasse derrota una escuadra inglesa frente á la isla de Santo Domingo. Pointis y Coetlogón atacan y saquean á Nueva Granada y algunas ricas islas, y la de la Jamaica, una de las primeras descubiertas por Cristobal Colón, deja de ser patrimonio de España.

No era posible que tan continuada serie de torpezas y de pérdidas pudiera seguir mucho tiempo sin causar la total ruina de la patria. El Rey, oyendo al fin la voz de la razón y las advertencias de juiciosos consejeros, resolvióse, sa-

crificando el afecto personal que profesaba al de Olivares, á separarle del Gobierno, nombrando en su lugar á su sobrino D. Luis de Haro, cuyo acto político más importante fué el ajuste de la paz llamada *de los Pirineos.*

Veinticinco años de no interrumpida guerra habían consumido las debilitadas fuerzas de España y agotado sus escasos recursos. El Ministro D. Luis de Haro, en vista de la situación y de la marcha que llevaban los negocios y en la seguridad de perderlo todo, propuso al Gabinete francés entablar las negociaciones para la paz, que fueron admitidas, porque Francia también la juzgaba conveniente.

Acordóse que las negociaciones tuviesen lugar en un sitio neutral, y al efecto, se eligió la pequeña isla de los *Faisanes,* situada en medio del río Bidasoa, límite de ambas Naciones. En ella se construyó un pabellón con dos entradas, para España y para Francia, y allí conferenciaron por espacio de muchos días los dos Ministros, Haro y Mazarino, viniendo, por fin, á un acuerdo satisfactorio, que fué aprobado y ratificado por los Soberanos de ambos países.

La solemne aceptación de la paz tuvo lugar el día 7 de Noviembre de 1659. Mazarino, con su hábil sutileza italiana, supo sacar gran partido de la apurada situación en que la España se encontraba. Nuestra patria cedía á Francia todas las plazas que había ocupado en el Rosellón, la

Cerdeña, el Artois, una gran parte de Flandes, el Hainaut y el Luxemburgo. El Príncipe de Condé, que se había revelado contra Francia, durante las guerras civiles, trabajando en servicio de España, recibía como recompensa del Rey D. Felipe un millón, y era, además, á instancias de este Soberano, indultado de su defección, y restablecido en su dignidad de Príncipe de la sangre, con todos sus títulos y sus honores.

Como complemento del tratado de los Pirineos, y como una segura y duradera prenda de amistad, se estipulaba el matrimonio de Luis XIV con la Infanta María Teresa, hija de Felipe IV. La víctima propiciatoria ofrecida en las aras de esta paz, fué una Princesa que no se distinguía por su talento ni su hermosura, aunque dotada de una extrema bondad, y que fué entregada á un Rey joven, disipado, libertino y hasta incestuoso, cuyas galantes y múltiples aventuras amargaron la existencia de la joven Reina, reducida á representar un exiguo y desairado papel en la brillante corte, pospuesta siempre á cortesanas de todo género, pues el veleidoso Monarca se prendaba de cuantas mujeres veía, sin excluir á su cuñada, la bella Enriqueta de Inglaterra, esposa del Duque de Orleans.

El casamiento tuvo lugar por poderes en Madrid en el año siguiente de 1660, y la Infanta, acompañada de su padre y todo lo más lucido y selecto de la corte española, fué conducida con

gran pompa y ostentación para verificar su entrega, á la isla de *los Faisanes,* apellidada *isla de las Conferencias,* donde se hallaban ya los altos dignatarios de la corte francesa para recibirla y conducirla á París.

La entrega se hizo con toda la solemnidad acostumbrada en tales casos y con lucidos festejos. Refiérese á propósito de esto un curioso episodio, y fué, que deseoso el joven Rey Luis XIV de conocer personalmente á su esposa antes de que le fuera presentada, puesto que sólo la había visto en retrato, se dirigió de incógnito al lugar de la entrega. El Rey de España tampoco conocía personalmente á su yerno y sobrino; pero fijándose en su gallardo continente y gentil apostura, ó tal vez por cierto aire de familia, le reconoció al punto, recibiéndole con todo el cariño y distinción que por su clase merecía.

Este casamiento, hábilmente propuesto por el astuto Mazarino, y aceptado con bastante torpeza por el Ministro español, venía á consumar el gran proyecto de Richelieu; esto es, el completo abatimiento de la casa de Austria, separando para siempre la rama española de la alemana. La Infanta renunciaba á la herencia paterna y á todos sus derechos eventuales á la corona de España, á condición de que se la entregara en dote y en beneficio del Real Erario francés la enorme suma de 500.000 escudos de oro, satisfechos de una vez y en un plazo determinado. Por

esta cláusula, que el plenipotenciario Haro aceptó sin dudas ni reflexiones, Mazarino se lisonjeaba de crear en favor de Francia derechos á la sucesión de la corona de España. El astuto Ministro conocía harto bien el lamentable estado financiero de la Hacienda española y la casi absoluta imposibilidad en que se encontraba de cumplir su compromiso, y alentaba sus esperanzas la circunstancia de que el Rey D. Felipe no tenía sucesión varonil de su segundo matrimonio, y en el caso de su muerte quedaba vacante el trono, hereditario en las hembras, según las leyes de Partida, vigentes en nuestra patria.

Efectivamente; el dote no fué pagado, y por este hecho, que implicaba una falta en el contrato, quedaron subsistentes los derechos de la Infanta, los cuales se hicieron valer en su día.

Sin embargo, por el pronto todo quedó *in statu quo* y una risueña esperanza vino á reanimar el decaído ánimo de Felipe IV con el nacimiento del Príncipe D. Carlos, habido en 1661 en su segunda esposa Doña Mariana de Austria. Desgraciadamente, el regio vástago venía al mundo en poco halagüeñas condiciones. Hijo de un padre que tocaba ya en los límites de la edad madura, trabajado por los disgustos y enfermo á consecuencia de la poco arreglada conducta observada en su juventud, el augusto heredero de la brillante monarquía de Carlos V nació débil y enfermizo, y continuó lo mismo durante su

corta existencia, llevando desde sus primeros años grabado en su semblante, como se advierte en sus retratos, ese sello de estúpida tristeza que revela la debilidad del cuerpo y la impotencia del alma.

Felipe IV murió el día 17 de Septiembre de 1665, dejando por heredero de su casi destruída corona al mencionado Carlos, segundo de este nombre, bajo la regencia de su madre.

CAPÍTULO XII

Un país que se disuelve.

Carlos II.—El P. Nithard y Valenzuela.—El Infante D. Juan de Austria.—Su vida, sus hechos.—Dinero de América.—Emigración á las Indias.—Miseria.—La sopa de los conventos.—La *guardia chamberga*.—Penuria y ostentación.—Reclamación de Francia.—Pérdida de la Flandes española.—Total pérdida del Franco-Condado.—Rompimiento entre el Infante D. Juan y la Reina.—Humillación de ésta.—Marcha del P. Nithard y fuga de Valenzuela.—Proclamación de Carlos II.—Su vida y sus costumbres.—Los dos hermanos.—Nuevas guerras.—Bodas de Carlos II.—Muerte de las dos Reinas.—Segundo matrimonio de D. Carlos.—El partido austriaco.—Insultos públicos al Rey.—El Rey hechizado.—El partido francés.—Motín popular.—Testamento de Carlos II.

El reinado de Carlos II es la última etapa histórica de la dinastía austriaca en España, y á no ser por las transcendentales ocurrencias que señalaron su fin, pudiera calificarse de un vergonzoso paréntesis la historia nacional.

Aunque Felipe IV nombraba en su testamento un Consejo formado de personas al parecer idóneas y competentes para auxiliar á la Regente, ésta, joven aún y bastante hermosa, desconocedora por completo del carácter, costumbres y hasta del lenguaje de los españoles, prescindió casi por completo de dicho Consejo,

consultándole sólo algunas veces por mera fórmula, y confiando los negocios de la gobernación del Reino á sus favoritos domésticos, plaga fatal de los reinados anteriores, y que como una funesta tradición debía continuar hasta el último momento.

Eran estos favoritos el P. Everardo Nithard, jesuíta alemán, confesor de la Reina, hombre sumamente antipático á los habitantes de Madrid, que le demostraban su desafecto cuando salía en público, con insultos y rechiflas, y D. Fernando de Valenzuela, distinguido y apuesto caballero granadino, esposo de Doña Eugenia de Uceda, la dama de honor más querida de la Reina. La chismografía popular y cortesana, en aquella época, supone que este caballero mantenía secretas é íntimas relaciones con la Soberana, y que á ellas debía su rápido encumbramiento y el elevado cargo que desempeñaba de Ministro universal.

Sea lo que fuere, Valenzuela era uno de los pocos hombres de algún valer que podían encontrarse en aquella sociedad decrépita y desmoronada. Deseoso de granjearse el afecto popular y para atenuar en lo posible la mala situación de las clases jornaleras, que carecían de trabajo, promovió varias obras de embellecimiento en la capital de la Monarquía, que dieron ocupación y pan á multitud de braceros. Poeta bastante aceptable, escribió algunas comedias que se re-

presentaban gratis á beneficio del público, así como también eran gratis las corridas de toros, que en las grandes solemnidades tenían lugar en la Plaza Mayor. Nada omitió, pues, el Ministro para popularizarse; pero todos sus actos y medidas benéficas, no eran más que paliativos para ir alargando un poco el término de la disolución del corrompido cuerpo social.

Uno de los recuerdos de Valenzuela que aún conserva nuestra villa de Madrid, es el magnífico puente de Toledo; construcción demasiado fuerte y harto impropia del mezquino río á que sirve de paso.

Frente á los antedichos favoritos se encontraba otro aspirante, no á la privanza, sino al poder absoluto; y éste era el Infante D. Juan de Austria, el hijo bastardo de Felipe IV y de la cómica la *Calderona*. La Reina le profesaba una profunda antipatía que no se cuidaba de ocultar, procurando manifestársela en cuantas ocasiones le era posible, y el Infante la pagaba con la misma moneda.

El Príncipe, que en medio de la carencia de hombres de algún valer que entonces se advertía, tenía ciertas cualidades recomendables de valor y de talento, había logrado crearse un partido entre las personas que eran bastante desafectas á la Reina madre. Retirado en la villa de Consuegra, perteneciente á la encomienda de Santiago, hacía en ella una vida

solitaria, parecida al destierro, y allí formaba y maduraba los planes que había concebido, esperando una ocasión favorable de realizarlos.

Algunas veces visitaba la Corte y el Palacio, donde era recibido con ceremoniosa frialdad por parte de la Regente; no así por la del joven Rey, que le profesaba un verdadero cariño, del cual supo aprovecharse más tarde para la realización de sus propósitos. Las relaciones entre él y la familia Real eran anómalas, extraordinarias é incomprensibles; pero los cortesanos y hasta la plebe murmuraban de ello, augurando todos un rompimiento en plazo más ó menos largo.

La situación política y económica de España era lo más lamentable que pudiera imaginarse. Aún poseía Estados esparcidos en diferentes puntos de Europa, cuyos gobernadores, más atentos á su interés propio que al general del país, no cuidaban de proporcionar recursos al Estado, el cual frecuentemente experimentaba la mayor penuria, penuria sólo remediada con tardías remesas de numerario, que casi sin cuenta ni razón se dignaban mandar los Virreyes de América, verdaderos señores de aquellos extensos y descuidados dominios. La población de la Metrópoli de la Monarquía había descendido tanto, que escasamente llegaba á seis millones y medio de almas, viéndose por todas partes pueblos desiertos y ruinosos, cuyos habitantes emigraban á las *Indias* en busca, no ya de for-

tuna, sino de una precaria subsistencia. Los campos estaban yermos é incultos, porque la agricultura había llegado á tal grado de postración, que sólo producía lo indispensable para un escaso mantenimiento. El comercio era casi nulo, y la industria, tan floreciente en otros tiempos, hallábase paralizada, habiendo dejado de funcionar las famosas fábricas de paños de Salamanca y de Segovia y las célebres de sederías de Toledo, Granada y Valencia; todo, en fin, acusaba una postración y un retroceso comparables sólo á los que experimentaron los pueblos cultos de la antigüedad cuando estaban próximos á caer en la barbarie.

Las plazas fuertes se hallaban desmanteladas y desguarnecidas, y la Marina real se componía únicamente de algunos viejos é inútiles navíos medio desarbolados, estacionados en los puertos; de unos cuantos galeones que hacían la travesía á las Indias y de las galeras donde extinguían sus condenas los criminales sentenciados al remo. En cuanto al Ejército, reducíase á unas pocas compañías diseminadas en los diferentes puntos que aún se titulaban dominios españoles, y la guarnición de Madrid constaba de dos docenas de viejos soldados inválidos, que daban la guardia al Real Alcázar, donde eran mantenidos el día que prestaban servicio, con las sobras de la cocina de la Reina; pero cuyo armamento y equipo eran tan escasos, que los soldados salien-

tes entregaban sus armas y vestidos á los entrantes; y ellos, cubiertos de miserables harapos, se iban á pedir limosna, á buscar la sopa de los conventos, ó á *capear* de noche por las calles; esto es, á desbalijar á los transeúntes descuidados que se retiraban tarde á sus casas, porque en cuanto anochecía, la seguridad pública estaba harto comprometida en Madrid.

La vista de un soldado que mereciese tal nombre, era un objeto curioso para los madrileños; así es que causó general admiración la entrada en la capital de un regimiento de caballería mandado por el Príncipe de Hesse Dartamd, y fué considerada como una verdadera novedad la creación de un cuerpo de infantería, formado para la seguridad de la Regente, y que se denominó *Guardia de la Reina,* vulgarmente *guardia chamberga,* por estar uniformados sus soldados á la francesa, por el estilo de los que mandaba el Mariscal Conde de Schomberg.

En las poblaciones más notables se advertia alguna mayor animación y movimiento, peculiares de los puntos en que reside mucha gente. Pero, así en Madrid como en otras poblaciones importantes, no se podía dar un paso sin verse asaltado el transeúnte por una nube de mendigos importunos y asquerosos, que imploraban la caridad pública para vivir en la holganza, en la crápula y en el vicio, pues es de advertir que la mendicidad, esa lepra social, ha sido una enfer-

medad endémica en España, donde no se ha extinguido ni se podrá extinguir nunca, por muchos y grandes esfuerzos que se hagan, pues, amparada indiscretamente la falsa pobreza por la caridad cristiana, se califican de medidas tiránicas y arbitrarias las disposiciones que tienden á hacer cambiar de vida á los vagos y haraganes.

Lo que sí abundaba en España en la época á que nos referimos, eran los conventos de diferentes Ordenes religiosas, especialmente de hombres. El clero regular poseía casi la tercera parte de la propiedad territorial de España, cuyos bienes aseguraban á los individuos afiliados á dichas Ordenes segura y cómoda subsistencia. En honor de la verdad y la justicia, debemos consignar que los monacales no malgastaban sus rentas en objetos de vano lujo ni ostentación, ni viajes al extranjero, como hoy hacen los que los han sustituído en la posesión de sus haciendas. Los frailes eran productores y consumidores á la vez y todo cuanto producían se quedaba en el país, resultando siempre un notable remanente, que se empleaba en sostener un ejército de pordioseros, con la famosa sopa de los conventos, ó sea la proverbial *sopa boba* de España, sostén de la vagancia y fomento de la holgazanería.

La Nación de entonces puede decirse que era un pueblo de frailes y de mendigos, compuesto de los que no querían trabajar y de los que no

encontraban ocupación lucrativa en qué emplearse. En el convento cabían todos, así legos como instruídos, porque en el claustro todos podían hacer alguna cosa, según sus facultades y conocimientos, á cambio de la manutención y del vestido. Pero de esta multitud de hombres que se hacían religiosos sin fe y sin vocación, y únicamente por asegurarse la subsistencia, resultaba un clero fanático é ignorante, que hacía poco honor á los institutos á que pertenecían.

Y de aquí la carencia de varones ilustres en el orden religioso, que se nota en el reinado de Carlos II, donde apenas hay un nombre que merezca citarse con elogio. Habían desaparecido, sin dejar sucesores dignos, los Luises de León y de Granada; los Malon de Chaide, los Pedro de Alcántara, los PP. Gabriel Téllez, Simón de Rojas y Yepes; los Ignacio de Loyola, Lainez, Ripalda, Hoyos, Puente, Rivadeneyra, Nieremberg y demás lumbreras de la Compañía de Jesús. El *culteranismo,* ó sea el lenguaje anfibológico, obscuro é incomprensible que corrompió la poesía en los últimos años del reinado de Felipe IV, se había introducido también en la oratoria sagrada, y oíanse en los púlpitos ampulosos sermones que nadie comprendía y de los que hacían mofa las personas que poseían un criterio regular.

Y el fanatismo del clero, pasando del claustro al siglo, invadía hasta las más elevadas es-

feras, y promovía medidas absurdas y prohibiciones ridículas, bajo el pretexto del mayor brillo y gloria de la Religión. Una prueba de esto es la Real orden dictada por la Regente, prohibiendo la representación de las comedias, excepto la de los *Autos Sacramentales*, que se representaban públicamente el día de *Corpus Christi,* en las plazas de Madrid, en teatros ambulantes montados sobre grandes carros. Decíase en la orden de prohibición «que se suspendía la representación de todo género de comedias hasta que el Rey llegase á su mayor edad y pudiese juzgar por sí mismo las ventajas ó inconvenientes de permitirlas de nuevo». Otra prueba de la falta de ilustración que empezaba á notarse en todo, es la suspensión de la *Gaceta de Madrid,* órgano oficial del Gobierno, suspensión que tuvo lugar en el año 1681, desapareciendo este primer ensayo del periodismo en España, y que veía la luz desde el reinado de Felipe IV, desapareciendo, decimos, precisamente cuando toda Europa entraba en la vía del progreso y los adelantos, y cuando Italia, Inglaterra, Francia y Holanda poseían sus publicaciones periódicas, siendo digna de notar la *Gaceta de Hamburgo* por las muchas noticias que insertaba de todas partes del mundo conocido, con la prontitud que permitía el atrasado servicio de correos y la dificultad de las comunicaciones.

La corte, en medio de la penuria y general

postración, aún se presentaba lucida y ostentosa, porque no había dejado de poseer los ricos tronos y valiosas joyas que constituían el inalienable patrimonio de los Reyes, y, algunas veces, como ya hemos dicho, venían las flotas de las Indias, con la parte correspondiente á la Real Hacienda. Pero en las ocasiones de apuro, que no faltaban, echábase mano de recursos no olvidados. Una de las cosas que habían sobrevivido de los anteriores reinados era la desmoralización administrativa, con sus inseparables adláteres la corrupción y la venalidad. Pero ahora no eran los Ministros los que negociaban con los destinos; era la misma Reina por medio de sus intermediarios. La venta de los cargos públicos no era un misterio para nadie, y la sátira y la maledicencia se hacían ecos de esta inmoralidad. Aludiendo al agiotaje y á la conducta algo liviana atribuída, con razón ó sin ella, á la Reina, apareció una mañana en el sitio de costumbre un vergonzoso é insultante pasquín. Representaba á la Regente, que con una mano señalaba cierta parte de su cuerpo y con la otra togas, mitras, espadas y otros atributos de los públicos destinos, y debajo se leían las siguientes frases: *Esto se da; esto se vende.*

Era de esperar, atendidas las relaciones de amistad y parentesco que reinaban entre España y Francia, que no surgiese ningún conflicto ni complicación. Pero no fué así. El año 1667,

poco después de la muerte de Felipe IV, sorprendió al Gobierno español la inesperada pretensión del Rey de Francia, que reclamaba la entrega de los Países Bajos españoles, como pertenecientes á su esposa María Teresa, en virtud del *derecho de devolución.*

Este derecho era un principio jurídico, vigente en Francia y en otras Naciones, en virtud del cual los bienes inmuebles aportados al matrimonio por cualquiera de los cónyuges, eran devueltos á los hijos si, fallecido el padre ó la madre, pasaban á segundas nupcias, y atribuíase este derecho á la Infanta María Teresa, como nacida de un primer matrimonio. El Gabinete de Madrid objetaba que una ley civil, concerniente á simples particulares, no podía ser aplicada en el orden político á la transmisión de Estados, y que, además, la Infanta había hecho renuncia á todos sus derechos á la herencia paternal. Pero Luis XIV respondía que los Países Bajos eran un patrimonio particular de los Reyes de España y no una posesión de la Corona; que María Teresa era menor de edad cuando había hecho la renuncia, y que por esto, y por no haber sido pagado definitivamente su dote, estaba libre de todo compromiso.

Pero lo que más fuerza daba á los argumentos forenses aducidos por el Monarca francés era su magnífico Ejército, pronto á entrar en campaña y mandado por generales como Turena

y Condé. Después de algunas contestaciones y conferencias infructuosas, Luis XIV resolvió ventilar la cuestión por medio de las armas, y poniéndose al frente de sus tropas como General en Jefe, llevando á sus órdenes á los anteriores caudillos y Créqui, Vauban y Louvois, invadió la Flandes española, apoderándose de todas sus plazas en menos de dos meses. Después, en medio de un invierno riguroso y acompañado de Condé, Gobernador de Borgoña, logró ser dueño del Franco-Condado en sólo diez y siete días. La resistencia que hizo á las tropas francesas el Gobernador de este punto fué tan débil, ó mejor dicho, tan descuidada, que el Gobierno español le reprendió con gran acritud en una comunicación donde se leía la siguiente frase:

«*El Rey de Francia debía haber mandado sus lacayos á tomar posesión de ese país, mejor que haber ido él en persona.*»

La enemistad entre la Reina y el Infante D. Juan era cada vez más marcada, al paso que más crecía el valimiento del P. Nithard y Valenzuela. D. Juan de Austria se determinó, por fin, á declararse abiertamente, y al efecto, escribió á la Regente desde su retiro de Consuegra, exigiéndole la destitución y destierro de los dos favoritos. Doña Mariana, herida en su dignidad de Reina y de mujer, le contestó en términos poco comedidos, que irritaron al Infante y le determinaron á obrar. Dirigióse á Madrid en son

de guerra, al frente de algunos caballos, que aunque en corto número, eran los suficientes para intimidar á una población que no contaba con la más mínima defensa. Seguro de que tenía á favor suyo la fuerza, y para más humillar á su enemiga, no quiso entrar en la capital, y se detuvo en el inmediato pueblo de Torrejón de Ardoz, desde donde escribió á la Reina que si en el término de veinticuatro horas no iba en persona á conferenciar con él, entraría en Madrid por fuerza, y mandaría arrojar al P. Nithard y á Valenzuela desde las ventanas de Palacio.

La Regente, intimidada, cedió á la necesidad y acudió al lugar de la cita. Para mayor humillación, el Infante la recibió á campo raso, montado á caballo y en medio de sus Oficiales. La conferencia duró bastante tiempo y es de suponer que en ella no faltarían quejas y recriminaciones. Pero el resultado fué acceder á lo que D. Juan exigía, resolviéndose la Reina, con harto dolor de su corazón, á desprenderse de los consejeros á quienes tanto estimaba. Esta entrevista aumentó en muchos grados el odio que al Infante profesaba Doña Mariana, que se volvió á Madrid devorando con rabia su humillación y su vergüenza.

La Reina hizo saber á sus privados el acuerdo tomado, y ellos se dispusieron á obedecer. El P. Nithard, investido con el título de enviado extraordinario á Alemania para disimular su des-

tierro, abandonó á Madrid al otro día de la entrevista del Infante y de la Reina. Ya hemos dicho que el Jesuíta era poco simpático á los madrileños y él lo conocía harto bien; pero en su marcha quiso darse aires de víctima y partió de la corte á pie hasta el sitio donde le esperaba el carruaje de camino. Iba acompañado de solos dos familiares, llevando en la mano su cruz y su breviario. Al atravesar por medio de los grupos que le contemplaban con curiosidad, les decía con hulmilde y meliflua voz:—*Ya me voy, hijos míos; ya me voy, y ya no tendréis más motivos de quejas ni sobresaltos.* El veleidoso pueblo, que con tanta facilidad cambia de opiniones, impresionándose de las exterioridades, llegó á conmoverse y le saludaba con respeto. Las mujeres se postraban de rodillas á su paso; besaban su cruz y sus hábitos y le presentaban sus hijos para que los bendijese.

Valenzuela comprendió que por su clase y por las conexiones que con la Reina le atribuían, no libraría tan bien como el P. Nithard, y determinó salir furtivamente de Madrid antes de la entrada del Infante. Resuelto á ocultarse para aguardar ocasión favorable de ponerse en camino con seguridad completa, dirigióse al Escorial, refugiándose en el Monasterio, donde tenía varios amigos.

Sus temores no eran infundados: pocas horas después de haber marchado, se presentó en su

casa un Oficial con algunos soldados, con objeto de prenderle. No faltó quien indicase la dirección que había tomado, y el Oficial marchó al Escorial en su busca; pero sólo por una casualidad logró encontrarle. Su inesperada desgracia, el consiguiente disgusto y la agitación de la marcha, produjeron á Valenzuela una violenta calentura y fué preciso hacerle una sangría. El cirujano que la practicó y que no debía ser muy partidario suyo, sabiendo que le buscaban, indicó el paraje donde se hallaba escondido. Á pesar de las protestas del Prior y de los religiosos, el Monasterio fué allanado. Valenzuela fué sacado de su escondite, puesto en un coche y conducido á Cádiz, y desde allí á las islas Filipinas, donde permaneció desterrado hasta la muerte de Don Juan, sin que volviese á figurar más en la vida pública.

El Infante, según lo estipulado, tomó parte en la dirección de los negocios del Estado, no variando en nada la situación de la Monarquía, ni advirtiéndose mejoras con la entrada en el poder del nuevo gobernante, que particularmente cuidaba de captarse el cariño y la estimación de su hermano. Carlos II se acercaba á la mayor edad, sin que se advirtiese ningún cambio en su parte física ni intelectual. Siempre débil y enfermizo, como se había criado, el espíritu se resentía de la flaqueza del cuerpo, y demostraba un carácter tímido é irresoluto, y

una total carencia de fuerza de voluntad, dejándose dominar de cualquiera que se le acercaba, y siguiendo la inspiración ajena, más que la suya propia, que acaso nunca acertaba á formular, educado en las prácticas religiosas bastante exageradamente, su piedad rayaba en el fanatismo, y sus ideas en Religión llegaban á tocar en lo absurdo.

Hacía una vida sumamente modesta y retirada, y sus únicos goces eran asistir á las funciones de Iglesia, que se celebraban con la mayor suntuosidad, y á algunas partidas de caza mayor, á que era muy aficionado, y que tenían lugar en los entonces espesos bosques del Pardo.

Cumplió el Rey los catorce años y fué declarado mayor de edad y solemnemente proclamado con grandes festejos, aunque con poco entusiasmo, porque nadie esperaba nada bueno de la nueva situación. La mayoría del Rey era el momento aguardado por D. Juan para realizar sus proyectos. Valido del ascendiente y del cariño que había logrado inspirar á su hermano, una noche, con el mayor sigilo, le sacó del palacio del Buen Retiro, donde la corte se encontraba, y se le llevó al Real Alcázar. Á la mañana siguiente le hizo firmar una orden, en la que disponía que la Reina madre saliese de Madrid y fuese á fijar su residencia en Toledo hasta nuevo aviso. Esto equivalía á un destierro formal; pero era forzoso obedecer, y así lo hizo la Reina, des-

pués de formular amargas quejas y solemnes protestas, que no produjeron resultado alguno. El objeto de D. Juan era apartar al Rey de la influencia de su madre, y ver de educarle de un modo más conveniente de lo que hasta entonces lo había sido, porque, á decir la verdad, la conducta de Doña Mariana y los ejemplos que podía dar á su hijo no eran los más á propósito para formar un hombre y un Rey. El Infante logró su objeto por el pronto, aunque concitándose más y más el odio de la viuda de su padre, le declaró una guerra á muerte y no cesó desde el destierro de intrigar en contra suya, valiéndose del partido que había logrado crearse.

Después del desastre acontecido en la corta campaña con Francia, de que antes hemos dado cuenta, y siendo aún Regente Doña Mariana, España se empeñó en otra lucha con aquella potencia, careciendo en absoluto de fuerzas y de recursos, guiada por un espíritu quijotesco ó tal vez pensando tomar la revancha de su derrota con el apoyo de otra Nación más poderosa, que había sido y aún continuaba siendo su enemiga. Corría el año 1672, cuando la Holanda, envanecida con su próspera industria y su comercio, y lo floreciente de su marina, se jactaba de imponer la ley al mundo, aspirando al dominio de los mares y alabándose de haber impuesto á Francia el tratado de Aix la Chapelle, que había obligado á Luis XIV en 1668, en virtud de las reclamacio-

nes de la *Triple Alianza* formada por Austria, Inglaterra y Suecia, alarmada con los rápidos triunfos del Monarca francés, que devolvió á España lo que había tomado en la guerra de *devolución,* aunque después de haber desmantelado las fortalezas y conservando la parte de la Flandes española, que en modo alguno quiso restituir.

La orgullosa República había adoptado por mote de sus armas las siguientes palabras: *Delante de mí se detiene el sol,* como queriendo dar á entender que había impuesto la ley al Rey de Francia, cuya divisa era un sol radiante, alumbrando el globo terrestre. El Monarca, irritado, no trató más que de castigar la soberbia de una potencia que así se atrevía á ponerse en parangón con los Reyes. *Mis padres la han educado, pero yo sabré destruirla,* decía Luis XIV, sin reflexionar que humillando ó aniquilando la Holanda, daba á la Inglaterra, natural enemiga de Francia, la seguridad de alzarse con el absoluto dominio de los mares; invadió la República con un ejército de 135.000 hombres, mandados por Turena, Condé, Luxembourg y Créqui. Vauban debía dirigir los sitios y fortificar las plazas que se tomasen. El ejército pasó el río Mosela y combatió á Maestrich, después á Wahall, y franqueando el Rhin, casi sin combatir, el Rey se encontró en pocos días á dos leguas de Amsterdam. Si hubiera marchado adelante, según Turena le aconsejaba, la conquista de la Holanda

era un hecho y la guerra quedaba terminada. Pero cediendo al parecer de Louvois, debilitó el ejército, ocupándole en guarnecer las ciudades y comprometiendo así todas las ventajas conseguidas.

Los holandeses, entre tanto, además de hallarse expuestos á todos los azares de la guerra, estaban debilitados por sus discordias intestinas. Dos partidos formaban la opinión pública. Los republicanos, á cuyo frente estaban los hermanos Vitt, inclinados á la paz, y los orangistas, ó partidarios del Príncipe de Orange, que profesaban tendencias monárquicas y estaban por la guerra. A la aproximación de los franceses, una revolución estalló en Amsterdam. Los orangistas hicieron una gran matanza en los de Vitt, y nombraron á Guillermo, que sólo contaba veintidós años, Capitán general, y después *stathouder* ó Jefe de la República. Débil y enfermizo, pero dotado de una superior energía, ideó un atrevido plan para detener la marcha del victorioso enemigo. Hizo romper los diques y abrir las esclusas de las canales, y todo el país quedó sumergido, y los franceses, sorprendidos por un enemigo con el que no habían contado y al que no era posible combatir, se vieron obligados á retroceder, repasando el Rhin y abandonando todas sus conquistas.

Guillermo salvó por esta vez su patria y ganó tiempo para hacer sus preparativos de de-

fensa. Mientras el Rey de Francia se reponía de los desastres experimentados en aquella guerra, emprendida con tanta ligereza como seguridad de un fácil triunfo, y se disponía á continuarla, el *stathouder,* en el espacio que medió desde 1673 al 78, sólo procuró concitar á Luis XIV enemigos que pudieran entretenerle y perjudicarle. Por medio de negociaciones prontas y secretas logró formar la *Grande Alianza de La Haya* entre el Emperador de Austria, España, Holanda, Dinamarca, algunos Príncipes alemanes y el Duque de Lorena. Inglaterra permaneció neutral y Francia no conservó más aliados que la Suecia; pero Luis XIV, á pesar de todo esto, prosiguió la lucha con varios resultados, que no nos detendremos á referir, porque no cumplen á nuestro propósito ni á nuestra historia.

España entró en esta coalición creyendo que su aliada Holanda, á causa de su proximidad, podría garantir la seguridad de lo poco que aún poseía en sus mermados dominios de Flandes. Pero ni tenía una parte activa en la guerra, ni consiguió ventaja alguna, y sí únicamente hacer gastos inútiles y desempeñar el desairado papel que siempre ha desempeñado, cuando ha concurrido, en unión de otras Naciones, á empresas de alguna importancia. Los coaligados acabaron por hacer caso omiso de su participación, y quedó anulada por sí propia.

Volvamos ahora á los asuntos de España.

El Infante D. Juan tenía algunas condiciones de gobernante y tal cual destello de genio; pero no le fué posible realizar los propósitos de mejora que meditaba, porque tenía que luchar con la escasez de recursos, con las preocupaciones de la época y con la sorda guerra y subterránea oposición que le hacían sus adversarios. Comprendiendo el triste papel que hacía España en la *Grande Alianza de La Haya,* procuró descartarse de ella, é hizo á Francia proposiciones de paz que fueron admitidas y firmado el tratado, aunque cediendo España el Franco-Condado y algunas ciudades.

El hado fatal que había presidido á los reinados de los Felipes III y IV no se cansaba de perseguir á nuestra patria, y D. Juan, á pesar de sus buenos deseos, no pudo sujetar á la fortuna. Dolíale sobremanera el estado del débil Monarca, que cada vez daba menos indicios de poder gobernar por sí solo, y que, para colmo de males, presentaba los síntomas de la terrible enfermedad de la hipocondría, que le dominó hasta los últimos momentos de su vida. Una de las condiciones del tratado de paz con Francia era el casamiento de Carlos II con la Infanta María Luisa, hija del Duque de Orleans y sobrina de Luis XIV. Este casamiento disgustó á los españoles, que generalmente odiaban á los franceses, é hizo perder al Infante el amor y simpatías que había inspirado al pueblo. Esto, unido á las in-

trigas de la Reina madre, que nunca le perdonó los desaires recibidos, y á las contrariedades que sufría por parte de los ambiciosos, ansiosos de suplantarle, le acarrearon tantos disgustos y pesadumbres, que enfermó gravemente y murió el día 17 de Septiembre de 1679, hallándose aún en edad regular y con esperanzas de poder vivir algunos años.

Díjose que la causa de su muerte habían sido unas cuartanas malignas; pero el rumor público la dió otro motivo, suponiendo no había fallecido de muerte natural. Este es uno de los muchos misterios que encierra la historia, y que son de difícil aclaración.

Colocándose en el terreno de las suposiciones, hay que tener en cuenta el odio mortal que al Infante profesaban la Reina y el P. Nithard, y que los Jesuítas, entre los cuales hubo un Borgia, poseían el secreto de la terrible *agua toffana*.

El Rey, queriendo honrar la memoria de su hermano natural, á quien profesaba verdadero afecto, le mandó conducir al panteón de El Escorial con toda la pompa y ceremonial acostumbrados en los funerales de las Regias personas.

Apenas se hubo verificado el entierro del Infante, la Reina madre regresó á la corte, levantándose ella misma el retraimiento en que vivía. Su hijo la recibió cariñosamente y dejó, como inmediata consecuencia de su débil carácter,

que volviese á ejercer sobre él el ascendiente que antes había tenido. Por causas aún ignoradas, Doña María no volvió á residir en el Real Alcázar, y se instaló en el palacio de los Duques de Uceda, sito en la calle Mayor, casa llamada vulgarmente de *los Consejos,* donde residió hasta su muerte, si bien presentándose en compañía de su hijo en todos los actos públicos y solemnes ceremonias.

La joven Reina María Luisa, ya casada por poderes en París, llegó á Madrid en los primeros meses del año 1680, y fué á residir en el sitio del Buen Retiro, donde permaneció hasta el día señalado para hacer su entrada solemne en la capital. La juventud y hermosura de la Princesa cautivaron desde luego á su esposo, que quedó satisfecho de su elección, sin sospechar que aquella felicidad, la única tal vez que había disfrutado en su vida, debía durar muy poco.

La entrada pública de la Reina fué un acto solemnísimo y lucido, no obstante la penuria de los tiempos y lo empobrecido que el Real Erario se encontraba. El Ayuntamiento de Madrid y la Nobleza hicieron grandes gastos en los lucidos festejos que se celebraron con tan fausto motivo. Prolijo fuera enumerar y describir los arcos de triunfo, decorado de fuentes, estatuas y atributos que se levantaron desde la regia habitación del prado de San Jerónimo hasta el Palacio de los Soberanos; las iluminaciones nocturnas, el

lucido séquito que llevó la hermosa Princesa en su triunfal carrera y las fiestas de toros, sortija, justas y comparsas que la aristocracia celebró en su obsequio. El curioso que desee enterarse de ello puede ver las *Gacetas de Madrid* de aquel año donde minuciosamente se detalla todo; y si esto no le fuese fácil por la dificultad que hoy existe para encontrarlas, hallará un minucioso extracto en el número extraordinario del periódico *El Estandarte,* publicado en el mes de Mayo de 1881, con motivo de las fiestas del Centenario de D. Pedro Calderón de la Barca.

El pueblo madrileño acogió á su Soberana con vivas aclamaciones y grandes muestras de júbilo. Las más importantes capitales de provincias se asociaron á la general alegría, celebrando suntuosos festejos, cuya descripción ocupa varios suplementos de las mencionadas *Gacetas,* y á ellos remitimos á los aficionados á noticias curiosas.

Lo que sí no omitiremos, porque juzgamos agradará á nuestros lectores, y porque no hay un caso semejante en los modernos tiempos donde tantos esfuerzos de imaginación y de buen gusto dicen que se hacen tratándose de públicos festejos, es una parte de los que tuvieron lugar en la entrada de María Luisa. En la embocadura de la calle de Esparteros, junto á lo que fué convento de San Felipe el Real y frente á la casa del Conde de Oñate, se construyó un teatro, en

el que se representó una *Loa* alegórica al casamiento, que el Rey y su madre presenciaron desde los balcones de la mencionada casa, poco antes de pasar la comitiva de la regia desposada, cuyo desfile vieron después los dos Reyes; pues es de advertir que, según el ceremonial regio de la época, el esposo no debía ir en compañía de su esposa. Apenas hubo pasado ésta, Don Carlos y su madre, saliendo por una puerta trasera, tomaron el coche y partieron apresuradamente por la calle del Arenal para adelantarse á la comitiva, á la iglesia de Santa María, donde ya aguardaba el alto clero, y donde el Rey debía recibir á su esposa y ratificar el casamiento, pasando después reunidos al Real Palacio.

El tétrico Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición también quiso solemnizar á su modo el advenimiento de la joven Soberana, y dispuso al efecto un *Auto general de fe,* idea que fué acogida con entusiasmo por Carlos II, á causa de lo bien que armonizaba con sus sentimientos religiosos, ó fanáticos, mejor dicho. El terrible espectáculo tuvo lugar en la Plaza Mayor, donde en pocos días se habían levantado gradas, tendidos y el trono regio en los balcones de la Casa Panadería, como si se tratase de una corrida de toros, el día 29 de Junio, con asistencia del alto clero, Comunidades religiosas, Consejos, Tribunales, Ayuntamientos, Grandes de España y todo el pueblo que pudo tomar asiento. El acto

duró desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, y el cronista de aquel terrible suceso hace notar, como un gran mérito y prueba de religiosidad, que los Reyes no se movieron en todo el día de sus asientos, ni aun para comer, limitándose á tomar algunos refrescos.

Triste impresión debió causar á la joven Reina presenciar aquel espectáculo, del cual no podía formarse la más remota idea. La solemnidad de la Misa y demás actos religiosos que tuvieron lugar; la vista de los reos que por su orden iban ocupando una especie de jaula en un tablado puesto en medio de la plaza, en donde oían la lectura de sus causas y sentencias; las toscas estatuas de cuantos habían fallecido en la cárcel, estatuas que sostenían en sus manos unas cajas conteniendo los huesos de los reos que representaban, huesos que debían ser entregados á las llamas, y el terrible sermón predicado por un fraile dominico, en el que increpaba con dureza á todos los condenados á la hoguera, en vez de dirigirles frases de consuelo y esperanza; todo era lo más á propósito para contristar el corazón de una mujer joven y hermosa, donde por lo regular se anidan los bellos sentimientos de la compasión y la ternura.

Y gracias que no tuvo que presenciar el horrible espectáculo de la ejecución de las sentencias, porque afortunadamente el *quemadero* estaba situado en las afueras de la población.

La reseña de esta espantosa fiesta fué escrita y publicada por José del Olmo, Familiar y Alguacil del Santo Oficio. El libro llegó á hacerse bastante raro, y ni aun se encontraba en la Biblioteca Nacional, hasta que este establecimiento adquirió la librería del difunto distinguido literato D. Agustín Durán, que poseía un ejemplar, del que se publicó un detallado extracto en 1881 en el antes citado periódico *El Estandarte*.

La belleza y excelentes prendas de María Luisa habían cautivado, como ya hemos dicho, de tal modo el ánimo de su esposo, que llegó á causar celos á la Reina madre, jefe del partido austriaco, temiendo que la influencia de la joven soberana fuese favorable á Francia, en el caso probable de que D. Carlos muriese sin sucesión, pues Luis XIV no disimulaba el intento de hacer valer los derechos de que se creía asistido para pretender la corona de España, si llegaba el mencionado caso. Suegra y nuera, pues, se miraban con instintiva prevención, y la armonía no era la que debía reinar en una familia bien avenida.

Circuló de pronto la voz de que la Reina se hallaba en cinta, y esta noticia colmó de gozo á los españoles, que esperaban cesasen las intrigas y las aventuradas esperanzas de los extranjeros con el nacimiento de un Príncipe. El regocijo fué general en Madrid y se expresó de varios modos

con músicas, luminarias y poesías populares. Apropósito de esto, y como una curiosidad, citaremos la siguiente redondilla, no por su mérito literario, que no tiene ninguno, sino por la intención que encierra, muy de oportunidad entonces, y por el extraño juego de palabras que usó su autor, en armonía con el lenguaje culteránico y enrevesado que dominaba entre los copleros. Decía así:

«Parid, bella flor de lis:
que en situación tan extraña,
si *París, París* á España;
si no *París,* á *París.*»

Desgraciadamente no llegaron á realizarse las halagüeñas esperanzas, trocándose en luto y amargura, pues María Luisa falleció cuando estaba llena de juventud y de salud, corriendo también siniestros rumores acerca de la causa de su fallecimiento.

La Reina madre falleció casi al mismo tiempo y Carlos II se quedó solo, entregado al arbitrio de su confesor y de sus favoritos.

Por consejo de éstos, y deseando tener sucesión, aunque su debilidad y postración, cada vez mayores, alejaban las probabilidades, contrajo segundas nupcias con la Princesa María Ana de Neobrirg, hija del Elector Palatino.

Esta Princesa, muy joven aún y bastante hermosa, sinceramente adherida por su natura-

leza y aficiones á los intereses del Imperio, vino á robustecer y reanimar las esperanzas del partido austriaco, del que formaban parte, entre otros varios grandes de España, el Almirante de Castilla y el Conde de Oropesa, favoritos del Rey, de cuya plaga no supo librarse, así como su padre y su abuelo, los cuales tenían frente de sí, como adictos y afiliados al partido francés y tal vez ganados con dádivas y esperanzas, al Cardenal Portocarrero, hombre sagaz é intrigante; al Inquisidor general Fr. Tomás de Rocaberti, personaje de gran importancia, y á Don Antonio de Ubilla, Consejero de Estado, muy entendido en los manejos diplomáticos.

Todo era, pues, en la corte intrigas, cábalas y proyectos; pero nada de reformas útiles que pudieran mejorar la situación pública, que empezaba á resentirse del mal gobierno de los favoritos, empeorada por la escasez de mantenimientos que comenzaba á experimentarse á consecuencia de algunos años de malas cosechas y del abandono en que la agricultura se encontraba. El Rey estaba cada día más postrado y más incapaz para el gobierno, y se dejaba dócilmente llevar por donde querían sus favoritos.

Para colmo de desgracias, surgió una grave complicación europea. Los rápidos y continuados triunfos de Luis XIV alarmaron á las grandes potencias, que para impedir el engrandeci-

miento de Francia, formaron *la liga de Ausburgo,* en la cual entró casi toda Europa, y hasta España tomó parte imprudentemente en ella, creyendo poner á cubierto lo poco que aún poseía en Flandes é Italia. El Monarca francés no se arredró ante aquella formidable coalición, y determinó hacer frente á todos sus enemigos, sosteniendo una guerra de ocho años, en la que España, como siempre, fué la que salió perdiendo más. El Rey de Francia se apoderó de algunas plazas en Italia y Flandes y sus tropas penetraron en Cataluña. Mas á pesar de sus victorias, hizo proposiciones de paz á España, ofreciendo á Carlos restituirle todo lo que le había arrebatado. El Monarca español, aunque había tomado contra Francia un profundo rencor, impropio de su débil carácter, no pudo negarse á tan ventajosas condiciones, y separándose de la coalición, firmó la paz en 1.° de Septiembre de 1697.

La generosidad de Luis XIV tenía su fin interesado, y aspiraba á congraciarse con su cuñado, para que éste le prefiriese en la cuestión de la herencia. No habiendo indicios de que Carlos pudiese tener sucesión y aumentándose la gravedad de la hipocondría que le aquejaba, lo que hacía prever su próximo fin, Guillermo de Orange, aquel perpetuo agitador y fautor de combinaciones políticas, sometió á las grandes potencias un plan, que fué aprobado por éstas,

y que consistía en nombrar un Rey para España y sus Indias exclusivamente, y repartirse entre las Naciones convenidas los dominios españoles que estaban más próximos á cada una. El reparto no satisfizo á Austria ni á Francia, y el proyecto quedó abandonado.

Cada pretendiente se propuso trabajar por cuenta propia, empleando la cábala y la intriga, medio menos costoso y á veces más seguro que la guerra. Austria mandó á Madrid al Conde de Herrach, hábil diplomático, y Francia al Conde de Harcout, político bastante diestro, y á la mariscala de Clerambaut, mujer hermosa, muy hábil en las intrigas palaciegas, de suma discreción y de modales seductores, los cuales diplomáticos, sin perder tiempo, empezaron á poner en práctica las ideas que su genio les sugería. Carlos, que, á pesar de su carencia de voluntad, conservaba á Francia una especie de ojeriza, deseaba transmitir su herencia, por inclinación y por afectos de familia, á un Príncipe de la casa de Austria, y el partido de ésta era bastante poderoso, pues apoyado por la Reina, el Almirante de Castilla y el Conde de Oropesa, en unión de otros magnates de gran importancia, parecía que en definitiva obtendría la victoria.

El partido francés, que no se descuidaba, trató de desconceptuar en el ánimo del Rey á los individuos del Gobierno, para mejor anularlos, y supo aprovechar hábilmente las circunstancias,

presentándoles como indignos de ocupar el poder, puesto que no sabían remediar las necesidades públicas, ni garantir la tranquilidad de la población. La carestía del pan fué un pretexto hábilmente explotado. Todos los días se presentaba una multitud amotinada, pidiendo ver al Rey para exponerle sus quejas; pero jamás conseguían verle, porque el hujier que salía al balcón decía constantemente:—*S. M. no puede recibir*; *está durmiendo.—Ya ha dormido bastante*, respondían algunos, *y es hora de que despierte*.

Estos desagradables sucesos, producto de las secretas maquinaciones, no sólo desprestigiaban á los gobernantes, sino que hacían se perdiese el poco respeto que aún se guardaba al infeliz soberano. Cuando en los hermosos días de primavera, y para explayar algún tanto su afligido ánimo, salía á dar algunas vueltas por el que aún hoy día se llama *Paseo del Rey*, en las afueras de la Puerta de San Vicente, el populacho que encontraba á su paso y las descaradas lavanderas del Manzanares le insultaban con insolentes dicharachos indignos de la Majestad y sin consideración á su elevada clase y á su lamentable estado de salud.

De pronto surgió un incidente tan absurdo como escandaloso y repugnante, precisamente cuando ya alboreaba el siglo XVIII, el siglo de la moderna Filosofía, del libre examen y de la destrucción de la rancias preocupaciones. Con

referencia á unas monjas de Cangas de Tineo, que se decía estar poseídas del demonio, circuló la voz de que la postración del Rey y su incurable enfermedad provenían de que se hallaba *hechizado*. El Obispo de Oviedo y algunos notables eclesiásticos conjuraron á las monjas obsesas, y éstas, ó el demonio que las poseía, contestaron afirmativamente. Pero los espíritus malignos no fueron muy explícitos; negáronse á dar minuciosos detalles y sólo dijeron que los hechizos habían sido confeccionados con los sesos de un ahorcado, por una bruja que vivía en Madrid en la calle de Torija, y suministrados al Rey en una taza de chocolate. Respecto al autor del hecho, el diablo fué muy reservado, sin duda para no comprometerse, y sólo dió á entender muy ambiguamente que había sido la Reina madre ya difunta, y que el desaguisado tenía por objeto destruir la potencia generatriz en D. Carlos y perturbar sus facultades mentales á fin de imposibilitarle para el mando.

La extraña noticia corrió rápidamente por toda Europa, causando el efecto que es de suponer. Unos se admiraron, otros lo tomaron á risa y no faltaron inocentes que lo creyeron. El número de éstos fué muy grande en España, y particularmente en Madrid, y hasta el Rey, á impulsos de sus exageradas creencias religiosas y su fanatismo de buena fe, creyó ser verídico lo que decían. Había tenido el mal acierto de elegir por

confesor á un fraile harto ignorante, aunque se cree que vendido á Francia, llamado Fray Froilán Díaz, el cual, en vez de ilustrar el decaído ánimo de su regio penitente y deshacer el absurdo, le hizo creer en la posibilidad del maleficio, y le sujetó á varias prácticas religiosas para expeler los enemigos, tales como cargarle de rosarios, medallas y escapularios; hacerle desayunar con tazas de agua bendita y administrarle enemas con el aceite de las lámparas que alumbraban el altar de Nuestra Señora de Atocha. Estas medidas, como fácilmente se comprende, en vez de aliviar al enfermo, sólo servían para recrudecer sus padecimientos y aumentar su incurable pasión de ánimo.

No se sabe qué admirar más en este ridículo incidente: si la infamia y maldad de los que le inventaron ó la estupidez de los que le creyeron. Hasta el mismo Emperador de Austria, ó cómplice, ó demasiado crédulo, prestó asenso á la farsa, pues deseando aliviar, si era posible, á su pariente, mandó con toda diligencia á España un fraile alemán, llamado Fray Mauro Tenda, el cual tenía gracia especial para expeler los demonios de los cuerpos. El enviado de S. M. Imperial fué, como es de suponer, perfectamente recibido en la Corte, y habiendo examinado al augusto enfermo, le propuso practicar el exorcismo con todas las solemnidades del ritual, á fin de hacer que el Rey se viera libre de aquellos molestos

huéspedes. Aceptada la propuesta, la ceremonia tuvo lugar en el templo de Atocha, asistiendo gran concurrencia de alto clero, Comunidades religiosas y Grandes del Reino, pero con tal lujo y profusión de extrañas ceremonias y terribles conjuros, que el infeliz monarca se sobrecogió de espanto, cayó en tierra, atacado de un violento síncope y todos creyeron haber llegado la última hora de su infeliz existencia.

Estos sucesos, que repugnaban á la moral, á la sana razón y que desacreditaban á la misma Religión, no podían ni debían pasar desapercibidos ni dejarse en el abandono. El Tribunal de la Inquisición, donde había miembros bastante ilustrados para creer en los diablos y en los hechizos, tomó parte en el asunto y abrió una sumaria, por resultado de la cual el Padre Fray Froilán Díaz fué preso, conducido á las cárceles del Santo Oficio y encausado. Créese que el fraile lo hubiera pasado mal si no ocurriese tan pronto el cambio radical que mudó la situación de España. El nuevo Gobierno le mandó poner en libertad, lo cual hace suponer que no era extraño á las intrigas del partido francés.

Este partido, en vista de la agravación que experimentó la enfermedad del Rey y que anunciaba su próximo fin, según el parecer de los médicos, determinó dar el golpe de gracia, y al efecto, derramando el dinero entre los hombres más desalmados de los barrios bajos, produjo

un motín más serio que los habidos hasta entonces. Una chusma desenfrenada, en la que había muchos individuos con armas, recorrió las calles de la capital, pidiendo pan y la destitución del Presidente Oropesa y del Almirante de Castilla, los cuales, desde el primer momento del tumulto, procuraron ocultarse para poner en salvo sus personas. Los amotinados se dirigieron á las casas donde habitaban estos magnates, en las que no pudieron penetrar, porque los domésticos los rechazaron haciendo fuego desde los balcones. Conforme adelantaba el día, el motín iba en aumento. En vano los frailes del convento del Rosario salieron á la calle en procesión, llevando el Santísimo Sacramento descubierto para conmover á los revoltosos; en vano el Alcalde Mayor, al frente de sus alguaciles, en son de paz y llevando un Crucifijo en las manos, hacía oir palabras de orden y conciliación. Nada era capaz de aplacar aquella furiosa chusma.

La población se encontraba completamente desguarnecida de tropa, y fué preciso mandar con toda urgencia una orden á un escuadrón de caballería que se hallaba acantonado en el inmediato pueblo de Móstoles. Los revoltosos invadieron la plaza de Palacio, gritando desaforadamente hasta conseguir que el Rey se presentara en el balcón. Carlos, aterrado con aquel espectáculo y al ver la multitud compuesta de lo más repugnante y abyecto de la población, prometió

hacer justicia y acceder á los deseos de su pueblo. La llegada del escuadrón de Móstoles puso fin al conflicto, disolviendo los grupos y restableciendo la tranquilidad.

El Rey cumplió su palabra, temiendo se reprodujeran aquellas escenas que tanto le habían impresionado. El Conde de Oropesa y el Almirante fueron destituídos de sus cargos y desterrados de Madrid. Pero semejante medida en nada mejoró la situación pública. Verdad es que ésta debía cambiar muy pronto por completo.

En el mes de Octubre del año 1700, hallábase D. Carlos en tal estado de gravedad, que ya no tenía conciencia de sus actos ni casi voluntad propia. Las intrigas se renovaban con más intensidad en torno de su lecho de muerte, y los partidos ambiciosos se disponían á lanzarse sobre la regia herencia como los buitres sobre su presa. Cediendo á los informes del Consejo de Estado, á las exhortaciones del Cardenal Portocarrero y del Inquisidor Rocaberti, á quienes respetaba por su alta dignidad eclesiástica, y más que todo á la suprema decisión del Sumo Pontífice Inocencio XII, cuyo parecer se había solicitado, el día 2 del citado mes de Octubre, Carlos II ordenó su testamento y última voluntad, según quisieron dictársela. En ella, y con grave perjuicio de los derechos del Emperador Leopoldo, á quien por justicia y por tradición correspondía la Corona, nombraba heredero, sin

restricción de ninguna especie, al Príncipe francés Felipe de Borbón, Duque de Anjou y nieto de Luis XIV. El asunto se manejó con tanto sigilo y cautela, que cuando el Embajador de Austria tuvo noticia de haberse otorgado el testamento, éste se encontraba ya en París. Resentido al verse burlado en sus esperanzas, se retiró inmediatamente de Madrid para ir á dar cuenta á su señor del mal resultado de las negociaciones.

El día 1.º de Noviembre del antedicho año 1700 dejó de existir el infeliz Carlos II, acabándose con su lenta agonía, la agonía lenta y penosa también que venía sufriendo la Monarquía austriaca desde la segunda mitad del reinado de Felipe II.

CAPÍTULO XIII

El reparto de España.

Luis XIV y el nuevo Rey de España.—Cualidades de Felipe V.—España, colonia francesa.—Emigración á América.—Guerra en Italia. Portugal contra España y Francia —Los ingleses se apoderan de Gibraltar y las islas Baleares.—Guerras marítimas.—Los corsarios roban los galeones cargados de tesoros procedentes de América.—El Archiduque Carlos se proclama Rey en Barcelona.—Derrota de D. Felipe.—Los ingleses y portugueses entran en Madrid.—Célebre batalla de Almansa.—Felipe V recobra los dominios de Aragón y Valencia.—El hambre en Francia.—Solicitud de paz.—Vuelta á la guerra.

Al recibir Luis XIV el testamento del Rey de España, vaciló algún tiempo antes de darle á conocer, porque comprendía la gravedad de su aceptación y las complicaciones que de ella podían surgir. Pero, al cabo de tres días de maduras y detenidas deliberaciones con los individuos de su Consejo, y oído el parecer de graves y doctos hombres políticos, jurisconsultos y hasta teólogos, se resolvió á la aceptación, porque le asistía, según las sutilezas forenses, derecho por parte de su esposa María Teresa, hermana del difunto Rey de España, á pesar de la renuncia formal de esta señora.

Reunidos en un salón del Palacio de Versalles los altos dignatarios y Grandes del Reino,

Luis XIV les presentó su nieto, diciéndoles: «*Señores, tengo el honor de presentaros el nuevo Rey de España.*»

Una entusiasta aclamación respondió á estas palabras. El Monarca francés abrazó al joven Felipe y pronunció aquella célebre é indiscreta frase: «*Hijo mío, ya no hay Pirineos*», que la Europa recogió y que produjo lamentables resultados, porque daba á entender que Francia y España no formarían en adelante más que una sola Nación unida y homogénea, lo cual venía á desnivelar el equilibrio europeo, y las grandes potencias no podían consentirlo.

El nuevo Rey no quiso dilatar mucho la toma de posesión de su herencia. Proclamado solemnemente en Madrid, en 24 de Noviembre de 1700, se dirigió á España, siendo bien recibido y aclamado en todos los puntos del tránsito, é hizo su entrada pública en la capital el 4 de Abril de 1701, en la que fué recibido con gran entusiasmo por cuantos esperaban un porvenir halagüeño con el cambio de dinastía. Acompañaban al Rey para servirle de consejeros, tres personajes importantes, uno de ellos el Conde de Harcourt, á cuyos buenos oficios tal vez debía la Corona, y la célebre Princesa de los Ursinos, mujer sumamente hábil en la intriga, educada en la simulada y artificiosa política italiana, y que por algún tiempo hizo un importante papel en la Corte de Felipe.

Los españoles, según su inveterada costumbre de inclinarse á lo peor, y de no acertar nunca en nada, aceptaron con entusiasmo al Rey que se les presentaba. No quiere decir esto que Felipe V no estuviese adornado de prendas recomendables. Era de gallarda apostura, sumamente amable y simpático, estaba dotado de valor personal y se hallaba educado á la perfección en las ciencias por hombres como el sabio Fenelón, y en el arte militar por los ilustres mariscales que habían elevado á la mayor altura imaginable el ejército francés. Pero la aceptación de aquel Monarca traía á España una larga serie de calamidades y la tenaz guerra que la desoló por espacio de trece años.

Además, el proverbial orgullo español, que miraba con prevención á los franceses, á causa de sus antiguas guerras y constantes disputas y rivalidades, quedó bastante rebajado porque nuestra patria se convirtió en una verdadera colonia francesa, puesto que Luis XIV, desde su palacio de Versalles, era quien gobernaba á España, mandando sus instrucciones é imponiendo su voluntad al Gabinete de Madrid. En desfavorables circunstancias encontró Felipe V el Reino al tomar posesión de él. La población estaba tan mermada como anteriormente hemos dicho; la agricultura, el comercio y la industria continuaban abatidas; los pueblos no podían satisfacer las contribuciones, y los braceros emigraban

á América en busca de trabajo, al paso que las personas de alguna instrucción se dirigían á la Corte en demanda de empleos, convirtiéndose en hambrientos pretendientes. El Ejército apenas constaba de 6.000 hombres, diseminados en todos los dominios españoles, y la Marina se componía de 13 galeras. Pero el Rey de Francia, empeñado en proteger á su nieto y en levantar de su postración al Reino, suministraba tropas, armas, buques y dinero en abundancia, lo cual le constituía verdaderamente en dueño efectivo de la situación.

Con tales auxilios, y la prudente administración que iba iniciándose, era muy probable que la Nación podría reponerse pronto de los desastres anteriores. Pero la fatalidad inherente á todas las Monarquías, esto es, por la plaga indestructible de la adulación y el favoritismo, la corte del Buen Retiro era un semillero de ambiciones, intrigas y disgustos. Disputábanse el favor de los jóvenes Reyes, el confesor de Felipe, la Princesa de los Ursinos y los emisarios de la Corte de Versalles, todos deseosos de merecer su confianza, ó, mejor dicho, de gobernarlos á su arbitrio. Estas pequeñeces y miserias doméstico-palaciegas traían bastante preocupado á D. Felipe, cuando sucesos de más alta importancia vinieron á ocupar su atención y reclamar sus cuidados.

El Emperador de Austria no podía resignarse

á consentir la usurpación de derechos que juzgaba eran peculiares á su casa y familia; no quiso reconocer por Rey de España á Felipe, como ya lo habían hecho algunas potencias, y resolvió ventilar la cuestión por medio de las armas.

Al efecto, hizo sus gestiones para volver á poner en pie la antigua liga de Ausburgo, como se verificó sin dilaciones, formándola Austria, Holanda, Inglaterra y poco después Dinamarca, los Electores de Hannover y de Brandeburgo, y hasta el Duque de Saboya, una de cuyas hijas estaba casada con Felipe V, deseosos todos de detener á Francia en su triunfal carrera y de vengar sus pasadas derrotas. En la guerra que se preparaba, cada una de las Naciones coligadas llevaba su fin y su interés particular, lo cual no podía menos de ocasionar una lucha obstinada y sangrienta para los pueblos.

Las operaciones militares empezaron sin dilación en Italia, adonde el Emperador envió un grueso ejército, bajo las órdenes de un General tan valeroso y entendido como el célebre Príncipe Eugenio. Aunque Francia había quedado aislada, entregada á sus propios recursos y sin más aliados que el Elector de Baviera, el de Tréveris y Colonia, no rehusó el reto, confiada en su anterior y buena fortuna; á pesar de que el Tesoro se hallaba bastante exhausto y de que había ya perdido sus grandes Ministros y sus há-

biles Generales, envió otro ejército para oponerse á los imperiales, cuando ya iba á finalizar el año 1701.

A la primer noticia de estos sucesos, el Rey de España corrió apresuradamente á Italia, para defender aquella parte de sus dominios, asistiendo personalmente á varios hechos de armas, en los que demostró su arrojo y su valentía. La lucha se sostuvo con vario resultado, ya próspero, ya adverso, porque el único General digno de este nombre que poseía Francia, el bravo y hábil Villiers, tenía que habérselas con hombres de tal valía como el Príncipe Eugenio, el inglés Malborough y Heinsius, *gran pensionario* de Holanda, que había sucedido á Guillermo de Orange, cuando éste se apoderó del trono de Inglaterra, y que había ya muerto en la época á que nos referimos, dejando por sucesora á su cuñada la Reina Ana.

El partido austriaco que aún existía en España, y al que estaban afiliados bastantes Grandes y personas de importancia, particularmente en Aragón, Valencia y Cataluña, no dormía y trabajaba con ardor en pro de su causa. El Almirante de Castilla, que había jurado fidelidad al Rey Felipe V, faltó á su juramento y pasó á Portugal, á cuyo soberano supo inducir para que entrase en la coalición contra Francia y España. Pocos auxilios en hombres y dinero podía suministrar este pequeño Reino; pero, en cambio,

sus buenos y seguros puertos facilitaban cómodo desembarco á las tropas aliadas, que ya se dirigían á la Península.

El Almirante había pasado también á Viena y persuadido al Emperador que enviase á España á su hijo segundo el Archiduque Carlos, asegurándole que en el estado de confusión y desorden en que el país se encontraba, era muy fácil obtener el triunfo. Accedió el Emperador, y Carlos aportó á Portugal con un ejército de 12.000 ingleses y holandeses, al que se unió un cuerpo de ejército portugués. Pero al entrar en España, fué batido y derrotado por los españoles, teniendo que internarse otra vez en Portugal á esperar nuevos refuerzos.

La lucha se localizó en España, mientras continuaba en Italia y en las fronteras francesas. Felipe V volvió á España para dirigir las operaciones, y los ingleses, que habían pretendido hacer un desembarco en Barcelona, de donde fueron rechazados, se apoderaron de Gibraltar, cuya importante plaza se hallaba completamente desguarnecida y sin defensa, plaza que conservan todavía con mengua del nombre y del decoro nacional. También se apoderaron de las islas Baleares, conservándolas hasta la terminación de la guerra, en que, en virtud de los tratados, hubieron de restituirlas.

Al mismo tiempo que por tierra, hacíase por el mar una cruda guerra, desastrosa para el

comercio de las Naciones contendientes, obteniendo unas y otras tan pronto ventajas como reveses, aunque todas, en último resultado, considerables perjuicios para los particulares, ajenos á aquellas discordias de los Reyes. Ducasse derrotó á los ingleses frente á la isla de Santo Domingo; Pointis y Coëtlogon se apoderaron y saquearon á Nueva Granada, y Saint-Phal y Roquefeuille luchaban con ingleses y holandeses en el canal de la Mancha. Jorbin operaba en el Mediterráneo; mas Château Renaud sufrió una gran derrota frente á las costas de Galicia.

Pero los daños principales que producía la guerra marítima eran ocasionados por los corsarios de ambas partes. La flota francesa derrotó á los holandeses en el mar del Norte y á los ingleses en las aguas de Vélez Málaga; Aurgers se apoderó de la isla de San Cristóbal, y los corsarios de Dunkerque y de Saint-Malo hacían una guerra ruinosa al comercio de los países enemigos.

Pero los corsarios de éstos tampoco se descuidaban, y valiéndose de los muchos y buenos buques que poseían, atacaban á los galeones que regresaban de América, cargados de metales preciosos y ricas mercancías, robando inmensos tesoros. En la misma entrada del puerto de Vigo atacaron los ingleses la flota de las Indias, que conducía grandes sumas de plata acuñada para el Gobierno y los particulares. Los tripulantes

de los galeones, viendo la imposibilidad de defenderse, y que iban á ser irremisiblemente robados, barrenaron los buques, que se sumergieron en el fondo del mar, con todo lo que contenían.

Habiendo recibido el Archiduque Carlos los refuerzos que esperaba, salió de Portugal, atravesando la Andalucía, casi sin encontrar oposición, y pasó á Valencia, Aragón y Cataluña, que se declararon en favor suyo, apoderándose de Barcelona, donde fué proclamado Rey de España con el nombre de Carlos III, y donde estableció su Corte, permaneciendo en ella con tanta tranquilidad que pudo acuñar moneda con su cifra, de la que, especialmente pesetas, han circulado algunas hasta los últimos años en que se reformó nuestro sistema monetario.

Á las nuevas de estos importantes sucesos, el Rey D. Felipe, con las tropas que tenía disponibles, acudió á Cataluña y puso sitio á Barcelona; pero fué derrotado por los del Archiduque y puesto en fuga, teniendo que volver apresuradamente á Castilla, y refugiarse en Madrid, sobre cuya población marchaba un fuerte cuerpo de ejército inglés y portugués. Felipe, que no podía resistirlos, no quiso esperarlos y salió apresuradamente para Burgos con la Corte, los Consejos y Tribunales.

Los aliados entraron sin oposición en Madrid, donde también fué proclamado con gran solem-

nidad el Archiduque. Viéronse entonces en España dos Reyes y dos Gobiernos, mandando cada uno por su parte. El Rey D. Felipe se llegó á ver tan falto de recursos y con tan pocas esperanzas de lograr el triunfo, que ya pensaba volverse á Francia ó embarcarse para Méjico, á establecer allí la metrópoli de la Monarquía, cuando vino á reanimar sus esperanzas la célebre batalla de Almansa, ganada á los aliados por el Duque de Berwick, inglés perteneciente á la familia real proscrita de la Gran Bretaña, y que se había puesto al servicio del Rey D. Felipe. En esta batalla, que tuvo lugar el día 25 de Abril de 1707, se portaron bizarramente los cuerpos de *Guardias Españolas,* de reciente creación, resucitando las gloriosas tradiciones de los antiguos bravos tercios de la infantería castellana.

Semejante victoria, donde las tropas de Don Felipe hicieron muchos prisioneros, apoderándose de un inmenso botín y abundantes pertrechos de guerra, armas, cañones y caballos y las cajas de caudales de los regimientos, permitió á D. Felipe volver á recobrar la capital, donde rápidamente reorganizó su ejército, hecho lo cual, volvió á salir á campaña, conquistando palmo á palmo los reinos sublevados de Aragón y de Valencia, restableciendo en ellos su autoridad, poniendo Gobernadores fieles y guarneciendo convenientemente las plazas fuertes y puntos de alguna importancia. En castigo de su

desafección, D. Felipe les privó de sus fueros y privilegios, haciéndoles pagar grandes sumas por indemnización de gastos de guerra. Los dominios del Archiduque quedaron limitados únicamente á Cataluña.

El Rey de Francia, en el temerario empeño de proteger los derechos de su nieto y de afirmarle en el trono, había perdido sus más brillantes ejércitos, consumido enormes sumas y comprometida la situación y el porvenir del Reino, tan próspero y grande poco antes. El pueblo francés, entusiasta del *Gran Rey* que había dado nombre á su siglo y elevado á la Nación al mayor grado de cultura, siempre estaba pronto á responder á los llamamientos de su Soberano y no repugnaba los donativos, empréstitos ni el servicio personal. Pero los recursos empezaban á faltar y todos se hallaban cansados de aquella prolongada lucha, donde Francia no había obtenido más que estériles triunfos y una improductiva gloria.

El terrible invierno de 1709, que tantos estragos y miserias causó en toda Europa, puso el colmo á las desgracias de Francia, donde fuertes y continuas heladas, que imposibilitaban toda clase de trabajos, produjeron su inmediata consecuencia, que es el hambre. Emocionado Luis XIV por el triste aspecto que presentaban sus pueblos, resolvió pedir y aceptar la paz, aunque fuese á precio de los mayores sacrificios.

Pero los enemigos, orgullosos con sus triunfos, y no creyendo á Francia suficientemente humillada, exigieron que su Rey contribuyera á destronar á su nieto, colocando en el trono á su competidor. El gran Rey desechó con fiereza tan deshonrosas proposicionas y las negociaciones quedaron rotas, reanudándose la guerra. El Príncipe Eugenio y el Duque de Marlborough con 110.000 hombres y 160 cañones, se apoderaron de Tournay y vinieron sobre Mons, encontrándose con el ejército francés, compuesto de 70 cañones y 80.000 hombres, que al mando de Villars acudía al socorro de la antedicha ciudad de Mons. El encuentro tuvo lugar en las inmediaciones del pueblo de Malplaquet.

Este ejército se encontraba mal vestido y peor alimentado y en la estación más rigurosa del año; pero los soldados estaban llenos de ardor y deseando entrar en el combate. Al empezarse la acción acababa de repartírseles el pan que en dos días no habían probado; mas, para no perder tiempo, lo arrojaron al suelo y se lanzaron con impetuosidad al enemigo. Villars, gravemente herido desde el principio, quedó derrotado, aunque dejando sobre el campo más de 20.000 enemigos. En el parte que dirigió al Rey le decía: «*Señor, si Dios nos hace la gracia de concedernos otra derrota semejante, V. M. puede estar seguro de que sus enemigos quedarán destruídos.*» Esta gloriosa derrota dió, por lo menos, al-

gún respiro á Francia, porque el ejército aliado se retiró á reponerse de sus inmensas pérdidas.

No obstante los desastres sufridos por la coalición, el estado de Francia no había mejorado nada al empezar el año 1710. Luis XIV volvió á hacer nuevas proposiciones de paz, y ofreció abandonar á Felipe V á sus propios recursos, renunciar á la posesión de la Alsacia, cegar el puerto de Dunkerque y ceder á la Holanda Lille, Tournay, Maubeuge y algunas otras plazas. Pero los aliados exigían además que devolviese todo lo que había adquirido por el *Tratado de los Pirineos* y que destronase á su nieto. Á esta última proposición contestó indignado el Monarca: —*Si es precisa la guerra, mejor quiero hacérsela á mis enemigos que á mis hijos.* Las negociaciones volvieron á romperse, y el Rey hizo un sentido llamamiento á su pueblo. Francia entera respondió á la petición de su anciano Monarca. En pocos días el vacío Tesoro se llena; un nuevo ejército se recluta, y parece que el sol de Luis XIV va á brillar otra vez con su antiguo esplendor.

Entre tanto, Felipe V había experimentado dos derrotas en España. Su abuelo le envía un pequeño cuerpo auxiliar de ejército á las órdenes del Duque de Vendôme. A la llegada de este experimentado General, toda España se declara en favor de su soberano y corre á alistarse en sus banderas. Con 27.000 voluntarios Felipe V

y Vendôme van en busca del enemigo, á quien baten y ahuyentan, reportando la brillante victoria de Villaviciosa, que tuvo lugar el 10 de Diciembre de 1710, en la noche de cuyo día, Felipe V «*pudo acostarse sobre un lecho de banderas y estandartes cogidos al enemigo*». Esta victoria reanimó el espíritu público y la confianza en ambos países, haciendo concebir esperanzas de que sobrevendría una situación más próspera y desahogada. Sin embargo, la cuestión de la guerra continuaba en pie, y Felipe V no se hallaba seguro sobre su vacilante trono. Una casualidad providencial á todas luces vino á dar una solución inesperada á tantas complicaciones y á poner término á la larga y desastrosa lucha.

El Emperador Leopoldo había fallecido, dejando la corona á su primogénito José I, que también murió en la flor de su edad en 1711, legando sus Estados á su hermano Carlos, competidor de Felipe V, que salió apresuradamente de España para ir á tomar posesión de su herencia y recibir la corona imperial, abandonando su escaso ejército en Cataluña, donde había continuado sosteniéndose.

Los aliados del Austria empezaban á cansarse de tanta efusión de sangre y de tan interminable serie de campañas. Inglaterra, que había entrado en la coalición para impedir el engrandecimiento de Francia por su unión con España, comprendió que de seguir aliada al

nuevo Emperador se exponía á contribuir á la formación de otra potencia más fuerte, y á resucitar, tal vez de nuevo, la gran Monarquía de Carlos V. La caída del Ministerio inglés produjo la idea de entablar negociaciones para la paz.

En dicho Ministerio, que, por sus intereses particulares, era decidido partidario de la guerra, tenía muchos amigos el Duque de Mariborough, Generalísimo del ejército británico, los cuales le protegían y apoyaban aún más allá de los límites regulares. Pero habiéndose descubierto las dilapidaciones, concusiones, agios y hasta robos cometidos por el Duque en la administración de los fondos del ejército, ya no fué posible llevar más adelante el negocio. El Generalísimo recibía una gran subvención para los gastos de mesa de los oficiales de su Estado Mayor y jamás invitaba á comer á ninguno, y además tenía listas falsas de revista, donde constaban como existentes multitud de soldados, muertos mucho tiempo hacía, cuyos haberes cobraba, produciéndole esto muy crecidas cantidades. Semejantes hechos, y otros muchos parecidos, plenamente probados, fueron dados á luz por los trabajos de las oposiciones. La opinión pública pidió remedio y declaró contra el Ministerio, que perdió la confianza de la Corona y fué reemplazado por otro de mejores condiciones y más honrados sujetos.

El nuevo Gabinete, después de declarar que

la Inglaterra se separaba de la coalición, celebró con Francia el 8 de Octubre de 1711 la tregua de Londres, y se abrieron las conferencias para tratar de la paz general.

En este mismo año, una escuadra francesa, al mando del ilustre Duguay-Trouin, hizo sufrir á los portugueses una gran pérdida en América por la toma y saqueo de Río Janeiro en el Brasil, la más rica é importante de sus colonias.

Los aliados, no obstante la retirada de Inglaterra, continuaron la lucha, aprovechando aquellos días de tregua para reponerse de sus pérdidas y hacer nuevos preparativos. El Príncipe Eugenio, dueño ya de la mayor parte de las plazas en la frontera Norte de Francia, se presentó con un formidable ejército de 130.000 hombres y 160 cañones y puso sitio á Landrecies, cuya rendición debía abrirle la Champagna, y por consiguiente, el interior de Francia. Para asegurar el resultado de sus operaciones, y teniendo tiempo de sobra, construyó un campo atrincherado en Marchienes, protegido por una serie de reductos que comunicaban con el inmenso almacén de efectos de guerra, y de las extraordinarias cantidades de galleta, carne salada, tocino, menestra, vino y aguardiente que se necesitaban para la manutención de aquel numeroso ejército. La línea de reductos que protegía el envío y seguridad de los convoyes desde Marchienes á la ciudad sitiada, se llamaba irónicamente el

camino de París, porque tomada la plaza, era seguro llegar sin contratiempo hasta la capital del Reino. Aquella base de operaciones no contaba menos de 48 kilómetros de extensión y estaba cortada por el Escalda en Denain, punto que, por una inconcebible imprudencia del confiado Príncipe Eugenio, había quedado desguarnecido y sin defensa, no creyendo, sin duda, ser atacado por aquella parte.

Era tal la audacia de los aliados, confiaban tanto en sus fuerzas y tan seguro creían el triunfo sobre una Nación esquilmada y casi sin tropas, que, como en la última guerra franco-prusiana de 1870, pequeñas partidas de caballería ligera pasaban la frontera é invadían y merodeaban en el territorio francés, sembrando la alarma y el espanto entre las pacíficas gentes de la campiña. Llegó el caso de que los exploradores del Príncipe Eugenio se dejaron ver en las mismas puertas de Reims y de Soisons. Esto causó gran pánico en Versalles y aconsejóse al Rey que abandonase á París, refugiándose en Blois ó Chambord. Luis despreció aquellos tímidos consejos, y respondió con la noble altanería de otros tiempos, que permanecería sin moverse de su puesto de honor.

Sólo le quedaba ya un ejército y se lo confió á Villars para que abriese la campaña.—*Id,* le dijo con una voz conmovida, *donde yo no puedo ya ir. Es preciso vencer ó morir. Buscad al ene-*

migo y librad la batalla.—Señor, le contestó el bravo Mariscal, *ved que comprometéis vuestro último ejército.—No importa,* repuso el Rey; *yo no exijo que venzáis al enemigo, sino que le ataquéis. Si sois derrotados, escribídmelo á mí solo; yo montaré á caballo y pasearé por París con vuestra carta en la mano. Conozco mi pueblo; pronto me dará 100.000 hombres y moriremos ó salvaremos el Estado.*

Villars obedeció; tomó el mando del ejército y partió en busca del enemigo, aunque sin esperanzas de obtener un feliz resultado. Dicho ejército constaba no más que de 60.000 hombres, la mayor parte reclutas, y tenía muy poca artillería, pero estaba animado del más ardoroso entusiasmo por el amor de la patria. Además, la presencia de los veteranos infundía confianza y valor á los soldados bisoños.

Al llegar Villars cerca de Denain y reconocer el terreno, comprendió el descuido en que incurriera el Príncipe Eugenio, y para aprovecharse de él formó inmediatamente su plan de campaña. Fingiendo querer forzar y romper las líneas que sitiaban á Landrecies, mandó avanzar hacia esta ciudad la mitad de su ejército. Los aliados, para impedirlo, corrieron allá con todas sus fuerzas, dejando completamente libre el importante punto de Denain. Esto era lo que Villars esperaba. Haciendo un brusco y repentino cambio, fué á unirse con el resto de las tropas

que habían quedado atrás, y vadeando el Escalda, se lanzaron á la bayoneta sobre la línea de reductos del *camino de París,* tomándolos todos, á pesar del mortífero fuego de la artillería enemiga, y causando gran destrozo en los defensores de los reductos mencionados.

Formándose luego en línea de batalla, se generalizó la acción, usando los franceses las piezas de artillería cogidas á los enemigos. Éstos, sorprendidos del repentino ataque y no sabiendo el número de contrarios con quienes tenían que habérselas, se dejaron dominar del pánico, declarándose en completa fuga, perseguidos á la bayoneta por los franceses y tratando de repasar el Escalda. Pero la enorme masa de hombres que se precipitó para trasponer el puente ocasionó su rompimiento, y compañías enteras cayeron en medio de la corriente; de los demás que venían detrás, unos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y un gran número pereció ahogado por querer pasar el río á nado. El Príncipe Eugenio, que llegaba en aquel momento á la orilla opuesta, tuvo el inmenso dolor de contemplar el desastre sin poder remediarle. Los franceses, sin cesar un momento en su bélico ardor, corrieron á Marchienes, del que enseguida se apoderaron, así como de Donai y de Quesnoy con un inmenso botín. Aterrados los enemigos con aquella rápida victoria, abandonaron el territorio francés, dejando 40 batallo-

nes prisioneros, 120 banderas, 150 cañones y una inmensa cantidad de provisiones y pertrechos.

Esta gloriosa batalla tuvo lugar el día 23 de Julio de 1712, y principió á la caída de la tarde, costando á los franceses poco más de 500 hombres de pérdida. La constancia del anciano Rey, el valor de su fiel Villars y la abnegación de la Francia, salvaron al Reino de caer en el abismo á cuyo borde se hallaba.

Los enemigos, abatidos y humillados por aquel inesperado suceso, acordaron sin vacilaciones adherirse á las conferencias de Londres, y reuniéndose los plenipotenciarios de las Naciones aliadas á los de Francia en la ciudad de Utrecht, el día 11 de Abril de 1713, quedó ultimada la paz. Por ella conservaba Francia los límites garantizados por el tratado de Ryswick; Felipe V era reconocido Rey de España y de las Indias, debiendo renunciar á sus derechos eventuales á la corona de Francia; cediendo la Bélgica, el Milanesado, Nápoles y la isla de Cerdeña al Emperador; Gibraltar y Menorca á la Inglaterra, y la Sicilia al Duque de Saboya.

Luis XIV también perdía bastante. Abandonaba la causa de los Stuardos, proscriptos del trono de la Gran Bretaña, á cuya potencia cedía las posesiones americanas de Terranova, la Acadia ó Nueva Escocia, la bahía de Hudson y la isla de San Cristóbal, comprometiéndose ade-

más á cegar é inutilizar el puerto de Dunkerque. El Elector de Brandeburgo recibió el título de Rey de Prusia, y el Duque de Saboya el de Rey de Cerdeña, en recompensa de los servicios prestados á la coalición.

Aún se temió por algún tiempo que la paz no fuese un hecho consumado. El Emperador rehusó firmar el tratado de Utrecht, y creyó poder continuar solo la guerra contra España en demanda de sus derechos. Pero la reflexión y el temor de ver contra sí á toda la Europa le hizo acceder, y por el tratado de Bastadt, celebrado el año 1714 y ratificado en Basilea por los Diputados del Imperio, mantenía todos los artículos y concesiones del anterior de Utrecht. Luis XIV conservó á Landau, y por su mediación fueron devueltos sus dominios á sus fieles y desgraciados aliados los Electores de Baviera y de Colonia.

La guerra de sucesión, de España, tuvo una gran transcendencia para la Historia moderna de Europa, reformándose el mapa de esta parte del mundo por los cambios de localidad que se efectuaron. España y Francia quedaron circunscritas á los límites que hoy tienen y á sus posesiones ultramarinas. El Austria adquirió magníficos dominios, aunque la formación de los Reinos de Prusia y de Cerdeña, que no la fué posible impedir, debía un día llegar á serle funesta. El poder de Holanda fué debilitándose poco á

poco hasta quedar completamente arruinado, y la Inglaterra fué la única que sacó la mejor parte de la lucha, porque, logrando extender su influencia en todo el continente, vino á ser la reina de los mares y la señora del comercio colonial.

Aunque todas las dificultades parecían resueltas, las complicaciones deshechas y asegurada la paz, aún no pudo Felipe V sentarse tranquilo en el Trono, y tuvo que sostener por algún tiempo una tenaz lucha civil en sus Estados. Cataluña, en su odio á Francia, cuyo apoyo y auxilios había implorado otras veces, no quiso reconocer al Soberano, y cuando salió de España el Archiduque, se declaró en República independiente, gobernándose con arreglo á sus leyes, fueros y costumbres. El Rey, por su propio decoro, no podía consentir semejante insulto, y queriendo someter á aquella región sublevada, mandó algunos cuerpos de ejército, compuestos de franceses y españoles.

Pero la guerra era muy difícil en un país agreste, en gran parte montañoso y casi desconocido para los que operaban en él. La guerra que allí se hizo fué una guerra de exterminio, porque el enemigo nunca se presentaba en campo raso, donde pudiera ser batido. Los terribles somatenes catalanes, compuestos de paisanos armados, que al toque de las campanas se levantaban instantáneamente en todo el país, ataca-

ban las retaguardias de las columnas, haciéndoles grandes daños; interceptaban los convoyes de víveres y pertrechos, llevándose lo que podían, desapareciendo en seguida entre las escabrosidades de las montañas, sin que nadie se atreviera á perseguirlos. Las partidas sueltas que se arriesgaban á entrar en algún desfiladero, eran diezmadas y á veces destruídas del todo, sin ver á sus agresores, y hasta en los mismos alojamientos se asesinaba á los soldados durante su sueño, arrojándose á los pozos los cadáveres.

Desde aquella terrible guerra data el odio mortal, degenerado luego en antipatía, y últimamente en reservada prevención, que ha reinado por mucho tiempo entre Castilla y Cataluña, y que aún no ha desaparecido del todo, particularmente entre los campesinos y gente de poca instrucción.

Para someter á aquel país rebelde fué necesario irle conquistando palmo á palmo, á costa de mucho tiempo, mucha sangre y enormes gastos y pérdidas. El ejército real fué apoderándose de las poblaciones de más importancia, que quedaban convenientemente guarnecidas, y los sublevados, por fin, se vieron precisados á encerrarse dentro de los muros de Barcelona, cuya población fué á sitiar un ejército de 20.000 hombres, con un poderoso tren de batir.

Pero la ciudad se negó á entregarse, des-

oyendo sus defensores cuantas pacíficas intimaciones se la hicieron, prefiriendo sufrir todos los horrores del sitio y de los asaltos, y quedar sepultados entre las ruinas. La Junta de Gobierno obligó á salir de la población, mandándola á la isla de Mallorca, á toda la gente inútil para la defensa, como mujeres, niños, ancianos y enfermos, y todos los vecinos, hasta el Obispo y los clérigos, tomaron las armas. La ciudad sufrió varios ataques y asaltos que fueron rechazados con admirable bravura, hasta que la artillería gruesa abrió una enorme brecha, derribando una cortina de la muralla, junto á la puerta de Santa Madrona. Todo el ejército se lanzó por ella al asalto; pero los barceloneses la defendieron de tal modo, con el valor de la desesperación, que los sitiadores no pudieron penetrar en la ciudad, sino pisando arroyos de sangre y montones de cadáveres.

Dentro ya de la ciudad, aún fué preciso sostener el combate en las plazas y en las calles por espacio de algunas horas, hasta que, convencidos los defensores de la inutilidad de sus esfuerzos, arrojaron las armas y se dispersaron, huyendo por el mar los Jefes y personas más comprometidas en la sublevación.

Como los sitiados no habían hecho proposiciones en tiempo oportuno, ni formulado condiciones para entregarse, quedaban, según las terribles leyes de la guerra, á la completa discre-

ción del vencedor. El Rey perdonó la vida á los habitantes; mas impuso al comercio y personas acomodadas una fuerte contribución para indemnización de los gastos de guerra, y abolió los antiguos fueros y privilegios que disfrutaba el Condado. Los estandartes de la ciudad y de los gremios, símbolo de las libertades y franquicias de Barcelona, fueron quemados públicamente por mano del verdugo, y por fin, se obligó á la provincia á satisfacer grandes cantidades para construir la terrible *ciudadela,* que debía tener siempre sujeta á la población, evitando nuevas sublevaciones, y en cuyos espantosos calabozos han tenido lugar tantos aterradores dramas en las diversas épocas de absolutismo y opresión por que ha pasado nuestro desgraciado país.

.....

No continuaremos examinando la Historia de la dominación de la Casa de Borbón en España, porque no cumple al objeto principal de nuestro trabajo. Sólo diremos que en la segunda mitad del reinado de Felipe V, nuestra patria fué reponiéndose de los pasados desastres, desarrollándose la Agricultura, la Industria y el Comercio, aumentándose el ejército y la marina, que se organizaron con arreglo á la altura que en otras Naciones se encontraban. Creáronse establecimientos de enseñanza y beneficencia, de que el país carecía; sociedades para el fomento

de los intereses materiales; Cuerpos científicos, entre ellos la Academia de la Lengua Española, y empezaron á salir del letargo en que la guerra las sumiera, las Ciencias, la Literatura y las Bellas Artes, con nuevos caracteres, arreglados á los modernos adelantos.

Esta marcha progresiva fué en aumento durante el pacífico reinado de Fernando VI y en el glorioso de Carlos III; hasta que habiendo subido al trono el débil y bondadoso Carlos IV, España, arrojándose al terreno de locas empresas, indiscretas alianzas y política ruinosa, sometida al capricho de los partidos, volvió á caer en la postración de que no ha podido aún levantarse.

CAPÍTULO XIV

Curiosidades de Indias.

os Gobiernos españoles explotadores, no colonizadores.—Aventureros y gente maleante.—Esclavos y no ciudadanos.—Odio tradicional. Misioneros.—Su meritoria obra.—Transformación del carácter de la raza india.—Su amor al trabajo.—Los verdaderos civilizadores de América.—Su abnegación y su valor.—La *quina*, el *corrozo*, la *anacahuita* y el *gallo de Indias*.—Aclaración que el autor estima de importancia.—*El Orinoco ilustrado*.—Los indios bravos.—Sus malas costumbres; su depravación.—La mujer entre los indios.—El *tabaco*.—La *chicha*.—El *curare*.—Abyección de la mujer india.—Bárbara costumbre.—Médicos de los indios.—Sus consultas con el *gato*.

Según ya dejamos expresado al principiar nuestra *Reseña histórica del descubrimiento del Nuevo Mundo*, todos los Gobiernos españoles que se apoderaron de aquellos feracísimos territorios, no cuidaron desde los primeros momentos de la dominación, de otra cosa que de sacar producto de ellos, tratándolos como países conquistados y haciendo una verdadera ley de la explotación y el pillaje.

Ningún pensamiento noble, ninguna idea elevada y humanitaria guió á todos los gobernantes españoles, sin excepción, en las disposicio-

nes que se tomaron para el gobierno de aquellos extensos dominios.

Si se llevó á ellos la cultura, la civilización y la religión del antiguo continente, no fué por deseo de formar pueblos civilizados al uso de Europa, ni extender con nuevas ramas el frondoso árbol de la gran familia humana que Dios colocó sobre la tierra, no. Todo lo que aparentemente se hizo de bueno y de útil, fué si estaba en relación directa con la sed de mando y la adquisición de las riquezas.

Aparte de las disposiciones humanitarias tomadas, como en su lugar dijimos, por la magnánima Reina Isabel la Católica, que se declaró tierna madre y protectora de los pobres indios isleños, que se creían ser los únicos habitantes de aquellos climas, cuando aun ni remotamente se sospechaba lo que había más allá de las mencionadas islas primeramente descubiertas, sus sucesores no mandaron á ellas más que rapaces aventureros á trabajar en la conquista, mediante el *tanto cuanto;* después, algo organizado ya el país, sanguijuelas ávidas de chupar la sangre, tituladas Oficiales Reales, Magistrados, Alguaciles y toda la chusma de gente baldía, inútil que estuvo siempre, y que aún está de sobra en todas las grandes poblaciones, y más tarde, como representantes delegados del despotismo real, los tiranos procónsules que se titulaban *Virreyes,* cuya autoridad nadie se atrevía á resistir, y cuyos

actos muy pocas veces se residenciaron de verdad, aunque existía, por mera fórmula, un Tribunal establecido con este objeto, y que debía examinar la conducta de aquellos funcionarios cuando terminaban su gobierno, lo cual sucedía muy raras veces, porque hubo Virreyes vitalicios y aun hereditarios, como si el cargo estuviese vinculado en ciertas familias.

Pero nada de enviar en mucho tiempo á aquellas vastas regiones gentes doctas, instruídas, morigeradas, religiosas y de sana intención, que sembraran los gérmenes de la cultura, de la civilización y de las creencias cristianas entre pueblos que si no eran del todo bárbaros é incultos, vivían al menos, respecto á religión, sumidos en una idolatría absurda, ridícula ó repugnante, practicando usos y costumbres poco en armonía con las leyes de la razón y de la sana moral.

No trataron ciertamente los Gobiernos españoles de hacer ciudadanos y hombres dignos de sus súbditos de América; sólo quisieron hacer serviles esclavos de la peor especie, y unos instrumentos de sórdida especulación. Así lo comprendieron aquellos naturales, que no por estar privados de la cultura de que sus explotadores blasonaban, y la cual, en su modo de sentir, constituía su superioridad, dejaban de ser hombres de razón y recto juicio, capaces de discurrir, sentir y comparar. Semejante errónea conducta no podía menos de producir sus naturales

frutos, y de aquí la prevención, luego la antipatía, y, por último, el odio tradicional que las razas indias concibieran contra los orgullosos castellanos, y de cuyas fatales pasiones aún quedan no pocos vestigios.

Si alguna instrucción rudimentaria, moral y religiosa se introdujo en América antes de que se levantaran los grandes centros de población y se organizase el país según los usos y costumbres de España, debida fué á los misioneros, que casi de *motu proprio,* y guiados ya del espíritu de verdadera caridad, ó ya por interesadas miras particulares, se lanzaron á aquellas «apartadas regiones» á difundir la fe de Cristo. Los Franciscanos y luego los Dominicos fueron los que acompañaron á las primeras expediciones, y los que, habiendo conseguido á fuerza de constancia y de ímprobos estudios, imponerse en el conocimiento de los varios y difíciles dialectos que en aquellas regiones se hablaban, se lanzaron á los incultos y desconocidos bosques donde vivían los seres humanos en el estado de la naturaleza, y si no completamente degradados, al menos en una especie de embrutecimiento racional, llamémosle así, que los diferenciaba de los animales, puesto que conocían y practicaban casi todos los vicios y pasiones inherentes á la imperfecta naturaleza humana, y que reinan y se practican en las Naciones civilizadas, aunque con más finura y elegancia.

Dichos misioneros tuvieron la suerte de encontrar, por lo general, seres humildes, pacíficos y sencillos; almas ignorantes, pero no corrompidas, siguiendo las malas costumbres que tenían, sólo por tradición y por el ejemplo de sus antepasados. La vista de aquellos hombres blancos, de larga barba y agradable talante, que les hablaban con tanta dulzura en un lenguaje bastante inteligible y les obsequiaban con pequeños objetos de escaso valor, aunque para ellos preciosos por lo desconocidos, no dejaron de llamar su atención y hacerles escuchar las exhortaciones de los misioneros, cuyos preceptos seguían con gusto y aprovechamiento.

Apenas la inteligencia y uso de un lenguaje común pudo establecer la intimidad del trato, notóse con asombro los efectos que produce la educación, por muy rudimentaria é incompleta que sea. En aquellos espesos é ignorados bosques, se hallaban hombres medio desnudos, que hablaban correctamente el español; sabían leer y escribir, practicaban el culto cristiano, aunque en su primitiva sencillez, y tenían un conocimiento bastante exacto de sus deberes sociales, en medio del desierto, amando á sus familias, respetando á sus jefes y guardando un profundo cariño y veneración á su padre espiritual, á quien llamaban como aún hoy día llaman al sacerdote los salvajes del Norte de América, *el enviado del Grande Espíritu*.

Y respecto al bienestar material, pronto se dejó sentir la influencia de los misioneros en las costumbres de los indios que vivían apartados de los grandes centros de población. Abrazaron con gusto los hábitos del trabajo, antes desconocido para ellos, acostumbráronse á cultivar la tierra y á recoger y guardar sus cosechas, en vez de ir buscando de campo en campo lo que la próvida Naturaleza daba de sí, hasta consumirlo todo, yendo después á otra parte á procurarse el sustento. Sus habitaciones, antes chozas informes y malsanas, hiciéronse más cómodas bajo la dirección del misionero, quien, merced á los conocimientos generales que había podido adquirir en globo, para llenar dignamente su humanitaria empresa, les daba nociones de varios oficios manuales, enseñándoles á construir muebles rústicos que les servían de mucho descanso y acostumbrándolos, por fin, á cubrir su proverbial desnudez con vestidos humildes, como la honestidad reclama.

Pero todo el honor, toda la gloria de haber civilizado á los salvajes del Nuevo Mundo, aunque no en su totalidad, pues por largo tiempo hubo, y acaso haya todavía, razas indómitas, feroces y embrutecidas, como los caribes antropófagos, patagones y los modernos *gauchos*, que aunque existen entre pueblos cultos, viven por lo regular en continua lucha con la sociedad, procurando eludir el cumplimiento de las leyes;

toda la gloria, repetimos, de haber echado los cimientos de la cultura civil, moral y religiosa en aquellos remotos climas, corresponde á los misioneros, y en particular á los de la esclarecida Compañía de Jesús, que deben ser considerados como los verdaderos civilizadores de la América.

En efecto: desde que los discípulos de Ignacio de Loyola se contaron en suficiente número para cumplir los proyectos de su fundador, lanzáronse á los países desconocidos de las Indias Orientales y de la América en busca de almas que evangelizar y atraer al rebaño de Jesucristo. Arrostrando los rigores del clima, las privaciones de toda especie, y los riesgos y peligros que por doquiera les cercaban, internáronse en vastas soledades, en extensos desiertos é impenetrables bosques, contemporáneos de la Creación, en busca de seres de que poder hacer hombres, sin más equipaje que su humilde sotana y su breviario, confiando su subsistencia y su conservación á los cuidados de la Divina Providencia.

No fueron solamente los Jesuítas en la América evangelizadores y *pescadores de hombres*, según las palabras de Jesús á sus discípulos. Aficionados al estudio, que era su verdadero elemento; dotados de claro ingenio y de espíritu observador, trataron de ser útiles á la humanidad en todos los terrenos. De los Jesuítas salieron los historiadores, los botánicos, los natura-

listas, los médicos, los astrónomos y hasta los hombres de Estado. Valiéndose de sus propios conocimientos y de las noticias adquiridas de los indígenas, y de las cuales sabían diestramente aprovecharse, descubrieron, propagaron y dieron á conocer en Europa una multitud de substancias vegetales y minerales, que fuera molesto enumerar, citando únicamente la *quina*, que tantos beneficios ha prestado y presta á la humanidad doliente, y el precioso y hoy desconocido árbol llamado *corrozo*, remedio heroico contra la tisis incipiente y hasta la declarada incurable, y que tal vez se asemejase algo á la ponderada *anacahuita* de Méjico, aunque esta substancia no produce los maravillosos resultados de la savia del *corrozo*. Aun los gastrónomos deben estar agradecidos á los Jesuítas, pues éstos trajeron al antiguo Continente, dieron á conocer y aclimataron la suculenta ave el *pavo*, llamado antiguamente *gallo de Indias*.

Y respecto á que los Jesuítas, misioneros de la América, fueron hombres de Estado y de gobierno, sólo citaremos, aunque no con la extensión que deseáramos, la admirable fundación de las famosas *Misiones del Paraguay*, llevadas á cabo por ellos mismos, con sus propios recursos, sin intervención ni subvenciones de ningún Gobierno. Admirable institución, que era un modelo de buen orden, moralidad, virtud y religiosidad; donde reinaba el perfecto *comunismo cristiano*,

sin exageradas tendencias, odios, rivalidades y pretensiones, á cuya perfección no podrán llegar nunca las más avanzadas escuelas modernas, con sus utópicas teorías, y de las cuales *Misiones* aún se conservan gratos recuerdos y hasta reminiscencias gubernamentales en la República que lleva su nombre.

No creemos que los elogios tributados á los individuos de la siempre docta y útil Asociación de los Jesuítas se supongan apasionados ó hijos de alguna interesada mira. Los que nos conocen saben que no somos adictos á la Institución, ni estamos conformes con sus principios y sus fines. Pero á fuer de imparciales, reconocemos el mérito donde quiera que exista, y le consagramos el tributo de admiración y respeto de que es digno.

Para apreciar todos los esfuerzos de paciencia, abnegación y desinterés, todas las fatigas, disgustos y penalidades que pasaban los misioneros al *domesticar*—permítasenos la expresión—á aquellos indios bravos, es preciso estar al corriente de sus usos y costumbres. El *Padre José Gumilla*, misionero Jesuíta, que permaneció entre ellos á principios del siglo XVIII por espacio de muchos años y no con pequeño fruto de su evangélica misión, ha dejado una preciosa obra (1), producto de sus largas observaciones,

(1) *El Orinoco ilustrado.* (Véase en el lugar correspondiente nuestra Bibliografía.)

en la que trata de la *Historia natural, civil y geográfica de las Naciones*—léase tribus ó rancherías—*que se hallan en las orillas del río Orinoco.* Es obra curiosa por demás, interesante y entretenida, de que últimamente se ha hecho una edición económica, cuya lectura recomendamos á los aficionados á relaciones de viajes, y especialmente á los que se deleitan con las obras del célebre *Julio Verne*, el autor un tiempo en gran moda, que viajaba por todo el mundo sin salir de París, y que bebió no pocas y cristalinas aguas en las abundantes fuentes de los libros y memorias de los misioneros.

Dice el P. Gumilla que en las ochocientas y más leguas de camino que recorrió por los bosques varias veces durante su larga carrera, exceptuando algunas tribus *brutas*—son sus palabras—é indómitas, todos los demás salvajes que encontraba eran dóciles, humildes y fáciles de persuadir, y se ganaba fácilmente su voluntad con algunas chucherías de poco valor, de Europa, como un hacha, un cuchillo ó machete, un pedazo de tela de color vivo ó una camisa de marinero—lo mismo que hoy sucede con los negros de África,—cuyos regalos pagaban ellos cazando, pescando ó cogiendo frutas para atender á la subsistencia del Padre. Cuando éste comprendió lo suficiente del idioma para hacerse entender, no tuvo que esforzarse mucho en inculcarles los principios de la Religión, porque

aquellos salvajes no tenían ninguna, y sí sólo unas cuantas ridículas supersticiones que les imbuían algunos de los más diestros entre ellos, los cuales hacían el papel de sacerdotes, brujos, adivinos y médicos ó curanderos, para vivir á costa ajena. Los indios, pues, oían con gusto lo que el misionero les decía; lo aprendían sin repugnancia, y lo creían con fe, practicando con la mayor devoción los actos religiosos, formándose de este modo sencillos y verdaderos cristianos que colmaban de gozo á los Padres, al ver cómo se iban regenerando aquellos seres abyectos y degradados.

Pero hasta llegar á tal fin, hasta inculcarles hábitos de trabajo, amor á la familia, y, sobre todo, respeto á la mujer, base de la tranquilidad del hogar doméstico, ¡qué de trabajo, qué de fatigas y amonestaciones! Los indios bravos vivían sumidos en la mayor depravación de costumbres, y admira ciertamente cómo unos hombres que se hallaban aislados en bosques desiertos é inaccesibles, sin más trato que el de sus parientes y convecinos, y sin ninguna comunicación, por lo general, con los habitantes de otras rancherías, pudieran hallarse inficionados de los vicios y excesos que minan y corrompen las sociedades cultas y populosas. ¿Quién pudo enseñarles aquellas nocivas costumbres? ¿Quién desarrollar los malos instintos que residen en el fondo de la humana naturaleza? ¿Existe un ge-

nio maléfico que ejerce su pernicioso influjo sobre todos los hombres, así incultos como civilizados? Respondan los psicólogos, filósofos y moralistas, si lo saben ó pueden comprenderlo.

Los indios bravos y salvajes, así como los más adelantados de los Imperios de Méjico y del Perú, practicaban la poligamia, tan común en los primitivos pueblos orientales y cuya costumbre ha causado la desesperación de los investigadores del verdadero origen y procedencia de los americanos. El hombre de los bosques consideraba á la mujer, no como una compañera, dotada de derechos, sino como un objeto de uso, sujeto enteramente á su voluntad y á su capricho. Como los antiguos Patriarcas, tenían una sola mujer unida á ellos por una especie de matrimonio convencional, cuyo alcance y ceremonias describe el ya referido P. Gumilla, que legalizó por medio del Sacramento muchas de estas uniones; pero el marido podía tomar cuantas concubinas quisiera y tenerlas en su casa, viviendo en amigable consorcio con la esposa legal, aunque, como sucede donde hay varias mujeres juntas, la buena armonía se alteraba con frecuencia, suscitándose disputas y quimeras que arreglaba el amo de la casa apaleando á la cónyuge y á las mancebas. A la mujer, por el contrario, la estaba prohibido todo trato con hombre que no fuera su marido. El adulterio se castigaba con muchísimo rigor.

La pobre mujer salvaje tenía sobre sí todo «el peso de la casa». Debía cuidar á sus pequeños hijuelos; construir los toscos vestidos para toda la familia; preparar la comida; cultivar el maíz y la *yuca* ó *manjoc*, raíz de que sacaban la harina para su pan; moler estas semillas diariamente, amasar las tortas y cocerlas sobre unas piedras calientes; penosas operaciones que se hacían con gran fatiga y á fuerza de brazo, pues para la molienda sólo tenían una especie de morteros, hechos en una piedra socavada, triturando el grano con una rústica mano formada de un pedazo de madera fuerte. Tenían la obligación de recoger y guardar sus pobres cosechas, y de fabricar la *chicha,* bebida espirituosa sacada del maíz fermentado, que se guardaba en toscos cántaros de barro cocido al sol, y cuya bebida, con el transcurso del tiempo, adquiría mayor fuerza, llegando á producir la embriaguez una pequeña cantidad.

Las mujeres debían también construir con las fibras de ciertas plantas textiles las redes para la pesca, y las esteras que les servían de asiento y de cama, suspendiéndolas de los travesaños de la choza, para dormir libres de los insectos que tanto abundan en América, debiendo, por último, cuidar de las plantas de tabaco, recolectar las hojas, prepararlas y conservarlas á fin de que no faltase á sus maridos el medio de mantener esta repugnante costumbre

de fumar, que los rudos salvajes han legado á los cultos y elegantes europeos.

Todos estos múltiples trabajos hacían que la mujer no tuviera un momento de descanso, viviendo constantemente ocupada de día y de noche, recibiendo en pago de sus penosos servicios, malas palabras, desprecios y golpes, sobre todo cuando la embriaguez se apoderaba de los esposos.

Éstos, por su parte, hacían una vida cómoda, tranquila y hasta regalada. Al romper el alba marchaban en unión de algunos vecinos á cazar en los bosques ó pescar en los ríos, y cuando habían recogido provisión suficiente, volvían con ella á su casa. Ínterin las mujeres condimentaban los manjares, ellos se tumbaban sobre sus esteras, y allí pasaban largas horas, conversando con sus amigos, fumando las pipas y bebiendo *chicha,* con tal exceso, que muchas veces llegaban á perder la razón. ¿Qué diferencia hay entre aquellos antiguos salvajes y muchos modernos europeos?

Todo el trabajo de los hombres se reducía á construir ó componer sus chozas y fabricar sus piraguas ó canoas y los remos para dirigirlas, y esto porque no conceptuaban á las mujeres con suficientes conocimientos ni fuerzas para ejecutar tales trabajos. También se dedicaban á la confección del espantoso veneno llamado *curare,* sacado del jugo de ciertas plantas y raíces, que

ellos solos conocían, plantas que se criaban en el fondo de unos charcos cenagosos. Con este veneno impregnaban las puntas de pedernal ó las espinas de ciertos pescados con que armaban sus flechas, sirviéndose con bastante éxito en las cacerías y en las guerras de rancho á rancho, que eran bastante frecuentes.

Este veneno, que la ciencia conoce hoy, pero que de seguro no fabricaría con la eficacia que el de los indios, aun contando con los poderosos medios que la química posee, tenía tales propiedades, que podía manejarse impunemente y aun tragarse, con tal que no hubiese sangre ni escoriación en las encías. Pero la más pequeña herida, el leve rasguño causado por un alfiler mojado en *curare,* y que produjese una sola gota de sangre, era lo suficiente para ocasionar instantáneamente la muerte, bien de hombre, bien de animal, que los indios, armados de tan fuerte elemento, no temían por muy feroz y atrevido que fuese.

Su confección, presidida siempre por los hombres, colocados á *honesta distancia* para evitar los mortíferos efluvios, no podía ser más rudimentaria y sencilla, y estaba también encomendada á las mujeres. Para esto se elegía la más vieja é inútil de la ranchería, que nunca esquivaba el encargo. La pobre mujer estrujaba con todas sus fuerzas las plantas y raíces en una olla de agua puesta al fuego, aspirando los mor-

tíferos miasmas que se desprendían de la ebullición, los cuales eran tan fuertes, que muchas veces, antes de terminarse la operación, la infeliz anciana caía muerta, lo cual importaba muy poco á los fabricantes del *curare,* que al punto ponían otra en su lugar, porque nunca faltaba quien voluntariamente se prestaba á este servicio.

Cuando la decocción había mermado una tercera parte, y el licor se presentaba bastante espeso, á juicio de los peritos, procedíase á la prueba. Uno de los salvajes se producía una incisión en un brazo, haciendo salir sangre, y otro mojaba la punta de una vara en el cocimiento y la aplicaba á la cisura, sin tocarla. Si la sangre corría, el veneno no estaba en su punto; si permanecía sin caer, faltaba muy poco, y si la emisión de sangre se cohibía, la operación estaba terminada. Recogíase el *curare* y se guardaba en pequeñas vasijas de barro, porque cuanto más añejo, era de mejor calidad.

No se distinguían los indios por la constancia y fidelidad á la esposa. Cuando ésta ya no les agradaba, ó cuando se hacía vieja, lo cual sucede muy pronto en aquellos cálidos climas, tomaban una nueva mujer más joven, y la anterior descendía á la categoría de criada de su sucesora, teniendo que sufrir los ultrajes y desprecios de la favorita, que se vanagloriaba de la preferencia, lo cual hería la susceptibilidad y

amor propio de aquellas infelices, que no por ser incultas, carecían de dignidad y sentimientos para sufrir los malos tratos que sin razón experimentaban.

Esta abyección á que la mujer india se encontraba sometida, había producido una bárbara costumbre, que en el fondo aún tenía su disculpa. Para sustraer á sus hijas del triste porvenir que las aguardaba, cuando daban á luz una niña, la quitaban la vida asfixiándola, arrojándola en algún arroyo profundo, ó cortándola muy á raíz el cordón umbilical, á fin de que se desangrase, no faltando ejemplos de enterrar vivas á las criaturitas. El misionero de quien tomamos estas noticias cita algunos casos de que fué testigo, y dice que al reprender á las, al parecer, desnaturalizadas madres, y preguntarles por qué cometían semejante inhumanidad, le contestaban:—Padre, tú no sabes lo desgraciadas que somos y lo mucho que padecemos. Quitando la vida á nuestras hijas, ahora que no sienten, las libramos de que mañana sufran lo que nosotras padecemos.

Estas y otras perniciosas costumbres fueron corrigiéndose y desapareciendo por el celo de los misioneros y la propagación de la Religión cristiana, como basada en el amor y amparo á los seres débiles é indefensos. Lo que no pudieron dominar nunca los sacerdotes, á pesar de sus esfuerzos, fué la natural indolencia de los

indios bravos, su profundo egoísmo y su afán de poseer los objetos que necesitaban, lo cual les hacía ser exigentes y molestos al Padre de almas de la ranchería, que no siempre podía darles lo que sin cesar le estaban pidiendo; costumbre que hoy se observa entre los negros de las Misiones del Centro de África.

Para demostrar que en todo tiempo y lugar han existido charlatanes embaucadores deseosos de vivir á costa ajena, vamos á decir algo de lo que refiere el ya citado Padre Gumilla acerca de los médicos de los salvajes. Cuando alguno de éstos caía enfermo, llamábase al doctor, que gozaba de gran consideración en la ranchería. Examinado el doliente, nunca decía el Galeno categóricamente la clase de enfermedad que se le presentaba, ofreciendo volver después que hubiera consultado á su *gato* para saber el mal y el remedio. Es de advertir que estos médicos blasonaban á la vez de hechiceros, y poseían un gran gato negro, que presentaban como su oráculo. Cuando volvían á visitar al paciente, traían á prevención en la boca algunas piedrecillas y raíces ú hojas de cualquier especie, las primeras que encontraban en el camino. Colocaban al enfermo boca arriba y le chupaban fuertemente en la región epigástrica ó del estómago, hasta que le sacaban sangre, y entonces escupían lo que habían traído en la boca, diciendo que aquellas piedras y raíces eran la causa del mal, y que

ya se lo habían sacado. Si el enfermo sanaba, se ponía por las nubes el acierto del facultativo y se le recompensaba generosamente; y si acaso moría, aseguraba el médico que si no hubiese comido pimiento, pescado ó esta ó aquella fruta, indudablemente se salvara. De este modo, siempre quedaba á gran altura la honra de la profesión y el crédito de su representante. ¿No viene algunas veces á suceder esto en nuestra culta é ilustrada España?

CAPÍTULO XV

Odio de razas.

Indios bravos que á fines del siglo XVIII ignoraban que eran súbditos de España.—El *cacique*.—Insaciable sed de oro de los Gobiernos.—Colonización de territorios.—Población española y europea en América.—Los *criollos*.—Españoles que *pasaban á Indias;* su género de vida, sus costumbres, sus negocios, sus aficiones, etc.—Los *indianos*.—Desprecio de los españoles á los naturales del país.—Separación de razas.—Prevenciones, antipatías, odios.—Apodo de los españoles en Méjico.—La familia de *Cachupín*.

Una prueba de que los Gobiernos españoles se cuidaron muy poco de civilizar la gran masa de hombres que se hallaban diseminados en los extensos bosques y soledades del Nuevo Mundo, es que casi á fines del siglo XVIII aún existían infinidad de rancherías de indios bravos, que apenas tenían comunicación unas con otras, y que aun cuando eran súbditos del Rey de España, lo ignoraban completamente y no reconocían más autoridad que la del misionero y la del *cacique,* jefe de los guerreros, especie de gobernadorcillo, creado de *propia autoritate,* y cuyas facultades eran omnímodas y hasta despóticas y abusivas, haciendo cuanto se le antojaba en el pueblo, é imponiendo su voluntad y su capri-

cho á los habitantes de él, de lo que ha procedido que hoy se denominen *caciques* á los ricachuelos de las aldeas, que todo lo explotan, manejan y gobiernan, llegando á ser á veces una verdadera potencia, que no se desdeñan en aprovechar las autoridades gubernativas.

Todas las ventajas, todos los beneficios de la ilustración y la cultura estaban reservados para las ciudades, centros notables de población, y sobre todo para los distritos mineros, objeto principal de la atención de los Gobiernos, cuya insaciable sed de oro no se satisfacía nunca, por mucho que se les diera á beber. Verdad es que no podía hacerse otra cosa. En aquel inmenso país donde había extensiones de terrenos inhabitados tan grandes como España y Francia, no era posible colonizar los territorios ni desarrollar en ellos oficialmente los intereses materiales que constituyen la prosperidad y riqueza de los pueblos. Esto tenía que hacerlo la iniciativa particular, y así es que cualquier familia ó individuo, fuere de la clase y nacionalidad que fuera, podía tomar el terreno que quisiese, establecerse en él, cultivarle y utilizar sus productos, sin más condiciones que vivir con arreglo al régimen, organización civil y religiosa y leyes del país.

Aunque propiedad exclusiva de España, el número de españoles procedentes de la Península era relativamente muy pequeño, constitu-

yéndole las autoridades religiosas, civiles, militares y funcionarios públicos, y algunos colonos y comerciantes.

El resto de la inmensa población que llegó á reunirse en los diferentes puntos del Nuevo Mundo, á muy pocos años de su completa organización, le componían aventureros de todos los países de Europa y gentes pobres ó arruinadas, que encontraron allí el bienestar y porvenir que en su patria no tenían. Estos advenedizos, hechos súbditos de España y connaturalizados con las costumbres del país que habían adoptado para su residencia, educaron en ellas á sus hijos, les enseñaron el idioma castellano, y dieron origen á una población mixta españolizada gradualmente por medio de enlaces conyugales, y cuyos hijos se denominaban *criollos,* los cuales fueron la base de las infinitas familias que hoy pueblan las Repúblicas hispano-americanas.

Los españoles propiamente dichos, fuera de los que por su carácter oficial tenían que residir en el país, no gustaban de establecerse en América, siendo muy corto el número de los que lo hacían, pues los que iban allá en busca de una fortuna, tan fácil de adquirir en otro tiempo, gustaban de volver á disfrutarla en su patria. Pobres gallegos, asturianos y montañeses, á quienes todo faltaba en sus casas, *pasaban á las Indias*—expresión gráfica,—ocupándose algunos años en los trabajos más duros y penosos, y

cuando á fuerza de privaciones y economías lograban ahorrar algunos cientos de pesos, empezaban á especular por cuenta propia en negocios seguros y lucrativos. Al reunir uno ó dos millones de reales, cantidad respetable en un tiempo en que no se había inventado el crédito fiduciario, mediante el cual un pedacillo de papel representa enormes sumas, regresaban á sus pueblos, de donde habían salido pobres é ignorados, condecorándose con el pretencioso *don* delante de su nombre, causando la admiración y la envidia de sus paisanos, que procuraban imitarles en eso de crearse una fortuna, que muchos buscaban y muy pocos conseguían. Aquellos ricachuelos, de que había algunos ejemplares en nuestros pueblos, después de adquirir fincas, de fundar censos y otras cosas que produjesen, aumentaban su peculio á merced del comercio ó de la usura; llegaban á ser poderosos y personas influyentes y consideradas en su localidad, y eran conocidos con el nombre genérico de *indianos,* que transmitían á sus descendientes.

Los españoles propios, ó sean los nacidos en la Península, que pasaban por cualquier motivo á América, infatuados con su origen, creíanse superiores á los demás, por suponerse fundadores del dominio español en aquellas vastas regiones, y despreciaban á todos los demás, ora fuesen indígenas, ora *criollos,* especialmente á estos últimos, con los cuales mantenían las me-

nos relaciones posibles, siendo muy difícil emparentar unos con otros por medio de los matrimonios, aunque se daban algunos casos, en particular si mediaban altas razones de conveniencia y de interés.

Esta conducta, esta especie de separación de razas, absurda, pero no extraña en un pueblo como el español, tan pagado de la *vana hidalguía*, dió lugar á las prevenciones, odios y antipatías que han durado muchos años entre americanos y peninsulares, cuyo recuerdo no se ha extinguido aún, y es muy difícil que se borre. Los españoles, desde muy antiguo, eran despreciados y temidos, pero no amados, y los *criollos* no perdonaban ocasión de zaherirlos y mofarse de ellos siempre que era posible, porque sabido es que los americanos, especie de andaluces degenerados, no carecen de ingenio y gracia para la sátira y la mofa, de que hacen uso con la apática serenidad que es propia de su carácter. A propósito de esto recordaremos un apodo aplicado á los españoles, muy usado en Méjico y que habrán oído mil veces los que hayan visitado aquel país, especialmente en el período álgido de las discordias y luchas que han separado á los hijos de la madre patria.

Cuando la inmigración de aventureros que iban en busca de fortuna á las Indias estaba en su mayor fuerza y vigor, aportó á aquellas playas una familia bastante numerosa procedente

de Laredo, en la provincia de Santander, y que llevaba el apellido de *Cachupín*. Aquellos individuos hicieron algún negocio, que indujo á otros parientes suyos á seguir su ejemplo. La familia debía ser muy dilatada, porque tras de unos iban otros, y otros tras de éstos, y tan excesivo fué el número de *Cachupines,* que ellos solos abarcaban la mayor parte de los tratos y negocios donde podía ganarse alguna cosa. En vista de tal afluencia de individuos de un mismo apellido, decían los naturales del país:—En España no hay más familia que la familia de *Cachupín,* y aplicaron por mofa este apodo á los españoles, que por largo tiempo se llamaron *Cachupines*.

CAPÍTULO XVI

Tiranía y odiosidad.

Indolencia de los europeos en América.—El clima.—Producción espontánea.—Abandono de la agricultura.—Cultivos permitidos por los Gobiernos.—Importación de España.—Industrias fabril y manufacturera toleradas.—Murmuración y descontento.—Crece la animadversión y odiosidad contra España.—*Flotas* mercantiles.—Compra de artículos á la fuerza.—Otras medidas tiránicas.

Los españoles y aun los extranjeros más activos y laboriosos que se establecieron en los terrenos baldíos de América, haciéndose colonos y plantadores, no gustaban de las faenas agrícolas. Verdad es que aquel clima ardoroso y enervante embota muy pronto las más enérgicas actividades, y, por otra parte, allí donde la próvida naturaleza produce espontáneamente exquisitas frutas, maderas de construcción comunes y preciosas, inestimables plantas medicinales y abundantes materias textiles, aplicables á infinitos ramos de la industria, la mano del hombre sólo tiene que ocuparse en perfeccionar las especies por medio del cultivo. Así es que la Agricultura al principio de la dominación española, y aun muchos años después, estuvo en un com-

pleto abandono, y mucho más por las abusivas restricciones que imponían los Gobiernos.

Apenas si se cultivaba algún poco de maíz ó de arroz, desconocido entonces en España, donde tan bien se ha aclimatado; pues la *yuca,* raíz alimenticia cuya harina constituye el pan de la gente pobre, y el precioso tubérculo la *patata,* descubierto en una época relativamente moderna, y cuyo descubrimiento ha hecho imposibles las espantosas hambres antiguas en el mundo, según el dicho de Parmentier, que la introdujo en Francia, donde se producía naturalmente, sin cultivo, eran los únicos productos alimenticios con que atendían á su subsistencia aquellos indígenas.

Los Gobiernos españoles, considerando, según hemos dicho, á los súbditos americanos como siervos y no como ciudadanos, concedieron tan exagerada protección á los especuladores españoles, que ya llegó á tocar en lo absurdo y lo tiránico. En aquellos hermosos y feraces climas del Nuevo Mundo, donde tan bien se aclimatan y prosperan todos los productos de otras regiones, estuvo prohibido por largo tiempo el cultivo de los cereales, del olivo y de la vid. El trigo, la cebada y otras semillas alimenticias; el aceite, el vino de todas clases, el aguardiente, las frutas secas, el bacalao y hasta el queso y tocino salado, todo iba de España, realizando sus expendedores y comisionados exorbitantes ganan-

cias. Verdad es que esta conducta oficial no era dictada por el deseo de proteger los intereses nacionales de los particulares, sino aumentar los ingresos de la Real Hacienda, puesto que toda clase de mercaderías pagaban derechos á su salida de los puertos de España y á su entrada en los de América, resultando tales gravámenes en perjuicio del consumidor, que tenía que comprarlo todo malo y caro.

Y lo que decimos de la agricultura es aplicable á la industria fabril y manufacturera. En América no se conoció tampoco industria, y sólo se fabricaban los artículos que no era posible construir en España. Los paños y lienzos finos y bastos, los tejidos de seda, los encajes, la espartería y cordelería, los sombreros, el calzado, los cueros fuertes adobados y las pieles finas curtidas, todo iba de la Península, donde se conducían de las Indias para su fabricación las primeras materias en bruto, especialmente el precioso fruto del algodonero, que tantas riquezas ha producido á la industria fabril, por ser su explotación más pronta y menos trabajosa que la del lino y del cáñamo, y que tantos beneficios ha reportado á las clases pobres ó poco acomodadas, que merced á este precioso árbol han podido vestirse con economía y á veces hasta con lujo.

También eran de procedencia española los objetos de loza fina y ordinaria, la cristalería

y vidrios, huecos y planos, la quincalla ó *bijonte-ría*, desde los adornos de metal falso, hasta los alfileres y agujas de coser. De España iban los utensilios de hierro y cobre para la cocina y demás usos domésticos, y, por fin, los libreros de Madrid, de Valencia y de Barcelona exportaban en grandes cantidades los libros devotos, de educación, de estudio y de recreo, y hasta los absurdos é informes romances y coplas de ciego, que constituían la lectura de las clases populares, las cuales por casualidad sabían leer, pues en América apenas había más que alguna mala imprenta oficial, ni se editaban libros, no permitiéndose la circulación sino de los que llevaban las censuras eclesiásticas acostumbradas y la licencia de los señores del Supremo Consejo de Castilla.

Y la protección ó monopolio era tan completo, que también se importaban en América á grandes fardos las aleluyas para diversión de los muchachos, las estampas, un tanto más finas, de imágenes de Santos, y algunas escenas históricas y religiosas que, colocadas en marquitos, servían para adornar las habitaciones de la gente de pocos recursos.

Estas arbitrarias trabas, encaminadas todas á sacar el dinero de los consumidores, que se veían obligados á tomar los artículos que necesitaban al precio que querían vendérselos porque no había otro remedio, pesaban principalmente

sobre la gran masa de población trabajadora y necesitada, como sucede hoy con nuestras odiosas contribuciones *de consumos*. Las clases populares los soportaban de mala gana; murmurábase de las disposiciones del Gobierno, cumplimentadas por los Virreyes y sus delegados; la animadversión crecía y la odiosidad contra España iba cada vez en aumento, hacinándose poco á poco los materiales para la mina que había de estallar algún día.

Pero el abuso gubernamental produjo otro abuso contra los intereses de los que todo querían explotarlo en su provecho. Los extranjeros, en particular los ingleses y holandeses, cuya industria era más activa y adelantada que la nuestra, y que casi estaban en constante guerra con España, introducían en América fraudulentamente, sin pago de derechos, grandes cantidades de géneros y artefactos de todas clases, que daban por menos de la mitad de lo que costaban los peninsulares, recibiendo en cambio los productos de la región, más preciosos muchas veces que el dinero, porque luego los expendían en sus respectivos países, obteniendo inmensas ventajas.

Pronto se dejó sentir la baja en la venta de productos de legítima circulación, y los perjudicados alzaron la voz pidiendo remedio y protección á sus intereses. Esto no era fácil de hacer, porque para impedir el contrabando en países

que tienen tantas y tan extensas costas, entonces abiertas, desguarnecidas, hubiera sido preciso mantener un numeroso ejército de vigilantes, que ocasionarían más gasto que producto, y además, aún no habían llegado en nuestra patria los procedimientos fiscales á la altura que hoy se encuentran.

Pero como en España nunca han faltado Ministros y hacendistas que para evitar un mal producen veinte, no faltó privilegiada cabeza que concibió un plan más arbitrario que cuantos pudieran imaginarse. Todos los meses salían de los puertos de España las *flotas*, es decir, cierto número de buques mercantes cargados de toda clase de artículos mercantiles y que viajaban en conserva escoltados por naves de guerra, para estorbar los ataques de los corsarios y piratas.

Al llegar á América, y después de proveer las tiendas de los mercaderes en las poblaciones de alguna importancia, todos los géneros que resultaban sobrantes se repartían por las aldeas y pueblecillos, y los Alcaldes obligaban á los vecinos á tomarlos por la fuerza, aunque no tuvieran necesidad de ellos, haciendo la distribución á su arbitrio y cobrando su importe al contado, habiendo ocasiones que se precisaba á comprar libros, papel y plumas á hombres que no sabían leer ni escribir, asegurando así el pronto y seguro despacho de todo lo que se in-

troducía. Véase si medida más tiránica y opresiva podía tomarse en el imperio del más despótico de los sultanes, que eran en otro tiempo señores de las vidas y haciendas de sus vasallos.

CAPÍTULO XVII

Cómo se extingue una raza.

Incremento de la agricultura en América.—Más acerca del tabaco.—Diferentes modos de usarle los indios.—El *rapé* y sus usos.—*Estanco* del tabaco.—Fiscalización para impedir su cultivo.—Establecimiento de fábricas para su elaboración por cuenta del Estado.—Contrabando.—El *café*.—Su origen, su historia, su aclimatación, sus usos.—El *chocolate*.—Cómo le tomaban los indios.—Carencia de brazos para el cultivo.—Los *encomenderos*, tiranos, no protectores.—Su inicua conducta con los indios.—Mueren á centenares de hambre y fatiga.—Los *pacos* ó *vicuñas*.

La agricultura empezó á tomar más incremento en América cuando se conocieron y apreciaron en Europa varios productos, cuya calidad puede mejorarse con el cultivo. Sabido es que el Nuevo Mundo producía natural y con abundancia el *tabaco*, planta medicinal desconocida en Europa, si bien los orientales la usaban, aunque no de la calidad del que hoy se consume con tanta profusión. Jamás hubieran creído los europeos de entonces que sus sucesores inmediatos y descendientes usarían algún día aquella planta como objeto de recreo, encontrando, según el dicho de todos los fumadores, un inefable placer en tragar y soltar humo al viento, as-

pirando el principio narcótico y venenoso que la ciencia ha descubierto y llamado *nicotina*. El tantas veces ya citado Padre Gumilla dice, hablando de esta planta, haber hecho la observación de que introduciendo tabaco en la boca de las culebras morían en seguida, lo cual no es una recomendación á favor de su bondad é inocencia.

Los españoles del tiempo de la Conquista contaban con admiración que los indios bravos iban por los bosques llevando en la boca un tizón encendido y echando humo. ¿Quién habría podido decirles entonces que aquel manojo de hierba seca sería un artículo de absoluta necesidad para muchos, y una señal de elegancia ir con un tizón de esa especie, más ó menos perfeccionado, entre los labios, por los salones, calles y paseos?

Lo cierto es que el tabaco, del que se contaban algunas especies diferentes, fué de tanto agrado para los españoles y después para todos los europeos, que no tardó en generalizarse su uso, empleándose de diversas maneras. Unos le fumaban arrollando una hoja seca, como los actuales cigarros; otros le picaban para fumarle en pipas, que llegaron á ser objeto de mucho lujo y valor, y muchos, mezclándole con azúcar, miel ó higos secos cocidos, formaban una pasta que masticaban con sumo placer, y finalmente, gran número de personas, en especial los frai-

les, ancianos de ambos sexos y sujetos consagrados á las vigilias y á los estudios, lo reducían á menudo polvo, que aromatizaban con algunas esencias y lo tomaban por las narices, diciendo que purgaba el cerebro de los malos humores, avivaba la inteligencia y neutralizaba los efectos de un pesado sueño. El tabaco preparado de este modo, y que se llamaba *rapé,* lo invadió todo y en todas partes se hallaba, así en las moradas del pobre como en los palacios de los Reyes. La caja de *rapé* era un objeto que llegó á hacerse de preciso uso; la mayor parte de las personas la llevaba consigo, haciendo las cajas de diferentes materias, según la posibilidad de cada uno, desde la tosca madera, hueso y asta, á las de oro y plata guarnecida de esmeraldas y diamantes y ornadas con preciosas miniaturas, como aún se ven en poder de algunos anticuarios y en los guardajoyas de los Monarcas y la antigua nobleza.

Cuando los Gobiernos advirtieron el considerable consumo que se hacía del tabaco y las ganancias que reportaba á los cultivadores, idearon apropiarse el exclusivo monopolio de la plantación, venta y manufactura de ella. Al efecto, prohibieron bajo severas penas á los particulares de América, islas Filipinas, Canarias y España, porque sabido es que el tabaco se da muy bien en los terrenos cálidos y templados, el dedicarse á su cultivo y venta; establecieron una

exquisita vigilancia y fiscalización para impedirlo, y plantando bajo la inspección oficial grandes terrenos por cuenta del Estado y estableciendo fábricas para la elaboración de la hoja recolectada, logró aumentar considerablemente las rentas de la Real Hacienda, á favor del odioso *estanco* del tabaco, que aún subsiste en este tiempo de civilización y adelanto, y que parecía destinado á destruir privilegios.

Sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos y vigilancia, los Gobiernos no pudieron estorbar que se les hiciese una competencia, ruinosa en ocasiones. Los contrabandistas introducían en la Península y otros países que se surtían de España, grandes cantidades de tabaco recolectado en Grecia, Turquía y Sicilia, que, aun cuando de tan buena calidad en sentir de los inteligentes, era mucho más barato.

Otra planta empezó también á cultivarse en América, más tarde, aunque también con gran éxito y aprovechamiento, y cuyo uso, que aún no ha decaído hoy, sino que va en progresivo aumento, casi iguala al del tabaco. Hablamos del *café*. Este precioso arbusto, oriundo de la Siria, donde se usaba por los orientales, aunque no de la manera que en Europa se consume, era totalmente desconocido en los países de Occidente y sólo por una casualidad llegó á vulgarizarse en ellos.

Los turcos, que á mediados del siglo XVII in-

vadieron con poderoso ejército la Europa, hasta llegar á poner estrecho sitio á Viena, estaban tan seguros de su triunfo y de pasar adelante con sus conquistas, que el Sultán llevaba consigo todas las dependencias de su palacio y hasta las odaliscas de su serrallo. Cuando el imprevisto socorro del Rey de Polonia, Juan Sobieski, les obligó á levantar el sitio y á pronunciarse en completa derrota, volviéndose en vergonzosa fuga á Constantinopla, dejaron abandonado el campo con un inmenso botín, del que se apoderaron y repartieron los vencedores. Entre los muchos objetos de valor que se encontraron en las tiendas, había una porción de sacos llenos de unos granos, cuya clase y uso nadie conocía. Un soldado que había estado en Turquía y visto cómo se preparaba el café, conoció lo que era, y viendo que nadie hacía mérito de aquel hallazgo, pidió que le adjudicasen los sacos, lo cual obtuvo sin dificultad. Llevólos á Viena, abrió un despacho para expender el café, que á fin de hacerle más agradable lo mezclaba con azúcar y leche, y lo expendía con el título de *bebida turca*. El público lo encontró tan de su gusto, que hacía un considerable consumo, y pronto se agotó la provisión cogida á los infieles. El especulador, alentado con la ganancia, hizo un viaje á Turquía para proporcionarse nuevo acopio, y lo mismo hicieron otros especuladores que descubrieron su secreto, abriéndose muy pronto varios despa-

chos de café en la capital de Austria y otras poblaciones importantes.

Pero los turcos, tan celosos de su café como de su opio, lo vendían de mala gana á los extranjeros, haciéndolo sólo por el cebo de la ganancia, obligándoles á pagarlo á subido precio, de lo que resultaba que la *bebida turca* salía demasiado cara en Europa y no era asequible sino á las personas ricas y bien acomodadas.

Algunos plantadores americanos, al tener noticia de esto, y considerando la semejanza del clima de la Siria con el de muchos departamentos de América, tentaron la aclimatación del café, y el ensayo fué tan rápido como satisfactorio, porque el privilegiado suelo del Nuevo Mundo todo lo admite y todo lo produce. En pocos años se recolectaron grandes cantidades de café de excelente calidad, aunque no tan superior como el de Moka en la Arabia, que siempre merecerá la preferencia.

El café se extendió rápidamente por toda Europa; se hizo la bebida favorita de la nobleza, luego de la clase media y últimamente del pueblo, y á mediados del siglo XVIII ya había en todas las capitales y poblaciones notables establecimientos públicos destinados al despacho exclusivo de café y de licores, donde acudía, como hoy sucede, aunque no á horas tan intempestivas, á pasar sus ratos de ocio la gente desocupada.

Sorprende verdaderamente que á los Gobiernos, al ver el extraordinario consumo que del café se hacía y el gran desarrollo de su producción, así en América como en las demás posesiones ultramarinas de España, no se les ocurriera estancarle como el tabaco, puesto que el consumo de aquel precioso grano supera al de los cigarros, pues el café le toman los niños y las mujeres que no fuman. Igual extrañeza causa que permanezca libre el cultivo de la caña dulce, del cacao, canela, *cacahuet* ó *mani,* similar del cacao, y la elaboración del chocolate, que ya conocían los indios bravos, aunque ellos le tomaban triturando las almendras y haciéndolas hervir en agua, bebiéndole como un tónico refrigerante y nutritivo. La golosina europea ideó más tarde mezclar el cacao tostado y molido con azúcar, canela y otras substancias agradables al paladar, de lo que resultó *la pasta de chocolate;* desayuno y refacción vespertina de los frailes, enfermos y personas delicadas, y que hoy le consume la casi generalidad de las gentes, aunque el precio fabulosamente barato á que se expende es causa de que se sorba, por lo común, un brebaje que de todo tiene menos de cacao, azúcar y canela, abundando, en cambio, el *cacahuet* tostado y molido, que es lo menos malo que puede tener, la melaza y la harina de bellotas y castañas.

Pero la extrañeza que hemos manifestado

sobre el antedicho particular, quizás no durará mucho tiempo. Acaso en día no muy lejano, alguno de los sabios hacendistas que hoy se usan, fije su atención en los rendimientos que proporcionaría á las rentas públicas el monopolio de la fabricación del chocolate y el cultivo del cacao y de los azúcares, y proceda á su estanco, como otras privilegiadas cabezas estancaron el aguardiente y los licores, la sal y hasta el bacalao. No desconfiemos; los hombres que últimamente han estancado los *humildes fósforos,* son capaces de estancar hasta el agua y el aire.

Al desarrollarse el cultivo de los supradichos artículos, hízose necesaria la concurrencia de una multitud de brazos. Ya hemos dicho que los españoles no gustaban del trabajo rudo de los campos, empleándose en él todo lo menos que podían. Los forzudos y sufridos asturianos, gallegos y montañeses, los activos vascongados y los industriosos catalanes, que, obligados por la necesidad, iban á las Indias á buscar medios de subsistencia, trabajaban algún tiempo con ardor por el afán de ganar dinero. Mas la influencia del enervante clima se dejaba sentir muy pronto sobre ellos; su actividad decaía, sus fuerzas les faltaban, y contando con algunos ahorros, hacíanse dueños de un pequeño predio y constituíanse en colonos ó plantadores.

Todo el peso del trabajo agrícola vino á cargar sobre la clase indígena del país. Los *enco-*

menderos de los pueblos, creados por la piadosa Reina Isabel, como en su lugar dijimos, para el amparo y protección de los indios, subsistieron por mucho tiempo, viniendo á ser, en vez de patronos, tiranos contratistas de trabajadores. Alquilaban á los colonos las cuadrillas de peones que solicitaban, cobrando los jornales de todos, quedándose con la mayor parte del dinero y dando á cada operario una pequeña cantidad, que apenas bastaba para atender á sus más perentorias necesidades, y mucho menos cuando tenían familia.

La raza americana era de débil constitución y de escasas fuerzas, y el sujetar á los individuos á un trabajo penoso y continuo, no podía menos de ocasionar fatales resultados. Con escasa alimentación, con malos vestidos, que apenas les resguardaban de los ardores del sol y de las lluvias torrenciales, los desgraciados indios caían pronto enfermos y morían á centenares, la mayor parte de las veces sin auxilio de ninguna especie.

Y á tamaño exceso de fatiga añadíase otro mayor. Hasta que los españoles importaron en América el ganado mular y caballar, que no tardó en propagarse, no había más animales de carga que los *pacos* ó *vicuñas,* cuadrúpedos de poca alzada y de escasas fuerzas, estimables por su carne y finísima lana, de que llegó á hacerse un excelente paño. Cada *paco* sólo podía

resistir un peso de 20 á 25 kilogramos, y para transportar á los almacenes y puertos las grandes cantidades de géneros, hacíase necesario un inmenso rebaño de aquellos animales, cuyo coste y manutención ascendían á una respetable cantidad. En vez de hacer este gasto, los colonos juzgaron más conveniente y económico emplear los pobres indios en el acarreo á largas distancias de pesados fardos, que, debilitando las fuerzas del individuo, iban produciendo lentamente su destrucción.

CAPITULO XVIII

Raza que se agota y raza que brota

Minas de plata explotadas por los Gobiernos de España.—Falta de operarios.—Crecidos jornales.—La *pepina*.—Trabajo obligado á los indios.—Cuadro triste.—Cambio de explotados.—La raza negra.—Su historia.—*Costa de los esclavos*.—Valor de un negro en venta.—Mujeres negras á América.—*Mulatos* ó *mestizos*.—Venus africanas. *Cuarterones*.—Mulatos célebres.—Negros esclavos en España.—Inglaterra, la esclavitud y la *trata*.—Buques negreros.—Independencia de las colonias inglesas.—Guerra entre *esclavistas* y *abolicionistas*.—*Abraham Lincoln*.—Las Cortes de Cádiz.—Abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico.

El Gobierno español, atento solo á acumular riquezas, no protegía nada con tanto interés como la explotación de las minas de plata, que parecían inagotables, y al efecto, estableció en las inmediaciones de ellas grandes departamentos para el lavado del mineral, fundición y afinación; llevando de España, sin reparar en los gastos, personas inteligentes y hábiles maestros en el ramo.

Sin embargo, para sacar el mineral de las entrañas de la tierra, ponerlo en la superficie y conducirle á las fábricas, hacía falta algo más que ingenieros y directores. Necesitábanse ope-

rarios, y éstos se encontraban con dificultad, á pesar de los crecidos jornales que se ofrecían. Todos saben, sin que nosotros lo expliquemos, lo penoso que es el trabajo de las minas, donde continuamente se halla expuesta la vida del operario, y donde, como sucede en las del azogue, se contraen enfermedades tan dolorosas é incurables, que inutilizan por completo al individuo. Así es que aun cuando en las minas de Méjico y el Perú daban á los trabajadores todas las semanas, además de un buen salario, la gratificación de la *pepina*, ó sea una espuerta de mineral limpio para que utilizasen su valor, se presentaban pocos en demanda de trabajo, porque podía más el temor del riesgo que el aliciente de la ganancia. Vista la carencia de brazos, y no debiendo quedar improductivo el codiciado metal, obligóse á los indios al trabajo personal en las minas por prestación, si bien remunerándolos debidamente.

Aunque el trabajo era duro y penoso en las faenas del campo para aquella raza débil é indolente, todavía resultaba soportable con el que se hacía en el centro de la tierra, sin aire respirable en las estrechas galerías, donde reinaba una atmósfera asfixiante, viciada por el nauseabundo humo de los hachones de esparto y pez, á cuyo vacilante resplandor se rompía á fuerza de pico la dura veta de la galena argentífera. Si hoy que los adelantos de la ciencia y de la in-

dustria han simplificado la penosa labor de las minas, produciendo aparatos en beneficio del obrero, nos causa horror ver lo s riesgos á que continuamente se halla expuesto, ¿qué espanto y lástima no causaría al alma sensible, contemplar á los trabajadores en aquel tiempo en que las labores se ejecutaban del modo más rudimentario y casi primitivo?

Figurémonos por un momento el cuadro que presentaban los conductores del metal arrancado para depositarle en la superficie de la tierra. Una larga fila de hombres, llevando á las espaldas un pesado fardo, subía por una insegura escala de cuerda, colgada en la boca de los pozos. Muchas veces, el que iba el primero, agobiado por el exceso de peso y falto de luz para ver dónde colocaba los pies, perdía el equilibrio, soltaba las manos y caía arrastrando á los demás en su descenso. Unos quedaban mal heridos y algunos muertos; pero esto nada importaba á los encargados de las minas. Las bajas se reponían y las obras continuaban.

Esta inicua explotación no podía menos de ocasionar lamentables resultados. Los repetidos casos fortuítos y exceso de trabajo, que producía mortíferas enfermedades, fué aniquilando de tal modo la raza indígena, que á poco más de un siglo después de la conquista, apenas existían otros individuos propiamente americanos de la clase popular, que los que se hallaban emplea-

dos en el servicio doméstico de los españoles y criollos en los grandes centros de población, y los indios bravos, habitantes de los bosques y selvas inaccesibles, que supieron por mucho tiempo conservar su independencia á cubierto de la tiranía de los explotadores.

Pero la codicia humana, siempre insaciable, y el infame derecho del fuerte sobre el débil é indefenso, pronto encontraron medios de reemplazar las generaciones trabajadoras que desaparecían. Los portugueses, que en sus descubrimientos en las Indias Orientales y en las islas y costas de Africa, encontraron establecida la esclavitud como en los antiguos tiempos históricos, fueron los primeros que introdujeron en América la raza negra, que por su robustez, por la costumbre de vivir en un clima ardiente, y más que todo, por su estúpida docilidad y mansedumbre, que les hacía considerarse como seres inferiores á los hombres blancos, eran muy á propósito para dedicarse con fruto á las rudas faenas agrícolas que en América se explotaban.

Los negros africanos, privados de toda idea de cultura y civilización, aunque no escasos de inteligencia, vivían en el estado de la Naturaleza, residiendo en agrupaciones más ó menos numerosas, en medio de sus espesos bosques, como animales de una clase superior, dotados de lenguaje, de instintos y de pasiones, y sin desconocer en absoluto el amor á la familia, y cierta

especie de respeto á sus superiores, tal vez por el instinto de conservación y el temor al castigo, como sucede con las bestias, lo cual les hizo más adelante estar subordinados al látigo del capataz. Sus necesidades eran muy escasas y su alimentación muy frugal por lo común. Cuando escaseaban en sus bosques las frutas y la caza, y faltaban los murciélagos, que eran para ellos, como aún hoy lo son, un manjar delicado, comían con deleite los sapos, lagartos y culebras y hasta los insectos más repugnantes. Los negros ribereños tenían asegurada una abundante subsistencia con la nauseabunda carne de los gigantescos hipopótamos, que, cortada en tiras y seca al sol, puede conservarse mucho tiempo.

Sin embargo, había, y aun hoy día hay otro manjar más apetecido de aquellos salvajes, y era la carne de sus semejantes. Casi todos los negros eran antropófagos, y de continuo los jefes y regulillos de sus varias tribus estaban haciéndose la guerra para cogerse mutuamente prisioneros, que sacrificaban y devoraban en sus horribles festines. Cuando los portugueses calcularon el partido que podían sacar del trabajo de los negros, entendiéronse con los jefes, y éstos, sin renunciar á sus aficiones gastronómicas, hiciéronse la guerra unos á otros con mayor frecuencia, para cazar jóvenes robustos que cambiaban por objetos europeos, que no poseían y que les eran muy preciosos, tales como ropas,

hachas, cuchillos, machetes, espejos, cascabeles y otras bujerías; tabaco, y sobre todo aguardiente, pernicioso licor de que siempre han hecho uso los europeos como de un cebo irresistible para adquirir la amistad de los pueblos salvajes, que se apasionan pronto de él y por el que suelen vender hasta sus mujeres y sus hijos.

La adquisición de esclavos negros no dejaba de ocasionar gastos á sus amos, pues tenían que vestirlos, aunque fuese muy ligeramente, siquiera por la decencia, y alimentarlos durante la travesía de Africa á América. El gasto, sin embargo, fué reproductivo; el negro es dócil al buen trato, aunque irascible si se le exaspera, en cuyo caso hay que emplear el mayor rigor para someterle, y como no carecen de inteligencia, aprenden con facilidad cuanto se les enseña con dulzura. Los primeros esclavos de los portugueses pronto aprendieron el idioma de sus amos; se hicieron á sus costumbres, se adaptaron al trabajo que de ellos se exigía, y fueron muy útiles en las plantaciones, donde, si bien llevaban una vida harto penosa, al menos tenían regular alimentación, alguna enseñanza, horas de recreo y descanso y estaban libres de los peligros á que continuamente se veían expuestos en sus selvas.

Cuando los plantadores americanos vieron el buen resultado que daba el trabajo de los negros en el cultivo del café, del tabaco, cacao y caña

dulce y en la fabricación del azúcar en los *ingenios* ó molinos que al efecto se montaron, quisieron tener negros á jornal, como habían hecho con los indios de los encomenderos. Pero sus amos se negaron á alquilarlos, porque los necesitaban para su servicio.

Entonces principió un tráfico odioso y repugnante bajo el punto de vista de la moral y de la religión cristiana y atentatorio á la libertad y dignidad del hombre. Multitud de especuladores de todos los pueblos de Europa que tenían intereses en América, acudieron al África en busca de esclavos. La demanda aumentó el precio; pero no faltó el género, porque los jefes, estimulados con la ganancia y bienestar que tenían, no esperaban á hacer prisioneros en los aduares limítrofes, sino que vendían sus propios vasallos y aun parientes, llevando pueblecillos enteros al mercado, donde todo se vendía ó cambiaba, excepto los hombres viejos y los inútiles. El punto de contratación se hizo tan notable que recibió un nombre, que aún subsiste, llamándose *Costa de los esclavos.*

Los portugueses, españoles, franceses, ingleses y holandeses, todos fueron en busca de negros para sus respectivas posesiones ultramarinas, y hasta en Europa había esclavos negros dedicados al servicio doméstico, y de los cuales disponían sus dueños como si fuesen animales y bienes muebles y no criaturas humanas.

El tráfico de carne humana era por demás lucrativo y dió origen á grandes fortunas, como la ha dado en nuestros días, á pesar de las prohibiciones de la *trata*. Un negro, transportado á América, que por todo gasto podría tener de coste 15 ó 20 pesos, era vendido á los plantadores por 150, 200 y últimamente hasta 500 y 1.000, según su edad, buena conformación y grado de robustez, ni más ni menos que se hace con un buen caballo ó una yegua de tiro.

Los dueños de los negros, á pesar del enorme capital que representaba el personal de una plantación, obtenían considerables beneficios. Además del producto que daba el trabajo del negro, quedaban en beneficio del amo los hijos que procreasen, pues como solamente se atendía al negocio material, pronto se importaron en América mujeres negras, que además de emplearse en varios trabajos ligeros y en las labores domésticas, servían para la reproducción de la especie, y como las negras son muy fecundas y los amos no cuidaban mucho de respetar la moral pública, ni de legitimar los enlaces, la población de color se aumentaba considerablemente.

Aún no se habían cumplido veinte años de la introducción de los negros en América, y ya se contaba una numerosa población de color y sucedíanse unas á otras las generaciones, que propiamente pudieran llamarse americanas; pues hablaban el idioma de sus amos, tenían las pro-

pias costumbres y aun algunas vislumbres de su religión y su cultura, sin conservar de la patria de su origen más recuerdo que el suministrado por las relaciones de sus mayores.

Del resultado de cruzamiento de blancos y negros, se constituyó una nueva clase de gentes de color, llamadas *mulatos* ó *mestizos,* cuya piel tenía un tinte parecido al del café con leche, y cuya clase produjo hermosos ejemplares, particularmente en el bello sexo, pues conocida es la perfección, exuberancia y belleza de las formas de las Venus africanas.

Estos mulatos, que eran libres ó esclavos, según el estado del padre ó la madre que los engendraba ó daba á luz, siguiendo el cruzamiento con blancos y llegando á la cuarta generación, que se llamaba de *cuarterones*, resultaban de piel tan blanca como los criollos y europeos, sin conocerse su primitivo origen más que por un círculo negro que rodeaba las uñas de los dedos de las manos.

Este capricho ó ley de la Naturaleza daba lugar á tristes espectáculos, como el de venderse, cambiarse ó alquilarse personas enteramente blancas, como si fueran animales. En la libre, culta y legal República norte americana, este triste espectáculo ha venido dándose hasta más allá de la mitad del presente siglo XIX.

Pero en las posesiones españolas, los mulatos eran libres por punto general. Dedicábanse á va-

rias ocupaciones y oficios y algunos adquirían pequeñas fortunas, y, contrayendo enlaces ventajosos, llegaban á adquirir cierta importancia. Los mulatos, andando el tiempo, formaron casi la totalidad de las Milicias americanas, que eran el ejército del país. Cuando la revolución borró las clases, categorías y distinciones, muchos hombres de color se distinguieron por su intrepidez y su talento, y llegaron á ocupar elevados puestos. Todos sabemos que uno de los últimos Presidentes de la República de Méjico, Benito Juárez, el vencedor del mal aconsejado Maximiliano de Austria, era mulato.

Mucho se ha hablado, escrito y perorado contra la esclavitud de los negros en sus diferentes manifestaciones, y aún no se ha dicho la última palabra, y mucho menos en el día, en que la trata de hombres reviste odiosos y lamentables caracteres en Marruecos, imperio casi fronterizo á España y Francia y en el centro y litorales de la aún no explorada Africa. El horror de este comercio, al que va unido otro mayor horror, cual es el de la antropofagia, conmovió el alma de la culta Europa, y á la voz del filántropo y piadoso Cardenal Lavigière, la Cruzada contra la esclavitud es un hecho que no dejará de producir admirables resultados.

Aparte de lo denigrante que es para la dignidad humana el tratar á seres racionales é inteligentes como cosas ó como objetos de otra

clase, sujetos á la contratación mercantil y á la compra-venta, la suerte del negro esclavo, en América, no fué tan dura y lamentable como la de los indígenas que se hallaban bajo el patronato de los *encomenderos*, y cuya situación ya dejamos ligeramente apuntada. El amo del negro, que le consideraba como una propiedad adquirida con el dinero, procuraba sacar de su trabajo todo el partido posible, pero no tenía interés en oprimirle y aniquilarle, como un labrador no tiene interés en destruir el ganado que labra sus campos. El dueño del negro le daba alimentación, vestido, alojamiento, instrucción muchas veces; le asistía en sus enfermedades y en multitud de casos le proporcionaba medios de adquirir su libertad. Si se ha hablado y ponderado la dureza de los castigos que algunas veces se les aplicaban, esto era debido al carácter díscolo é irascible de varios de los esclavos, y es un hecho que no debe admirar, porque con mucha frecuencia se observa entre hombres libres que se hallan sujetos á algún instituto ó Corporación donde reina una severa disciplina.

La esclavitud fué considerada por espacio de más de dos siglos como una institución legal, no sólo en las colonias, sino en las Metrópolis del continente, y había negros esclavos en Madrid, en Sevilla, en Valencia, en París, en Londres y en otra infinidad de puntos. Sólo á mediados del siglo XVII, cuando se empezaron á difundir las

ideas nuevas y á reconocerse los derechos del hombre, se principió á declamar contra la esclavitud, considerándola como un denigrante borrón de los pueblos cultos, primero en los libros y folletos, luego en los periódicos y por fin en los Parlamentos.

Inglaterra, la Nación que se jacta de ser la fiel guardadora de todas las libertades y de todos los derechos de la Humanidad, fué la primera que levantó en las Cámaras, por medio de los representantes del país, su voz contra la esclavitud. Pero, como Nación práctica y especuladora, al mismo tiempo que declamaba contra la mencionada esclavitud, la mantenía en sus colonias, bajo el pretexto de no perjudicar los intereses anteriormente creados. Para llegar á la completa abolición de la esclavitud, el Gobierno inglés se propuso impedir la *trata*, como se denominaba la venta de carne humana, y la introducción de negros en las colonias, y al efecto, se establecieron en los mares africanos *cruceros* ó buques vigilantes, los cuales tenían encargo de visitar las embarcaciones que se sospechase llevaran negros y caso de encontrarlos, los volvían á echar en sus costas, en lo cual no se sabe si los prestaban un favor ó les causaban un perjuicio; pues además del riesgo de volver á ser vendidos, corrían el de caer en manos de las hordas antropófagas, que los destinaban para servir de pasto en sus horrorosos festines.

Pero la codicia humana no renuncia de pronto á sus ganancias y mucho menos cuando son fáciles y considerables. La persecución de la *trata* dió lugar al escandaloso contrabando de hombres, como si fuesen mercaderías. La dificultad de obtener esclavos aumentó su precio, y esto hizo que muchos infames especuladores se dedicasen á la industria. Los buques negreros iban á cargar en las costas desiertas ú otros puntos convenidos entre los agentes de la *trata* y los cazadores de negros, y dando mil rodeos y vueltas para burlar la vigilancia de los cruceros, llevaban su género á los parroquianos que se le habían encargado, desembarcándolos furtivamente con mil ardides y estratagemas, neutralizando los acuerdos tomados por las Naciones cultas, convenidas en hacer que desapareciera aquella ignominia.

Diéronse casos de que los mismos encargados de vigilar sobre el cumplimiento de los tratados, cediendo al soborno y al estímulo de la recompensa, ayudasen á la contravención, haciendo la *vista gorda*, como vulgarmente se dice, y permitiendo pasar por medio de los cruceros, buques cargados de negros, que iban á desembarcar donde tenían por conveniente los cargadores.

De este modo se sostuvo la esclavitud con todas sus consecuencias y siempre en estado floreciente, muy en particular en las Antillas espa-

ñolas, durante setenta años del presente siglo. Para explotar esta inicua industria, había constituídas en España Compañías de capitalistas que suministraban los fondos á numerosos agentes, encargados de realizar los *negocios* en América.

Hombres públicos muy notables y hasta políticos que se consideran de gran talla existieron, á quienes la opinión pública, que raras veces se equivoca, señaló como *negreros*, y que se hicieron poderosos merced al infame tráfico.

Al verificar las colonias inglesas del Norte-América su emancipación de la metrópoli, á fines del siglo pasado, y al erigirse la hoy *Gran República,* lo hicieron en nombre de la *libertad* y ofreciendo protección, seguridad, igualdad de derechos y otras mil garantías á todas las clases sociales. Y sin embargo, no solamente no se abolió ni modificó la esclavitud, dejándola como estaba, sino que se hicieron leyes y reglamentos estrictivos y humillantes para los negros, considerándolos como seres inferiores á los blancos, negándoles, aunque fuesen libres, la calificación y los derechos de ciudadano. Esto excitó la justa indignación de los amantes de la Humanidad en un siglo y en un país que blasonan de justos y equitativos, y produjo reclamaciones, polémicas y agrias disputas en el Congreso, enconándose los ánimos hasta el caso de estallar la sangrienta y porfiada guerra de Estados contra Estados,

entre *esclavistas* y *abolicionistas*, que tuvo por término el triunfo de la razón y de la justicia, contra la iniquidad y la opresión, merced á los esfuerzos y energía del grande y humanitario Presidente *Abraham Lincoln*, muerto desgraciadamente en aras de su deber, y á manos de un asesino pagado por sus enemigos. ¡ Lincoln, nombre bendito que recordarán con inefable gratitud hasta en los tiempos más remotos, las generaciones de negros que le deben su independencia y su regeneración civil, política y social en Liberia y Monrovia!

Más consecuentes con los principios proclamados fueron las posesiones españolas del Sur América, al sacudir el yugo de los reyes de Castilla. Conforme se iban constituyendo los Estados independientes, la esclavitud quedaba abolida sin tregua, respetos ni condiciones. Diéronse, sin embargo, algunos casos, en que los esclavos, ya por la fuerza de la costumbre, ó ya por el buen trato que de sus amos recibían, rehusaron usar del derecho concedido por la revolución y prefirieron quedarse al lado de sus señores.

Las Cortes Constituyentes extraordinarias de Cádiz de 1810, no obstante el grande y profundo espíritu liberal que presidió á todos sus acuerdos, no abolieron tampoco la esclavitud en absoluto, limitando la abolición sólo al territorio de la Península, declarando que todos los esclavos que

quisieran hacer uso del derecho concedido por la ley, quedaban libres en el acto de aportar al mencionado territorio.

Emancipada completamente toda la América española, la esclavitud quedó limitada, como para vergonzosa muestra de este padrón de ignominia, á las islas de Cuba y Puerto Rico, protegida y amparada, siempre en contra del débil y el pequeño, por todos los Gobiernos que fatalmente han dominado nuestra infeliz Patria, desde el furibundo absolutismo, hasta los considerados como más liberales, y hasta por el efímero y ciego republicano.

La llamada **gloriosa Revolución de Septiembre de 1868**, aquella revolución que venía á *destruirlo todo* para *edificarlo de nuevo*, quiso y ofreció hacer algo para la abolición de la esclavitud, arrojándola de la última guarida que la quedaba. Pero el gran pensamiento, falseado como todos los de aquella época por los vividores y charlatanes políticos, no pasó de un simple conato, adornado de floridos discursos y de brillantes promesas. Decretóse, sí, la abolición en un principio; pero, por no chocar abiertamente con personas de influencia, algunas de ellas pertenecientes al Gobierno, y que poseían negros; por no lastimar derechos adquiridos y perjudicar grandes intereses, ¡siempre el mismo pretexto!... sin querer comprender que por mucho capital que representasen los esclavos emancipa-

dos, los *negreros* estaban suficientemente reintegrados con el producto de tantos años de trabajo y opresión, la libertad completa de los negros quedó aplazada, para irla realizando paulatinamente en época y plazos indeterminados, y manteniendo la esclavitud de una manera hipócrita y solapada, sustituyendo la palabra *patronato* á la de *dominio;* puesto que los esclavos permanecían al servicio de sus amos en las respectivas casas. ¡Absurdos intencionados y contradicciones especuladoras, muy propias de nuestro país, donde nunca se acabarán el agio, el compadrazgo, el privilegio y el abuso!

CAPÍTULO XIX

Los gérmenes del filibusterismo.

Indiferencia de los Gobiernos españoles respecto de nuestros dominios en América.—Leyes de Indias, vejatorias y denigrantes.—A estudiar á España.--Sistema monetario.—Impuesto al dinero de los indianos.—Ardides para esquivarlo.—Privilegios de los españoles. Nube de empleados.—Desheredación injusta, absurda é irritante de los súbditos americanos.—Compra por éstos de empleos públicos.—Montañas de oro y plata.—América fiadora de España.—*Bucaneros, flibusteros* y *piratas*.—Ardides de los piratas; sus atropellos y crímenes.

Ya indicamos ligeramente que los Gobiernos españoles nunca consideraron las posesiones americanas como una parte integrante de la Corona, ni á los naturales de aquellos dominios como ciudadanos acreedores á disfrutar los derechos y franquicias concedidos á los peninsulares. Desde que para atender con más desahogo é imdependencia al gobierno y desarrollo de los intereses públicos y particulares de los nuevos dominios se constituyó el Consejo privativo de Indias, este Supremo Tribunal fué creciendo cada día en importancia y atribuciones; pues aunque en las grandes circunscripciones existían las Chancillerías ó Audiencias á la usanza de

Castilla, las apelaciones, recursos de alzada y demás asuntos forenses que se relacionasen con los tramitados en América, tenían que substanciarse en definitiva en el Supremo Consejo de Indias, lo que producía frecuentes entorpecimientos, grandes gastos y dilaciones, todo en perjuicio de los interesados en cualquier pleito ó recurso de poca ó mucha importancia.

Aunque en el fondo revistiesen el mismo espíritu y tendencias que las leyes de la Península, se formó un cuerpo de leyes exclusivamente para las Indias, que tenían diferencias muy notables con las de la Metrópoli, como puede verse registrando la *Novísima Recopilación*. Algunas de estas leyes son tan opresivas y hasta tan denigrantes para los súbditos regidos por ellas, que sólo se concibe pudiera resistirlas y obedecerlas el genio indolente y el carácter apático de los americanos.

Los encargados de la administración de justicia, desde los Alcaldes y Oidores, hasta los Escribanos y aun simples Alguaciles, todos eran exclusivamente españoles, de nombramiento Real y enviados de la Península, á enriquecerse con los crecidos honorarios que satisfacían los clientes. Los Procuradores y Letrados Reales también eran españoles; pues hasta muy adelantado el tiempo, pocos eran los americanos que se dedicaban al estudio del Derecho, así como al de las demás ciencias, y aun esos pocos

tenían que pasar á las Universidades de España, á cursar los estudios y recibir sus grados y títulos.

Para aumento de gastos y dilaciones en el Consejo Supremo de Indias había, además de la infinidad de empleados, que todos cobraban derechos, Procuradores y Agentes de negocios exclusivamente para los asuntos incoados en los Tribunales de América, y de cuyos funcionarios habían de servirse por fuerza los litigantes, porque no se daba curso á ninguna instancia ó recurso que no viniera por su conducto. La obligación de tan inútiles funcionarios se reducía á echar firmas y cobrar dinero.

Una de las absurdas é inexplicables diferencias existentes entre España y sus colonias, era el sistema monetario. Parecía lo natural que formando aquellos dominios parte de la Monarquía, el signo de la contratación fuese igual en todas partes. Pero no sucedía así. Por fortuna, y para la mayor facilidad de la contabilidad, la moneda estaba unificada en las Indias, sin que tuviesen curso las diversas especies de distinto valor que circulaban en la Peninsula. La calderilla ó moneda de cobre no circulaba, como hasta hace muy poco sucedía; pero el peso fuerte sólo valía en aquellos dominios, fuese en plata ú oro ocho reales, en vez de los veinte que representa. De aquí resultaba que al desembarcar los que traían fondos en metálico, eran registrados es-

crupulosamente en los puertos, y sufrían la recogida de un 12 por 100 de las cantidades que aportaban, á fin de que no se utilizasen de las diferencias de valores.

Para eludir esta disposición, procurábase poner en práctica varios ingeniosos ardides, tales como ocultar las monedas de oro en el forro de las maletas ó en un doble fondo de las arcas y de los cofres, en los cinturones de las mujeres, ó bien forrando las piezas con telas para simular botones de los trajes. De este modo se introdujeron por el pronto grandes cantidades de numerario en España, hasta que la delación descubrió la estratagema y acabó con la industria, porque el registro se hacía con rigurosa escrupulosidad y detenimiento.

Lo que dijimos acerca del privilegio que disfrutaban los españoles para desempeñar los destinos judiciales, debe entenderse respecto de los demás cargos públicos. En América había una infinidad de empleados de todas clases y categorías civiles y militares, descollando en primer lugar los Virreyes de Méjico y del Perú, verdaderos soberanos de las Indias, los Capitanes generales de los distritos, Corregidores de las ciudades y Alcaldes de pueblos de menor importancia. Venían después los infinitos Oficiales Reales con distintas denominaciones, encargados de administrar la Real Hacienda en sus diferentes ramos; los Administradores, Ingenieros, vigilantes

y capataces de las minas, los empleados en los talleres de separación y fundición de los metales preciosos, los acuñadores de las fábricas de moneda y otra multitud de ocupaciones que sería molesto enumerar.

Y en esta nube de empleados que vivían sobre el país, difícilmente se encontraría uno que no fuese español, al menos en los cargos de alguna importancia. O se creía á los peninsulares de mejor condición ó de mayor capacidad é inteligencia, ó había un empeño decidido en protegerlos.

Los súbditos americanos estaban, pues, considerados como hijos desheredados de una madre común, sin opción ni derecho á las ventajas que sus demás hermanos disfrutaban, por la sola razón de no haber nacido en el hogar materno, lo cual, como se ve, era absurdo, injusto é irritante. Los americanos, propiamente dichos, estaban imposibilitados para obtener y desempeñar el más insignificante empleo civil, y sólo bastante tarde, cuando las preocupaciones fueron desapareciendo, los lazos de nacionalidad formándose y empezando á ejercer su poderosa influencia el dinero, rey del mundo, algunos jóvenes, hijos de familias ricas, aprovechando la costumbre de vender empleos militares en el ejército colonial, compraban á subido precio charreteras y hasta comandancias y coronelías, más por el deseo de figurar y lucirse, que por las utilida

des y adelantos que pudiesen obtener en su carrera.

España, ciertamente, sacó muchos é inmensos beneficios de sus posesiones ultramarinas durante los tres siglos que las poseyó en absoluto, y pudieran formarse verdaderas montañas de oro y plata con lo que de aquellos países se aportó á nuestra Patria, desconociéndose dónde pudo ir á parar, puesto que el precioso metal no se consume ni aniquila. Pero mucho fué también lo que estuvo perdiendo continuamente por su apatía, su abandono y su sistema de invariable malgobierno. La codiciosa Europa tenía siempre la vista fija en aquellos dominios, y no perdía ocasión de apoderarse de cuanto la era posible.

América era la fiadora obligada de España y la responsable al pago forzoso de deudas y gastos que la hacían contraer. En las prolongadas y ruinosas guerras que nuestra patria sostuvo por tantos años, mientras perdíamos nuestras fortalezas, nuestras plazas y hasta provincias enteras, y se destruían nuestros ejércitos, los buques de las escuadras reales de Francia é Inglaterra, con quienes, casi sin tregua, estábamos en lucha, y los de la poderosa República de Holanda, nuestra jurada enemiga desde los tiempos de Felipe II, y que aspiraba, como la Gran Bretaña, al absoluto dominio del líquido elemento, surcaban alternativamente y á su placer los mares americanos, apoderándose, casi sin resistencia,

de los buques que por ellos navegaban y de sus ricos cargamentos, que jamás devolvían aunque se hiciese la paz, ó bien asaltaban y saqueaban los indefensos puertos, imponiendo á los habitantes y al comercio fuertes contribuciones, ó posesionándose de las ricas y feraces islas que más excitaban su codicia.

Y cuando se ajustaba la paz, los enemigos triunfantes imponían entre las condiciones la cesión de las posesiones de que se habían apoderado y con las cuales se encontraban, sin más trabajo que haber entrado en ellas. Así perdió España la Jamaica, las Barbadas, las Bermudas, la Guadalupe, San Cristóbal y muchas otras, y por fin, la de Santo Domingo, entregada á Francia, y que debiera haberse conservado á toda costa, aunque sólo fuese por decoro nacional, y como un recuerdo glorioso del gran descubridor, puesto que fué una de las primeras donde plantó la bandera de Castilla, donde con el título de la *Hispaniola* fundó la metrópoli del nuevo hemisferio, y en donde descansaban sus cenizas, que fueron arrojadas de aquel suelo sagrado, aunque cubriéndolas de fastuosos é inútiles honores para trasladarlas á la Habana, en cuya Catedral han reposado hasta bien poco ha, aguardando la construcción del monumental sepulcro últimamente proyectado, y que, como en otro lugar dijimos, aún no se sabe el punto en que será erigido.

Y tras los buques de las escuadras reales que hacían la guerra periódicamente á nuestra patria, vinieron los corsarios de las Naciones enemigas, bandidos autorizados por sus Gobiernos para merodear por cuenta propia y robar lo que pudiesen. Y en los cortos intervalos de paz que se disfrutaban, empezaron á hacer sus correrías por aquellos mares los *bucaneros*, *filibusteros* y *piratas;* hombres que, puestos fuera de la ley en sus respectivos países, donde estaban en continua lucha con la sociedad, no podían ejercer su perniciosa industria en tierra, y se habían lanzado á practicarla en el extenso campo de los mares, refugiándose en algunas islas desiertas y abandonadas, donde tenían su arsenal y sus almacenes, y de donde salían á dar sus golpes de mano, algunos de ellos muy productivos, y en las cuales islas pasaban la accidentada y azarosa vida que con tanta verdad y maestría nos describen en sus obras Walter Scott y Fenimore Cooper.

Aunque había salteadores marítimos de todos los países, el mayor número eran ingleses y holandeses, como gentes muy acostumbradas á la navegación, habiendo entre ellos diestros y prácticos marinos y excelentes pilotos, tanto porque la mayor parte eran desertores de la marina nacional de sus respectivas patrias, como por la costumbre de estar continuamente en el mar, que había llegado á ser su verdadero ele-

mento. Ejercían su industria con tanta habilidad como disimulo y destreza y casi nunca erraban sus golpes.

Montando buques ligeros, casi siempre robados, y disfrazados de modo conveniente, tenían las apariencias de modestas naves mercantiles, aunque iban provistos de buen número de armas y de algunos cañones, que sólo aparecían en el momento de la lucha ó del abordaje. Huyendo frente á los buques de guerra de las Marinas Reales, que los perseguían y cuyo encuentro y choque evitaban merced á su ligereza y al conocimiento que tenían de los sitios por donde merodeaban, al divisar una nave cuya apariencia les indicase que podía ser embestida, izaban bandera igual á la que llevaba, á fin de inspirar confianza y que no huyese, y se dirigían á ella, hasta ponerse al habla. Si el buque era inferior en fuerzas á las que ellos tenían, le atacaban desde luego, mandándole detener á la vista de sus cañones, que sólo en este caso descubrían; pasaban á su bordo y lo registraban minuciosamente, robando todo lo que era útil y de algún valor, y gracias que respetasen la vida de la tripulación y pasajeros, pues no faltaban ocasiones en que los arrojaban todos al mar para que no les descubriesen, quedándose con la embarcación, si era mejor que la suya y podía convenirles.

Pero si el buque era más fuerte, entonces,

apelando al disimulo, fingían ser mercaderes y proponían la venta á bajísimos precios de los géneros y efectos que habían robado á los otros. Rara vez se despreciaba la proposición, porque siempre era ventajosa y todos salían ganando, quedando realizados muy buenos negocios.

No faltaban ocasiones en que los buques perseguidores capturaban á los piratas, á pesar de su cuidado y diligencia. En este caso, como los capitanes de aquéllos llevaban instrucciones terminantes y poderes amplios, ó ahorcaban á los salteadores sin juicio ni formalidad de ninguna especie, ó los conducían á Europa para que los juzgasen los Tribunales de los Almirantazgos, que por lo regular también los condenaban á muerte para público escarmiento.

La frecuencia de estos escandalosos robos, de que España resultó la principal víctima durante muchos años, fué causa de la formación de las *flotas,* como oportunamente dijimos. Pero los ladrones de mar no han desaparecido ni desaparecerán, como sucede con los de tierra.

CAPÍTULO XX

La providencia venga los excesos de los europeos.

Clima insano.—Enfermedades endémicas.—El *pasmo* ó *tétanos* y el *vómito negro, vómito prieto* ó *fiebre amarilla.*—Las *buas, bubas, mal francés, gálico, mal napolitano, mal venéreo* ó *sífilis.*—La *zarzaparrilla,* la *copaiba,* el *guayaco,* los *sándalos*.....—La *viruela.*

Los desmanes, atropellos, crímenes y excesos cometidos por los europeos en el Nuevo Mundo no podían quedar impunes, y el castigo fué providencial, vengándose inconscientemente la América de sus opresores. Aquel suelo privilegiado, donde se respira un ambiente primaveral, es mortífero para los europeos que no cuidan de tomar precauciones. Aquellos hermosos campos, donde brotan espontáneamente lindas flores de vivísimos matices que no tienen semejantes en Europa, ocultan bajo su bordado tapiz insectos repugnantes, incómodos y venenosos. La inmensa variedad de frutas tan gratas á la vista, tan gustosas al paladar, llevan en su dulce jugo el germen de varias enfermedades cuando se abusa de ellas sin medida, y por fin, en las sere-

nas y plácidas noches, donde tan espléndida se manifiesta la Naturaleza convidando al descanso, no es posible entregarse al sueño sin rodearse de precauciones y cuidados, porque los jejénes, los cínifes y mil géneros de mosquitos molestan y desvelan, y en varias localidades, el terrible vampiro, sanguinario murciélago de enorme tamaño, que acecha traidoramente al hombre dormido, halaga su sueño batiendo sus alas para proporcionarle un fresco ambiente, y cuando le juzga dominado de un grato sopor, le clava su agudo pico en las venas temporales, para extraerle la sangre, y con ella la vida.

Todos saben cuántos estragos han causado, y aun causan, entre los europeos las enfermedades endémicas del país, el *pasmo,* el *vómito negro* ó *fiebre amarilla,* terrible dolencia esta última que ha visitado algunas veces nuestros puertos, adquiriendo carácter epidémico y causando grandes estragos.

Pero los mayores castigos y venganzas de América no se hicieron aguardar mucho tiempo para caer sobre el continente europeo. Muy poco plazo había pasado desde el descubrimiento cuando apareció la terrible y desconocida enfermedad de la *sífilis* ó las *bubas,* como la llamaron los españoles, entre los ejércitos que guerreaban en Italia, inficionando á los soldados de las diversas nacionalidades que los componían, y cuya asquerosa enfermedad no tuvo al princi-

pio curación posible, por ignorarse su origen, esencialidad y medios de tratamiento, enfermedad que fué denominada *mal francés* ó *gálico* y *mal napolitano,* según se presentaba entre los franceses, italianos ó españoles.

Atribúyese la importación de tan funesta plaga á la llegada á un puerto de Italia de un buque procedente de América, cuya tripulación venía inficionada del *virus*. Éste se propagó con tal rapidez por todas partes, que un siglo después la Europa entera se halló plagada de él; el vicio sifilítico, infiltrándose en la sangre, fué transmitiéndose de generación en generación hasta llegar á nuestros días, sin que haya sido posible hacerle desaparecer totalmente.

No están conformes los sifiliógrafos, que tanto han escrito y discutido sobre este asunto, en que América haya sido la productora y transmisora del *mal venéreo,* llamado así para darle un nombre algo elegante y poético. Pero hay un dato que milita en favor de la opinión generalmente admitida, y es que en América se producen los agentes terapéuticos empleados, fuera del *mercurio,* para la curación por tratamiento vegetal de la mencionada dolencia. En efecto, sólo en América se producen los maravillosos depurativos de la sangre viciada, como la *zarzaparrilla,* el *copaiba,* el *guayaco,* los *sándalos* y otras resinas tan apreciables por sus buenos resultados, y que prueban la excelsa sabiduría del Autor de

la Naturaleza, que siempre coloca el remedio al lado de la enfermedad.

Otra enfermedad, tan terrible y acaso más funesta que la *sífilis,* debe la Europa á la América, enfermedad no conocida en los tiempos antiguos, que se presenta con diferentes caracteres, desde el benigno al mortífero, que se propaga por el contacto con los enfermos; que invade con frecuencia localidades enteras, devastándolas con pasmosa velocidad, y que no ha desaparecido aún, á pesar de conocerse y emplearse con éxito los tratamientos que la combaten, porque el terrible microbio que la produce no abandona fácilmente los sitios en que se desarrolla, y que si por algún tiempo parece amortiguado, cuando menos se espera vuelve á mostrarse con más intensidad, sin haber perdido nada en la forma ni en los efectos que ocasiona.

Creemos que nuestros lectores habrán comprendido hablamos de la viruela; esa espantosa plaga, que no perdona edad ni sexo; que ataca igualmente al pobre en su tugurio que al poderoso en su palacio, y que destruyó por dilatado espacio de años la belleza de la Humanidad, desfigurando la perfección de los semblantes, produciendo hasta la repugnancia, como aún hoy mismo se observa en muchos individuos, cuyos padres, por un criminal abandono, no les proporcionaron en su infancia el sencillo y poco

costoso antídoto preservativo que salva de la muerte y evita la deformidad: la vacuna.

Aunque fué una mera casualidad la que descubrió el mencionado preservativo en una época en que todo el mundo estaba sujeto á la terrible epidemia, al lado de la cual casi pasaba desapercibida la del horrible *bubón de Levante,* el claro y respetable nombre del sabio y profundo observador *Jenner*, que advirtió el fenómeno de la inoculación preservativa, se ha hecho digno, con justicia, de la gratitud de la Humanidad, que le considera como su regenerador y merecedor de los aplausos que se le tributan y de las estatuas que se le han erigido, por más que su descubrimiento no carezca de antagonistas, los cuales suponen que la vacuna quita la fortaleza á la sangre, debilita al individuo y hasta enerva sus facultades físicas é intelectuales.

Una de las pruebas de que la viruela es de procedencia americana, la suministra el pavo, importado en Europa, como queda expresado, por los Padres de la Compañía de Jesús. Todos sabemos que la mencionada ave tiene la cabeza y barbas cubiertas de unas vexículas granulosas, que contienen el germen varioloso, y que cuando se inflaman, fenómeno que no está sujeto á tiempo ni temperatura determinada, fluyen un humor, ó más bien un *pus* acre, espeso y pegajoso, que por el simple contacto comunica el contagio hasta lo infinito, lo que obliga á las autori-

dades, vigilantes de la salud pública, cuando se presentan tales casos, á disponer el completo aislamiento, y á prohibir la venta y consumo de las mencionadas aves, muchas veces en la época en que son más solicitadas por los aficionados á la gastronomía.

De todas maneras, y dejando á salvo las diferentes opiniones emitidas sobre el particular, y no declarándonos abiertamente por ninguna, si la *sífilis* y la *viruela* son procedentes del Nuevo Mundo, la venganza providencial, como hemos dicho, de aquel desgraciado país, respecto de la opresora Europa, no pudo ser más terrible ni completa.

CAPÍTULO XXI

Cómo se forma un pueblo grande y cómo empieza á morir un gran pueblo.

Apatía é indolencia obligadas de los americanos.—Wáshington y Franklin y su grande obra.—Luchas é independencia.—La Corte de Carlos IV.—*El Dos de Mayo.*—Los grandes hombres de esta epopeya.—Liberales y serviles.—Diputados americanos.—Nuevo Prometeo.—Regreso á España del Rey Fernando.—Traición del Rey.—País decadente y Rey cínico.—Historia y costumbres de Fernando VII.—Regreso á su país de los diputados americanos.—Indignación; conatos de independencia.—La revolución.—Estados autónomos.—Batalla de *Ayacucho.*—Tentativas de reconquista.—Abismo moral entre España y América.—Enemistad, odio, represalias y revoluciones.—Itúrbide y Maximiliano en Méjico.—Cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Comentarios.—Gloria imperecedera de Cristóbal Colón.—Conclusión.

El carácter apático é indolente de los americanos les acostumbró á la servidumbre, y de tal modo la sufrían, que aun cuando sentían el peso del yugo, no se atrevían á quitársele, viviendo con paciencia y tranquilidad, como los abyectos esclavos del Bajo Imperio.

El ejemplo de sus vecinos los norteamericanos no les enseñó ni les hizo salir de su postración. Menos motivos de queja tenían las Colonias inglesas para emanciparse del dominio de la Me-

trópoli, y, sin embargo, lo hicieron. Una simple cuestión de Hacienda, la imposición y cobranza de los tributos por un sistema distinto del acostumbrado, fué causa bastante para que los colonos y propietarios, al ver desatendidas sus reclamaciones, se pronunciaran contra la autoridad suprema, arrojaran del país al Gobernador y demás empleados de la Corona inglesa, y se constituyeran en República, bajo la dirección del honrado y virtuoso Jorge Wáshington y del sabio filósofo y político Benjamín Franklin, los cuales en muy poco tiempo organizaron el país bajo un sistema sencillo, económico y aceptable, y crearon un ejército y una marina bastante regular para hacer frente á su antigua dominadora, que ya enviaba á los dominios sublevados considerables fuerzas para sostener la lucha y procurar la sumisión.

Á la voz de sus resueltos y denodados Jefes, los colonos y propietarios se convirtieron en caudillos, y los obreros y trabajadores en soldados, sin más esperanza de lucro ni más deseo de gloria que el servicio y la salvación de la patria; y los almacenes y arsenales del Gobierno caído sirvieron para armar aquellas milicias populares, que luego habían de constituir un ejército formidable.

La naciente República impetró los socorros de las potencias de Europa enemigas de Inglaterra, que se había hecho odiosa á casi todos los

pueblos del antiguo Continente, por su rapacidad, sus raterías, su sed de mando y su soberbia, y, sobre todo, por su orgullosa pretensión de querer constituirse en señora y árbitra de todos los mares del globo.

La causa de los americanos fué simpática á todos los europeos, y de todas partes acudieron valiosos auxilios. Jóvenes militares entusiastas y amantes de la libertad y de los pueblos oprimidos, entre otros el Conde de Lafayette y varios Oficiales franceses, acudieron á tomar un sitio de honor en las filas de los combatientes, y el mismo Gobierno francés mandó á América un General con un pequeño ejército regular, que contribuyó no poco al éxito favorable de la lucha.

Ésta fué larga, obstinada y sangrienta. La Gran Bretaña no se resignaba fácilmente á perder aquellos dominios que constituían su mayor riqueza y que la habían dado su preponderancia en el globo, y enviaba sin cesar considerables fuerzas para dominar á los sublevados. Pero la razón, la justicia y el derecho triunfaron al fin, quedando consolidada la independencia de un pueblo nuevo, que en poco más de un siglo ha extendido sus antiguos territorios, adquirido casi todos los limítrofes, hecho los mayores adelantos en las ciencias, las artes, la agricultura, comercio y navegación, llegando al punto de bastarse á sí mismo sin ajeno auxilio y admirando

al mundo entero con su civilización, su cultura y su opulencia. ¡Brillante resultado á que no llegan nunca los pueblos abandonados, viciosos y cobardes!

La América española admiró aquel gran movimiento; pero nada más que con apática indiferencia, sin que la sedujese un ejemplo que al fin había de imitar. Mas, para llegar á tal resultado, al cabo de algunos años, fué preciso que ocurriese en la Península el gran trastorno político y hasta social de 1808.

Fué preciso que un audaz favorito, elevado desde el polvo hasta las más altas situaciones del Estado, después de hacer de la Corte del débil Carlos IV un centro de infamias, desórdenes y corrupción, después de convertir el Regio Palacio en un semillero de disensiones é intrigas domésticas, que al fin vinieron á hacerse políticas, llegando hasta el caso de armar el brazo parricida del Príncipe contra el Rey, lanzándole momentáneamente del trono, se convirtiese en un nuevo Conde D. Julián, pactando con el enemigo, abriéndole las puertas de la patria, y entregando sus mejores fortalezas á las tropas del tirano Napoleón, que bajo la capa de amistad las había introducido en España, de la cual hubo pensado hacer el más importante y rico feudo de su colosal y usurpado imperio.

En efecto: el traidor D. Manuel de Godoy, elevado á la dignidad de Príncipe de la Paz,

emparentado con los soberanos y reuniendo en su antes obscura persona los títulos, honores y dignidades más notables del Reino, desafiando las iras de un pueblo sorprendido ó vendido, y eludiendo su justa venganza y el merecido castigo, supo sacar de España á toda la Real Familia, que, engañada ó convenida, lo cual es aún un misterio histórico, siguió dócilmente sus indicaciones y fué á país extranjero á colocarse en manos del tirano opresor, que la retuvo en su poder á título de prisionera, haciéndola renunciar al Trono y la Corona, de la que dispuso, como patrimonio propio, colocándola en las sienes de otro francés, hermano suyo, creyendo que nada se opondría á la voluntad de quien oprimía á la Europa entera bajo el férreo yugo de su espada, y figurándose que los altivos españoles se postrarían sumisos ante las plantas de un Rey intruso y advenedizo.

En cuanto al traidor, móvil de semejantes desafueros, obtuvo el premio que al fin suelen alcanzar todos los traidores: el desprecio y el olvido.

Pero el pueblo español no sufrió con calma el ultraje que se le hacía, y, aunque abandonado á sus propios recursos, se dispuso á luchar con el soberbio Nembrot, que con una leve señal podía cubrir de soldados el suelo de la Península. El pueblo de Madrid, sin jefes ni dirección y casi sin armas, táctica, ni disciplina, inició la lucha

contra las huestes del tirano, lanzando el grito de venganza el inolvidable día *Dos de Mayo*, aunque cayendo gloriosamente en el campo del honor, ante la fuerza superior y la pericia de los invasores, y el obscuro Alcalde de un pequeño pueblo inmediato á Madrid declaró solemnemente la guerra *al gran Napoleón*, que se jactaba de que las mayores capitales de Europa no se habían atrevido á resistirle, postrándose con humildad ante su vista, y franqueándole con sumisión sus puertas para que se dignase esclavizarlas.

La concisa proclama del *Alcalde de Móstoles*, extendiéndose por toda la Península con la rapidez del relámpago, produjo el efecto deseado. Hombres dignos, de los que ya no se encuentran ejemplos, llenos de virtudes, ardor y patriotismo verdadero, organizaron en todas las provincias Juntas de ataque y defensa, levantaron ejércitos de voluntarios, unidos á los escasos restos de tropas regulares que había dejado el mal aconsejado Gobierno anterior: buscaron recursos de todas clases para sostener á los soldados; diéronse batallas con mayor ó menor éxito, y aún no se había cumplido un año desde que se iniciara la lucha, y España contaba con un Gobierno regularmente constituído, que extendía su acción á todas las Juntas establecidas en el territorio libre de enemigos; gobernaba el país en nombre de *Fernando VII*, supuesto cautivo opri-

mido en Francia, cuando en realidad estaba pasando cómoda y regalada vida, *felicitando* al Emperador cuando alcanzaba alguna victoria sobre los españoles; y un Gobierno, en fin, que dirigía con bastante acierto todos los negocios públicos y que llegaba hasta firmar tratados de alianza con algunas potencias interesadas en abatir el poderío del usurpador y execrado Bonaparte.

El Gobierno, encerrado en los muros de la pequeña, pero fuerte plaza de Cádiz, de la que no logró apoderarse el enemigo, á pesar del obstinado sitio que la puso, no solamente dirigía, como hemos dicho, todos los asuntos militares y económicos, sino que también legislaba. Los hombres eminentes de aquella época, cuyo glorioso recuerdo conserva con respeto la Historia, comprendieron que España no podía ni debía permanecer estacionada en medio del movimiento progresivo que por doquier empezaba á dominar, y trataron de organizar la Nación bajo nuevas formas, y al efecto, convocaron las primeras *Cortes Constituyentes españolas,* Cuerpo legislativo que nada tenía de semejanza con nuestros antiguos Estamentos y que más bien estaba formado al estilo de los Parlamentos ingleses y de la Asamblea Nacional francesa, lo cual no disminuyó en nada su mérito y su utilidad.

Á estas Cortes concurrieron los Diputados de todas las ciudades y pueblos de alguna impor-

tancia de España, todos animados del mejor deseo de consagrarse á labrar la felicidad y el sosiego del agitado país. No faltaron, por desgracia, en aquella digna Corporación, genios díscolos y atrabiliarios, llenos de rancias preocupaciones y enemigos de toda clase de novedades, que habían de hacer una oposición sistemática de todo cuanto se propusiera y que no estuviese conforme con sus ideas, hombres que habían de influir fatalmente en el resultado de la *grande obra.* Aquellos tercos oposicionistas fueron origen de los partidos políticos que, reducidos entonces únicamente á los llamados *liberal* y *servil,* fueron después multiplicándose hasta lo infinito, llegando al estado en que hoy los vemos, y en el cual tan difícil es su clasificación y nomenclatura.

La América, que había contribuído con cuantiosos donativos al sostenimiento de la guerra peninsular, no quedó olvidada ni postergada como hasta entonces. El Gobierno, justo y reparador, no hizo distinciones entre los ciudadanos españoles, reconociéndoles iguales derechos, y llamó los americanos á la representación nacional, á la que acudieron Diputados de todas las grandes circunscripciones, entre los cuales se distinguieron dignísimos varones por su ilustración y su patriotismo, que contribuyeron á formular las salvadoras medidas tomadas en aquellas Cortes y á redactar el inmortal *Código*

de 1812, modelo de Constituciones democráticas, y obra que no han podido copiar los políticos modernos y contemporáneos, los cuales no han hecho más que representar ridículas parodias al pretender imitarla.

La guerra terminó gloriosamente para España, cuando la Europa, avergonzada de haber sido por tantos años el juguete de un tirano, se coligó en contra suya para aniquilarle. La débil y empobrecida Iberia, abandonada á sus propios recursos, fué el grano de arena que, interponiéndose entre las ruedas de la carroza triunfal del coloso, detuvo su victoriosa marcha. Cayó el nuevo Nabuco en poder de sus adversarios, que le hicieron pagar su ambición y sus crímenes, sujetándole como al antiguo Prometeo al desierto peñón de Santa Elena, donde por espacio de seis años estuvo royéndole las entrañas el remordimiento del pasado y la triste idea de la grandeza perdida.

Volvió á España el supuesto cautivo Fernando VII á ocupar el trono reconquistado por el esfuerzo y lealtad de sus alucinados defensores. Pero tanta sangre vertida, tantos sacrificios hechos, tanta abnegación y patriotismo, fueron pagados con las más viles ingratitudes. Apenas el Monarca puso el pie en el territorio español, para la desgracia de sus habitantes, acogió favorablemente la representación que le dirigió el elemento reaccionario de las Cortes, formado

de 70 Diputados llamados *los Persas,* porque en dicha representación citaban una costumbre de aquel antiguo Imperio. Secundada esta representación por el traidor General Elío, que se puso en Valencia con las tropas que mandaba á las órdenes del Rey, para que las emplease como tuviera por conveniente, prodújose en breves días la más espantosa é inesperada de todas las reacciones.

El Rey, á pesar de las ofertas y seguridades que había dado á la Nación, declaróse absoluto; anuló la Constitución, disolvió *ab irato* las Cortes, y por simple decreto volvieron las cosas al ser y estado que tenían en el mes de Marzo de 1808. Todos los funcionarios públicos civiles y militares, conocidos por sus ideas liberales, fueron depuestos de sus destinos y perseguidos. Los Ministros y Diputados de la Constitución, que no procuraron buscar un asilo seguro en los países extranjeros, fueron detenidos inquisitorialmente, sin formación de causa y deportados á las islas próximas al Continente para mejor vigilarles, ó como viles criminales, sepultados en los presidios de África, donde permanecieron hasta 1820.

Estableciose en Palacio la infame *camarilla,* que quedó como proverbio, presidida por el Rey y formada de lo más estúpido y abyecto que había en el bando clerical y absolutista, y en la cual camarilla se tomaban las disposiciones y acuerdos más ridículos, absurdos y perjudicia-

les. La infame *policía secreta,* desconocida hasta entonces en España, apareció sobre la escena, y sus esbirros pagados llevaron la intranquilidad al seno de las familias, porque sus delaciones, fundadas muchas veces en el odio ó la mala voluntad, eran atendidas y pagadas.

El *terror blanco,* mil veces peor que el *rojo,* imperaba por doquiera. El disgusto y malestar eran generales, y nadie estaba satisfecho más que los interesados en que siguiera aquel anómalo estado. Descubriéronse en Madrid y en otros puntos de España varias conspiraciones, falsas ó verdaderas, y muchos nobles y honrados patriotas pagaron en afrentosos suplicios el delito de haber sido liberales.

El orden público y la seguridad personal puede decirse que no existían en España. Después de tantos años de guerra y de trastorno, las gentes de mal vivir y los que no tenían trabajo ni medios de subsistencia, campaban por su respeto, para vivir á costa ajena. Los caminos estaban plagados de cuadrillas de ladrones, que las autoridades no podían perseguir ni exterminar, y en las grandes poblaciones y en la misma capital de la Monarquía cometíanse, casi á diario, robos y otros delitos, que quedaban, por lo regular, ocultos y sin castigo.

Y en medio de aquella Nación miserable y degradada por su mal Gobierno, que marchaba con un siglo de atraso á la zaga de Europa; que ape-

nas tenía industria ni comercio; con una agricultura decadente y descuidada; que no contaba más que con un escaso y mal organizado Ejército, desatendido y mal contento; cuya Marina Real consistía en algunos malos buques de madera, que se pudrían en los puertos ó en los desiertos arsenales, y cuyo presupuesto de ingresos, cobrados con la mayor irregularidad, apenas bastaba á cubrir los más indispensables gastos; el joven Rey se divertía á su modo, y cuando carecía de dinero para sus vergonzosos pasatiempos, no tenía reparo en vender los destinos públicos, tratando él mismo con los pretendientes, sin valerse de intermediarios.

De nuestros mayores hemos oído algunos rasgos que retratan el carácter de aquel Rey cínico, solapado, de mala intención y de aviesas condiciones, aunque no carecía de inteligencia y penetración para emplearlas en causar el mal. En todo el transcurso de su fatal reinado consta que llevase á cabo ninguna acción noble, leal y generosa, y falso, traidor y disimulado, faltaba á sus promesas con la misma facilidad que las hacía. Respecto á sus instintos bajos y soeces y á sus costumbres privadas, baste decir que gustaba de acompañarse y alternar con las personas pertenecientes á la hez de la sociedad, entre ellas el favorito *Duque de Alagón*, Capitán de sus guardias, hombre que por gozar sin interrupción del aprecio y favor del Monarca, se conver-

tía en agente de malos negocios y en corredor de ilícitos asuntos; el despreciable *Chamorro,* que había vendido agua con un botijo á la puerta de Palacio, y que por una ridícula bufonada se había granjeado la amistad de D. Fernando cuando marchaba á su *divertido cautiverio de Francia,* y el Jefe de los esbirros y delatores de la infame policía secreta, *Regato,* encargado de vigilar las casas de los notados de liberales, con objeto de ir á allanarlas por la noche y sacar provisión para la horca. Con estos *distinguidos personajes* solía verse al Rey de España, que dejando en el Palacio la dignidad y la vergüenza, salía por las noches de *incógnito,* aunque por su marcada personalidad era muy difícil conservarle, é íbase á frecuentar los *lupanares* y otros centros parecidos, albergue de perdidas mujerzuelas, y hasta las tabernas de los barrios bajos, donde su *Real Majestad* se complacía en obsequiar con algunas copas de vino á los fieles vasallos que encontraba en ellas.

Semejantes escándalos é ignominias no podían permanecer ocultos, y sabíanse en todas partes, así en Europa como fuera de ella. Los Diputados americanos que habían salido fugados ó proscriptos de España, hallaron sus respectivos distritos bastante agitados y descontentos y recelosos del porvenir. Su temor é indignación subieron de punto al oir la narración que les hicieron sus representantes, como testigos fieles

de los sucesos ocurridos en España, y de la marcha que seguía el estúpido Gobierno absolutista, en quien había depositado su omnímoda confianza, el *agradecido Rey, libertado de la penosa esclavitud de los franceses.*

Entonces comprendieron que si habían vivido tantos años oprimidos bajo el peso de un despotismo sistemático autorizado por el uso y al cual ya se habían acostumbrado, la espantosa reacción desarrollada en la Península les auguraba otro despotismo más insoportable y una esclavitud peor que la de los negros, y determinaron no aguantar tamaña bajeza y degradación, y volvieron sus ojos hacia sus vecinos del Norte, cuyo estado era cada vez más floreciente, y cuyo ejemplo se propusieron imitar.

Sin embargo, la iniciativa no partió, en honor de la verdad, de los mismos americanos. Ya sabemos cuánto envidiaban las Naciones extranjeras las ricas posesiones del Nuevo Mundo, de las que aún podía sacarse mayor partido del que sacaba España. La revolución y guerra de la Península las dejaba en un total abandono, á merced de la explotación de los Virreyes y Gobernadores, á quienes nadie les pedía cuentas por el pronto, y los extranjeros comprendieron que emancipados aquellos dominios, sería muy fácil adquirir en ellos una poderosa influencia para introducir con pocos gastos y sin ningunas trabas ni gravámenes los artículos de su indus-

tria, realizando pingües ganancias, al mismo tiempo que dejaban completamente arruinado el comercio de los españoles.

El terreno estaba bien preparado y dispuesto para recibir la semilla, y numerosos agentes, con especialidad ingleses, aliados de España, á quien auxiliaban con tropas, armas, municiones y dinero para hacer la guerra á los franceses, recorrían las principales poblaciones, sembrando ideas de emancipación, que no eran del todo desatendidas, aunque el carácter, como hemos dicho, apático é indolente de los americanos, retrasara bastante ponerlas en ejecución.

El principal argumento que presentaban era la conveniencia de gobernarse por sí mismos, sin extraña dependencia, como sus vecinos del Norte, cuya prosperidad aumentaba de día en día; cualquiera que fuese el resultado de la guerra de la Independencia entablada en España, América siempre saldría perdiendo. Si triunfaba Fernando VII, lo cual era aún muy problemático, el antiguo despotismo tornaría á ejercer su pernicioso influjo, y si vencía Napoleón, el colosal tirano que casi dominaba toda la Europa, dominaría también en América, puesto que su hermano José, el intruso Rey colocado por él en el trono de Iberia, se titulaba *Rey de las Indias*, y entonces la paz y la libertad del mundo quedaban totalmente á su arbitrio.

El odio que los españoles profesaban á los

franceses fué una de las causas que movieron á los hispano-americanos á meditar sobre el porvenir, en el caso probable de triunfar los invasores de la patria. Algunos jóvenes de ardiente corazón y de brillantes esperanzas acogieron con entusiasmo la idea de ser los libertadores del suelo en que habían nacido, comprendiendo no eran descabellados ni impracticables los consejos que recibían. Formáronse multitud de sociedades secretas que hicieron activa y fructuosa propaganda; lograron numerosos prosélitos y allegaron para los gastos cuantiosas sumas procedentes de suscripciones y donativos de los poderosos. Los primeros síntomas y chispazos de la revolución se manifestaron ya en el año de 1811, y las autoridades tuvieron bastante que hacer para evitar, por el pronto, que estallase el general movimiento.

Pero la llegada de los Diputados de las Constituyentes de Cádiz, prófugos y proscriptos, produjo el desenlace. El grito de emancipación fué lanzado en diversos puntos, donde había escasa ó ninguna fuerza militar. Las autoridades fueron depuestas y lanzadas del territorio; constituyéronse Juntas de Gobierno, que asumieron el supremo poder, incautándose de los caudales públicos y de todas las pertenencias de la Real Hacienda española; organizaron la fuerza armada bajo las bases de las milicias populares, que llegaron á ser muy pronto aguerridos tercios, y

formáronse Estatutos ó Constituciones para el gobierno de los Estados, siendo la primera medida que se tomó en todas partes la abolición de la esclavitud.

La influencia extranjera no fué extraña á estos movimientos, si bien no ostensiblemente, al menos facilitando ayuda y consejos, que bien los necesitaba aquella gente nueva, poco acostumbrada al manejo de los asuntos políticos, casi desconocidos para la generalidad.

La revolución fué rápida; pero no concreta ni uniforme, sino que cada localidad, más ó menos importante, se pronunció y constituyó á su vez, tomando la denominación que la pareció más conveniente. Sin embargo, en pocos meses ya no quedaban en la obediencia de España más que los grandes Estados de Méjico, Perú y Chile, aunque también minados por las ideas revolucionarias, y cuyos Virreyes y Gobernadores, imposibilitados de tomar la iniciativa por falta de elementos, se limitaron á permanecer en expectación y á conservar el orden, ínterin llegaban las fuerzas y socorros pedidos á España.

El gran error y la transcendental falta de la revolución americana fué el modo de llevarla á cabo. En vez de formar una vasta federación de todos los Estados, unidos en solemne *pacto,* para la común defensa, como habían hecho los del Norte, cada gran circunscripción se constituyó en un Estado completamente autónomo é inde-

pendiente, con su Gobierno propio, si bien todos bajo la forma republicana, con leyes diversas, aunque parecidas, y con fronteras marcadas, lo cual hacía que multitud de pueblos que hablaban un mismo idioma, profesaban igual religión, tenían idénticas costumbres y llevaban los mismos apellidos, procediendo tal vez de la misma rama, viviesen totalmente separados y llegaran á considerarse como extranjeros en la patria común.

La ambición, el ansia del mando y el afán de figurar y distinguirse los que contaban con algunas dotes de instrucción y capacidad, fueron causa de aquella impolítica medida. Ella produjo odios, rivalidades, motines y repetidos cambios de Jefes del Estado en el interior, y frecuentes guerras en el exterior con los dominios comarcanos, inaugurándose la larga serie de revoluciones y disturbios ocurridos en el presente siglo, tan parecidos á los que hemos presenciado en España, como si por una fatal coincidencia hubiéramos legado á nuestros hermanos de allende los mares nuestro genio díscolo, voluntarioso é inconstante.

La lentitud con que se obró la evolución revolucionaria de los diversos Estados americanos, la falta de uniformidad en los pronunciamientos, las dificultades que á cada paso se presentaban y el desacuerdo de los jefes, pudieron muy bien inutilizar el movimiento. Si el Gobierno español

contara con más elementos, hubiera desplegado mayor energía y actividad, y sabido aprovecharse de los errores de los revolucionarios, tal vez consiguiera desbaratar sus planes. Pero tardó mucho tiempo en tomar medidas que requerían prontitud y actividad, y cuando el ejército expedicionario enviado para sofocar la sublevación, llegó á las playas americanas, los independientes contaban con sobradas fuerzas para rechazar á los invasores.

Verdad es que el Gobierno de Fernando VII no pudo hacer más de lo que hizo, atendida su debilidad, su errada marcha política y su escasez de hombres y dinero, hallándose, por otra parte, en el apurado caso de no poder sacar de la Península mucha fuerza armada, á causa del estado de efervescencia y sorda agitación en que la misma España se encontraba. No obstante, reunió con la mayor premura algunos miles de soldados, que fueron mandados á América con el pomposo título de *ejército expedicionario*, el cual tardó bastante tiempo en llegar á su destino, tras larga y penosa navegación verificada en malos buques de vela.

Las tropas iban de muy mala gana al combate, y únicamente obedeciendo á las órdenes del honor y de la disciplina, porque el ejército español de aquella época estaba impregnado del espíritu liberal y se le resistía ir á pelear contra sus ideales. Así es que, aunque no desmintió en

los campos del Nuevo Mundo su proverbial bravura, peleaba sin entusiasmo, sin ardor, y tan sólo por no incurrir en la nota de cobardía. Los insurrectos llevaron siempre la mejor parte en la lid, porque combatían en su terreno y por la conquista de su independencia. El pabellón español quedó arrollado varias veces, aunque no con vergonzosa ignominia. Un nuevo cuerpo expedicionario, reunido en la Península con gran trabajo y dispendios, se negó á marchar á las playas americanas, sublevándose cuando ya estaba próximo á embarcarse, produciendo la revolución y cambio político de 1820. Por fin, la decisiva batalla de *Ayacucho* puso término á la dominación española en el continente americano. Los Virreyes y todas las autoridades y funcionarios dependientes suyos, fueron arrojados de Méjico y del Perú, con las escasas fuerzas que componían el ejército de ocupación, trasladándose á la isla de Cuba y seguidamente á España.

Así acabó para siempre la dominación de Iberia en aquellos hermosos países, después de haberlos poseído y explotado por casi tres siglos y medio, dando un triste ejemplo de lo difícil y expuesto que es gobernar y conservar grandes dominios muy apartados de la Metrópoli, sobre todo cuando sólo se procura sacar de ellos todo el mayor producto posible, oprimiendo y explotando á sus habitantes, imponiéndoles deberes y negándoles derechos. El Gobierno español se

negó por muchísimos años, como es de suponer, á reconocer la independencia de los pueblos emancipados; aunque, considerándolos siempre como propiedad suya, aún hizo en varias ocasiones algunas tentativas para recobrarlos, pero todas fueron inútiles é infructuosas.

Por más que los Reyes de España no conservaron en América otras posesiones que las islas de Cuba y Puerto Rico, bastante turbulentas, sordamente agitadas y propensas á las sublevaciones que han estallado algunas veces, aún continuaron encabezando sus Cartas Reales, Provisiones y demás documentos públicos con el pomposo título de *Reyes de las Indias*, con el mismo derecho que se titulaban Reyes de Chipre, de Cerdeña y Jerusalén.

El resultado de aquella emancipación fué abrir entre España y sus antiguas colonias en el terreno moral un abismo más insondable que el que separa los dos hemisferios; enconar los inveterados odios, no sólo hasta el extremo de aborrecerse los que debieran considerarse como hermanos, sino tratarse como mortales enemigos; romper en absoluto toda clase de relaciones, no sólo políticas y comerciales, sino también las particulares y amistosas que ligaban á peninsulares y americanos, y llegar hasta el caso de negar la entrada en los puertos á los buques mercantes de nuestra patria, de cuya disposición de ánimo se aprovecharon hábilmente los ex-

tranjeros para ocupar aquellos dilatados, ricos y feraces territorios, llevando á todas partes su influencia con la industria y el comercio.

Sólo al cabo de algunos años, cuando España, convencida de su debilidad y trabajada por sus discordias intestinas y por la guerra de los partidos, dejó de pensar en la quimérica idea de la reconquista, fué cuando empezó á ceder poco á poco la tirantez de relaciones. Volviéronse á entablar negocios mercantiles y á proporcionar trabajo á la multitud de emigrantes que no podían subsistir en la Península. La ley de las represalias fué entonces un hecho, aunque inconsciente. Los americanos fueron los señores, y los peninsulares se hallaron sujetos á su voluntad, debiéndoles sus favores y trabajando para ellos, pero sin mediar confraternidad, ni franqueza, ni cariño.

La emancipación de la América dió á sus naturales la independencia y la autonomía, pero no la felicidad y el sosiego que tan necesarios son para el desarrollo y aprovechamiento de los elementos de prosperidad y riqueza de las Naciones. La división y subdivisión de aquellos pueblos, que poseyendo una unidad se habían constituído en diferentes y hasta extraños, aliados unas veces, separados otras, y nunca conformes, produjo rivalidades, disputas y guerras de los Estados y revoluciones en el interior, algunas de ellas muy sangrientas; revoluciones que

hemos visto sucederse sin interrupción hasta estos últimos años.

Aunque todos los Estados adoptaron para su Gobierno la forma republicana, no faltó algún iluso que, cegado por los resabios monárquicos, tratara de poner aquellos principios en práctica. El coronel D. Agustín Itúrbide, aprovechando la ocasión de encontrarse Méjico desguarnecido, trató y consiguió dar un golpe de Estado y proclamó el Imperio, coronándose á sí propio, y se sentó en un trono fundado sobre el débil fundamento de las bayonetas de unos cuantos soldados, pero que él conceptuó muy seguro y duradero. Mas el desengaño no tardó en llegar y el desenlace no pudo ser más desastroso. El pueblo y el ejército odiaban la Monarquía; cargaron sobre el intruso usurpador, destruyendo en pocos días su efímero Imperio, prendiéndole y sometiéndole á un Consejo de Guerra, que le condenó á ser pasado por las armas; suerte que debía experimentar más tarde otro desgraciado iluso, el mal aconsejado Príncipe Maximiliano de Austria.

*
* *

La ponderada celebración del *cuarto centenario* del descubrimiento del Nuevo Mundo despertó un entusiasmo general en ambos Continentes, disponiéndose todos los pueblos, en parti-

cular los americanos, así del Sur como del Norte, á celebrar aquel gran acontecimiento—cuya gloria corresponde en primer término á España—con la mayor ostentación y brillo, presentando maravillas y novedades nunca vistas.

En cuanto á la parte política y moral, la celebración del centenario hizo concebir risueñas esperanzas respecto al porvenir de los pueblos de origen y derivación española. Creyóse buenamente por algunos optimistas que los *grandes festivales* iban á ser el lazo de unión entre los españoles de aquende y allende los mares, y que, aunque no volvieran á ser lo que fueron, al menos se acortarían las distancias, se extinguirían los restos de antiguas prevenciones, y se prestarían mutuo auxilio y socorros en caso de necesidad, cual corresponde á pueblos que se titulan hermanos.

Pero de tantas y tan gratas esperanzas sólo hemos visto hasta ahora muestras de simpatía, corteses deferencias y amistosas protestas por una y otra parte. Tal vez algún día suceda lo que los optimistas se figuran. Pero creemos que esto tardará mucho tiempo en realizarse. Los accesos de entusiasmo pasan pronto, al paso que las prevenciones y enemistades de los pueblos tardan mucho en disiparse.

Y que el férvido entusiasmo pasa brevemente, sucediéndole la glacial indiferencia, lo hemos visto en España, al celebrarse las fiestas

tan pomposamente anunciadas con muchos meses de antelación, y esperadas por todos con la mayor ansiedad. Se consumieron bastantes miles de duros en promover viajes de los personajes oficiales y de los protegidos de la fortuna á los puntos donde el ilustre navegante y descubridor dió los primeros pasos en su triste cuanto gloriosa carrera. Se celebró una especie de representación teatral en el extenso escenario de las aguas de Huelva y de Palos de Moguer, en un espléndido día de Agosto, con la brillante iluminación del hermoso sol de Andalucía, y ante una multitud de distinguidos espectadores. El pueblo de Madrid asistió silencioso, pero no emocionado, al paseo de una mascarada histórica, á la quema de unos bonitos fuegos artificiales, y hasta á un *motincil'o,* producto de las torpezas del impopular Ayuntamiento, y se celebró una Exposición Universal, notable por todos conceptos, aunque no llegó á ser cosa maravillosa y nunca vista. He aquí todo.

Por lo que toca á Colón, cuya memoria se evocaba para rendirle un póstumo aunque tardío tributo de admiración y perpetua gratitud á su heroica hazaña, desagraviándole de los antiguos ataques de la injusticia, la envidia y el rencor de sus contemporáneos, la mala suerte que le persiguiera en vida, no ha dejado de ensañarse con su inmarcesible memoria, después de cuatrocientos años.

Su nombre, es verdad, se ha repetido con gran entusiasmo al principio, al organizarse las «asombrosas fiestas», y con menor entusiasmo después; acabando al fin por dejarle en su antiguo olvido para la generalidad. Sus estatuas y bustos se han coronado de flores y laureles en España, en Génova, en Roma y en varios puntos del Nuevo Continente, y la musa épica é histórica cantaron y describieron á porfía sus glorias y sus trabajos. Pero el período álgido del entusiasmo pasó, como hemos dicho, pronto, y hasta la severa é imparcial Iglesia, que le consideró como cosa suya y formó el propósito de elevarle á los altares, aumentando el número de los bienaventurados, ha vuelto sobre su acuerdo, aplazando, Dios sabe hasta cuándo, las diligencias del proceso de su beatificación.

La docta Real Academia Española quiso elevar un monumento literario que perpetuase el nombre y las glorias del arrojado y sin par marino, pero, sin duda entre las obras presentadas por escritores españoles y americanos, no encontró ninguna digna de premio, ni aun de mención honorífica, y tan plausible idea no pudo ser llevada á la práctica.

No obstante estas pequeñeces y contrariedades, CRISTÓBAL COLÓN será una perpetua gloria del país que le vió nacer y del pueblo que le adoptó y connaturalizó entre sus hijos. Los Estados americanos del Sur y del Norte, que mer-

ced al arrojo del ilustre navegante han llegado á tomar un distinguido puesto entre las Naciones más cultas del mundo, gozando las ventajas de la civilización, de los adelantos materiales y de una creciente prosperidad, serán los que ensalzarán y bendecirán de continuo al hombre extraordinario que abrió el camino para un nuevo hemisferio oculto tras las ignotas aguas de la *mar tenebrosa.*

EPÍLOGO

Debo al lector una explicación de la causa por la que nuevamente doy al público un libro ya conocido y juzgado.

No un deseo de lucro ni una pueril vanidad de ver mi nombre al frente de nueva tirada de un libro me impele á publicar esta edición, que con el mayor cuidado que me ha sido posible he corregido. Mi deseo es reivindicar el derecho, triste, doloroso, pero derecho al fin, que en oportunidad se me negó, de haber acertado en mis pesimistas augurios.

Díjoseme en diferentes tonos y no en una sola ocasión, que tanto fatalismo era producto de mi fantasía; que ningún motivo ni causa externa podía contribuir á dar la razón á mis lamentos y á justificar tantas quejas y censuras. Díjoseme que falseaba la historia de América, y que en tal afán de augurar desdichas y pronosticar fracasos y desgracias para nuestro dominio en la escasa porción de territorios que aún en aquella fecha poseíamos, no vacilaba en pintar con sombríos colores algunos cuadros no

muy esplendorosos de nuestro poderío y dominación en América, y en obscurecer á sabiendas la verdad histórica.

Cumple á mi deber hacer pública manifestación de la inexactitud de tales sospechas: no, no son exactas, y por no serlo, las rechazo con toda la energía de que soy capaz. En todos los actos de mi vida procuro que resplandezca siempre la más pura verdad, y al escribir para el público, mi deseo es inspirarme en tan hermoso principio. Si acierto al hacerlo, cumplo mi noble aspiración, y si el resultado en este punto no obedece á tales propósitos, culpa será de mi insignificancia y escaso valer intelectual, pero en modo alguno puede ser efecto de decidido empeño en torcer la verdad.

Desde muy niño sentí afición grande al estudio de cuantos hechos se relacionan con el grandioso suceso del descubrimiento de América. Cuando en oportuna sazón pude darme cuenta de que causas y concausas diversas y múltiples desfiguraban el concepto que de aquel glorioso hecho había formado, concebí el plan de estudiar con la mayor extensión y detenimiento, con la mayor imparcialidad y constancia, cuantos libros me fuera dado hallar que se ocuparan del acontecimiento objeto de mi afición y de mis constantes investigaciones.

Largo lapso de tiempo, no escaso caudal de benedictina paciencia gastada en repetidas com-

pulsas é inquisiciones minuciosas, empleé para adquirir el convencimiento de que contaba con la preparación necesaria para empezar la meditada obra, y á la vez que tal convencimiento, adquirí el de que el sitio más apropiado para adelantar en tal empresa, era uno de los lugares de América en los que siempre se ha dudado de la fidelidad de sus habitantes en cuanto á su amor á la madre Patria se refiere. A la isla de Cuba, pues, hube de trasladarme, y en aquel hermoso país, ya en absoluto perdido para nosotros, pasé el tiempo sobradamente preciso para ratificar las opiniones que acerca del descubrimiento, conquista y civilización de América tenía. En la isla de Cuba, que desde Punta Maisí al Cabo de San Antonio recorrí por cuantos medios de locomoción existían en aquella fecha, confirmé cuanto en las páginas de este libro se expone, especialmente en lo que tiene relación con la hermosa Antilla.

La permanencia en las grandes capitales de la isla, en el ingenio, en la estancia de labor, en el potrero, en el bohío, viajando, viviendo la vida del campesino, del comerciante, del hacendado, del importador, del militar, del agricultor, del tabaquero, del *clubman,* del empleado, de todos cuantos podían y debían ser objeto de mi constante estudio y de mi asidua observación, me suministró elementos suficientes para formar juicio acabado de su valer, de sus aptitudes, de

sus talentos, de sus aspiraciones, de sus virtudes y de sus vicios.

Cultivé la amistad y el trato de los polos más opuestos. El elemento oficial y cuantos tibia ó francamente le combatían eran mis amigos. Nunca distinguí entre españoles y cubanos. Sólo elegía aquellos entre los que por sus cualidades de caballerosidad y honradez eran dignos de que estrechase su mano. El jefe del ejército, el marino, el empleado, el comerciante, el abogado, el médico, el jefe de un grupo de uno ú otro color político, el conspirador platónico, el hombre de acción, todos me honraban con su amistad, á todos celebraba sus cualidades, pero á todos también señalaba y vituperaba sus exageraciones y defectos. Todos estimaban mi imparcialidad y jamás tuve con ninguno de los más exaltados el más pequeño rozamiento, el disgusto más leve, cosa desgraciadamente no muy común en la época de mi residencia en aquel espléndido paraiso, perdido por nuestras culpas.

Redactor de un periódico habanero, incondicionalmente español, cuyos artículos firmaba, era á la vez colaborador literario de periódicos y revistas que se diputaban por autonomistas. Voluntario de un batallón de artillería, asistía á fiestas en las que eran muy contados los peninsulares á los que se hacía el honor de invitarles. Ni una diferencia, ni la pérdida de una amistad en uno ú otro bando fueron consecuen-

cias de una conducta que juzgué y juzgo cada día más acertada.

Las intransigencias, las enemistades, los odios que á otros mis amigos y compañeros animaban no alentaron en mí un solo instante. Rectitud, moralidad é independencia fueron mi norma, y por haber ajustado á ésta en un todo mis actos, abandoné el país cubano, tras no breve permanencia en él, con la consideración y la estima de todos, consideración y estima á las que he procurado corresponder con iguales manifestaciones, como puede deducirse fácilmente de la lectura de la copiosa correspondencia que he sostenido con unos y otros desde mi partida de la tierra cubana.

Algo muy semejante aconteciómе en mis visitas á la isla de Puerto Rico, pero como éstas fueron breves, no me es posible hacer de ellas una referencia tan completa y personal como de Cuba.

Por las razones expuestas y por la lectura detenida y examen escrupuloso de libros y manuscritos que en bibliotecas del Estado y particulares pude encontrar, muy especialmente en los archivos de algunos conventos de la Habana, creíme autorizado para expresar juicios y afirmar conceptos que á algunos parecieron atrevidos y peligrosos. Se me adjudicó equivocadamente el calificativo de filibustero y se aventuró la inexacta y atrevida especie de que con mi li-

bro colaboraba á la obra de los que más tarde pedían con las armas en la mano lo que ha sido causa de tantas desdichas, de tanto rebajamiento y de vergüenzas tantas.

Ya queda expresado; no fuí filibustero, pero tampoco fuí de los que creían que siempre nuestras autoridades y nuestros Gobiernos obraban con rectitud y justicia.

¡Ah, si de mis leales advertencias se hubiesen tenido en cuenta los respetos que merecen la lealtad, el desinterés y la honradez probadas cuando caminan juntamente con un conocimiento bastante perfeccionado de los asuntos objeto de aquéllas, otra hubiera sido nuestra suerte colonial, otro el destino de aquellos ricos territorios que tanto explotamos, y otra más gallarda fuera la postura en que, al caer vencidos, hubiéramos quedado!

A cuantos con desapasionada atención han seguido los problemas que en América se han desarrollado tan vergonzosamente para nuestro decoro nacional, recomendamos la lectura de este libro. A los que al recibirse la noticia del grito sedicioso de Baire llamaban insensatos á los cubanos sublevados y se reían despreciativamente del movimiento separatista; á los que al conocer la muerte del cabecilla Maceo creyeron terminada la insurrección; á los que juzgaron que el mando del General Weyler sería breve y glorioso, logrando el fin de la guerra, y por úl-

timo, á cuantos ignorantes ó locos excitaban la opinión ansiando la guerra con los Estados Unidos, á todos los que así pensaron, recomendamos también la lectura de este modesto libro para que, en posesión de su conocimiento y armonizándole con la triste experiencia de recientes desastres, formen juicio más acabado y perfecto de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que pudimos ser como Nación.

¡Cuánta pena siento al recordar el inmenso valor de nuestro perdido poderío! ¡Ah; no puedo menos de sentir grandísima amargura al recorrer con los ojos de la imaginación los hermosos lugares teatro de las victorias de oropel con que se engalana el pueblo en la actualidad más grande por su saber, por su población y por sus riquezas, y más ruin y despreciable por su conducta miserable, por su traición inicua, por su villana falsía!

Intenso dolor moral experimento al recordar cuánto los desaciertos de los gobernantes españoles han hecho sufrir á este pueblo sumiso, resignado, que no tiene, á mi juicio, más defecto que su ignorancia, su buena fe, su engañoso patriotismo y la musulmana apatía con que mira el desarrollo de sucesos que tanto le afectan! ¡Cuánto hemos perdido, perdiendo nuestras Antillas! ¡Qué tesoros, que no hemos de aprovechar más, y que han de enriquecer á un pueblo usurpador y desleal, hemos perdido! ¡Todo: provecho,

gloria, todo desaparece con la bandera que muy en breve dejará de ondear en el Morro de la Habana, delatando con su desaparición nuestra ineptitud, nuestro olvido de sagrados deberes, nuestra perpetua vergüenza!...

Pronto también se borrará la huella de nuestra dominación en los parajes por los españoles descubiertos en el mar Caribe, y hasta la armoniosa lengua castellana dejará de hablarse oficialmente en el último territorio americano por nosotros poseído, que tan ingrato se nos ha mostrado.

Y de tanto dolor, de vergüenzas tantas, todos somos responsables, todos, lo mismo nuestros gobernantes que el pueblo indiferente que tan mal se ha dejado regir y ha permitido á aquéllos tan graves faltas.

Cada pueblo tiene los gobernantes que merece, y España no podía tener otros que los que han convertido pasadas glorias, timbres de orgullo, ejecutorias de nobleza en desastres luctuosos, en pérdidas sensibles, en ruinas, en desolación y miseria, en tristes vergüenzas que no pueden llorarse bastante por mucho que sean lloradas.

Pero no hay que juzgar por esta apatía, que tanto y tan justamente censuramos á nuestro pueblo, que no es un desesperado caso de consunción social y política. No hay tal. A España sucede—y permítaseme lo vulgar del símil—

lo que á algunos enfermos poco aprensivos ó descreídos que no quieren cuidar una enfermedad leve que por negligencia y abandono va haciéndose crónica y grave. Cuando un experto clínico halla á su paso un enfermo de estas condiciones y diagnostica con fidelidad la dolencia y logra inspirar confianza al paciente, éste se convence y se entrega en cuerpo y alma á la ciencia y cuidados del médico, y la enfermedad mejora y vuelven con la salud las fuerzas, las energías y el dulce amor á la vida.

Sí; España es un enfermo de estas condiciones y sólo necesita un clínico eminente y desinteresado que quiera curar su apatía, su pereza, su patriotismo engañoso, su mucha ignorancia y hacer de un pueblo indiferente un pueblo activo, estudioso y trabajador.

Medios mil pueden encontrarse para tamaña obra de regeneración, y como va urgiendo el remedio, es preciso no desaprovechar el tiempo.

Fuera impropio de este lugar definir cuáles son aquéllos, pero no lo es, á mi juicio, el expresar una y mil veces que nuestros hombres políticos de todas las escuelas y bandos son los causantes de tan enormes desastres. La regeneración del país puede venir, pero jamás llegará si queda encomendada á las iniciativas é intervención de tan funestos factores. Hombres nuevos, nueva política, nuevas costumbres, y, como

nuevo Lázaro, España cumplirá el *surge et ambula* de la palabra divina.

No puedo creer en la teoría de los pueblos muertos, pero sí creo que los pueblos, como los organismos físicos, pueden enfermar gravemente. A procurar el alivio de esta Nación, más querida cuanto más desgraciada, deben dirigirse los esfuerzos de todos: los míos, débiles é insignificantes, no han de faltar.

Y aunque no sea fatalista al modo como acostumbran á serlo los árabes, creo que una Providencia justa y severa se encarga de dar á los pueblos, como á los individuos, el porvenir que merecen, y creo, y no se entienda que pretendo echarlas de profeta, que los cubanos tendrán el castigo de su defección no constituyendo un pueblo libre é independiente, sino un pueblo tributario y esclavo de la Gran República del Norte América, con la cual sostendrá larga y cruenta lucha, en la que será vencido.

Y en cuanto respecta á los Estados Unidos, en su villana conducta llevan el castigo. En la lucha con los cubanos hundirán sus glorias militares, si las tuvieran, que lo dudo, y por la constancia y tenacidad de aquéllos y con la eficaz colaboración del ingrato clima de Cuba, enterrarán muchos millares de hombres y muchos millones de dollars.

Y á mi juicio, queda de sobra explicada la causa que, á más de la de haberse agotado to-

talmente la primera edición, me ha decidido á publicar una segunda de mis PUNTOS NEGROS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, libro honradamente pensado y desapasionadamente escrito, que debe tener alguna cualidad recomendable —permítaseme esta inmodestia—cuando hombre de tan supremo entendimiento, de tan catoniana severidad, de tan adorables condiciones morales, sociológicas y políticas como posee el sabio estadista español, único que supo prever el porvenir de nuestra patria, el Sr. D. Francisco Pi y Margall, no se ha desdeñado de firmar, de la luminosa forma en él acostumbrada, las primeras páginas de este libro modesto y sin pretensiones.

Madrid, 15 de Diciembre de 1898.

BIBLIOGRAFÍA [1]

Principales obras, manuscritos, Revistas y periódicos consultados para la confección de este libro.

OBRAS Y MANUSCRITOS

Abad y Lasierra (Fr. Íñigo).—*Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan de Puerto Rico.*—Nueva edición anotada y continuada por D. José Julián de Acosta.—Un tomo.—Madrid.—Acosta.—1866.

Abajo y Fernández (Joaquín).—*Colón ante el comercio del mundo.*—Estudio económico y comercial del descubrimiento de América, precedido de un breve resumen de la historia geográfica y del comercio.—Un tomo.—Fe.—Madrid.—1892.

Acosta (P. José de), Miembro de la Compañia de Jesús. *Historia civil y natural de las Indias Occidentales.*

---

(1) Todas estas obras han sido consultadas en diferentes Bibliotecas oficiales y particulares de España, Cuba y Puerto Rico.

Las obras que no tienen fecha ó lugar de impresión en esta bibliografía, no la tenían en el ejemplar por nosotros consultado.

No se incluyen muchas obras consultadas por haber sufrido extravío, en un viaje de Isla de Pinos á Batabanó, una voluminosa cartera que contenía multitud de notas bibliográficas y no querer, no poseyendo el apunte escrito, fiar á la memoria datos tan importantes.

Actas de las Cortes de Castilla, publicadas por acuerdo del Congreso de los Diputados.—19 tomos.—Madrid, 1877-1893.—Viuda é hijos de García.

Alamán (D. Lucas).—*Historia de México.*—5 tomos.—Méjico.—Lara.—1849-52.

Anglería (Pedro Mártir de).—*Fuentes históricas sobre Colón y América.*—Libros rarísimos que sacó del olvido, traduciéndolos del latín y dándolos á luz en 1892, el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.—4 tomos. Madrid.—1892.—Imp. de San Francisco de Sales.

Antúnez y Acevedo (D. Rafael).—*Memorias históricas sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias Occidentales.*—Un tomo.—Madrid.—1797.—Sancha.

Arago (D. Santiago).—*Recuerdos de un ciego.*—Viaje alrededor del mundo.—Un tomo.—Madrid.—Gaspar y Roig.—1851.

Arcos (D. Santiago).—*La Plata: étude historique.*—Un tomo.—París.—1865.—Levy.

Argensola (Bartolomé Leonardo de).—*Anales de Aragón, primera parte, que prosigue los del Secretario Jerónimo Zurita desde el año 1516.*—2 tomos.—Zaragoza.—1630.—Lanaio.

Arias y Miranda (D. José).—*Examen crítico histórico del influjo que tuvo en el comercio, industria y población de España su dominación en América.*—Obra premiada por la Academia de la Historia en el concurso de 1853.—Un tomo.—1854.—Imp. de la Real Academia de la Historia.

Armas (D. J. J. de).—*Las cenizas de Cristóbal Colón.*—Un tomo.—Caracas.—1881.

Azara (D. Félix de).—*Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata.*—Obra póstuma publicada por su sobrino D. Agustín de Azara, bajo la dirección de D. Basilio Sebastián *Castellanos de Losada.*—2 tomos.—Madrid.—1847.—Sanchis.

Balaguer (D. Víctor).—*Historia de Cataluña.*—11 tomos. Imp. de M. Tello.—1885-87.

Idem.—*Cristóbal Colón.*—Un tomo.—1892.—Madrid.—«El Progreso Editorial»

Idem.—*Memorial de cosas que pasaron.*—2 tomos.—Madrid.—1893.—«El Progreso Editorial.»

Idem.—*Instituciones y Reyes de Aragón.*—Un tomo.—1896.—Madrid.—*El Progreso,* Fomento, 3.

Idem.—*Las guerras de Granada.*—Un tomo.—Madrid.—1898.—Viuda de M. Minuesa de los Ríos.

Bancroff (George).—*Historia de los Estados Unidos.*—9 tomos.—Bruselas.—1861-64.—Tip. Lacroix.

Bancroft (Hubert Howe).—*History of the Pacific States of Nort America.*—34 tomos.—San Francisco.—Bancroft et Company.—1882-87. (Véanse los 12 primeros tomos.)

Baralt y Díaz.—*Resumen de la Historia de Venezuela.*—3 tomos.

Barcia (D. Roque).—*Primer Diccionario general etimológico de la lengua española.*—5 tomos.—Madrid.—Álvarez Hermanos.—1880-83.

Baril (M.)—*L'empire du Brésil.*—Monographie complète de l'empire Sud-americain.—Un tomo.—Paris.—Sartorius.—1852.

Barros Arana (D. Diego).—*Histoire de la guerre du Pacifique.*—1879-81.—2 tomos.—Sceaux, Charaire et fils.—1881.

Belgrano (Tommaso).—*Sulla recente delle ossa di Colombo.*—Génova.—1878.

Belloc.—*Historia de América hasta 1844.*—2 tomos.—Barcelona.—Brusi.—1844. *(El Mundo.)*

Bernáldez (Bachiller D. Andrés), cura que fué de Los Palacios.—*Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.*—Crónica inédita del siglo XV.—2 tomos.—Granada.—Zamora.—1856.

Berwik y de Alba (Duquesa de).—*Documentos escogi-*

dos del Archivo de la casa de Alba.—Los publica la...—Un tomo.—Madrid.—Tello.—1891.

Berwik y de Alba (Duquesa de).—*Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América.*—Los publica la...—Un tomo.—Madrid.—Sucesores de Rivadeneyra.—1892.

Blanco Herrero (D. Miguel).—*Política de España en Ultramar.*—Un tomo.—Madrid.—Sucesores de Rivadeneyra.—1888.

Bontius.—*Influencia del clima de la India en la constitución y en las enfermedades.*—1642.—Referencia del *Vademécum* de D. Anastasio CHINCHILLA.

Brehem (Dr.)—*El Imperio de los Incas.*—Referencia de la obra *América*, de D. José CRONEAU.

Broutá (D. Julio).—*La ciencia moderna, sus tendencias y cuestiones con ella relacionadas.*—Un tomo.—Barcelona.—1897.—Montaner y Simón.

Buffon (Le C.).—*Histoire naturelle de l'homme.—Œuvres complétes.*—6 tomos.—Paris.—Furne.—1839.

Cabanes (D. Francisco Xavier).—*Historia de las operaciones del exercito de Cataluña en la guerra de la usurpación.*—Campaña primera.—Un cuaderno.—Barcelona.—Brusi.—1815.

Idem.—*Campaña de Portugal en 1810 y 1811, traducida del francés al castellano y aumentada con varias notas*, por el Brigadier...—Un cuaderno.—Madrid.—Collado.—1815.

Cabrera de Córdoba (D. Luis).—*Historia de Felipe II, Rey de España*—Edición publicada de Real orden.—Tres tomos.—Madrid.—Aribau y Compañía.—1876-77.

Idem.—*Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614.*—Publicada de Real orden.—Un tomo.—Madrid.—Alegría.—1857.

Cadalso (D. José).—*Obras escogidas de...*—Un tomo.—Barcelona.—Biblioteca Clásica Española.—1884.

Calatraveño (Dr. D. Fernando).—*Hechos médicos rela-*

cionados con el descubrimiento de América.—Un tomo.—Madrid.—Tip. de Ricardo Fe.—1892.

Calvete de Estrella (D. Juan Cristóbal).—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Pedro Gasca.*—Escritas por... y publicadas por D. A. Paz y Melia.—2 tomos, que son el 72 y el 76 de la *Biblioteca de escritores castellanos.*

Campe (Jóaquín Enrique).—*Historia del descubrimiento y conquista de América.*—Escrita en alemán por...—Notas y aclaraciones de D. Cesáreo FERNÁNDEZ DURO.—1892.—2 tomos.—Avrial.

Cánovas del Castillo (D. Antonio).—*Estudio del reinado de Felipe IV.*—2 tomos; son el 67 y 71 de la Biblioteca de Escritores Castellanos.

Idem.—*De la Casa de Austria en España.*—Bosquejo histórico.—Un tomo.—Madrid.—Biblioteca Económica.—1869.

Idem.—*Observaciones acerca de la dominación de los españoles en Italia.*—Discurso de la Academia de la Historia.—Tomo II.

Cantú (César).—*Historia Universal.*—Traducción de D. Nemesio FERNÁNDEZ CUESTA.—Madrid.—11 tomos.—Gaspar y Roig.-1854-59.

Carbalho (D. Augusto).—*Colonisaçao é emigraçao. Esboço historico.*—Un tomo.—Porto.

Cartas de Religiosos de Nueva España.—1539-1594.—*Nueva colección de documentos para la historia de México.*—Un tomo.—México.—1886.

Carreño.—*Reflexiones histórico-críticas sobre la insurrección de Caracas y apéndice á las mismas.*—Un cuaderno.—Cádiz.—1811.

Casas (Fr. Bartolomé de las).—*Historia de las Indias.*—Publicada por primera vez conforme al original del autor, que se conserva en la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia.—*Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*—Tomos 52 al 56 y 62 al 66.

Casas (Fr. Bartolomé de las).—*De las antiguas gentes del Perú.*—Madrid.—M. G. Hernández.—Un tomo.—*Colección de libros raros y curiosos.*—Tomo 21.

Idem.—*Controversia con el Dr. Sepúlveda acerca de los indios.—Tratado sobre la esclavitud de los indios.—Discurso pronunciado delante del Emperador Carlos V, en respuesta á D. Fr. Juan Quevedo, Obispo de Darien, acerca de lo mismo.*

Idem. — *Muerte de Cristóbal Colón.* — Rivadeneyra. — 1873.—Biblioteca de autores españoles.

Castelar (D. Emilio).—*Estudios históricos sobre la Edad Media.*—Un tomo.— Madrid, 1875.

Idem.—*Historia del descubrimiento de América.*—Un tomo.—Madrid.—Sucesores de Rivadeneyra.—1892.

Castro (D. Adolfo).—*El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV.*—Cádiz.—*Revista Médica.*—1846.

Cavanilles (D. Antonio).—*Historia de España.*—5 tomos. Madrid.—Alegria.—1860 á 63.

Cavo (El P.).—*Los tres siglos de México durante el gobierno español.*

Ceballos y del Conde (R. de).—*De Méjico.*—Un folleto.—Madrid.—Imp. Española.—1858.

Cervantes Saavedra (Miguel de).—*Novelas ejemplares.*—Tomos IV y V de la Biblioteca Clásica, editada por D. Luis Navarro.—118 tomos.—Madrid.—Imp. Central.—1882-1888.

Cieza de León (Pedro).—*Crónica del Perú,* nuevamente escrita por...—Tomo XXVI de la Biblioteca de Autores Españoles.—Madrid, 1852.

Colección *de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar.*—2.ª serie, publicada por la Real Academia de la Historia. — 6 tomos. — Madrid, 1885.

Coll (P. Fr. José).—*Colón y la Rábida.*—Un tomo.—Madrid.—*Los Huérfanos.*—1892.

Colmeiro (D. Manuel).—*De la constitución y del gobierno*

de los reinos de León y Castilla.—Un tomo.—Madrid. Alegría.—1855.

Colmeiro (D. Manuel).—*Los restos de Colón: informe de la Real Academia de la Historia.*—Un tomo.—Madrid.—Tello.—1879.

Colón (D. Fernando).—*Historia del Almirante de las Indias D. Cristóbal Colón*, escrita por su hijo...—2 tomos.—Madrid.—1892.

Colón de la Cerda (D. Cristóbal).—*Tratado de participación de la Corona de España, celebrado entre Francia y Austria en vida de Carlos II.*—Un folleto.—Madrid.—Alegría.—1860.

Comenge (Luis).—*Curiosidades médicas.*—Un tomo.—Madrid.—G. Hernández.—1886.

Idem.—*Clínica egregia.*—Un tomo.—Barcelona.—Henrich y Compañía.—1895.

Coroleu (D. José).—*América. Historia de su colonización é independencia.*—4 tomos.—Barcelona.—Montaner y Simón.—1894.

Correa (D. Gaspar).—*Lendas da India.*—4 tomos.—Lisboa.—Acad. de Scienc.—1858 á 66.

Corta (Cristoph.)—*Tratado de las drogas y medicinas de las Indias.*—Burgos.—1578.—In. 4.º—Referencia del *Valdemécum* de D. Anastasio CHINCHILLA.

Cortés (D. Fernando).—*Cartas de relación al Emperador Carlos V.*—Tomo XXII de la Biblioteca de Autores Españoles.—Madrid.—Rivadeneyra.—1852.

Coxe (D. Guillermo).—*España bajo el reinado de la Casa de Borbón desde 1700, en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788,* escrita en inglés por..., y traducida al español, con notas, observaciones y un apéndice, por D. Jacinto de SALAS y QUIROGA.—4 tomos.—Madrid. 1846.—Mellado, editor.

Cronau (D. Rodolfo).—*América. Historia de su descubrimiento, desde los tiempos primitivos hasta los mo-*

dernos.—3 tomos con ilustraciones.—Barcelona.—Montaner ySimón.—1892.

Charlevois (R. P. Pierre François Xavier de).—*Histoire du Paraguay.*—3 tomos.—París, 1756.

Chateaubriand (Vizconde de).—*Viajes á Italia y América,* traducidos por D. Manuel M. Flamant.—Un tomo.—Madrid.—Gaspar y Roig.—1854.

Chinchilla (D. Anastasio).—*Anales históricos de la Medicina en general, y biográfico bibliográficos de la española en particular.*—5 tomos.—Valencia.—López y Compañía.—1841.

Del Amo.—*Estudios críticos acerca de la dominación española en América.*—9 tomos.—Madrid.—1889-93.

Díaz (Joseph Domingo).—*Recuerdos sobre la rebelión de Caracas.* Un tomo.—Madrid.—Amarita—1829.

Díaz del Castillo (Bernal).—*Verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España.*—Tomo XXVI de la Biblioteca de Autores Españoles.—Madrid.—Rivadeneyra.—1852.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.—Barcelona.—Montaner y Simón.—23 tomos.—1887-1898.

Diccionario Enciclopédico de Medicina y Cirugía prácticas.—Escrito en alemán bajo la dirección del Doctor A. Eulenburg y traducido al castellano por el Doctor Isidoro de Miguel y Viguri.—Madrid.—Jubera.—1885-91.

Documentos inéditos del Archivo de Indias.—42 tomos. Madrid.—Imp. de Bernaldo de Quirós.—1864-1884.

Dos Santos Barreto (M. P.)—*Les blancs au Brésil.*—Précédé d'une lettre de Mr. Emile Laveleye.—Un tomo. Louvain, Peeters.—Ruelens, 1881.

Duplessis (D. Pablo).—*Un mundo desconocido, ó viajes contemporáneos por Méjico.*—Un tomo.—Madrid.—*Correspondencia de España.*—1861.

El Centenario.—*Revista ilustrada, órgano oficial de la Junta directiva encargada de disponer las solemni-*

dades que han de conmemorar el descubrimiento de América.—4 tomos.—Madrid.—Tip. de *El Progreso Editorial* y tip. de Ricardo Fe.—1892-1893.

El Continente Americano.—*Conferencias dadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.*—3 tomos.—Madrid.—Rivadeneyra —1894.

El tomo I, *Descubrimiento de América,* contiene las siguientes *Conferencias:*

CÁNOVAS.—*Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas.*

SAAVEDRA.—*Idea de los antiguos sobre las tierras atlánticas.*

VALLE.—*Precedentes del descubrimiento de América en la Edad Media.*

LEÓN Y ORTIZ.—*Caminos posibles para descubrir América y causas de haber sido el más improbable, el más rápido y fecundo.*

OLIVEIRA MARTINS.—*Navegaciones y descubrimientos de los portugueses anteriores al viaje de Colón.*

LÓPEZ (D. Daniel).—*España en 1492.*

BECERRO DE BENGOA.—*La Rábida.*

FERNÁNDEZ DURO.—*Primer viaje de Colón.*

MONTOJO.—*Las primeras tierras descubiertas por Colón.*

RUIZ MARTÍNEZ.—*Gobierno de Fr. Nicolás de Ovando en la Española.*

VIDART.—*Colón y Bobadilla.*

ÍDEM.—*Colón y la ingratitud de España.*

FERNÁNDEZ DURO.—*Amigos y enemigos de Colón.*

MARQUÉS DE HOYOS.—*Colón y los Reyes Católicos.*

SEÑORA PARDO BAZÁN.—*Los franciscanos y Colón.*

BALAGUER.—*Castilla y Aragón en el descubrimiento de América.*

El tomo II, *Conquista,* las siguientes:

GÓMEZ ARTECHE.—*La conquista de Méjico.*

RIVA PALACIO.—*Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España.*

MARQUÉS DE CERRALBO.—*El Virreinato de Méjico.*

General Reina.—*Descubrimiento y conquista del Perú.*

Salillas.—*El pacificador del Perú.*

Zorrilla de San Martín.—*Descubrimiento y conquista del Río de la Plata.*

Carrasco.—*Descubrimiento y conquista de Chile.*

Reparaz.—*El Brasil, descubrimiento, colonización, su influencia en la Península.*

Pérez de Guzmán.—*Descubrimientos y empresas de los españoles en la Patagonia.*

Torres Campos.—*California.*

Azcárate.—*Los Estados Unidos.*

Marqués de Lema.—*La Iglesia en la América española.*

Fabié.—*El Padre Las Casas.*

J. Jardiel.—*El venerable Palafox.*

Beltrán y Rózpide.—*Descubrimiento de la Oceanía por los españoles.*

Novo y Colson.—*Magallanes y Elcano.*

El tomo III, *Civilización,* las siguientes:

Cortázar.—*Gea americana.*

Laguna.—*Flora americana.*

Colmeiro.—*Primeras noticias acerca de la vegetación americana y resumen de las expediciones botánicas de los españoles.*

Arazandí.—*Fauna americana.*

Vilanova.—*Protohistoria americana.*

Antón.—*Antropología de los pueblos indígenas de América.*

Fernández y González.—*Lenguas habladas por los indígenas del Norte y Centro de América.*

Pi y Margall.—*América en la época del descubrimiento.*

A. del Solar.—*El Perú de los Incas.*

Pedregal.—*Estado jurídico y social de los indios.*

Riaño.—*Observaciones sobre el arte monumental americano.*

Danvila.—*Significación que tuvieron en el gobierno de América la Casa de Contratación de Sevilla y el Consejo Supremo de las Indias.*

Rodríguez Carracido.—*Los metalúrgicos españoles en América.*

San Martín.—*Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias médicas.*

FERREIRO.—*Influencia del descubrimiento de América en las ciencias geográficas.*

SÁNCHEZ MOGUEL.—*Las conferencias americanistas del Ateneo.*

Enault (Louis).—*L'Amèrique centrale et méridionale*, Dessius de MM. Noel, Lebreton et Janet.—Un tomo. París.—Mellado.—1867.

Epistolario Español.—2 tomos.—Madrid, Rivadeneyra, 1846 78 (tomos 13 y 62 de la «Biblioteca de Autores Españoles»).

Errazuriz (D. Crescente).—*Seis años de la historia de Chile.* (23 de Diciembre de 1598 á 9 de Abril de 1605.) Dos tomos.—Santiago de Chile.—Imp. Nacional.—1881-82.

Estébanez Calderón (D. Serafín).—*De la conquista y pérdida de Portugal.* — Dos tomos.—Madrid. — Pérez Dubrull.—1885.

Expilly (Charles).—*La traité, l'emigration et la colonisation au Brèsil.*—Un tomo.—París, Walder, 1865.

Exposición *al Comendador de Daimiel en la Orden de Calatrava, D. Gaspar de Bracamonte y Guzmán, Conde de Peñaranda, sobre el derecho que tienen los españoles de las Indias para ser preferidos en todas las provisiones eclesiásticas y seculares que para aquellas partes se hubieren de hacer.*—Un cuaderno, Madrid.—1667.

Fabraquer (Conde de). — *Revelaciones históricas.*— Un tomo.—Madrid.—Tip. del Hospicio.—1887.

Fernández Duro (D. Cesáreo).—*Don Diego de Peñalosa, su descubrimiento del Reino de Quiviria.*—Informe presentado á la Real Academia de la Historia.—Un tomo.—Madrid.—Tello.—1882.

Idem.—*Colón y Pinzón.* Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, presentado á la Real Academia de la Historia.—Un tomo.—Madrid.—Tello.—1883.

Fernández Duro (D. Cesáreo).—*Estudios históricos del reinado de Felipe II.*—Un tomo; es el 88 de la «Biblioteca de Escritores Castellanos».

Fernández de Córdova (D. Fernando).—*Mis memorias íntimas.*—Tres tomos.—Madrid.—Sucesores de Rivadeneyra.—1888.

Fernández de Oviedo (Capitán Gonzalo).—*Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-firme del mar Océano,* por el... primer cronista del Nuevo Mundo.—Madrid.—Edición de la Real Academia de la Historia.—1851-55.

Fernández Navarrete (D. Martín).—*Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV, coordinada é ilustrada por...—5 tomos.—Madrid.—Imp. Real.—1825-1837.

Idem.—*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra.*—Publicación de la Real Academia Española.—Un tomo.—Madrid.—Imp. Real.—1819.

Ferrer de Couto (D. José).—*Cuestiones de Méjico, Venezuela y América en general.*—Un tomo.—Madrid.—Santa Coloma.—1861.

Idem.—*Los negros en sus diversos estados y condiciones: tales como son, como se supone que son y como deben ser.*—Un tomo.—Nueva York.—Hallet.—1864.

Idem.—*Cuba puede ser independiente.*—Un tomo.—New York.—*El Cronista.*—1872.

Ferrer del Río (D. Antonio).—*Decadencia de España* (primera parte). *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla (1520-1521).*—Un tomo.—Madrid.—Mellado.—1850.

Idem.—*Historia del reinado de Carlos III en España.*—Cuatro tomos.—Madrid.—Matute y Compagny.—1856.

Ferrer y Martínez (D. Miguel).—*El General Tacón y el Conde de Villanueva, ó sea contestación á varios artículos y folletos en favor del primero y contra el segundo, sobre asuntos de la isla de Cuba.*—1838.

Fitzroy (Robert).—*Derrotero de las costas de la América meridional desde el Río de la Plata hasta la bahía de Panamá.*—Un tomo.—Madrid, 1865.

Flórez (P. Mtro. Fr. Enrique).—*Memorias de las Reinas Católicas.* Historia genealógica de la Casa Real de Castilla y León, todos los Infantes, trajes de las Reinas en estampas, y nuevo aspecto de la Historia de España.—2 tomos.—Madrid.—Marín, 1761.

Flórez de Ocáriz (D. Juan).—*Genealogías del nuevo Reino de Granada.*—2 tomos.—Madrid.—Fernández de Buendía, 1674 y 76.

Flórez de Estrada (D. Álvaro).—*Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación y de la prosperidad de todas las Naciones.*—Un tomo.—Cádiz, Jiménez Carreño, 1812.

Forneron (H.).—*Historia de Felipe Segundo,* por...—Traducción de D. Cecilio Navarro.—Un tomo.—Barcelona.—Montaner y Simón, 1884.

Fossey (M. de).—*Le Mexique.*—Un tomo.—París.—Plon, 1857.

Frezier (M.).—*Relation du voyage de la mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou.*—Un tomo.—Paris.

Fuentes y Guzmán (D. Francisco Antonio de).—*Historia de Guatemala ó Recordación Florida.*—Madrid.—Navarro.—1882-83. (Biblioteca de los Americanistas.)

Gachard (M.).—*D. Carlos et Philippe II.*—Un tomo.—Clichy.—Loignon et C.ie, 1867.

Idem.—*Cartas de Felipe II á las Infantas sus hijas.*—1884.

Galarce (D. A.).—*Bosquejo de Buenos Aires, capital de la Nación Argentina.*—2 tomos.—Buenos Aires.—Stiller et Laass, 1886-87.

Gándara (General).—*Anexión y guerra de Santo Domingo,* con un prólogo de D. Cristino Martos.—2 tomos.—Madrid.—Imp. de *El Correo Militar,* 1884.

Garai y Heredia (Dr. D. Manuel).—*Viaje de la Habana á Cádiz.*—Un tomo.—Cádiz, 1834.—Imp. de Niel, hijo.

Gelpi y Ferro (D. Gil).—*Estudios sobre la América.—Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes.*—Un tomo.—Habana.—*El Iris,* 1864.

Godoy (D. Manuel, Príncipe de la Paz).—*Cuenta dada de su vida política, ó sea Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado de D. Carlos IV de Borbón.*—6 tomos.—Madrid.—Sánchez y Alegría y Charlain, 1836-1842.

Gómez (D. Juan Gualberto).—*La cuestión de Cuba. Historia y soluciones de los partidos cubanos.*—Un folleto.—Madrid.—Alaria, 1885.

Ídem.—*La isla de Puerto Rico.*—Primera parte.—*Bosquejo histórico* (desde la conquista hasta principios de 1891).—Un tomo.—Madrid.—Gil Navarro, 1891.

Góngora Marmolejo (Capitán Alonso de).—*Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta 1575, compuesta por el...*—Un tomo.—Imp. de la Acad., 1852. (Es el IV del *Memorial Histórico Español.)*

Gordón y de Acosta (Dr. D. Antonio).—*Medicina indígena de Cuba y su valor histórico.*—Habana.—Sarachaga y Hernández Miyares, 1894.

Gracián (D. Lorenzo).—*El Criticón.*—Primera, segunda y tercera parte en las *Obras* de...—2 tomos.—Madrid.—Marín, 1773.

Guardia (D. J. M.).—*Les républiques de l'Amerique espagnole.*—Un folleto.—París.—Hachette, 1852.

Güell y Renté (D. José).—*Tradiciones de América.*—Un folleto.—París.—Clayé, 1861.

Guevara (D. Antonio de).—*Epístolas familiares.*—Parte primera y segunda.—Un tomo.—Barcelona.—Montaner y Simón, 1886.

Guilain (Louis).—*La République Argentine physique et*

économique.—Un tomo. -París. -Imp. Reunies B — 1889.

Gumilla (Padre Josef).—*El Orinoco ilustrado, historia natural, civil y geographica de este gran río y de sus caudalosas vertientes: govierno, usos y costumbres de los indios sus habitadores, con nuevas y útiles noticias de Animales, Arboles, Frutos, Aceytes, Ressinas, Yervas y Raices medicinales.*—Madrid.—Manuel Fernández.—1741.—Un tomo con mapa litográfico.

Hellwad (D. Federico).—*La tierra y el hombre.*- Traducción de D. Manuel Aranda Sanjuán.—Un tomo.—Barcelona.—Montaner y Simón.—1886.

Herculano (A.).—*Historia de Portugal.*—4 tomos.—Lisboa.—Imp. Nacional.—1846-1853.

Idem. - *Don Carlos I.*—1869.- Un tomo.

Hernández Morejón (D. Antonio) —*Historia bibliográfica de la Medicina Española.*—Obra póstuma de ...—7 tomos con retratos en litografía.—Madrid.—Viuda Jordán é hijos.—1842-52.

Herrera (D. Antonio). —*Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano.*—4 tomos. -Madrid.—Imp. Real.—1601-15.

Idem.—*Descripción de las Indias Occidentales.*—5 tomos. Madrid.—Rodríguez.—1725.

Hinojosa (D. Ricardo de).—*Estudios sobre Felipe II.*—Traducidos del alemán por ...—Un tomo.—Madrid. Est. tip. de Ricardo Fe.—1887.

Idem. —*Felipe II y el Cónclave de 1859.*—Un folleto.—Madrid.—Hernández.—1889.

Huarte (Dr. Juan).—*Examen de ingenios para las ciencias.*—Un tomo.—Barcelona.—Biblioteca Clásica Española.—1884.

Humboldt (Alejandro de).—*Ensayo político sobre la isla de Cuba.*—2 tomos. -1818.

Idem. - *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle*

Espagne.—2.° edit.—4 tomos.—Paris.—Renouard.—1825-27.

Humboldt (Alejandro de).—COSMOS. *Ensayo de una descripción física del mundo.*—Traducción de D. Bernardo GINER.—Madrid.—Gaspar y Roig.—1874-75.

Idem.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.* Traducción de D. Luis Navarro.—2 tomos.—(Son el 163 y 165 de la Biblioteca Clásica.)

Humanus.—*Los horrores de la trata de negros en África.* Versión castellana de E. VOGEL y J. RAMONET.—Un cuaderno.—Madrid.—(Biblioteca del Congreso de los Diputados.)

Ibarra y Rodríguez (D. Eduardo).—*Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América* —Un tomo.—Madrid.—Fortanet.—1892.

Illescas (Dr. Gonzalo de).—*Jornada de Carlos V á Túnez.* (Tomo 21 de la Biblioteca de Autores Españoles.)

Irving (Wáshington).—*Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón,* escrita en inglés por ... y traducida al castellano por D. José GARCÍA DE VILLALTA.—4 tomos.—Madrid.—Palacios.—1833-1834.

Jackson.—*Historia de la fiebre amarilla.*—1791. (Referencia del *Vademécum* del Dr. Anastasio CHINCHILLA.)

Jager (D. Oscar).—*Historia universal,* traducida del alemán por D. Eduardo de HINOJOSA.—2 tomos.—Madrid.—*El Progreso Editorial.*—1890.

Jerez (D. Francisco).—*Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla.* (Tomo 26 de la Biblioteca de Autores Españoles)

Jiménez de la Espada (D. M.).—*Algunos datos nuevos ó curiosos acerca de la fauna del alto Amazonas. Mamíferos.*—Un folleto.—Madrid, 1870.

Jiménez de la Romera (D. Ubaldo).—*España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.*—24 tomos.

Barcelona.—Cortezo y Compañía.—1884-92. (Véase el tomo 23, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.)

Jovellanos (D. Gaspar Melchor de).—*Obras escogidas de...*— Barcelona. — Biblioteca Clásica Española.— 1884.—Tomo I.

Lafuente (D. Modesto). — *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, continuada desde dicha época hasta nuestros días, por D. Juan* VALERA, *con la colaboración de D. Andrés* BORREGO *y D. Antonio* PIRALA.— 25 tomos. - Barcelona. - Montaner y Simón —1887-90.

La-Gasca (D. Mariano).—*Amenidades naturales de las Españas, ó sea disertaciones varias sobre las producciones naturales, espontáneas connaturalizadas en los dominios españoles.* — Un tomo.— Orihuela.— Imp. de la Junta. — 1811.

Lamartine (A. de).—*Civilizadores y conquistadores.*— Traducción del francés por F. Norberto CASTILLA.— Madrid. —Imp. Central.—1882-83.—(Tomos 53 y 54 de la Biblioteca Clásica) El tomo 53 contiene, entre otros, el estudio titulado *Cristóbal Colón.*

Laugier de Tasi (Mr.).—*Historia del Reyno de Argel, su gobierno, Fuerzas de Mar y Tierra, sus Rentas, Policía, Justicia, Política y Comercio*, Escrita en Francés por..., y Traducida é Ilustrada por D. Antonio de CLARIANA.—Un tomo. —Madrid.—Aznar.

Leal (D. E.).—*Vida, viajes y descubrimientos de Cristóbal Colón, Gran Almirante y Virrey de las Indias.*— Un folleto.—Madrid, *El Liberal*, 1892.

Lequien de la Neufville (Mr.).—*Histoire général de Portugal.*—2 tomos.—Paris, Anisson, 1700.

Lettres á M. l'Abbé de Pradt par un indigene de l'Amérique du Sud.—Un tomo.—Paris, 1818.

López de Gómara (D. Francisco).—*Conquista de México.* (Tomo 22 de la Biblioteca de Autores Españoles.)

López Prieto (D. Antonio).—*Inorme quej sobre los restos*

de Colón presenta D... al Excmo. Sr. Gobernador general D. Joaquín Jovellar y Soler, después de su viaje á Santo Domingo.—Impreso por orden del Gobierno general.—Habana.—Imp. del Gobierno y Capitanía general, 1878.

Lorenzo y García (D. Rafael). — *La esclavitud y el pauperismo en el siglo* XIX.—Un tomo.—Las Palmas.—Imp. de Matos.—1863.

Lorenzo Leal (D. Baldomero). —*Cristóbal Colón y Alonso Sánchez, ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo.* —Un tomo.—Jerez.—Imp. de *El Guadalete.* —1892.

Llorente (Jean Antoine).—*Histoire critique de l'inquisition d'Espagne depuis l'époque de sou établissement par Ferdinand V, jusqu'au règne de Ferdinand VII, traduite de l'espagnol sur le manuscrit et sous les yeux de l'Auteur, par Alexis Pelliér.* —4 tomos.—Paris.—Plassan.—1817-1818.

Magariños Cervantes (D. Alejandro).—*Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata.*—Un tomo.—Paris.—Blondeau —1854.

Malvezzi (Marchesse Virgilio).—*Introduttione al raconto de principali succesi accaduti sotto il comando del potentissimo re Felippo Quarto, libro primo lo scrisse il...*—Un tomo.—Roma.—Corbelletti.—1651.

Mariana (El P. Juan de).—*Historia general de España, ilustrada con notas históricas y críticas y nuevas tablas cronológicas desde los tiempos más antiguos hasta la muerte del señor rey D. Carlos III,* por el Dr. D. José Sabau y Blanco.—20 tomos.—Madrid.—Núñez de Vargas.—1817 á 22.

Martínez de la Rosa (D. Francisco).—*Bosquejo histórico de la política de España en tiempo de la dinastía austriaca.* Discurso leído en sesión pública en la Real Academia de la Historia el día 22 de Abril de 1855.—Un folleto.—Madrid.—Montegrifo.—1855.

Ídem. —*Bosquejo histórico de la política de España desde*

los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días.—2 tomos.—Rivadeneyra.—1857.

Martínez de Velasco (D. Eusebio).—*El Cardenal Jiménez de Cisneros* (1492-1517).—Un tomo.—Madrid.—Estrada.—1883.

Medina (J. T.).—*Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo* (1518-1818), colectados y publicados por...—2 tomos.—Santiago de Chile.—Imp. Ercilla.—1838.

Melo (D. Francisco Manuel de).—*Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV, y política militar,* escritas por...—Madrid, Imp. Central, 1883.—(Tomo 65 de la Biblioteca Clásica.)

Memorial Histórico Español.—Colección de documentos y antigüedades.—17 tomos.—Madrid.

Mendieta (Fr. Jerónimo de).—*Historia eclesiástica indiana,* escrita á fines del siglo XVI por..., y publicada por primera vez por D. Joaquin García Icazbalteza.—Un tomo.—México, 1870.

Mendoza (D. Javier de).—*La cuestión de Méjico y el Conde de Reus.*—Un folleto.—Madrid, Casas, 1859.

Ídem.—*España y Venezuela.*—Madrid, Casas y Díaz, 1861.

Michelena y Rojas (D. Francisco).—*Exploración oficial hecha por primera vez desde el Norte de la América del Sur, bajando por el Amazonas, hasta el Atlántico, y viaje á Río Janeiro, en los años de 1855 hasta 1859.*—Un tomo.—Bruselas, Lacroix, 1867.

Mignet (M.).—*Charles Quint. Sou abdication, sou séjour et sa mort au monastère de Yuste.*—Un tomo.—Paris, Plon frères, 1854.

Ídem.—*Antonio Perez et Philippe II.*—Un tomo.—Paris, Gratiot, 1854.

Ídem.—*Négociations relatives á la succession d'Espagne*

sous Louis XIV. — Un tomo. — Paris, Chamerot, 1866.

Molina (J. S.).—*Historia de la conquista de Chile.*—Un tomo.—Leipzig, 1791.

Molina (D. Ricardo).—*Portugal, su origen, constitución é historia política en relación con la del resto de la Península.*—Un tomo.—Madrid, Tip. del Hospicio, 1870.

Montesquieu (M.). —*De l'esprit des lois* (Œuvres de...) — Libro IV, cap. VI.—Paris, Didot, 1838.

Moraleda y Montero (D. José de).—*Memorias de los virreyes que han gobernado el Perú,* por el Alférez de fragata y primer piloto de la Real Armada...—1794.

Muñoz (D. Andrés). —*Viaje de Felipe II á Inglaterra.*— Un tomo.—Madrid, Aribau y Comp.ª, 1879.

Muñoz (D. Juan Bautista).—*Historia del Nuevo Mundo.*— Un tomo.—Madrid, Ibarra, 1793.

Narriche (M.).—*Le Règne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays-Bas au XVIe siècle.*—7 tomos. Louvain, Fontey, 1885-1887.

Navarro y Calvo (D. Luis). —*Cristobal Colón y el descubrimiento de América.* Historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía náutica de los siglos XV y XVI, versión castellana de...—Un tomo.—Madrid, Viuda de Hernando y Compañía, 1892.

Navarro Rodrigo (D. Carlos).—*El Cardenal Cisneros.*— Un tomo.—Madrid, Estrada, 1869.

Nuix (Abate D. Juan).—*Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias contra los pretendidos filósofos y políticos.*—Un tomo.—Madrid, Ibarra, 1782.

Núñez Cabeza de Vaca (Álvar).—*Relación que dió... de lo acaescido en las Indias en la armada donde yua por gouernador Panphilo de Narvaez.* —Zamora, 1542.

Oliveira Martins (J. P.).—*O Brasil e as colonias portuguezas.* — Un tomo. — Lisboa, Viuda de Bertrand, 1881.

Ídem.—*Historia de Portugal.*—2 tomos.—Lisboa, Viuda de Bertrand y Compañia, 1886.

Olmedilla y Puig (Dr. D. Joaquín). —*Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes.* — Un tomo.— Madrid, Hijos de G. Hernández, 1897.

O'Ryan de Acuña (D. Manuel).—*Cuestión de Cuba á principios de 1855.*—Un folleto.—Madrid, Montero, 1855.

Ortiz de Zúñiga (D. Diego).—*Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía.* Ilustrados y corregidos por D. Antonio M. Espinosa y Cárcel.—5 tomos.—Madrid, Imp. Real, 1795-96.

Pacheco (D. José Ramón). — *Guerra de España con Méjico.* - Un folleto. —París, d'Aubusson, 1856.

Palma (D. Ricardo).—*Tradiciones peruanas.*—2 tomos. Barcelona, Montaner y Simón, 1893.

Pardou (Mr.) —*La Martinique depuis sa dècouverte jusqu'á nos jours.*—Un tomo —St. Nicolas, Collín, 1877.

Pedreros (Dr. D. Joachin).—*Sobre conquista de indios gentiles y medios para ella.*—24 de Marzo de 1784.— Manuscrito.

Peral (D. J. del).—*Le conflit entre l'Espagne et le Pérou.* Un folleto.—París, 1884.

Peralta y Suárez (D. Joan).—*Noticias históricas de la Nueva España*, publicadas por D. Justo ZARAGOZA— Un tomo.—Madrid, M. G. Hernández, 1878.

Peralta (D. Manuel). — *Costa Rica y Colombia de 1573 á 1881.* — Referencia de *América*, de D. Rodolfo CRONAU.

Pérez (Antonio).—*Vida reservada del Rey D. Felipe II.* Manuscrito.

Ídem.—*Las obras y relaciones de... Secretario que fué*

del Rey de España D. Felipe II.—Un tomo.—Genevra, Diez, 1642.

Pérez Galdós (D. Benito). — *Episodios Nacionales.* Primera y segunda serie.—20 tomos.—Madrid, *La Guirnalda*, 1874-82.

Pérez Moreno (D. Camilo).—*Episodios de la guerra de sucesión.* —2.ª edición.—Un folleto.—Guadalajara, Imp. Provincial, 1890.

Perojo (D. José del).—*La colonisation espagnole.*—Un tomo.—Amsterdam, Schröder, 1883.

Pezuela (D. Jacobo de la).—*Historia del gran imperio colonial que por espacio de tres siglos poseyó España al otro lado del Atlántico.* (Acad. de la Historia. Discursos, Tomo III.)

Pirala (D. Antonio).—*Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista.*—6 tomos.—Madrid, Mellado, 1868-69.

Idem. — *Historia contemporánea.* — Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil.—6 tomos.—Madrid, Tello, 1876-1880.

Pisson.—*Influencia del clima.—Historia natural y médica del Brasil.*— 1658.— Referencia del *Vademécum*, del Dr. Chinchilla.

Pi y Margall (D. Francisco).—*Historia general de América desde sus tiempos más remotos.*—Un tomo.—Madrid.—Astort, 1878.

Idem —*Estudios sobre la Edad Media.*—En la obra titulada *Opúsculos.*—Un tomo.— Madrid.— Ginés Hernández, 1884.

Idem.—*Las luchas de nuestros días.*—Un tomo.— Madrid. —*El Progreso Editorial,* 1890.

Idem.— *Historia de la América antecolombina.*—2 tomos.—Barcelona.—Montaner y Simón.

Prescott (William).—*Historia de la conquista de Méjico, con una reseña preliminar de la civilización antigua mejicana, y la vida del conquistador Her-*

nán Cortés.—4 tomos.—Madrid.—*La Publicidad.*—1847-50.

Prescott (William).—*Historia de la conquista del Perú, con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas* — 3.ª edición. — Un tomo.—Madrid. — Gaspar y Roig, 1853.

Idem.—*Histoire du règne de Ferdinand et d'Isabell*, traduite de l'anglais par G. Renson. - 4 tomos.—Bruxelles.—Lacroix, 1861-62.

Idem.—*Histoire du règne de Philippe II,* traduite de l'anglais, par P. Ithier et Renson.— 5 tomos.—Bruxelles.—Lacroix, 1860-61.

Proceso criminal *que se fulminó contra Antonio Pérez, Secretario de Estado del Rey Don Felipe II, sobre la muerte de Juan de Escobedo.* — Un tomo. — Madrid, 1788.

Pruneda (D. Pedro).—*Historia de la guerra de Méjico de 1861 á 1867, con todos los documentos diplomáticos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio.*— Un tomo. — Madrid. — Elizalde y Compañía, 1867.

Pulgar (Hernando del).—*Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón.*—Escrita por su cronista..., cotejada con antiguos manuscritos y aumentada de varias ilustraciones y enmiendas.—Biblioteca de Autores Españoles.—Tomo 70.

Pulido y Fernández (Dr. D. Angel).—*Evolución histórica de la Patología.*—Discurso de recepción en la Academia de Medicina.—Madrid.—Teodoro, 1884.

Ramos Mejía (Dr.).—*El Federalismo Argentino.*—Referencia de la obra *América* de Cronau.

Ratzel (D. Federico).—*Las razas humanas.*—Obra escrita en alemán por... - Sin nombre de traductor.—Dos tomos.—Barcelona, Montaner y Simón, 1888.

Recapitulación de las Memorias del Príncipe de la Paz. Un tomo.—París, 1841.

Recopilación de Leyes de Indias.—Libro VIII, títulos XIII y XIV.

Remón (P. Fr. Alonso).—*Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos.*—Un tomo.—Madrid, Sánchez, 1618.

Ribó (D. José Joaquín).—*Historia de los voluntarios cubanos: Hechos más notables en que ha tomado parte aquel benemérito Cuerpo, fines de su organización, refutación de los cargos dirigidos al mismo y apuntes biográficos de sus principales jefes.*—Dos tomos.—Madrid, González, 1872-74.

Riva Palacio (D. Vicente).—*México á través de los siglos.* Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta hoy.—5 tomos.—Barcelona, Espasa.

Robertson (W.).—*Histoire de l'Amérique.* Traducción del inglés por SUARD et MORELLET.—4 tomos.—París, Duverger, 1828.

Idem.—*Histoire de Charles Quint, précédée d'un tableau des progrès de la société en Europe depuis la destruction de l'Empire romain jusqu'au commencement du XVI siécle.* Traducción de Don J. B. SUARD. — 2 tomos. — París, Belin-Leprieur fils, 1843 44.

Rodrigues de Freyta (I. J.).—*Notice sur le Portugal*, 1867.

Rodríguez Villa (D. A.).—*El Duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy, y noticia biográfica de aquel personaje.*—Un folleto.—Madrid, Hernando, 1884.

Rosell (D. Cayetano).—*Crónicas de los Reyes de Castilla, desde D. Alfonso el Sabio hasta los Católicos D. Fernando y Doña Isabel.* Colección ordenada por...—Madrid, Rivadeneyra, 1875, 77 y 78. (Tomos 66, 68 y 70 de la Biblioteca de Autores Españoles.)

Saavedra (D. Angel de, Duque de Rivas)—*Examen. histórico-crítico del influjo que haya tenido en la población, industria y comercio de España su dominación en América.*—Madrid.—Un folleto.—Espinosa, 1853.

Idem.—*Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del Gobierno español.* — Estudio histórico por...—Madrid, Imp. Central, 1881. (Tomo XXXV de la Biblioteca Clásica.)

Idem.—*Recuerdos de un grande hombre.*—Obras completas de...—2 tomos.—Barcelona, Montaner y Simón, 1885. (Tomo II.)

Sabau (D. Félix de).—*Gobierno práctico del Reino de Santa Fe.*—Manuscrito.

Sagra (D. Ramón de la).—*Historia física, política y natural de la isla de Cuba.*—13 tomos.—París, Bertrand, 1842.

Idem.—*Estudios coloniales con aplicación á la isla de Cuba. De los efectos de la supresión del tráfico negrero.*—Un folleto.—Madrid, Hidalgo, 1845.

Idem.—*Cuba en 1860, ó sea cuadro de sus adelantos en la población, la agricultura, el comercio y las rentas públicas.* Suplemento á la primera parte de la *Historia política y natural de la isla de Cuba.*—Un tomo. París, Raçon, 1863.

Sandoval (Fray Prudencio de), Obispo de Pamplona.—*Historia de los Reyes de Castilla y de León D. Fernando el Magno, primero de este nombre, Infante de Navarra, D. Sancho, D. Alonso VI, Doña Urraka, Don Alonso VII, sacada de los privilegios, libros antiguos, memorias, diarios, piedras y otras antiguallas, con la diligencia y cuidado que en esto pudo poner.*—Un tomo.—Pamplona, Labayen, 1615.

Idem.—*La Historia del Emperador Carlos V, máximo, fortísimo, Rey de las Españas, que escribió en 33*

libros, abreviados y añadidos con diversas y curiosas noticias pertenecientes á esta historia, por Don José MARTÍNEZ DE LA PUENTE.—2 tomos.—Madrid, Fernández Buendía, 1675.

San Miguel (D. Evaristo de).—*Historia de Felipe II.*—4 tomos.—Madrid, 1844-47.

Sentenach (D. Narciso).—*Ensayo sobre la América precolombina.* (Antropología y etnografía. — Religión. Instituciones. — Lingüística. — Literatura. — Epigrafía.—Bellas Artes.—Industrias.—Conclusión.—Adiciones.) - Un tomo.—Toledo, Viuda é hijos de J. Peláez, 1898.

Sepulvedæ (Joannis Genessi).—*De rebus hispanorum gestis ad novum orbem Mexicumque.*—Matriti, Tip. Regia de la *Gazeta*, 1780. (Tomo III opera de...)

Solís (D. Antonio de).—*Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España.* Un tomo.—Madrid, Peralta, 1732.

Solorzano Pereira (D. Juan).—*Política indiana, sacada en lengua castellana de los dos tomos del derecho y gobierno municipal de las Indias Occidentales, que más copiosamente escribió en la latina.*—Un tomo.—Madrid, Díaz de la Carrera, 1648.

Sotomayor (D. Urbano F.).—*Isla de Cuba. Emigración de trabajadores españoles.* — Un folleto. — Madrid, Peña, 1855.

Spencer (Herbert).—*El antiguo Yucatán.*—Traducción de D. Daniel y D. Jenaro GARCÍA.—Un tomo.—México. (Sin fecha de publicación.)

Spencer (D. J. A.).—*Historia de los Estados Unidos.*—Traducción de D. E. Leopoldo de VERNEUILL. -3 tomos.—Barcelona, Montaner y Simón, 1870.

Tejera (D. Emiliano).—*Los restos de Colón en Santo Domingo.*—Un tomo.—Santo Domingo, 1878.

Tertre (R. P. du).—*Histoire generale des Antilles habi-*

tées par le françaises.—2 tomos en un volumen.—1697.

Testimonio *de lo acaecido con el Ilmo. Sr. D. Miguel Antonio de Benavides y Piedrola en la ciudad de Cartagena de Indias, donde era Obispo por los años de 1687.*—Manuscrito.

Torquemada (Fray Juan de).—*Monarquía indiana, con el origen y guerra de los indios occidentales.*—3 tomos.—Madrid, Rodríguez, 1723.

Ulloa (D. Antonio de).—*Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile; gobierno y régimen particular de los pueblos de indios; cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas; abusos escandalosos introducidos por los misioneros; causas de su origen y motivos de su continuación por espacio de tres siglos,* Un tomo.—Londres, Taylor, 1826.

Vander Hammen y León (D. Lorenzo).—*Don Felipe el Prudente, segundo de este nombre.*—Un tomo.—Madrid, Martin, 1632.

Vega (Garcilaso de la).—*Historia general del Perú, Trata el descubrimiento de él y cómo lo ganaron los españoles; las guerras civiles que hubo entre Pizarro y Almagro sobre la partija de la tierra; castigo y levantamiento de tiranos, y otros sucesos particulares que en la historia se contienen.*—Un tomo.—Madrid, Rodríguez Franco, 1722.

Verneuill (D. E Leopoldo).—*Historia biográfica de los Presidentes de los Estados Unidos.*—Un tomo.—Barcelona, Montaner y Simón, 1885.

Vignon (Mr. Louis).—*Les colonies françaises.*—Un tomo. Corbeil, Creté, 1886.

Villagutiérrez Sotomayor (D. Juan).—*Historia de la conquista de la provincia de el Itza, reducción y progresos de la de el Lacandón y otras naciones de*

indios bárbaros de la mediación en el Reino de Guatemala á las provincias de Yucatán en la América Septentrional.—Un tomo.—Madrid, 1701.

Villaseñor (D. José Antonio de).—*Teatro Americano: descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones.*—1745.

Viñaza (Conde de la).—*Bibliografía española de lenguas indígenas.* Obra premiada por la Biblioteca Nacional en 1888.—Un tomo.—Madrid, Tip. de los *Huérfanos*, 1891.

Voltaire (Mr.).—*Fragments historiques sur l'Inde et sur le gèneral Layi.* —Paris, Didot frères, 1859. (Tomo IV des œuvres.)

Ídem.—*Siècle de Louis XIV.*—Paris, Didot frères, 1859.—(Tomo IV des œuvres.)

Wilson (Baronesa de).—*Americanos célebres. Glorias del Nuevo Mundo.*—2 tomos.—Suc. de Ramirez y Compañía, 1888.

Winsor (Jusim).—*Narrative and critical of América.*—8 tomos.—Sampson, London, 1889.

Witt (Cornelis de). - *Histoire de Washington et de la fondation de la République des Etats-Unis, précédée d'une étude historique sur Washington,* par M. Guizot.—Un tomo.—Paris, Poupart-Davyl, 1869.

Yáñez (D. Juan).—*Memorias para la historia de Don Felipe III.*—Un tomo.—Madrid, Imp. Real, 1723.

Yáñez y Girona (Dr. D. Agustin).—*Elogio histórico de D. Mariano La-Gasca y Segura.*—Un folleto.—Barcelona, 1842.

Zaragoza (D. Justo).—*Las insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo.*—Madrid, Hernández, 1872-73.

Ídem.—*Noticias históricas de la Nueva España.*—Un tomo.—Madrid, Hernández, 1878.

Zárate (D. Agustin de).—*Historia del descubrimiento y conquista del Perú y de las guerras y cosas señala-*

das en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces (Tomo 26 de la Biblioteca de Autores Españoles.)—Madrid, Rivadeneyra, 1852.

Zurita (D. Jerónimo).—*Anales de la Corona de Aragón.*—6 tomos. El 5.° y 6.° son historia del Rey D. Fernando el Católico.—Zaragoza, Hered. de Lanaya y Lamarca, 1610-70.

ÍNDICE

Págs.

DEDICATORIA 5
PREFACIO..... 7

CAPÍTULO PRIMERO

Boceto.

Antigüedad de América.—Formas de Gobierno.—Religiones. Usos y costumbres.—La poligamia.—Las artes y los oficios El teatro, la música y el baile.—Aristocracia y pueblo.—Pósitos y fundaciones.—Servicio público de Correos.—Joyas, utensilios, armas, etc.—Civilización americana.—Dudas acerca de su procedencia.—Construcciones de edificios notables, templos, palacios, etc., en Méjico y Perú.—Jeroglíficos y dibujos mejicanos.—La Atlántida.—Conjeturas respecto de su extensión, su riqueza y desaparición.—La existencia de América ¿fué ignorada hasta su descubrimiento por Colón?—Los libros sagrados y América.—Vaticinio de Séneca.—Opinión de San Agustín acerca de los pueblos antípodas..... 11

CAPÍTULO II

Los descubridores.

Los portugueses primeros descubridores.—Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Alburquerque.—Colón; su nacimiento su vida, sus estudios y aficiones.—*Santa María de la Rábida* y Colón. La Iglesia Católica y Colón.—Ofrecimientos de Colón á los Reyes Católicos.—Frases de Colón á los Monarcas y al Sumo Pontífice Alejandro VI.—Fe religiosa de Colón.—Propuesta de beatificación..... 29

Págs.

CAPÍTULO III

Odisea del genio.

Proyectos de Colón.—Sus estudios y cálculos.—Dificultades de su empresa.—Decepciones y disgustos.—Su peregrinación por España.—Conquista de Granada.—Expulsión de los judíos y sus consecuencias.—Tribunal de la Inquisición.—Desaliento y miseria de Colón.—Su viaje.—Colón pide pan para su hijo y un jarro de agua para él á los religiosos del Monasterio de *Santa María de la Rábida*.—Acogida de Colón en la *Rábida*.—Fr. Juan Pérez de Marchena.—Los frailes alientan á Colón.—El P. Marchena y el médico de Palos de Moguer, Garci-Fernández, interceden en favor de Colón.—Colón habla á la Reina, que le ofrece protección.—El Rey D. Fernando opone dificultades, que vence la Reina.—Don Fernando de Aragón contribuye con una suma para los gastos del primer viaje de Colón.—Suspicacias del Rey.—Tribunal que examina los planes de Colón.—Su fallo desfavorable.—La Reina insiste en proteger la empresa. Escasez de recursos.—Isabel I empeña sus joyas.—Aprestos para el armamento, provisión y dotación de la *Santa María*, la *Niña* y la *Pinta*.—Censuras de extranjeros y nacionales á los Reyes Católicos por patrocinar tal empresa.—Obstáculos que ésta encontró..... 41

CAPÍTULO IV

Fe y Esperanza.

Zarpa la flota del puerto de Palos de Moguer.—Amenazas á Colón.—Estalla el motín.—Fe inquebrantable de Colón.—Rodrigo de Triana.—*¡Tierra!*—Isla de *Guanahani*.—Desembarco de Colón.—Cambio de obsequios.—Codicia de los españoles.—En busca de oro.—Descubrimiento de más islas.—Viaje de regreso á España.—Peligros de inminente naufragio de la flota.—Valor de Colón.—Su arribo al puerto de Palos.—Títulos, recompensas y gracias que se le conceden.—*Indias Occidentales*.—Segundo viaje de Colón y descubrimiento de nuevas islas.—Arribo á la *Isabela*.—Arbitrariedades y rebelión.—Comercio con Europa.—Productos indígenas.—Oro y piedras preciosas.—Criaderos de diamantes.—Especulación y codicia.—*Real Consejo de Indias*.—Destitución del Almirante y Gobernador de la colonia. Su regreso á España.—Colón á la cárcel.—Proceso inicuo.—El

Págs.

de la *capa raida*.—Reparación á Colón.—Carácter bondadoso de los indios.—Los *encomenderos*.—Nuevos viajes y descubrimientos de Colón.—Desgracias de Colón.—Su escasa fortuna. Su muerte.—Su herencia..... 61

CAPÍTULO V

Los últimos años de un reinado.

Muerte de Doña Isabel.—Sus penalidades y sinsabores.—Muerte del Príncipe D. Juan.—Nacimiento del Príncipe D. Carlos. Testamento de Isabel la Católica.—El Cardenal Cisneros y la toma de Orán.—Reunión de las Cortes.—Doña Juana y D. Felipe, Reyes de Castilla.—El Rey D. Fernando se retira á Aragón. Proyectos de casamiento y sus nuevas nupcias.—Guerra con Francia.—Situación de Castilla.—El Rey Felipe y sus amigos y favoritos.—Inmoralidad de éstos.—Descontento del pueblo. Muerte del Rey y locura de la Reina.—Muerte de D. Fernando. Juana la *Loca*, Reina de Aragón y de Castilla.—Disgustos del pueblo.—El Cardenal Cisneros se impone.—Superioridad y valer de tan esclarecido hombre de Estado..... 91

CAPÍTULO VI

La conquista de Méjico.

Eldorado.—Velázquez y Grijalva.—Fernando Cortés.—Sus cualidades, su valor, sus méritos y sus conquistas.—Moctezuma. Cortés quema sus naves.—Historia de Méjico.—Tradición de la fundación de la ciudad.—Idolatrías mejicanas.—Sacrificios humanos.—Entrevista de Cortés y Moctezuma.—Los españoles en el palacio del Emperador.—Marina y sus amores con Cortés.—Atropello y prisión de Moctezuma.—Su cautiverio. España y el país del oro.—Expedición de Pánfilo de Narváez. Guatimozín, Emperador.—Humillaciones y muerte de Moctezuma.—Aprestos de lucha.—*La noche triste*.—Batalla de Otumba.—Asalto de Méjico.—Guatimozín prisionero.—Destitución de Cortés.—Conjuración de Méjico.—Nuevo viaje á Méjico. Regreso á España y naufragio de Cortés.—Su muerte.—Sus restos..... 109

Págs.

CAPÍTULO VII

Fiebre de descubrimientos.

Vasco Núñez de Balboa y el mar *Pacífico*.—Francisco Pizarro. Su origen, su vida, su ilustración, su carrera.—Su viaje al *Pacífico*.—El *Perú;* su historia.—El *Inca* Manco-Capac.—La tradición de *Viracocha* —Incorrección de los españoles.—El *Inca* Atahualpa.—Riqueza del país.—Codicia de los invasores.—El paje Felipillo.—Su conducta infame.—Fr. Vicente Valverde y Atahualpa.—Frases del *Inca* y del fraile español.—Atropello y prisión del *Inca*.—Nombramiento de nuevo Soberano. Oro hasta el techo. -¡Siempre el oro!...—Pizarro y Almagro faltan á su palabra.—Venganza de Pizarro.—Atahualpa cristiano.—Su muerte en garrote..... 147

CAPÍTULO VIII

Crimenes y vergüenzas.

Manco-Capac, vasallo de España.—Paz ficticia.—*Los Reyes* ó *Lima*.—*El Potosí*.—Riquezas perjudiciales.—*Juega el sol antes que nazca*.—Almagro disgustado.—Su viaje á Chile.—El valle de Arauco.—Luchas con los indios.—Tiranía de Pizarro.—Apuros de los españoles.—Manco-Capac es batido y muerto.—Exigencias de Almagro.—Encuentros entre los dos caudillos. Felonía de Pizarro.—Muerte de Almagro en la horca.—Venganza del hijo de Almagro.—Gonzalo Pizarro.—Órdenes de España.—El Virrey Núñez y Pedro Centeno.—Destitución de Pizarro.—Su rebeldía.—Batalla de *Las Charcas*.—Muerte del Virrey.—Expedición de Lagasca.—Pizarro traidor, derrotado y prisionero.—Sentencia de muerte.—Sus frases en el cadalso. Funerales de Pizarro.—Tranquilidad en el país..... 165

CAPÍTULO IX

Estéril gloria del descubrimiento.

Horrores cometidos por los conquistadores.—Ingratitud con que fueron pagados sus servicios y muerte ignorada, alevosa ó afrentosa de muchos.—Influencia del descubrimiento de América en la vida social, política, etc.—El *Siglo de oro*.—Venta-

Págs.

jas que España pudo obtener del descubrimiento de América. Cunde el mal ejemplo en Europa.—Robo de territorios á España.—América y el *equilibrio europeo*.—Los tesoros del Nuevo Mundo se repartieron por toda Europa.—Disquisiciones históricas relacionadas con el descubrimiento de América..... 185

CAPÍTULO X

Tristes memorias.

Felipe III.—Hechos notables de su reinado.—La expulsión de los moriscos y sus consecuencias.—El Marqués de Bedmar, D. Rodrigo Calderón y el Duque de Lerma.—Desaciertos, excesos y crímenes.—Viaje á Portugal.—Un manuscrito del Marqués Virgilio Malvezzi.—Anécdotas históricas que merecen ser conocidas.—Unos ingleses.—Un banquete, un pastel y un enano.—El dinero de América gastado en guerras y fiestas en España. Agios, venalidad, concusiones.—Desmoralización de costumbres.—Sacrilegio atentado.—La Inquisición..... 221

CAPÍTULO XI

Una dinastía que agoniza.

Felipe IV.—El Conde-Duque de Olivares.—Decadencia de la dinastía hispano-austriaca.—Guerra de Francia.—Pérdidas y desastres.—El vencedor de Breda.—Batalla de Rocroy.—Sublevación de Portugal; su larga lucha con España y su independencia.—Separatismo de Andalucía.—República de Cataluña y protectorado de Francia.—Pérdida del Rosellón.—Massaniello y el levantamiento popular de Nápoles.—Pérdidas en el Franco Condado.—Amenazas extranjeras á las posesiones españolas de América.—Ataque y saqueo de Nueva Granada y otras islas. Pérdida de la Jamaica.—*Paz de los Pirineos*.—Matrimonio de Luis XIV.—Sus consecuencias políticas.—El Príncipe Don Carlos..... 259

CAPÍTULO XII

Un país que se disuelve.

Carlos II.—El P. Nithard y Valenzuela.—El Infante D. Juan de Austria.—Su vida, sus hechos.—Dinero de América.—Emigración á las Indias.—Miseria.—La sopa de los conventos.—La

Págs.

guardia chamberga.—Penuria y ostentación.—Reclamación de Francia.—Pérdida de la Flandes española.—Total pérdida del Franco-Condado.—Rompimiento entre el Infante D. Juan y la Reina.—Humillación de ésta.—Marcha del P. Nithard y fuga de Valenzuela.—Proclamación de Carlos II.—Su vida y sus costumbres.—Los dos hermanos.—Nuevas guerras.—Bodas de Carlos II.—Muerte de las dos Reinas.—Segundo matrimonio de D. Carlos.—El partido austriaco.—Insultos públicos al Rey. El Rey hechizado.—El partido francés.—Motín popular.—Testamento de Carlos II 271

CAPÍTULO XIII

El reparto de España.

Luis XIV y el nuevo Rey de España.—Cualidades de Felipe V. España, colonia francesa.—Emigración á América.—Guerra en Italia.—Portugal contra España y Francia.—Los ingleses se apoderan de Gibraltar y las islas Baleares.—Guerras marítimas.—Los corsarios roban los galeones cargados de tesoros procedentes de América.—El Archiduque Carlos se proclama Rey en Barcelona.—Derrota de D. Felipe.—Los ingleses y portugueses entran en Madrid.—Célebre batalla de Almansa. Felipe V recobra los dominios de Aragón y Valencia.—El hambre en Francia.—Solicitud de paz.—Vuelta á la guerra.. 309

CAPÍTULO XIV

Curiosidades de Indias.

Los Gobiernos españoles explotadores, no colonizadores.—Aventureros y gente maleante.—Esclavos y no ciudadanos.—Odio tradicional.—Misioneros.—Su meritoria obra.—Transformación del carácter de la raza india.—Su amor al trabajo.—Los verdaderos civilizadores de América.—Su abnegación y su valor.—La *quina*, el *corrozo*, la *anacahuita* y el *gallo de Indias*. Aclaración que el autor estima de importancia.—*El Orinoco ilustrado.*—Los indios bravos.—Sus malas costumbres; su depravación.—La mujer entre los indios.—El *tabaco*.—La *chicha*. El *curare*.—Abyección de la mujer india.—Bárbara costumbre.—Médicos de los indios.—Sus consultas con el *gato*..... 335

Págs.

CAPÍTULO XV

Odio de razas.

Indios bravos que á fines del siglo XVIII ignoraban que eran súbditos de España.—El *cacique*.—Insaciable sed de oro de los Gobiernos.—Colonización de territorios.—Población española y europea en América.—Los *criollos*.—Españoles que *pasaban á Indias;* su género de vida, sus costumbres, sus negocios, sus aficiones, etc.—Los *indianos*.—Desprecio de los españoles á los naturales del país.—Separación de razas.—Prevenciones, antipatías, odios.—Apodo de los españoles en Méjico.—La familia de *Cachupin*..... 355

CAPÍTULO XVI

Tiranía y odiosidad.

Indolencia de los europeos en América.—El clima.—Producción espontánea.—Abandono de la agricultura.—Cultivos permitidos por los Gobiernos.—Importación de España —Industrias fabril y manufacturera toleradas.—Murmuración y descontento.—Crece la animadversión y odiosidad contra España. *Flotas* mercantiles.—Compra de artículos á la fuerza.—Otras medidas tiránicas..... 361

CAPITULO XVII

Cómo se extingue una raza.

Incremento de la agricultura en América.—Más acerca del tabaco.—Diferentes modos de usarle los indios.—El *rapé* y sus usos.—*Estanco* del tabaco.—Fiscalización para impedir su cultivo.—Establecimiento de fábricas para su elaboración por cuenta del Estado.—Contrabando.—El *café*.—Su origen, su historia, su aclimatación, sus usos.—El *chocolate*.—Cómo le tomaban los indios.—Carencia de brazos para el cultivo.—Los *encomenderos*, tiranos, no protectores.—Su inicua conducta con los indios.—Mueren á centenares de hambre y fatiga.—Los *pacos* ó *vicuñas*..... 369

Págs.

CAPÍTULO XVIII

Raza que se agota y raza que brota.

Minas de plata explotadas por los Gobiernos de España.—Falta de operarios.—Crecidos jornales.—La *pepina*.—Trabajo obligado á los indios.—Cuadro triste.—Cambio de explotados.—La raza negra.—Su historia.—*Costa de los Esclavos*.—Valor de un negro en venta.—Mujeres negras á América.—*Mulatos ó mestizos*.—Venus africanas.—*Cuarterones*.—Mulatos célebres.—Negros esclavos en España.—Inglaterra, la esclavitud y la *trata*.—Buques negreros.—Independencia de las colonias inglesas.—Guerra entre *esclavistas* y *abolicionistas*.—*Abraham Lincoln*.—Las Cortes de Cádiz.—Abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico..... 379

CAPÍTULO XIX

Los gérmenes del filibusterismo.

Indiferencia de los Gobiernos españoles respecto de nuestros dominios en América.—Leyes de Indias, vejatorias y denigrantes.—A estudiar á España.—Sistema monetario.—Impuesto al dinero de los indianos.—Ardides para esquivarlo.—Privilegios de los españoles.—Nube de empleados.—Desheredación injusta, absurda é irritante de los súbditos americanos.—Compra por éstos de empleos públicos.—Montañas de oro y plata.—América fiadora de España.—*Bucaneros, filibusteros* y *piratas*.—Ardides de los piratas; sus atropellos y crímenes..... 397

CAPÍTULO XX

La Providencia venga los excesos de los europeos.

Clima insano.—Enfermedades endémicas.—El *pasmo ó tétanos* y el *vómito negro, vómito prieto ó fiebre amarilla*.—Las *buas, bubas, mal francés, gálico, mal napolitano, mal venéreo ó sífilis*.—La *zarzaparrilla*, la *copaiba*, el *guayaco*, los *sándalos*... La *viruela*..... 407

Págs.

CAPÍTULO XXI

Cómo se forma un pueblo grande y como empieza á morir un gran pueblo.

Apatía é indolencia obligadas de los americanos.—Wáshington y Franklin y su grande obra.—Luchas é independencia. La Corte de Carlos IV.—*El Dos de Mayo.*—Los grandes hombres de esta epopeya.—Liberales y serviles.—Diputados americanos.—Nuevo Prometeo.—Regreso á España del Rey Fernando.—Traición del Rey.—País decadente y Rey cínico.—Historia y costumbres de Fernando VII.—Regreso á su país de los diputados americanos.—Indignación; conatos de independencia.—La revolución.—Estados autónomos.—Batalla de *Ayacucho.*—Tentativas de reconquista.—Abismo moral entre España y América.—Enemistad, odio, represalias y revoluciones.—Itúrbide y Maximiliano en Méjico.—Cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.—Comentarios.—Gloria imperecedera de Cristóbal Colón.—Conclusión..... 413

EPÍLOGO..... 441
BIBLIOGRAFÍA..... 453

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Médico y la sociedad.—Obra premiada con *accésit* en la Exposición de Zaragoza de 1887.—2.ª edición.—Una peseta.—Madrid, Imp. de E. Teodoro.

Pobreza y mendicidad.—Obra dos veces premiada, una con medalla de bronce en la Exposición Aragonesa de 1887.—3.ª edición, con un prólogo del Dr. D. Luis Comenge.—2'50 pesetas.—Madrid, 1887, Imp. de E. Teodoro.

Niñadas.—Colección de artículos y cuentos, con un prólogo de D. Aniceto Valdivia *(Conde Kostia)*.—Habana, 1889.—3 pesetas.—Tipografía de *El Español*.

Educación física de los niños.—Memoria premiada con el primer premio en concurso público celebrado por el Ateneo de Guadalajara en Octubre de 1892. Agotada.—Madrid, 1893, Hijos de Ginés Hernández.

Elementos que en España y América concurren para la conservación de la lengua castellana.—Memoria leída en el Congreso literario Hispano-americano celebrado en Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.—Agotada.—R. Fe.

La cuestión social en España. (Estudio histórico-crítico.) 106 páginas en 4.°, 1893.—Madrid.—2 pesetas.—Hijos de Ginés Hernández.

Estudio crítico de la Medicina.—Primera parte de los *Apuntes para la historia de la Medicina*. Folleto de 80 páginas, 1893.—*El Siglo Médico*.—E. Teodoro.—Agotado.

Medicina militar. — Colección biográfica de Médicos militares y de la Armada hasta la segunda mitad de este siglo, y noticia bibliográfica de sus obras. — Segunda parte de los *Apuntes para la historia de la Medicina*. Folleto de 80 páginas en 4.°—1893.—Agotada. Premiada por los Ministerios de Guerra y Marina en 1896.—*El Siglo Médico*.—E. Teodoro.

Una más.—Novela contemporánea.—Un tomo de 400 páginas.—2.ª edición.—1894. —2 pesetas.—Imp. Popular.

María del Olvido.—Narración vulgar.—1895.—Agotada. Guadalajara, Imp. Provincial.

El Velocipedismo.—Memoria premiada en concurso público por el Ateneo de Vitoria en Agosto de 1895.—3.ª edición.—Una peseta.—Guadalajara, Imp. Provincial.

La higiene en Cuba.—Colección de articulos.—Un tomo. 1896.—Agotado.

Reparto de la propiedad.—Folleto en 8.°—Una peseta.—Paris, Paul Dupont, 1898.

La Medicina en el pasado. (Estudio histórico crítico.)—Una peseta. — Madrid, 1898, Estab. tip. de los Hijos de R. Álvarez.

La higiene en las iglesias.—Memoria premiada con el primer premio en el concurso público celebrado por la *Sociedad Española de Higiene* en 1898. — Una peseta.—Madrid, R. Rojas, 1899.

Se cede una señorita.—Sainete estrenado con éxito en el teatro «Habana», de la ciudad de este nombre, en Octubre de 1888.—Agotado.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

Return to desk from which borrowed.
This book is DUE on the last date stamped below.

5 Jun 52 RE

MAY 2 8 1952

YB 20590

349709

E18
V3

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY